

Libros del Asteroide

Agota Kristof
Claus y Lucas

Traducción de Ana Herrera y Roser Berdagué

Agota Kristof

Claus y Lucas

Traducción de Ana Herrera y Roser Berdagué

Libros del Asteroide 

Índice

Portada
Claus y Lucas
El gran cuaderno
 La llegada a casa de la abuela
 La casa de la abuela
 La abuela
 Los trabajos
 El bosque y el río
 La suciedad
 Ejercicio de endurecimiento del cuerpo
 El ordenanza
 Ejercicio de endurecimiento del espíritu
 El colegio
 La compra del papel, del cuaderno y de los lápices
 Nuestros estudios
 Nuestra vecina y su hija
 Ejercicio de mendicidad
 Cara de Liebre
 Ejercicio de ceguera y de sordera
 El desertor
 Ejercicio de ayuno
 La tumba del abuelo
 Ejercicio de crueldad
 Los otros niños
 El invierno
 El cartero
 El zapatero
 El robo
 El chantaje
 Acusaciones
 La sirvienta de la rectoría
 El baño
 El cura
 La sirvienta y el ordenanza
 El oficial extranjero
 El idioma extranjero
 El amigo del oficial
 Nuestro primer espectáculo
 El desarrollo de nuestros espectáculos
Teatro

Las alertas
El rebaño humano
Las manzanas de la abuela
El policía
El interrogatorio
En prisión
El caballero anciano
Nuestra prima
Las joyas
Nuestra prima y su amado
La bendición
La huida
El osario
Nuestra madre
La partida de nuestra prima
La llegada de nuevos extranjeros
El incendio
El final de la guerra
Otra vez al colegio
La abuela vende su viña
La enfermedad de la abuela
El tesoro de la abuela
Nuestro padre
Vuelve nuestro padre
La separación
La prueba
1
2
3
4
5
6
7
8
La tercera mentira
Primera parte
Segunda parte
Colofón

Primera edición en Libros del Asteroide, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Título original:

Le grand cahier © Editions du Seuil, 1986

La preuve © Editions du Seuil, 1988

Le troisième mensonge © Editions du Seuil, 1991

© de la traducción de *El gran cuaderno* y *La prueba*, Ana Herrera Ferrer, 2007, 2019

© de la traducción de *La tercera mentira*, Roser Berdagué Costa, 1993, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de la autora: © Ulf Andersen

Imagen de la cubierta: © Leo O'Brien, National Science and Media Museum

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-74-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

El gran cuaderno

La llegada a casa de la abuela

Venimos de la gran ciudad. Hemos viajado toda la noche. Nuestra madre tiene los ojos rojos. Lleva una caja de cartón grande y nosotros dos una maleta pequeña cada uno con su ropa, además del diccionario grande de nuestro padre, que nos vamos pasando cuando tenemos los brazos cansados.

Andamos mucho rato. La casa de la abuela está lejos de la estación, en la otra punta del pueblo. Aquí no hay tranvía, ni autobús, ni coches. Solo circulan algunos camiones militares.

Apenas hay transeúntes, el pueblo está silencioso. Se oye el ruido de nuestros pasos; caminamos sin hablar, nuestra madre en medio, entre nosotros dos.

Ante la puerta del jardín de la abuela, nuestra madre dice:

—Esperadme aquí.

Esperamos un poco y después entramos en el jardín, rodeamos la casa, nos agachamos debajo de una ventana de la que vienen las voces. La voz de nuestra madre dice:

—Ya no tenemos nada que comer en casa, ni pan, ni carne, ni verduras, ni leche. Nada. No puedo alimentarlos.

Otra voz dice:

—Y entonces te has acordado de mí. Durante diez años no te has acordado. No has venido ni has escrito.

Nuestra madre dice:

—Sabe muy bien por qué. Yo quería a mi padre.

La otra voz dice:

—Sí, y ahora te acuerdas de que también tienes una madre. Llegas y me pides que te ayude.

Nuestra madre dice:

—No le pido nada para mí. Solo me gustaría que mis hijos sobreviviesen a esta guerra. Bombardean la ciudad día y noche, y ya no hay nada que comer. Evacúan a los niños al campo, a casa de parientes o de extraños, a cualquier sitio.

La otra voz dice:

—Solo tenías que enviarlos a casa de algún extraño, a cualquier sitio.

Nuestra madre dice:

—Son sus nietos.

—¿Mis nietos? Ni siquiera los conozco. ¿Cuántos son?

—Dos. Dos chicos. Gemelos.

La otra voz dice:

—¿Qué has hecho con los otros?

Nuestra madre pregunta:

—¿Qué otros?

—Las perras tienen cuatro o cinco cachorros cada vez. Se quedan uno o dos y a los demás los ahogan.

La otra voz se ríe muy fuerte. Nuestra madre no dice nada y la otra voz pregunta:

—¿Tienen padre, al menos? No estás casada, que yo sepa. No me invitaste a tu boda.

—Sí que estoy casada. Su padre está en el frente. No tengo noticias de él desde hace seis meses.

—Entonces ya puedes ponerle una cruz.

La otra voz se ríe de nuevo, nuestra madre llora. Volvemos a la puerta del jardín.

Nuestra madre sale de la casa con una vieja.

Nuestra madre nos dice:

—Esta es vuestra abuela. Os quedaréis con ella un tiempo, hasta que acabe la guerra.

Nuestra abuela dice:

—Puede ser mucho tiempo. Pero yo les haré trabajar, no te preocupes. La comida no es gratis aquí tampoco.

Nuestra madre dice:

—Os mandaré dinero. En las maletas está su ropa. Y en la caja, sábanas y mantas. Sed buenos, pequeños. Os escribiré.

Nos besa y se va llorando.

La abuela se ríe muy fuerte y dice:

—¡Sábanas y mantas! ¡Camisas blancas y zapatitos de charol! ¡Ya os enseñaré yo a vivir, ya veréis!

Le sacamos la lengua a nuestra abuela. Ella se ríe más fuerte aún, dándose palmadas en los muslos.

La casa de la abuela

La casa de la abuela está a cinco minutos andando de las últimas casas del pueblo. Después ya solo queda la carretera polvorienta, pronto cortada por una barrera. Está prohibido ir más lejos, un soldado monta guardia allí. Tiene una metralleta y unos prismáticos y, cuando llueve, se mete dentro de una garita. Sabemos que más allá de la barrera, oculta entre los árboles, hay una base militar secreta, y detrás de la base, la frontera y otro país.

La casa de la abuela está rodeada por un jardín al fondo del cual corre un río, y después está el bosque.

En el jardín tiene plantado todo tipo de verduras y árboles frutales. En un rincón hay una conejera, un gallinero, una pocilga y una caseta para las cabras. Hemos intentado montar al lomo del cerdo más gordo, pero es imposible permanecer encima.

La abuela vende las verduras, las frutas, los conejos, los patos y los pollos en el mercado, así como los huevos de las gallinas y patas y quesos de cabra. Los cerdos se los vende al carnicero, que le paga con dinero, pero también con jamones y salchichones ahumados.

También hay un perro para ahuyentar a los ladrones y un gato para cazar ratas y ratones. No hay que darle de comer, para que tenga hambre siempre.

La abuela posee también una viña al otro lado de la carretera.

Se entra en la casa por la cocina, que es grande y está caliente. El fuego está encendido todo el día en el hogar de leña. Junto a la ventana hay una mesa enorme y un banco de rincón. En ese banco dormimos nosotros.

Desde la cocina, una puerta lleva a la habitación de la abuela, que siempre está cerrada con llave. Solo va la abuela por las noches, para dormir.

Existe otra habitación donde se puede entrar sin pasar por la cocina, directamente desde el jardín. Esa habitación está ocupada por un oficial extranjero. La puerta también está cerrada siempre con llave.

Bajo la casa hay una bodega llena de cosas de comer y, debajo del tejado, un desván donde la abuela ya no sube desde que le serramos la escalera y se hizo daño al caer. La entrada del desván está justo encima de la puerta del oficial, y nosotros subimos con la ayuda de una cuerda. Allí es donde guardamos el cuaderno de las redacciones, el diccionario de nuestro padre y los demás objetos que nos vemos obligados a esconder.

Pronto nos fabricamos una llave que abre todas las puertas y hacemos unos agujeros en el suelo del desván. Gracias a la llave, podemos circular libremente por la casa cuando no hay nadie y, gracias a los agujeros, podemos observar a la abuela y al oficial en sus habitaciones, sin que se den cuenta.

La abuela

La abuela es la madre de nuestra madre. Antes de venir a vivir a su casa no sabíamos que nuestra madre aún tenía madre.

Nosotros la llamamos abuela.

La gente la llama la Bruja.

Ella nos llama «hijos de perra».

La abuela es menuda y flaca. Lleva una pañoleta negra en la cabeza. Su ropa es gris oscuro. Lleva unos zapatos militares viejos. Cuando hace buen tiempo va descalza. Su cara está llena de arrugas, de manchas oscuras y de verrugas de las que salen pelos. Ya no tiene dientes, al menos que se vean.

La abuela no se lava jamás. Se seca la boca con la punta de la pañoleta cuando ha comido o ha bebido. No lleva bragas. Cuando tiene que orinar, se queda quieta donde está, separa las piernas y se mea en el suelo, por debajo de la falda. Naturalmente, eso no lo hace dentro de casa.

La abuela no se desnuda jamás. La hemos visto en su habitación, por la noche. Se quita una falda y lleva otra debajo. Se quita la blusa y lleva otra blusa debajo. Se acuesta así. No se quita la pañoleta.

La abuela habla poco. Salvo por la noche. Por la noche, coge una botella que tiene en un estante y bebe directamente a morro. Al cabo de poco se pone a hablar en una lengua que no conocemos. No es la lengua que hablan los militares extranjeros, es una lengua completamente distinta.

En esa lengua desconocida, la abuela se pregunta cosas y ella misma se responde. A veces se ríe o bien se enfada y grita. Al final, casi siempre, se echa a llorar, se va a su habitación dando traspiés, se deja caer en la cama y la oímos sollozar mucho rato por la noche.

Los trabajos

Estamos obligados a hacer determinados trabajos para la abuela, porque si no no nos daría de comer y nos dejaría pasar la noche fuera.

Al principio, nos negamos a obedecerla. Dormimos en el jardín, comemos fruta y verdura crudas.

Por la mañana, antes de que salga el sol, vemos a la abuela salir de la casa. No nos dice nada. Va a alimentar a los animales, ordeña las cabras, después las lleva a la orilla del río, donde las ata a un árbol. Después riega el jardín y recoge verduras y frutas, que carga en su carretilla. Pone también una cesta llena de huevos, una jaula pequeña con un conejo y un pollo o un pato con las patas atadas.

Se va al mercado, empujando la carretilla, cuya cincha, pasada por su cuello delgado, le hace bajar la cabeza. Se tambalea bajo el peso. Los baches del camino y las piedras la desequilibran, pero sigue andando, con los pies hacia fuera, como los patos. Va andando hacia el pueblo, hasta el mercado, sin pararse, sin apoyar la carretilla ni una sola vez.

Al volver del mercado, prepara una sopa con las verduras que no ha vendido y mermeladas con la fruta. Come, va a echar la siesta a su viña, duerme una hora y después se ocupa de la viña o, si no hay nada más que hacer, vuelve a la casa, corta leña y alimenta de nuevo a los animales, trae las cabras, las ordeña, se va al bosque y trae setas y leña seca, hace queso, seca las setas y las judías, llena frascos con las demás verduras, riega de nuevo el jardín, ordena las cosas en la bodega y así sucesivamente hasta que cae la noche.

La sexta mañana, cuando sale de casa ya hemos regado el huerto. Le cogemos de las manos los pesados cubos de la comida de los cerdos, llevamos las cabras a la orilla del río, la ayudamos a cargar la carretilla. Cuando vuelve del mercado, estamos a punto de cortar leña.

Durante la cena, la abuela dice:

—Ya lo habéis entendido. El techo y el alimento hay que ganárselos.

Nosotros decimos:

—No es eso. El trabajo es pesado, pero mirar sin hacer nada a alguien que trabaja es mucho más pesado aún, sobre todo si es un viejo.

La abuela dice, sarcástica:

—¡Hijos de perra! ¿Queréis decir que os doy pena?

—No, abuela. Solo nos avergonzamos de nosotros mismos.

Por la tarde vamos a buscar leña al bosque.

A partir de entonces hacemos todos los trabajos que somos capaces de hacer.

El bosque y el río

El bosque es muy grande, el río es muy pequeño. Para llegar al bosque, hay que atravesar el río. Cuando hay poca agua, podemos atravesarlo saltando de una piedra a otra. Pero a veces, cuando ha llovido mucho, el agua nos llega a la cintura, y el agua está fría y fangosa. Decidimos construir un puente con los ladrillos y las tablas que encontramos alrededor de las casas destruidas por los bombardeos.

Nuestro puente es sólido. Se lo enseñamos a la abuela. Ella lo prueba y dice:

—Muy bien. Pero no vayáis demasiado lejos por el bosque. La frontera está cerca, los militares os dispararían. Y, sobre todo, no os perdáis. Yo no iría a buscaros.

Al construir el puente, hemos visto peces. Se esconden bajo las piedras grandes o a la sombra de los arbustos y los árboles cuyas ramas se unen en algunos puntos por encima del río. Elegimos los peces más grandes, los cogemos y los metemos en la regadera llena de agua. Por la noche, cuando los llevamos a la casa, la abuela dice:

—¡Hijos de perra! ¿Cómo los habéis cogido?

—Con las manos. Es facilísimo. Basta con quedarse quieto y esperar.

—Pues coged muchos. Tantos como podáis.

Al día siguiente la abuela se lleva la regadera en la carretilla y vende nuestros pescados en el mercado.

Vamos a menudo al bosque, no nos perdemos nunca, sabemos en qué lado se encuentra la frontera. Los centinelas no tardan en conocernos. No nos disparan nunca. La abuela nos enseña a distinguir las setas comestibles de las venenosas.

Del bosque traemos haces de leña a la espalda, setas y castañas en las cestas. Apilamos la leña bien ordenada contra las paredes de la casa, bajo el tejadillo, y tostamos las castañas en el hogar, si la abuela no está.

Una vez, en medio del bosque, junto a un enorme agujero hecho por una bomba, encontramos un soldado muerto. Todavía está entero, solo le faltan los ojos a causa de los cuervos. Le cogemos el fusil, los cartuchos y las granadas; escondemos el fusil en un haz de leña y los cartuchos y las granadas en las cestas, debajo de las setas.

Una vez en casa de la abuela, envolvemos cuidadosamente esos objetos con paja y unos sacos de patatas y los enterramos bajo el banco, ante la ventana del oficial.

La suciedad

En nuestra casa, en la ciudad, nuestra madre nos lavaba a menudo. Bajo la ducha o en la bañera. Nos ponía ropa limpia, nos cortaba las uñas. Para cortarnos el pelo, nos llevaba al peluquero. Nos cepillábamos los dientes después de cada comida.

En casa de la abuela es imposible lavarse. No hay cuarto de baño, ni siquiera hay agua corriente. Hay que ir a bombear el agua del pozo en el patio y llevarla en un cubo. No hay jabón en la casa, ni dentífrico, ni productos para hacer la colada.

En la cocina, todo está sucio. Las baldosas rojas, irregulares, se pegan a los pies, la mesa grande se pega a las manos y los codos. El hogar está completamente ennegrecido por la grasa y las paredes a su alrededor también, a causa del hollín. Aunque la abuela friegue los cacharros, los platos, las cucharas y los cuchillos nunca están del todo limpios, y las cazuelas están cubiertas de una espesa costra de mugre. Los trapos son grisáceos y apestan.

Al principio, ni siquiera nos apetecía comer, sobre todo cuando veíamos cómo cocina la abuela, sin lavarse las manos y limpiándose los mocos con la manga. Después ya no hacemos caso.

Cuando hace calor, vamos a bañarnos al río, nos lavamos la cara y los dientes en el pozo. Cuando hace frío es imposible lavarse del todo. No existe ningún recipiente lo bastante grande en la casa. Nuestras sábanas, mantas y ropa de baño han desaparecido. No volvimos a ver la caja grande en la que nuestra madre trajo esas cosas.

La abuela lo vendió todo.

Cada vez estamos más sucios, y nuestra ropa también. Vamos sacando ropa limpia de nuestras maletas de debajo del banco, pero pronto ya no nos queda ropa limpia. La que llevamos se va rompiendo, los zapatos se nos gastan y se agujerean. Cuando es posible, vamos descalzos y no llevamos más que un calzoncillo o un pantalón. La planta de los pies se nos endurece, ya no notamos las espinas ni las piedras. Nos ponemos morenos, tenemos las piernas y los brazos cubiertos de arañazos, de cortes, de costras, de picaduras de insecto. Las uñas, que no nos cortamos nunca, se nos rompen; el pelo, casi blanco a causa del sol, nos llega hasta los hombros.

La letrina está al fondo del jardín. Nunca hay papel. Nos limpiamos con las hojas más grandes de determinadas plantas.

Ahora tenemos un olor mezcla de estiércol, pescado, hierba, setas, humo, leche, queso, barro, porquería, tierra, sudor, orina y moho.

Apestanos como la abuela.

Ejercicio de endurecimiento del cuerpo

La abuela nos pega a menudo con sus manos huesudas, con una escoba o un trapo mojado. Nos tira de las orejas, nos agarra por el pelo.

Otras personas también nos dan bofetadas y patadas, no sabemos muy bien por qué.

Los golpes duelen, nos hacen llorar.

Las caídas, los arañazos, los cortes, el trabajo, el frío y el calor también son causa de sufrimiento.

Decidimos endurecer nuestro cuerpo para poder soportar el dolor sin llorar.

Empezamos dándonos bofetadas el uno al otro y después puñetazos. Al ver nuestra cara tumefacta, la abuela nos pregunta:

—¿Quién os ha hecho esto?

—Nosotros mismos, abuela.

—¿Os habéis pegado? ¿Por qué?

—Por nada, abuela. No te preocupes, es un ejercicio.

—¿Un ejercicio? Estáis completamente chiflados. Bueno, si eso os divierte...

Vamos desnudos. Nos golpeamos el uno al otro con un cinturón. Nos vamos diciendo, a cada golpe:

—No ha dolido.

Nos golpeamos más fuerte, cada vez más fuerte.

Pasamos las manos por encima de una llama. Nos cortamos con un cuchillo el muslo, el brazo, el pecho, y nos echamos alcohol en las heridas. Cada vez nos decimos:

—No ha dolido.

Al cabo de cierto tiempo, efectivamente, ya no sentimos nada. Es otro quien siente dolor, otro el que se quema, el que se corta, el que sufre.

Ya no lloramos.

Cuando la abuela está enfadada y grita, le decimos:

—Deja de gritar, abuela, y péganos.

Y cuando ella nos pega, decimos:

—¡Más, abuela! Mira, ponemos la otra mejilla, como dice la Biblia. Péganos también en la otra mejilla, abuela.

Ella responde:

—¡Idos al diablo con vuestra Biblia y vuestras mejillas!

El ordenanza

Nos acostamos en el banco que hace esquina en la cocina. Nuestras cabezas se tocan. Todavía no dormimos, pero tenemos los ojos cerrados. Alguien empuja la puerta. Abrimos los ojos. La luz de una linterna de bolsillo nos ciega. Preguntamos:

—¿Quién anda ahí?

Una voz de hombre responde:

—No miedo. Vosotros no miedo. ¿Dos ser vosotros o yo beber demasiado?

Se ríe, enciende la lámpara de petróleo que hay encima de la mesa y apaga su linterna. Ahora le vemos bien. Es un militar extranjero, sin grado. Dice:

—Yo ser ordenanza de capitán. ¿Qué hacer aquí vosotros?

Decimos:

—Vivimos aquí. En casa de nuestra abuela.

—¿Vosotros nietos de la Bruja? Yo nunca ver vosotros antes. ¿Cuánto tiempo vosotros ser aquí?

—Desde hace dos semanas.

—¡Ah! Yo ir permiso a mi casa, a mi pueblo. Mucho divertido.

Le preguntamos:

—¿Cómo es que habla usted nuestra lengua?

Él dice:

—Mi madre nacer aquí, en vuestro país. Venir trabajar a nuestra casa, camarera en un bar. Conocer mi padre y casarse. Cuando yo pequeño, mi madre hablarme vuestra lengua. Vuestro país y mi país, países amigos. Combatir juntos enemigo. ¿De dónde venir vosotros?

—De la ciudad.

—Ciudad, mucho peligro. ¡Bum! ¡Bum!

—Sí, y ya no había nada que comer.

—Aquí bien para comer. Manzanas, cerdos, pollos, todo. ¿Vosotros quedar mucho tiempo? ¿O solo vacaciones?

—Nos quedaremos hasta que se acabe la guerra.

—Guerra pronto acabar. ¿Dormir vosotros ahí? Banco duro, frío. ¿Bruja no querer meter en su habitación?

—No queremos dormir en la habitación de la abuela. Ronca y huele mal. Teníamos sábanas y mantas, pero ella las ha vendido.

El ordenanza coge agua caliente del caldero que hay encima del fogón y dice:

—Yo deber limpiar habitación. Capitán también volver permiso esta noche o mañana.

Sale. Al cabo de unos minutos, vuelve. Nos trae dos mantas militares grises.

—Estas no vender la vieja Bruja. Si ella demasiado mala, decir a mí. Yo pum, pum, matar.

Vuelve a reírse. Nos tapa, apaga la lámpara y se marcha.

Durante el día escondemos las mantas en el desván.

Ejercicio de endurecimiento del espíritu

La abuela nos dice:

—¡Hijos de perra!

La gente nos dice:

—¡Hijos de Bruja! ¡Hijos de puta!

Otros nos dicen:

—¡Imbéciles! ¡Golfos! ¡Mocosos! ¡Burros! ¡Marranos! ¡Puercos! ¡Gamberros!
¡Sinvergüenzas! ¡Pequeños granujas! ¡Delincuentes! ¡Criminales!

Cuando oímos esas palabras, se nos pone la cara roja, nos zumban los oídos, nos escuecen los ojos y nos tiemblan las rodillas.

No queremos volver a ponernos rojos ni temblar. Queremos acostumbrarnos a los insultos y a las palabras que hieren.

Nos instalamos en la mesa de la cocina, uno frente al otro, y, mirándonos a los ojos, nos decimos palabras cada vez más y más atroces.

Uno:

—¡Cabrón! ¡Tontolculo!

El otro:

—¡Maricón! ¡Hijoputa!

Y continuamos así hasta que las palabras ya no nos entran en el cerebro, ni nos entran siquiera en las orejas.

Nos ejercitamos así durante una media hora al día más o menos, y después vamos a pasear por las calles.

Nos las arreglamos para que la gente nos insulte y constatamos que al fin logramos permanecer indiferentes.

Pero están también las palabras antiguas.

Nuestra madre nos decía:

—¡Queridos míos! ¡Mis amorcitos! ¡Mi vida! ¡Mis pequeñines adorados!

Cuando nos acordamos de esas palabras, los ojos se nos llenan de lágrimas.

Esas palabras las tenemos que olvidar, porque ahora ya nadie nos dice palabras así y porque el recuerdo que tenemos es una carga demasiado pesada para soportarla.

Entonces volvemos a empezar nuestro ejercicio de otra manera.

Decimos:

—¡Queridos míos! ¡Mis amorcitos! Os quiero... Nunca os abandonaré... Solo os querré a vosotros... Siempre... Sois toda mi vida...

A fuerza de repetirlas, las palabras van perdiendo poco a poco su significado, y el dolor que llevan consigo se atenúa.

El colegio

Esto ocurrió hace tres años.

Es por la noche. Nuestros padres creen que dormimos. En la otra habitación, hablan de nosotros.

Nuestra madre dice:

—No soportarán estar separados.

Nuestro padre dice:

—Solo se separarán durante las horas de colegio.

Nuestra madre dice:

—No lo soportarán.

—Pero hace falta. Es necesario para ellos. Todo el mundo lo dice. Los profesores, los psicólogos. Al principio, les costará, pero luego se acostumbrarán.

—No, nunca. Lo sé. Los conozco bien. Forman una sola persona.

Nuestro padre levanta la voz:

—Justamente, eso no es normal. Piensan juntos, actúan juntos. Viven en un mundo aparte. Un mundo solo para ellos. Todo eso no es demasiado sano. Incluso es preocupante. Sí, me preocupan. Son muy raros. Nunca se sabe lo que pueden pensar. Están demasiado adelantados para su edad. Saben demasiadas cosas.

Nuestra madre se ríe.

—No les reprocharás su inteligencia, ¿verdad?

—No es ninguna tontería. ¿Por qué te ríes?

Nuestra madre responde:

—Los gemelos siempre tienen más problemas. No es ningún drama. Todo se arreglará.

Nuestro padre dice:

—Sí, todo se arreglará si los separamos. Cada individuo debe tener su propia vida.

Algunos días más tarde empezamos la escuela. Cada uno en una clase distinta. Nos sentamos en la primera fila.

Estamos separados el uno del otro por toda la longitud del edificio. Esa distancia entre nosotros nos parece monstruosa, el dolor que experimentamos es insoportable. Es como si nos hubiesen arrancado la mitad del cuerpo. Ya no tenemos equilibrio, nos da vértigo, nos caemos, perdemos el conocimiento.

Nos despertamos en la ambulancia que nos lleva al hospital.

Nuestra madre viene a buscarnos. Sonríe, nos dice:

—A partir de mañana estaréis en la misma clase.

En casa, nuestro padre solo nos dice:

—¡Farsantes!

Al cabo de poco se va al frente. Es periodista, corresponsal de guerra.

Vamos al colegio durante dos años y medio. Los profesores también se van al frente y les sustituyen profesoras. Más tarde cierra la escuela, porque hay demasiadas alertas y bombardeos. Sabemos leer, escribir y calcular. En casa de la abuela decidimos proseguir nuestros estudios sin profesores, solos.

La compra del papel, del cuaderno y de los lápices

En casa de la abuela no hay papel ni lápiz. Vamos a buscarlo a una tienda que se llama Librería-Papelería. Elegimos un paquete de papel cuadriculado, dos lápices y un cuaderno grande y grueso. Lo ponemos todo encima del mostrador, ante un señor gordo que está detrás. Le decimos:

—Necesitamos todos estos objetos, pero no tenemos dinero.

El librero dice:

—¿Cómo? Pero... hay que pagar.

Repetimos:

—No tenemos dinero, pero necesitamos estos objetos de verdad.

El librero dice:

—La escuela está cerrada. Nadie necesita cuadernos ni lápices.

Le decimos:

—Nosotros seguimos yendo a la escuela en casa, solos, por nuestra cuenta.

—Pedid dinero a vuestros padres.

—Nuestro padre está en el frente y nuestra madre se ha quedado en la ciudad. Vivimos en casa de nuestra abuela, y ella tampoco tiene dinero.

El librero dice:

—Sin dinero no se puede comprar nada.

No decimos nada más, nos quedamos mirándole. Él también nos mira. Tiene la frente mojada de sudor. Al cabo de un rato, dice:

—¡No me miréis así! ¡Salid de aquí!

Le decimos:

—Estamos dispuestos a realizar algunos trabajos para usted a cambio de estos objetos. Le podemos regar el jardín, por ejemplo, arrancar las malas hierbas, llevar paquetes...

Él sigue gritando:

—¡No tengo jardín! ¡No os necesito! Y, para empezar, ¿no podéis hablar normal y corriente?

—Hablamos normal y corriente.

—¿A vuestra edad es normal decir «estamos dispuestos a realizar»?

—Nosotros hablamos correctamente.

—Demasiado correctamente, sí. ¡No me gusta nada vuestra manera de hablar! ¡Y vuestra forma de mirar tampoco! ¡Salid de aquí!

Le preguntamos:

—¿Posee usted gallinas, señor?

Se seca el rostro blanco con un pañuelo blanco. Nos pregunta, sin gritar:

—¿Gallinas? ¿Por qué gallinas?

—Porque si no las posee, nosotros podemos disponer de cierta cantidad de huevos y traérselos a cambio de estos objetos que nos resultan indispensables.

El librero nos mira y no dice nada.

Insistimos:

—El precio de los huevos aumenta cada día. Por el contrario, el precio del papel y los lápices...

Arroja nuestro papel, nuestros lápices y nuestro cuaderno hacia la puerta y grita:

—¡Fuera! ¡No necesito vuestros huevos! ¡Tomad todo esto y no volváis más!

Recogemos los objetos cuidadosamente y decimos:

—Sin embargo, nos veremos obligados a volver cuando no nos quede papel o cuando se nos hayan gastado los lápices.

Nuestros estudios

Para nuestros estudios, contamos con el diccionario de nuestro padre y la Biblia que hemos encontrado aquí en casa de la abuela, en el desván.

Damos lecciones de ortografía, de redacción, de lectura, de cálculo mental, de matemáticas y hacemos ejercicios de memoria.

Usamos el diccionario para la ortografía, para obtener explicaciones y también para aprender palabras nuevas, sinónimos y antónimos.

La Biblia nos sirve para la lectura en voz alta, los dictados y los ejercicios de memoria. Nos aprendemos de memoria, por tanto, páginas enteras de la Biblia.

Así es una lección de redacción.

Estamos sentados a la mesa de la cocina con nuestras hojas cuadriculadas, nuestros lápices y el cuaderno grande. Estamos solos.

Uno de nosotros dice:

—El título de la redacción es: «La llegada a casa de la abuela».

El otro dice:

—El título de la redacción es: «Nuestros trabajos».

Nos ponemos a escribir. Tenemos dos horas para tratar el tema y dos hojas de papel a nuestra disposición.

Al cabo de dos horas, nos intercambiamos las hojas y cada uno de nosotros corrige las faltas de ortografía del otro, con la ayuda del diccionario, y en la parte baja de la página pone: «bien» o «mal». Si es «mal», echamos la redacción al fuego e intentamos tratar el mismo tema en la lección siguiente. Si es «bien», podemos copiar la redacción en el cuaderno grande.

Para decidir si algo está «bien» o «mal», tenemos una regla muy sencilla: la redacción debe ser verdadera. Debemos escribir lo que es, lo que vemos, lo que oímos, lo que hacemos.

Por ejemplo, está prohibido escribir: «la abuela se parece a una bruja». Pero sí está permitido escribir: «la gente llama a la abuela “la Bruja”».

Está prohibido escribir: «el pueblo es bonito», porque el pueblo puede ser bonito para nosotros y feo para otras personas.

Del mismo modo, si escribimos: «el ordenanza es bueno», no es verdad, porque el ordenanza puede ser capaz de cometer maldades que ignoramos. Escribimos, sencillamente: «el ordenanza nos ha dado unas mantas».

Escribiremos: «comemos muchas nueces» y no: «nos gustan las nueces», porque la palabra «gustar» no es una palabra segura, carece de precisión y de objetividad. «Nos gustan las nueces» y «nos gusta nuestra madre» no puede querer decir lo mismo. La primera fórmula designa un gusto agradable en la boca, y la segunda, un sentimiento.

Las palabras que definen los sentimientos son muy vagas; es mejor evitarlas y atenerse a la descripción de los objetos, de los seres humanos y de uno mismo, es decir, a la descripción fiel de los hechos.

Nuestra vecina y su hija

Nuestra vecina es una mujer menos vieja que la abuela. Vive con su hija en la última casa del pueblo. Es una casucha completamente en ruinas, con el tejado agujereado en muchos sitios. Alrededor hay un jardín, pero no está cultivado como el jardín de la abuela. Solo crecen malas hierbas.

La vecina se pasa el día sentada en un taburete en su jardín mirando al frente, no se sabe qué. Al atardecer, o cuando llueve, su hija la coge por el brazo y la hace entrar en la casa. A veces su hija se olvida o no está, y entonces la madre se queda fuera toda la noche, haga el tiempo que haga.

La gente dice que nuestra vecina está loca, que perdió el juicio cuando el hombre que le hizo la hija la abandonó.

La abuela dice que la vecina sencillamente es una perezosa y que prefiere vivir en la pobreza en lugar de ponerse a trabajar.

La hija de la vecina no es más alta que nosotros, pero sí algo mayor. Durante el día, mendiga por el pueblo, delante de los cafés y en las esquinas de las calles. En el mercado coge las verduras y las frutas podridas que tira la gente y se las lleva a casa. También roba todo lo que puede. Hemos tenido que echarla varias veces de nuestro jardín, mientras intentaba quitarnos fruta y huevos.

Una vez la sorprendemos bebiendo leche, chupando la teta de una de nuestras cabras.

Cuando nos ve, se levanta, se seca la boca con el dorso de la mano, retrocede y dice:

—¡No me hagáis daño!

Añade:

—Corro muy deprisa. No me cogeréis.

La miramos. Es la primera vez que la vemos de cerca. Tiene el labio leporino, bizquea, lleva la nariz llena de mocos y tiene costras amarillas alrededor de los ojos rojos, y las piernas y los brazos cubiertos de pústulas.

Dice:

—Me llaman Cara de Liebre. Me gusta la leche.

Sonríe. Tiene los dientes negros.

—Me gusta la leche, pero lo que más me gusta es chupar la teta. Está buena. Es dura y blanda a la vez.

No contestamos. Ella se acerca.

—También me gusta chupar otra cosa.

Adelanta la mano, nosotros retrocedemos. Dice:

—¿No queréis? ¿No queréis jugar conmigo? Me gustaría mucho. Sois tan guapos...

Baja la cabeza. Dice:

—Os doy asco.

Nosotros decimos:

—No, no nos das asco.

—Ya lo veo. Sois demasiado jóvenes, demasiado tímidos. Pero conmigo no debéis tener vergüenza. Os enseñaré juegos muy divertidos.

Le decimos:

—Nunca jugamos.

—Entonces, ¿qué hacéis todo el día?

—Trabajamos y estudiamos.

—Yo mendigo, robo y juego.

—También cuidas a tu madre. Eres una buena hija.

Acercándose, dice:

—¿De verdad os lo parece? ¿De verdad?

—Sí. Y si necesitas alguna cosa para tu madre o para ti, no tienes más que pedirnosla. Te daremos fruta, verduras, pescados y leche.

Ella se pone a gritar:

—¡No quiero vuestra fruta, vuestro pescado, ni vuestra leche! Todo eso lo puedo robar. Lo que quiero es que me queráis. Nadie me quiere. Ni siquiera mi madre. Pero yo tampoco quiero a nadie. ¡Ni a mi madre ni a vosotros! ¡Os odio!

Ejercicio de mendicidad

Nos ponemos ropa sucia y desgarrada, nos quitamos los zapatos, nos ensuciamos la cara y las manos. Vamos a la calle. Nos quedamos quietos y esperamos.

Cuando pasa algún oficial extranjero ante nosotros, levantamos el brazo derecho para saludar y tendemos la mano izquierda. A menudo, el oficial pasa sin detenerse, sin vernos, sin mirarnos.

Al final, uno de los oficiales se para. Dice algo en una lengua que no entendemos. Nos hace preguntas. No respondemos, nos quedamos inmóviles, con un brazo levantado y el otro tendido hacia delante. Entonces se rebusca en los bolsillos, pone una moneda y un trozo de chocolate en nuestras palmas sucias y se marcha, meneando la cabeza.

Continuamos esperando.

Pasa una mujer. Tendemos la mano. Dice:

—Pobres pequeños. No tengo nada que daros.

Nos acaricia el pelo.

Decimos:

—Gracias.

Otra mujer nos da dos manzanas; otra, unas galletas.

Pasa una mujer. Tendemos la mano, ella se detiene y dice:

—¿No os da vergüenza mendigar? Venid a mi casa, tengo trabajos fáciles para vosotros. Cortar leña, por ejemplo, o restregar la azotea. Sois bastante mayores y fuertes para eso. Después, si trabajáis bien, os daré sopa y pan.

Contestamos:

—No queremos trabajar para usted, señora. No nos apetece comer su sopa ni su pan. No tenemos hambre.

Pregunta:

—¿Y entonces por qué mendigáis?

—Para saber qué se siente y para observar la reacción de la gente.

Yéndose, grita:

—¡Golfillos asquerosos! ¡Qué impertinentes!

Al volver a casa, tiramos en la hierba alta que bordea la carretera las manzanas, las galletas, el chocolate y las monedas.

La caricia en el pelo es imposible tirarla.

Cara de Liebre

Pescamos con caña en el río. Cara de Liebre llega corriendo. No nos ve. Se echa en la hierba y se levanta la falda. No lleva bragas. Vemos sus nalgas desnudas y los pelos que tiene entre las piernas. Nosotros todavía no tenemos pelos entre las piernas. Cara de Liebre sí que tiene, pero muy pocos.

Cara de Liebre silba. Llega un perro. Es nuestro perro. Lo coge entre sus brazos, se revuelca con él en la hierba. El perro ladra, se suelta, se sacude y se va corriendo. Cara de Liebre lo llama con voz dulce, acariciándose el sexo con los dedos.

El perro vuelve, husmea varias veces el sexo de Cara de Liebre y se pone a chuparlo.

Cara de Liebre separa las piernas, aprieta la cabeza del perro hacia su vientre con las dos manos. Respira muy fuerte y se retuerce.

El sexo del perro aparece entonces, es cada vez más largo, delgado y rojo. El perro levanta la cabeza e intenta montar a Cara de Liebre.

Cara de Liebre se da la vuelta, está de rodillas, le tiende el culo al perro. El perro pone sus patas delanteras en la espalda de Cara de Liebre, las patas posteriores le tiemblan. Va buscando, se acerca cada vez más, se mete entre las piernas de Cara de Liebre, se pega contra sus nalgas. Se mueve muy rápido de adelante hacia atrás. Cara de Liebre grita y, al cabo de un momento, cae de bruces.

El perro se aleja lentamente.

Cara de Liebre se queda echada un tiempo y después se levanta, nos ve y se sonroja. Grita:

—¡Espías, marranos! ¿Qué habéis visto?

Le respondemos:

—Te hemos visto jugar con nuestro perro.

Pregunta entonces:

—¿Sigo siendo amiga vuestra?

—Sí. Te dejamos jugar con nuestro perro todo lo que quieras.

—¿Y no le diréis a nadie lo que habéis visto?

—Nunca decimos nada a nadie. Puedes confiar en nosotros.

Ella se sienta en la hierba y llora.

—Solo me quieren los animales.

Le preguntamos:

—¿Es verdad que tu madre está loca?

—No. Solo está sorda y ciega.

—¿Qué le pasó?

—Nada. Nada especial. Un día se quedó ciega y después se quedó sorda. Dice que a mí me pasará lo mismo. ¿Habéis visto mis ojos? Por la mañana, cuando me levanto, tengo las pestañas pegadas y los ojos llenos de pus.

Decimos:

—Eso es una enfermedad que seguramente puede curar la medicina.

Ella dice:

—Quizá. Pero ¿cómo puedo ir al médico sin dinero? De todos modos, ya no hay médicos.

Están todos en el frente.

Le preguntamos:

—¿Y los oídos? ¿Te duelen los oídos?

—No, con los oídos no tengo ningún problema. Y creo que mi madre tampoco. Finge no oír nada, así se las arregla cuando le hago preguntas.

Ejercicio de ceguera y de sordera

Uno de nosotros hace de ciego, el otro de sordo. Para entrenarnos, al principio, el ciego se ata una pañoleta negra de la abuela en los ojos y el sordo se taponan los oídos con hierba. La pañoleta huele mal, igual que la abuela.

Nos damos la mano y vamos a pasear cuando hay alerta, cuando la gente se oculta en las bodegas y las calles están desiertas.

El sordo describe lo que ve:

—La calle es recta y larga. Está bordeada de casas bajas, de una sola planta. Son de color blanco, gris, rosa, amarillo y azul. Al final de la calle se ve un parque con árboles y una fuente. El cielo está azul, con algunas nubes blancas. Se ven aviones. Cinco bombarderos. Vuelan bajo.

El ciego habla lentamente para que el sordo pueda leer sus labios:

—Oigo los aviones. Producen un ruido entrecortado y profundo. Su motor sufre. Van cargados de bombas. Ahora ya han pasado. Oigo de nuevo los pájaros. Por lo demás, todo está silencioso.

El sordo lee los labios del ciego y responde:

—Sí, la calle está vacía.

El ciego dice:

—No por mucho tiempo. Oigo unos pasos que se acercan por la calle lateral, a la izquierda.

—Tienes razón. Aquí está, es un hombre.

El ciego pregunta:

—¿Cómo es?

El sordo responde:

—Como todos. Pobre y viejo.

—Ya lo sé. Reconozco el paso de los viejos. También oigo que va descalzo, así que es pobre.

—Es calvo. Lleva una guerrera antigua del ejército. Lleva los pantalones demasiado cortos. Tiene los pies sucios.

—¿Y los ojos?

—No se los veo. Mira hacia el suelo.

—¿Y la boca?

—Los labios demasiado hundidos. No debe de tener dientes.

—¿Y las manos?

—En los bolsillos. Los bolsillos son enormes, llenos de algo. De patatas, o de nueces, porque forman pequeños bultos. Levanta la cabeza, nos mira. Pero no puedo distinguir el color de sus ojos.

—¿No ves nada más?

—Unas arrugas, profundas como cicatrices, en su cara.

El ciego dice:

—Oigo las sirenas. Es el fin de la alerta. Volvamos.

Más tarde, con el tiempo, ya no necesitamos la pañoleta para los ojos ni hierba para los oídos. El que hace de ciego sencillamente vuelve la mirada hacia el interior, y el sordo cierra los oídos a todos los ruidos.

El desertor

Encontramos un hombre en el bosque. Un hombre vivo, joven, sin uniforme. Está echado detrás de un arbusto. Nos mira sin moverse.

Le preguntamos:

—¿Por qué se queda ahí echado?

Responde:

—Ya no puedo andar más. Vengo del otro lado de la frontera. Llevo andando dos semanas. Día y noche. Sobre todo por la noche. Ahora estoy demasiado débil. Tengo hambre. No he comido nada desde hace tres días.

Le preguntamos:

—¿Por qué no lleva uniforme? Todos los hombres jóvenes llevan uniforme. Todos son soldados.

Dice:

—Yo ya no quiero ser soldado.

—¿No quiere combatir más al enemigo?

—No quiero combatir a nadie. No tengo enemigos. Quiero volver a mi casa.

—¿Y dónde está su casa?

—Todavía está lejos. No llegaré si no encuentro nada de comer.

Le preguntamos:

—¿Por qué no va a comprar algo de comer? ¿No tiene dinero?

—No, no tengo dinero y no quiero que me vean. Tengo que esconderme. Nadie debe verme.

—¿Por qué?

—Abandoné mi regimiento sin permiso. Hui. Soy un desertor. Si me encuentran, me fusilarán o me colgarán.

Le preguntamos:

—¿Como a un asesino?

—Sí, exactamente, como a un asesino.

—Pero usted no quiere matar a nadie. Solo quiere volver a su casa.

—Sí, solo quiero volver a mi casa.

Le preguntamos:

—¿Qué quiere que le traigamos de comer?

—Cualquier cosa.

—¿Leche de cabra, huevos duros, pan, fruta?

—Sí, sí, cualquier cosa.

Le preguntamos:

—¿Y una manta? Las noches son frías y llueve a menudo.

Él responde:

—Sí, pero sobre todo que no os vean. Y no le diréis nada a nadie, ¿verdad? Ni siquiera a vuestra madre.

Le decimos:

—No nos verán, nunca le diremos nada a nadie, y no tenemos madre.

Cuando volvemos con la comida y la manta, dice:

—Sois muy amables.

Le decimos:

—No queríamos ser amables. Solo le hemos traído estos objetos porque usted los necesitaba imperiosamente. Nada más.

Pero él dice:

—No sé cómo daros las gracias. Nunca os olvidaré.

Los ojos se le llenan de lágrimas.

Le decimos:

—¿Sabe? Llorar no sirve de nada. Nosotros nunca lloramos. Aunque todavía no somos hombres, como usted.

Él sonríe y dice:

—Tenéis razón. Perdonadme, no lo haré más. Solo era por el agotamiento.

Ejercicio de ayuno

Anunciamos a la abuela:

—Hoy y mañana no comeremos. Solo beberemos agua.

Ella se encoge de hombros.

—A mí qué me importa. Pero trabajaréis como siempre.

—Claro, abuela.

El primer día ella mata un pollo y lo asa al horno. Al mediodía, nos llama:

—¡Venid a comer!

Vamos a la cocina, huele muy bien. Tenemos un poco de hambre, pero no demasiada. Miramos cómo corta la abuela el pollo.

Dice:

—Qué bien huele. ¿No oléis lo bien que huele? ¿Queréis un muslo cada uno?

—No queremos nada, abuela.

—Es una lástima, porque está muy bueno, de verdad.

Come con las manos, se chupa los dedos y se los seca en el delantal. Roe y chupa los huesos.

Dice:

—Muy tierno este pollito. No puedo imaginar nada mejor.

Nosotros decimos:

—Abuela, desde que estamos en tu casa nunca nos habías preparado un pollo.

—Pues hoy he preparado uno. Solo tenéis que comer.

—Sabías que no queríamos comer nada ni hoy ni mañana.

—Eso no es culpa mía. Es otra de vuestras estupideces.

—Es uno de nuestros ejercicios. Para acostumbrarnos a soportar el hambre.

—Pues acostumbraos. Nadie os lo impide.

Salimos de la cocina y vamos a hacer los trabajos del jardín. Hacia el final de la jornada tenemos muchísima hambre. Bebemos mucha agua. Por la noche nos cuesta mucho dormir. Soñamos con comida.

Al día siguiente al mediodía, la abuela se acaba el pollo. La observamos comer en una especie de neblina. Ya no tenemos hambre. Ahora tenemos vértigo.

Por la noche, la abuela hace *crêpes* con mermelada y queso blanco. Tenemos náuseas y calambres en el estómago, pero una vez acostados caemos en un sueño profundo. Cuando nos levantamos, la abuela ya se ha ido al mercado. Queremos desayunar, pero no hay nada de comer en la cocina. Ni pan, ni leche, ni queso. La abuela lo ha guardado todo en la bodega. Podríamos abrirla, pero decidimos no tocar nada. Comemos unos tomates y unos pepinos crudos con sal.

La abuela vuelve del mercado y nos dice:

—No habéis hecho vuestro trabajo esta mañana.

—Habrías tenido que despertarnos, abuela.

—Tendríais que despertaros solos. Pero, excepcionalmente, os voy a dar de comer de todos modos.

Nos hace una sopa de verduras con los restos del mercado, como de costumbre. Comemos poco. Después de la comida, la abuela dice:

—Es un ejercicio estúpido. Y malo para la salud.

La tumba del abuelo

Un día, vemos a la abuela salir de casa con su regadera y las herramientas del huerto. Pero en lugar de ir a la viña, toma otra dirección. La seguimos de lejos para saber adónde va.

Entra en el cementerio. Se detiene ante una tumba y deja las herramientas. El cementerio está desierto, solo estamos la abuela y nosotros.

Escondiéndonos detrás de los arbustos y los monumentos funerarios, nos acercamos cada vez más. La abuela tiene mala vista y mal oído. Podemos observarla sin que se dé cuenta.

Arranca las malas hierbas de la tumba, cava con una pala, rastrilla la tierra, planta unas flores, va a buscar agua al pozo y vuelve para regar la tumba.

Cuando acaba su trabajo, guarda las herramientas y después se arrodilla ante la cruz de madera, pero sentándose sobre los talones. Une las manos sobre el vientre como si fuese a rezar una plegaria, pero sobre todo oímos insultos:

—Basura... cabrón... cerdo... canalla... maldito...

Cuando la abuela se marcha, vamos a ver la tumba: está muy bien cuidada. Miramos la cruz. El apellido que hay escrito es el de nuestra abuela y también el de soltera de nuestra madre. El nombre es doble, con un guion entre ambos nombres, y esos dos nombres son los nuestros.

Sobre la cruz vemos también una fecha de nacimiento y de muerte. Calculamos que el abuelo murió a la edad de cuarenta y cuatro años, hace ya veintitrés.

Por la noche le preguntamos a la abuela:

—¿Cómo era nuestro abuelo?

Ella dice:

—¿Cómo? ¿Qué? Vosotros no tenéis abuelo.

—Pero antes sí que teníamos.

—No, nunca. Cuando nacisteis, él ya había muerto, así que nunca habéis tenido abuelo.

Preguntamos:

—¿Por qué lo envenenaste?

Ella nos pregunta:

—¿Qué historia es esa?

—La gente dice que envenenaste al abuelo.

—La gente dice, la gente dice... Que digan lo que quieran.

—¿No lo envenenaste?

—¡Dejadme en paz, hijos de perra! ¡No se demostró nada! La gente dice tonterías.

Pero nosotros decimos:

—Sabemos que no querías al abuelo. Entonces, ¿por qué cuidas su tumba?

—¡Justamente por eso! Por lo que dice la gente. Para que dejen de hablar y hablar. ¿Y cómo sabéis que yo cuido su tumba, eh? ¡Me habéis espiado, hijos de perra, me habéis espiado! ¡Malditos seáis!

Ejercicio de crueldad

Es domingo. Cogemos un pollo y le cortamos el cuello como hemos visto hacer a la abuela. Llevamos el pollo a la cocina y decimos:

—Hay que prepararlo, abuela.

Ella se pone a gritar:

—¿Quién os ha dado permiso? ¡No tenéis derecho! ¡Soy yo quien manda aquí, mocosos! ¡No lo cocinaré! ¡Antes reviento!

Decimos:

—Da lo mismo. Lo cocinaremos nosotros.

Empezamos a desplumar el pollo, pero la abuela nos lo quita de las manos.

—¡No sabéis hacerlo! ¡Sinvergüenzas, la desgracia de mi vida, un castigo de Dios, eso es lo que sois!

Mientras se hace el pollo, la abuela llora.

—Era el más bonito. Han cogido a propósito el más bonito. Estaba ya listo para el mercado del martes.

Y al comernos el pollo, decimos:

—Está muy bueno este pollo. Nos comeremos uno cada domingo.

—¿Cada domingo? ¿Estáis locos? ¿Queréis arruinarme?

—Nos comeremos un pollo cada domingo, quieras o no.

La abuela se echa a llorar otra vez.

—Pero ¿qué les habré hecho yo? ¡Qué perra vida! Quieren matarme. Una pobre vieja indefensa. No me merezco esto. ¡Yo que me he portado tan bien con ellos!

—Sí, abuela, eres buena, muy buena. Y, por pura bondad, nos cocinarás un pollo cada domingo.

Cuando se calma un poco le decimos:

—Cuando haya que matar a algún animal, nos llamas. Lo haremos nosotros.

Ella dice:

—Os gusta, ¿eh?

—No, abuela, justamente, no nos gusta. Y por eso tenemos que acostumbrarnos.

Ella dice:

—Ya lo entiendo. Es un nuevo ejercicio. Tenéis razón. Hay que saber matar cuando es necesario.

Empezamos por los peces. Los cogemos por la cola y les golpeamos la cabeza contra una piedra. Nos acostumbramos rápido a matar a los animales destinados a ser comidos: pollos, conejos, patos. Más tarde, matamos animales que no sería necesario matar. Atrapamos ranas, las clavamos en una tabla y les abrimos el vientre. También cogemos mariposas y las pinchamos en un cartón. Pronto tenemos una bonita colección.

Un día colgamos en la rama de un árbol a nuestro gato, un macho rojizo. Colgado, el gato se estira y se vuelve enorme. Tiene espasmos, convulsiones. Cuando ya no se mueve, lo descolgamos. Se queda echado en la hierba, inmóvil, y después, bruscamente, se levanta y huye.

Desde entonces, a veces lo vemos de lejos, pero ya no se acerca a la casa. Ni siquiera viene a beberse la leche que le ponemos delante de la puerta en un platito.

La abuela nos dice:

—Este gato se está volviendo cada vez más salvaje.

Decimos:

—No te preocupes, abuela, ya nos ocuparemos nosotros de las ratas.

Fabricamos trampas y a las ratas que caen en ellas las ahogamos en agua hirviendo.

Los otros niños

Conocemos a otros niños en el pueblo. Como la escuela está cerrada, pasan todo el día fuera. Hay mayores y pequeños. Algunos tienen aquí su casa y su madre, otros vienen de lejos, como nosotros. Sobre todo de la ciudad.

Muchos de esos niños están en casa de personas a las que antes no conocían. Deben trabajar en los campos y las viñas; la gente que los cuida no siempre es amable con ellos.

Los niños mayores a menudo atacan a los más pequeños. Les cogen todo lo que llevan en los bolsillos y a veces incluso les quitan la ropa. También les pegan, sobre todo a los que vienen de fuera. Los niños de aquí están protegidos por su madre y jamás salen solos.

A nosotros no nos protege nadie. De modo que aprendemos a defendernos de los mayores.

Nos fabricamos armas: afilamos piedras, llenamos unos calcetines de arena y grava. Tenemos también una navaja de afeitar, que encontramos en el baúl del desván, al lado de la Biblia. Nos basta con sacar la navaja para que los mayores salgan corriendo.

Un día de calor, estamos sentados al lado de la fuente donde la gente que no tiene pozo viene a buscar agua. Cerca, unos chicos mayores que nosotros están echados en la hierba. Se está fresco aquí, debajo de los árboles, al lado del agua que corre sin cesar.

Llega Cara de Liebre con un cubo que pone debajo del caño de la fuente, que deja correr un delgado hilo de agua. Espera que se llene su cubo.

Cuando el cubo está lleno, uno de los chicos se levanta y le escupe dentro. Cara de Liebre vuelve a poner el cubo una vez enjuagado en la fuente. No espera a que el cubo esté lleno, lo llena solo a medias e intenta huir enseguida.

Otro chico corre tras ella, la coge por el brazo y escupe en el cubo.

Cara de Liebre dice:

—¡Dejadme ya! Tengo que llevarme agua limpia y potable.

El chico dice:

—El agua está limpia. Solo he escupido dentro. ¿No estarás diciendo que mi saliva está sucia? Mi saliva está más limpia que todo lo que tienes tú en tu casa.

Cara de Liebre vacía el cubo y llora.

El chico se abre la bragueta y dice:

—¡Chupa! Si me la chupas, te dejaremos llenar el cubo.

Cara de Liebre se agacha. El chico retrocede.

—¿Crees que voy a meter mi picha en tu boca asquerosa? ¡Guarra!

Le da una patada en el pecho a Cara de Liebre y se cierra la bragueta.

Nos acercamos. Levantamos a Cara de Liebre, le cogemos el cubo, lo enjuagamos bien y lo ponemos debajo del caño de la fuente.

Uno de los chicos dice a los otros dos:

—Venid, vamos a divertirnos a otro sitio.

Otro dice:

—¿Estás loco? Ahora empezaremos a reírnos.

El primero dice:

—¡Déjalo! Los conozco. Son peligrosos.

—¿Peligrosos? ¿Esos pequeñajos? Yo me ocupo de ellos. ¡Ya veréis!

Viene hacia nosotros, quiere escupir en el cubo, pero uno de nosotros le pone la zancadilla y el otro le golpea en la cabeza con un saquito de arena. El chico cae. Queda en el suelo, tumbado. Los otros dos nos miran. Uno de ellos da un paso hacia nosotros. El otro dice:

—¡Cuidado! Esos cabrones son capaces de todo. Una vez me abrieron la sien con una piedra. Tienen una navaja también y la usan a la mínima ocasión. Te degollarán sin escrúpulos. Están completamente locos.

Los chicos se van.

Le pasamos el cubo lleno a Cara de Liebre. Ella nos pregunta:

—¿Por qué no me habéis ayudado enseguida?

—Queríamos ver cómo te defendías.

—¿Qué habría podido hacer contra tres grandotes?

—Echarles el cubo a la cabeza, arañarles la cara, darles patadas en los huevos, gritar, chillar. O bien huir y volver más tarde.

El invierno

Cada vez hace más frío. Buscamos en nuestras maletas y nos ponemos encima casi todo lo que encontramos: varios jerséis y varios pantalones. Pero no podemos ponernos un par de zapatos más encima de los zapatos de ciudad gastados y agujereados. De hecho, no tenemos otros. Tampoco tenemos guantes ni gorros. Tenemos las manos y los pies llenos de sabañones.

El cielo es de color gris oscuro, las calles del pueblo están vacías, el río está helado, el bosque, cubierto de nieve. No podemos ir por allí. Pero pronto nos quedaremos sin leña.

Le decimos a la abuela:

—Nos harían falta dos pares de botas de goma.

Ella responde:

—¿Y qué más? ¿De dónde queréis que saque el dinero?

—Abuela, casi no hay leña.

—Solo tenemos que ahorrar.

Ya no salimos. Hacemos toda clase de ejercicios, tallamos objetos de madera, cucharas, tablas para cortar el pan y, por la noche, estudiamos hasta tarde. La abuela está casi todo el tiempo en la cama. Apenas sale a la cocina. Estamos tranquilos.

Comemos mal, ya no hay ni verduras ni frutas, las gallinas ya no ponen. La abuela saca todos los días unas cuantas judías blancas y algunas patatas de la bodega, que sin embargo está llena de carnes ahumadas y de frascos de mermeladas.

A veces viene el cartero. Hace sonar el timbre de la bicicleta hasta que la abuela sale de casa. Entonces el cartero chupa su lápiz, escribe una cosa en un trocito de papel, le tiende el papel y el lápiz a la abuela, que traza una cruz en la parte baja del papel. El cartero le da dinero, un paquete o una carta, y se vuelve a ir hacia la ciudad, silbando.

La abuela se encierra en la habitación con el paquete o con el dinero. Si hay una carta, la echa al fuego.

Le preguntamos:

—Abuela, ¿por qué tiras la carta sin leerla?

Ella responde:

—No sé leer. Nunca fui a la escuela, no he hecho otra cosa que trabajar. No me mimaron como a vosotros.

—Nosotros podríamos leerle las cartas que recibes.

—Nadie debe leer las cartas que yo recibo.

Le preguntamos:

—¿Quién envía el dinero? ¿Quién envía los paquetes? ¿Quién envía las cartas?

No responde.

Al día siguiente, mientras está en la bodega, registramos su habitación. Debajo de su cama encontramos un paquete abierto. Hay jerséis, bufandas, gorros, guantes. No le decimos nada, porque comprendería que tenemos una llave que abre su habitación.

Después de la cena, esperamos. La abuela se bebe su aguardiente y después, tambaleante, va a abrir la puerta de su habitación con la llave que lleva colgando de la cintura. La seguimos, la empujamos por la espalda. Cae encima de la cama. Fingimos que buscamos y encontramos el paquete.

Le decimos:

—Esto no está bien, abuela. Pasamos frío, no tenemos ropa abrigada, no podemos salir, y tú quieres vender todo lo que nuestra madre ha tejido para nosotros y nos ha enviado.

La abuela no responde, está llorando.

Le decimos:

—Es nuestra madre quien envía el dinero, es nuestra madre quien te escribe cartas.

La abuela dice:

—No me escribe a mí. Sabe muy bien que yo no sé leer. Ella no me había escrito nunca. Ahora que estáis aquí, escribe. Pero ¡yo no necesito sus cartas! ¡No necesito nada que venga de ella!

El cartero

A partir de entonces, esperamos al cartero en la puerta del jardín. Es un vejete con una gorra. Lleva una bicicleta con unas carteras de cuero unidas al portaequipajes.

Cuando llega, no le damos ni tiempo de tocar el timbre: se lo quitamos a toda prisa.

Dice:

—¿Dónde está vuestra abuela?

Le decimos:

—No se preocupe por ella. Denos lo que trae.

Dice:

—No hay nada.

Quiere irse, pero nosotros lo empujamos. Se cae en la nieve. La bici se le cae encima. Suelta una palabrota.

Registramos sus carteras y encontramos una carta y un giro postal. Cogemos la carta y decimos:

—¡Denos el dinero!

Dice:

—No. Está dirigido a vuestra abuela.

—Pero es para nosotros. Es nuestra madre quien nos lo manda. Si no nos lo da, no dejaremos que se levante hasta que se quede muerto de frío.

Dice:

—Vale, vale. Ayudadme a levantarme, tengo una pierna aplastada debajo de la bicicleta.

Levantamos la bicicleta y ayudamos al cartero a levantarse. Es muy delgado y ligero.

Saca el dinero de uno de sus bolsillos y nos lo da.

Le preguntamos:

—¿Quiere una firma o una cruz?

Él dice:

—Con la cruz ya vale. Una cruz es igual que otra.

Y añade:

—Tenéis razón en defenderos. Todo el mundo conoce a vuestra abuela. No hay nadie más avaro que ella. Entonces, ¿es vuestra mamá quien os envía todo esto? Es muy buena. Yo la conocí de pequeña. Hizo bien en irse. Jamás habría podido casarse aquí. Con todos esos chismes...

Le preguntamos:

—¿Qué chismes?

—Como que ella envenenó a su marido. Quiero decir que vuestra abuela envenenó a vuestro abuelo. Es una historia muy antigua. De ahí viene que se la apode la Bruja.

Decimos:

—No queremos que se hable mal de la abuela.

El cartero da la vuelta a su bici.

—Bueno, bueno, pero teníais que saberlo.

Decimos:

—Ya lo sabíamos. A partir de ahora, solo nos entregará el correo a nosotros. Si no, lo mataremos. ¿Lo ha entendido?

El cartero dice:

—¡Seríais capaces, aprendices de criminales! Os traeré vuestro correo, a mí me da igual. ¿A mí qué me importa la Bruja?

Y se va empujando la bicicleta. Arrastra un poco la pierna para demostrar que le hemos hecho daño.

Al día siguiente, bien vestidos y calentitos, vamos al pueblo a comprarnos unas botas de goma con el dinero que nos ha enviado nuestra madre. Su carta la llevamos debajo de la camisa, por turnos.

El zapatero

El zapatero vive y trabaja en el sótano de una casa cerca de la estación. La sala es amplia. En un rincón tiene la cama, en otro la cocina. Su taller está frente a la ventana, que llega a ras del suelo. El zapatero está sentado en un taburete bajo, rodeado de zapatos y de utensilios. Nos mira por encima de las gafas; mira nuestros zapatos de charol, llenos de grietas.

Decimos:

—Buenos días, señor. Querríamos unas botas de goma impermeables y calientes. ¿Las vende usted? Tenemos dinero.

Dice:

—Sí, las vendo. Pero las forradas, las más calientes, son muy caras.

Decimos:

—Las necesitamos muchísimo. Tenemos frío en los pies.

Colocamos encima de la mesa baja el dinero que tenemos.

El zapatero dice:

—Solo da para un par. Pero con un par os basta. Calzáis el mismo número. Podéis salir por turnos.

—No es posible. No salimos jamás el uno sin el otro. Siempre vamos juntos a todas partes.

—Pedidle más dinero a vuestros padres.

—No tenemos padres. Vivimos en casa de nuestra abuela, la llaman la Bruja. Ella no nos dará dinero.

El zapatero dice:

—¿La Bruja es vuestra abuela? ¡Pobrecillos! ¿Y habéis venido desde su casa hasta aquí con esos zapatos?

—Sí, con estos zapatos. No podemos pasar el invierno sin botas. Debemos ir a buscar leña al bosque, debemos quitar la nieve. Necesitamos muchísimo...

—Dos pares de botas calientes e impermeables.

El zapatero ríe y nos tiende dos pares de botas.

—Probáoslas.

Nos las probamos; nos van muy bien.

Decimos:

—Nos las quedamos. Le pagaremos el segundo par en primavera, cuando vendamos pescado y huevos. O si lo prefiere le traeremos leña.

El zapatero nos devuelve el dinero.

—Tomad. Cogedlo. No quiero vuestro dinero. Compraos unos buenos calcetines. Os ofrezco esas botas porque las necesitáis muchísimo.

Decimos:

—No nos gusta recibir regalos.

—¿Y por qué?

—Porque no nos gusta dar las gracias.

—No estáis obligados a decir nada. Podéis iros. No, esperad. Tomad también estas zapatillas y unas sandalias para el verano y estos zapatos cerrados también. Son muy resistentes. Coged todo lo que queráis.

—Pero ¿por qué nos quiere dar todo eso?

—Porque ya no lo necesito. Me voy.

Le preguntamos:

—¿Y adónde va?

—¿Cómo saberlo? Se me llevan de aquí y me matarán.

Le preguntamos:

—¿Quién quiere matarlo y por qué?

Dice:

—No hagáis más preguntas. Marchaos ahora.

Cogemos los zapatos, las zapatillas y las sandalias. Llevamos las botas puestas. Nos detenemos en la puerta y decimos:

—Esperamos que no se lo lleven. Y si se lo llevan, que no lo maten. Adiós, señor, y gracias, muchas gracias.

Cuando volvemos, la abuela nos pregunta:

—¿Dónde habéis robado todo eso, ladronzuelos?

—No hemos robado nada. Es un regalo. No todo el mundo es tan avaro como tú, abuela.

El robo

Con las botas y la ropa caliente, podemos salir de nuevo. Nos deslizamos por la orilla helada, vamos a buscar leña al bosque.

Tomamos un hacha y una sierra. Ya no se puede coger la leña que ha caído al suelo; la capa de nieve es demasiado espesa. Trepamos a los árboles, serramos las ramas muertas y las cortamos con el hacha. Mientras hacemos este trabajo no tenemos frío. Incluso sudamos. Así podemos quitarnos los guantes y metérmolos en los bolsillos, para que no se gasten demasiado pronto.

Un día, al volver con dos haces de leña, damos un rodeo para ver a Cara de Liebre.

Nadie ha quitado la nieve que hay delante de la choza y no conduce a ella ninguna huella de pasos. La chimenea tampoco humea.

Llamamos a la puerta, nadie nos responde. Entramos. Al principio no vemos nada, de lo sombrío que está, pero los ojos se acostumbran rápido a la oscuridad. Es una sala que sirve de cocina y de dormitorio. En el rincón más oscuro hay una cama. Nos acercamos. Llamamos. Alguien se mueve debajo de las mantas y los abrigos viejos: surge la cabeza de Cara de Liebre.

Le preguntamos:

—¿Tu madre está ahí?

—Sí.

—¿Está muerta?

—No lo sé.

Dejamos la leña y encendemos fuego en el hogar, porque hace tanto frío dentro de la habitación como fuera. Enseguida vamos a casa de la abuela y en la bodega cogemos unas patatas y unas judías secas. Ordeñamos una cabra y volvemos a casa de la vecina. Calentamos la leche, fundimos nieve en una olla y cocemos en el agua las judías. Las patatas las asamos en el hogar.

Cara de Liebre se levanta y, muy débil, viene a sentarse junto al fuego.

La vecina no está muerta. Le echamos un poquito de leche de cabra en la boca. Le decimos a Cara de Liebre:

—Cuando esté hecho, come tú y dale de comer a tu madre. Volveremos.

Con el dinero que nos ha devuelto el zapatero nos hemos comprado unos cuantos pares de calcetines, pero no lo hemos gastado todo. Vamos a un colmado para comprar un poco de harina y coger sal y azúcar sin pagarlos. También vamos a la carnicería, compramos una loncha de tocino pequeña y nos llevamos un salchichón gordo sin pagar. Volvemos a casa de Cara de Liebre. Ella y su madre se lo han comido todo. La madre sigue en la cama, Cara de Liebre lava los platos.

Le decimos:

—Os traeremos un haz de leña todos los días. También unas judías y unas patatas. Para lo demás hará falta dinero. No tenemos más. Sin dinero, no se puede entrar en ninguna tienda. Hay que comprar algo para poder robar otras cosas.

Ella dice:

—Es increíble lo listos que sois. Tenéis razón. A mí ya no me dejan entrar en las tiendas. Nunca habría pensado que vosotros seríais capaces de robar.

Le decimos:

—¿Por qué no? Será nuestro ejercicio de habilidad. Pero nos hace falta un poco de dinero. Es imprescindible.

Ella reflexiona y dice:

—Id a pedirselo al señor cura. A veces me daba si yo aceptaba enseñarle mi rajita.

—¿Te pedía eso?

—Sí. Y a veces me metía el dedo dentro. Y después me daba dinero para que no le dijese nada a nadie. Decidle que Cara de Liebre y su madre necesitan dinero.

El chantaje

Vamos a ver al señor cura. Vive junto a la iglesia en una casa grande que se llama rectoría.

Tiramos del cordón de la campanilla. Una vieja nos abre la puerta.

—¿Qué queréis?

—Queremos ver al señor cura.

—¿Por qué?

—Por alguien que va a morir.

La vieja nos hace entrar en una antesala. Llama a una puerta.

—¡Señor cura —grita—, una extremaunción!

Una voz responde detrás de la puerta:

—Ya voy. Que me esperen.

Esperamos unos minutos. Un hombre alto y flaco con el rostro severo sale de la habitación.

Lleva una especie de capa blanca y dorada encima de la sotana oscura. Nos pregunta:

—¿Dónde es eso? ¿Quién os envía?

—Cara de Liebre y su madre.

Él nos dice:

—Os pregunto el nombre exacto de esa gente.

—Ignoramos su nombre exacto. La madre es ciega y sorda. Viven en la última casa del pueblo. Están a punto de morir de hambre y de frío.

El cura dice:

—Aunque no conozco en absoluto a esas personas, estoy dispuesto a darles la extremaunción.

Vamos. Indicadme el camino.

Decimos:

—Todavía no necesitan la extremaunción. Lo que necesitan es un poco de dinero. Les hemos llevado leña, unas patatas y unas judías secas, pero no podemos hacer más. Cara de Liebre nos ha enviado aquí. A veces usted le daba un poco de dinero.

—Es posible. Doy dinero a muchos pobres. No puedo acordarme de todos. ¡Tomad!

Busca en los bolsillos bajo la capa y nos da unas monedas. Las cogemos y decimos:

—Es poco. Es muy poco. No hay suficiente ni para comprar una hogaza de pan.

—Lo siento. Hay muchos pobres. Y los fieles casi no dan donativos. Todo el mundo tiene problemas en estos momentos. ¡Id en paz y que Dios os bendiga!

Decimos:

—Por hoy nos contentamos con este dinero, pero nos veremos obligados a volver mañana.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso? ¿Mañana? No os dejaré entrar. Salid de aquí inmediatamente.

—Mañana llamaremos hasta que nos dejen entrar. Golpearemos las ventanas, daremos patadas a su puerta y le contaremos a todo el mundo lo que le hacía usted a Cara de Liebre.

—Yo no le he hecho nunca nada a Cara de Liebre. Ni siquiera sé quién es. Ella os ha contado cosas que se ha inventado. Las fantasías de una niña retrasada no se pueden tomar en serio. Nadie os creerá. ¡Todo lo que cuenta es falso!

Decimos:

—Da igual si es cierto o falso. Lo esencial es la calumnia. A la gente le encanta el escándalo.

El cura se sienta en una silla, se seca la cara con un pañuelo.

—Es monstruoso. ¿Sabéis lo que estáis a punto de hacer?

—Sí, señor. Chantaje.

—A vuestra edad... Es deplorable.

—Sí, es deplorable que nos veamos obligados a llegar a esto. Pero Cara de Liebre y su madre necesitan dinero, lo necesitan de verdad.

El cura se levanta, se quita la capa y dice:

—Esta es una prueba que me envía Dios. ¿Cuánto queréis? Yo no soy rico.

—Diez veces la cantidad que nos ha dado. Una vez por semana. No le pedimos nada imposible.

Saca dinero de su bolsillo, nos lo da.

—Venid cada sábado. Pero no imaginéis en absoluto que hago esto por ceder a vuestro chantaje. Lo hago por caridad.

Decimos:

—Eso es exactamente lo que esperábamos del señor cura.

Acusaciones

Una tarde, el ordenanza entra en la cocina. No le habíamos visto desde hacía mucho tiempo. Dice:

—¿Venir a ayudar a descargar jeep?

Nos ponemos las botas, le seguimos hasta el jeep parado en la carretera ante la puerta del jardín. El ordenanza nos pasa unas cajas y unos paquetes que llevamos a la habitación del oficial.

Le preguntamos:

—¿Vendrá esta noche el señor oficial? No lo hemos visto todavía.

El ordenanza dice:

—El oficial no venir aquí invierno. Quizá no volver nunca. Tener pena de amor. Quizá encontrar algún otro, más tarde. Olvidar. Esas historias no ser para vosotros. Vosotros traer leña para calentar habitación.

Traemos leña y hacemos fuego en la pequeña estufa de metal. El ordenanza abre las cajas y los paquetes y pone en la mesa botellas de vino, de aguardiente, de cerveza, y un montón de cosas de comer: salchichones, conservas de carne y de verduras, arroz, galletas, chocolate, azúcar, café...

El ordenanza abre una botella, empieza a beber y dice:

—Yo calentar conservas en escudilla, encima de hornillo de alcohol. Esta noche beber, cantar con compañeros. Celebrar victoria contra enemigo. Nosotros pronto ganar guerra con nueva arma milagrosa.

Le preguntamos:

—Entonces, ¿la guerra acabará pronto?

Él dice:

—Sí. Muy pronto. ¿Por qué mirar así comida en la mesa? Si tener hambre, comer chocolate, galletas, salchichas.

Decimos:

—Hay muchas personas que se mueren de hambre.

—¿Y qué? No pensar en eso. Muchas gentes morir de hambre o de otra cosa. Nosotros no pensar. Nosotros comer y no morir.

Se ríe. Decimos:

—Conocemos a una mujer ciega y sorda que vive cerca de aquí con su hija. No sobrevivirán a este invierno.

—No culpa mía.

—Sí, es culpa suya. Suya y de su país. Nos han traído la guerra.

—Antes de la guerra, ¿cómo hacer para comer la ciega y la hija?

—Antes de la guerra vivían de la caridad. La gente les daba ropa vieja, zapatos viejos, les llevaban comida. Ahora ya nadie da nada. La gente es pobre o tiene miedo a convertirse en pobre. La guerra los ha vuelto avaros y egoístas.

El ordenanza grita:

—¡A mí qué importar todo esto! ¡Callar!

—Sí, usted se ríe y se come nuestra comida.

—No comida vuestra. Yo coger en las reservas del cuartel.

—Todo lo que se encuentra encima de esta mesa proviene de nuestro país: las bebidas, las conservas, las galletas, el azúcar. Nuestro país alimenta a su ejército.

El ordenanza se pone colorado. Se sienta a la cama y se coge la cabeza entre las manos.

—¿Vosotros creer que yo querer guerra y venir a vuestra mierda de país? Yo mucho mejor en mi casa, tranquilo, hacer sillas y mesas. Beber vino de mi país, divertir con chicas amables de mi país. Aquí todos malos y vosotros también, niños. Vosotros decir que todo es culpa mía. ¿Yo qué poder hacer? Si yo digo que no ir a la guerra, que no venir a vuestro país, yo fusilado. Coger todo vosotros, vamos, coger todo encima de la mesa. La fiesta acabada, yo triste, vosotros malos conmigo.

Decimos:

—No queremos cogerlo todo, solo algunas conservas y un poco de chocolate. Pero podría traer de vez en cuando, al menos durante el invierno, leche en polvo, harina o alguna otra cosa para comer.

Él dice:

—Bien. Eso sí poder. Vosotros venir conmigo mañana a casa de la ciega. Pero buenos conmigo, después. ¿Sí?

Decimos:

—Sí.

El ordenanza se ríe. Llegan sus amigos. Nos vamos. Les oímos cantar toda la noche.

La sirvienta de la rectoría

Una mañana, hacia el final del invierno, estamos sentados en la cocina con la abuela. Lllaman a la puerta y entra una mujer joven. Dice:

—Buenos días. Vengo a buscar unas patatas para...

Deja de hablar y nos mira.

—¡Son encantadores!

Coge un taburete y se sienta.

—Ven aquí, tú.

No nos movemos.

—O tú.

No nos movemos. Ella se ríe.

—Pero venid, venid, acercaos. ¿Os doy miedo?

Decimos:

—No tenemos miedo a nadie.

Nos acercamos a ella. Dice:

—¡Dios mío! Pero ¡qué guapos sois! ¡Y qué sucios vais!

La abuela pregunta:

—¿Qué quiere?

—Patatas para el señor cura. ¿Por qué estáis tan sucios? ¿Nunca os laváis?

La abuela dice, molesta:

—Eso no es asunto suyo. ¿Por qué no ha venido la vieja?

La joven se echa de reír de nuevo.

—¿La vieja? Era más joven que usted. Pero es que se murió ayer. Era mi tía. Yo la reemplazo en la rectoría.

La abuela dice:

—Tenía cinco años más que yo. Así que ha muerto... ¿Cuántas patatas quiere, pues?

—Diez kilos o más, si tiene. Y también manzanas. Y también... ¿Qué más le queda? El cura está delgado como un fideo y no tiene nada en la despensa.

La abuela dice:

—Debería haberlo pensado en otoño.

—En otoño yo todavía no estaba en su casa. Llegué ayer por la tarde.

La abuela dice:

—Le advierto que en esta época del año todo lo que se come está caro.

La joven ríe más aún.

—Ponga un precio. No tenemos elección. En las tiendas no hay casi nada.

—Y pronto no habrá nada en ninguna parte.

La abuela suelta una risita y sale. Nosotros nos quedamos solos con la sirvienta del cura. Ella nos pregunta:

—¿Por qué nunca os laváis?

—Aquí no hay cuarto de baño ni jabón. No hay manera de lavarse.

—¡Y vuestra ropa! ¡Qué horror! ¿No tenéis otra?

—Tenemos más en las maletas, debajo del banco. Pero está sucia y desgarrada. La abuela no nos la lava nunca.

—¿Así que la Bruja es vuestra abuela? ¡Verdaderamente, existen los milagros!

La abuela vuelve con dos sacos.

—Serán diez monedas de plata o una de oro. No acepto billetes. Pronto no tendrán ningún valor, son solo papel.

La sirvienta pregunta:

—¿Qué hay en los sacos?

La abuela responde:

—Comida. La toma o la deja.

—La tomo. Le traeré el dinero mañana. ¿No podrían ayudarme los pequeños a llevar los sacos?

—Pueden, si quieren. No siempre quieren. No obedecen a nadie.

La sirvienta nos lo pide:

—Pero vosotros sí que queréis, ¿verdad? Cada uno llevará un saco y yo llevaré vuestras maletas.

La abuela pregunta:

—¿Qué es esa historia de las maletas?

—Voy a lavarles la ropa sucia. Se la traeré mañana, con el dinero.

La abuela ríe.

—¿Lavarles la ropa? Bueno, si le divierte...

Nos vamos con la sirvienta. Caminamos detrás de ella hasta la rectoría. Observamos sus dos trenzas rubias danzando sobre su chal negro, unas trenzas espesas y largas. Le llegan a la cintura. Sus caderas se mueven bajo la falda roja. Se le puede ver un trocito de pierna entre la falda y las botas. Las medias son negras y en la de la derecha se le ha corrido un punto.

El baño

Llegamos a la rectoría con la sirvienta. Nos hace entrar por la puerta trasera. Dejamos los sacos en la despensa y vamos al lavadero. Allí hay cuerdas por todas partes para tender la ropa. También hay recipientes de todas clases, entre ellos una bañera de cinc de una forma muy rara, como si fuese un sillón hondo.

La sirvienta abre nuestras maletas, pone a remojar nuestra ropa en agua fría y después enciende el fuego para calentar el agua en dos calderos grandes. Dice:

—Lavaré ahora mismo todo lo que necesitéis de inmediato. Mientras os bañáis, se secará. Os llevaré el resto de la ropa mañana o pasado mañana. También habrá que zurcirla.

Echa agua hirviendo en la bañera y añade agua fría.

—Vamos, ¿quién empieza?

No nos movemos. Ella dice:

—¿Tú o tú? ¡Vamos, desnudaos!

Le preguntamos:

—¿Se quiere quedar aquí mientras nos bañamos?

Ella se ríe muy fuerte.

—¡Pues claro que me voy a quedar aquí! Y además os frotaré la espalda y os lavaré el pelo. No os dará vergüenza desnudaros delante de mí... Casi podría ser vuestra madre.

Seguimos sin movernos. Entonces ella empieza a desnudarse.

—Peor para vosotros. Empezaré yo. Veis, a mí no me da vergüenza desnudarme. Solo sois unos niños.

Canturrea, pero se sonroja al darse cuenta de que la miramos. Tiene los senos duros y puntiagudos como globos que no se hubiesen acabado de hinchar. Tiene la piel muy blanca y muchos pelos rubios por todas partes. No solo entre las piernas y debajo de los brazos, sino también en la tripa y los muslos. Sigue cantando en el agua, frotándose con un guante de baño. Cuando sale del baño, se pone un albornoz enseguida. Cambia el agua de la bañera y empieza a lavar la ropa dándonos la espalda. Entonces nos desnudamos y nos metemos juntos en la bañera. Hay espacio de sobras para los dos.

Al cabo de un rato, la sirvienta nos tiende dos lienzos grandes y blancos.

—Espero que os hayáis frotado bien por todas partes.

Nos sentamos en un banco, envueltos en los lienzos, esperando que se seque nuestra ropa. El lavadero está lleno de vapor y hace mucho calor. La sirvienta se acerca con unas tijeras.

—Voy a cortaros las uñas. Y dejad de hacer aspavientos, no os voy a comer.

Nos corta las uñas de las manos y de los pies. Nos corta también el pelo. Nos besa en la cara y en el cuello, y no deja de hablar.

—¡Oh! ¡Qué piecitos tan bonitos, tan chiquititos y tan limpios! ¡Oh! ¡Qué orejitas tan encantadoras, qué cuello tan suavecito, tan suavecito! ¡Oh! ¡Cómo me gustaría tener dos niños tan guapos, tan monos, solo para mí! Les haría cosquillas por todas partes, por aquí, por aquí...

Nos acaricia y nos besa todo el cuerpo. Nos hace cosquillas con la lengua en el cuello, debajo de los brazos, entre las nalgas. Se arrodilla delante del banco y nos chupa el sexo, que se nos hincha y se nos endurece en su boca.

Ahora está sentada entre los dos y nos aprieta contra su cuerpo.

—Si tuviera dos niñitos tan guapísimos, les daría para beber lechecita rica, bien dulcecita, así, así.

Atrae nuestras cabezas hacia sus senos, que sobresalen del albornoz, y chupamos los bultitos rosados que se han puesto muy duros. La sirvienta se mete las manos debajo del albornoz y se frota entre las piernas.

—¡Qué lástima que no seáis un poco mayores! ¡Oh! ¡Qué bien, qué bien, cómo me gusta jugar con vosotros!

Suspira, jadea y después, bruscamente, se pone tiesa.

Cuando nos vamos, nos dice:

—Volved todos los sábados a bañaros. Traed la ropa sucia. Quiero que estéis siempre limpios.

Decimos:

—Le traeremos leña a cambio de su trabajo. Y pescado y setas, cuando haya.

El cura

Al sábado siguiente volvemos a bañarnos. Después, la sirvienta nos dice:

—Venid a la cocina. Prepararé té y pan con mantequilla.

Estamos a punto de comernos las rebanadas de pan con mantequilla cuando entra el cura.

Decimos:

—Buenos días, señor.

La sirvienta dice:

—Padre, estos son mis protegidos. Los nietecitos de la anciana a la que la gente llama la Bruja.

El cura dice:

—Ya los conozco. Venid conmigo.

Le seguimos. Atravesamos una sala donde solo hay una mesa redonda rodeada de sillas y un crucifijo en la pared. Luego entramos en una habitación oscura cuyas paredes están cubiertas de libros hasta el techo. Frente a la puerta, un reclinatorio con un crucifijo; junto a la ventana, un escritorio; en un rincón, una cama estrecha, y tres sillas colocadas junto a la pared. Ese es todo el mobiliario del cuarto.

El cura dice:

—Habéis cambiado mucho. Ahora estáis limpios. Parecéis dos angelitos. Sentaos.

Lleva dos sillas frente a su escritorio y nos sentamos. Se sienta detrás del escritorio y nos tiende un sobre.

—Aquí tenéis el dinero.

Al coger el sobre, decimos:

—Pronto podrá dejar de dárnoslo. En verano Cara de Liebre se las arregla sola.

El cura dice:

—No. Seguiré ayudando a esas dos mujeres. Me da vergüenza no haberlo hecho antes. ¿Y si hablamos de otro asunto?

Nos mira; callamos. Dice:

—Nunca os veo en la iglesia.

—No vamos.

—¿Rezáis a veces?

—No, no rezamos.

—Pobres ovejitas. Yo rezaré por vosotros. ¿Sabéis leer, al menos?

—Sí, señor. Sabemos leer.

El cura nos tiende un libro.

—Tomad, leed esto. Encontraréis bellas historias sobre Jesucristo y la vida de los santos.

—Esas historias ya las conocemos. Tenemos una Biblia. El Antiguo y el Nuevo Testamento.

El cura levanta las cejas negras.

—¿Cómo? ¿Habéis leído toda la Sagrada Biblia?

—Sí, señor. Incluso nos sabemos algunos pasajes de memoria.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Pasajes del Génesis, el Éxodo, el Eclesiastés, el Apocalipsis y otros.

El cura se queda callado un momento y luego dice:

—¿Conocéis, pues, los Diez Mandamientos? ¿Los respetáis?

—No, señor, no los respetamos. Nadie los respeta. Está escrito: «no matarás» y todo el mundo mata.

El cura dice:

—Por desdicha... es la guerra.

Le decimos:

—Nos gustaría leer otros libros que no fuesen la Biblia, pero no tenemos. Usted tiene muchos. Podría prestarnos algunos.

—Son libros demasiado difíciles para vosotros.

—¿Son más difíciles que la Biblia?

El cura nos mira. Pregunta:

—¿Qué tipo de libros os gustaría leer?

—Libros de historia y de geografía. Libros que cuenten cosas verdaderas, nada de cosas inventadas.

El cura dice:

—De aquí al sábado próximo encontraré algunos libros que os convengan. Ahora dejadme solo. Volved a la cocina y acabaos el pan.

La sirvienta y el ordenanza

Recogemos cerezas en el jardín con la sirvienta. El ordenanza y el oficial extranjero llegan en el jeep. El oficial entra derecho en su habitación. El ordenanza se detiene junto a nosotros. Dice:

—Buenos días, amiguitos, buenos días, linda señorita. ¿Cerezas ya maduras? Yo gustar mucho cerezas, yo gustar mucho linda señorita.

El oficial llama por la ventana. El ordenanza debe entrar en casa. La sirvienta nos dice:

—¿Por qué no me habíais dicho que había hombres en vuestra casa?

—Son extranjeros.

—¿Y qué? ¡Qué guapo es el oficial!

Le preguntamos:

—¿Y el ordenanza no le gusta?

—Es bajo y gordo.

—Pero es amable y divertido. Y habla bien nuestra lengua.

Ella dice:

—Me da igual. A mí me gusta el oficial.

El oficial se sienta en el banco ante su ventana. La cesta de la sirvienta ya está llena de cerezas, podría volver a la rectoría, pero se queda allí. Mira al oficial riéndose muy fuerte. Se cuelga de una rama del árbol, se balancea, salta, se echa en la hierba y finalmente lanza una margarita al oficial. El oficial se levanta, entra de nuevo en su habitación. Poco después sale y se va con el jeep.

El ordenanza se asoma a la ventana y grita:

—¿Quién venir a ayudar a un pobre hombre a limpiar habitación muy sucia?

Le decimos:

—Nosotros queremos ayudarte.

Él dice:

—Necesitar mujer para ayudar. Necesitar linda señorita.

Le decimos a la sirvienta:

—Venga. Ayudémosle un poco.

Vamos los tres a la habitación del oficial. La sirvienta coge la escoba y empieza a barrer. El ordenanza se sienta en la cama. Dice:

—Yo soñar. Una princesa ver en ese sueño. Princesa debe pellizcar para despertar.

La sirvienta se ríe, pellizca muy fuerte la mejilla del ordenanza.

El ordenanza grita:

—¡Ahora yo despierto! Yo también querer pellizcar princesita mala.

Coge a la sirvienta entre sus brazos y le pellizca las nalgas. La sirvienta se debate, pero el ordenanza la coge muy fuerte. Nos dice:

—¡Vosotros, fuera! Y cerrar puerta.

Le preguntamos a la sirvienta:

—¿Quieres que nos quedemos?

Ella se ríe.

—¿Para qué? Sé defenderme muy bien sola.

Entonces salimos de la habitación y cerramos la puerta. La sirvienta se acerca a la ventana, nos sonrío, tira de los postigos y cierra la ventana. Subimos al desván y por los agujeros vemos lo que pasa en la habitación del oficial.

El ordenanza y la sirvienta están echados en la cama. La sirvienta está desnuda, el ordenanza lleva solamente la camisa y los calcetines. Está acostado encima de la sirvienta y los dos se mueven de adelante hacia atrás y de derecha a izquierda. El ordenanza gruñe como el cerdo de la abuela y la sirvienta lanza gritos como si le hiciesen daño, pero se ríe al mismo tiempo y grita:

—¡Sí, sí, sí, oh, oh, oh!

Desde ese día, la sirvienta vuelve a menudo y se encierra con el ordenanza. Nosotros les miramos a veces, pero no siempre.

El ordenanza prefiere que la sirvienta se agache o que se ponga a cuatro patas y la toma por detrás.

La sirvienta prefiere que el ordenanza esté echado de espaldas. Entonces ella se sienta encima del vientre del ordenanza y se mueve de arriba abajo, como si montase a caballo.

El ordenanza a veces le regala unas medias o agua de colonia a la sirvienta.

El oficial extranjero

Practicamos nuestro ejercicio de inmovilidad en el jardín. Hace calor. Estamos echados de espaldas a la sombra del nogal. A través de las hojas, vemos el cielo y las nubes. Las hojas de los árboles están inmóviles; las nubes también lo parecen, pero, si las miramos mucho rato, atentamente, nos damos cuenta de que se deforman y se estiran.

La abuela sale de casa. Al pasar junto a nosotros, de una patada, nos echa arena y grava encima de la cara y el cuerpo. Farfulla algo y se va a la viña a echar la siesta.

El oficial está sentado, con el torso desnudo y los ojos cerrados, en el banco que hay delante de su habitación, con la cabeza apoyada en el muro blanco, a pleno sol. De repente viene hacia nosotros; nos habla, pero nosotros no le respondemos ni lo miramos. Se vuelve hacia su banco.

Más tarde, el ordenanza nos dice:

—El señor oficial quiere que venir a hablar con él.

No respondemos. Él insiste:

—Levantar y venir. El oficial enfadar si vosotros no obedecer.

No nos movemos.

El oficial dice algo y el ordenanza entra en la habitación. Se le oye cantar haciendo la limpieza.

Cuando el sol toca el tejado de la casa al lado de la chimenea, nos levantamos. Vamos hasta el oficial y nos quedamos ante él. Este llama al ordenanza. Preguntamos:

—¿Qué quiere?

El oficial hace unas preguntas y el ordenanza traduce:

—El señor oficial preguntar ¿por qué no mover, por qué no hablar?

Respondemos:

—Hacíamos nuestro ejercicio de inmovilidad.

El ordenanza traduce más:

—El señor oficial decir vosotros hacer muchos ejercicios. De otros tipos. Os ha visto golpear el uno al otro con cinturón.

—Era nuestro ejercicio de endurecimiento.

—El señor oficial decir ¿por qué hacer todo eso?

—Para acostumbrarnos al dolor.

—Él preguntar ¿vosotros gustar hacer daño?

—No. Solo queremos vencer el dolor, el calor, el frío, el hambre, todo lo que duele.

—El señor oficial admirar vosotros. Encontrar extraordinarios.

El oficial añade algunas palabras. El ordenanza nos dice:

—Bueno, acabado. Yo tener que ir ahora. Vosotros también salir pitando, ir a pescar.

Pero el oficial nos retiene por el brazo sonriendo y hace señas al ordenanza de que se vaya. El ordenanza da algunos pasos, se vuelve:

—¡Vosotros ir! ¡Rápido! Ir pasear al pueblo.

El oficial le mira y el ordenanza se aleja hasta la puerta del jardín, desde donde nos grita:
—¡Largar vosotros! ¡No quedar! ¿No entendido, idiotas?

Se va. El oficial nos sonríe, nos hace entrar en su habitación. Se sienta en una silla, nos atrae hacia él, nos levanta, nos hace sentar en sus rodillas. Nosotros pasamos los brazos en torno a su cuello, nos apretamos contra su pecho velludo.  l nos acuna.

Debajo de nosotros, entre las piernas del oficial, notamos un movimiento cálido. Nos miramos y después miramos al oficial a los ojos.  l nos empuja suavemente, nos alborota el pelo, se pone de pie. Nos tiende dos fustas y se acuesta en la cama, de cara. Dice una sola palabra que, sin conocer su idioma, entendemos.

Le golpeamos. Una vez uno, otra vez el otro.

La espalda del oficial se llena de rayas rojas. Le golpeamos cada vez más y más fuerte. El oficial gime y, sin cambiar de posición, se baja el pantalón y el calzoncillo hasta los tobillos. Le golpeamos las nalgas blancas, los muslos, las piernas, la espalda, el cuello, los hombros con todas nuestras fuerzas, y todo se vuelve rojo.

El cuerpo, los cabellos, la ropa del oficial, las sábanas, la alfombra, nuestras manos, nuestros brazos, todo está rojo. La sangre se nos mete incluso en los ojos, se mezcla con nuestro sudor y continuamos golpeando hasta que el hombre lanza un grito final, inhumano, y caemos, agotados, al pie de su cama.

El idioma extranjero

El oficial nos trae un diccionario con el cual se puede aprender su lengua. Aprendemos las palabras y el ordenanza nos corrige la pronunciación. Algunas semanas más tarde hablamos con fluidez esa nueva lengua. No dejamos de hacer progresos. El ordenanza ya no tiene que hacer de intérprete. El oficial está muy orgulloso de nosotros. Nos regala una armónica. Nos da también una llave de su habitación para que podamos entrar cuando queramos (ya habíamos entrado con nuestra llave, pero a escondidas). Ahora no tenemos necesidad de escondernos y podemos hacer lo que nos dé la gana: comer galletas y chocolate, fumar cigarrillos.

Vamos a menudo a esa habitación, ya que allí todo está limpio y estamos más tranquilos que en la cocina. Allí es donde hacemos los deberes la mayoría de las veces.

El oficial posee un gramófono y algunos discos. Acostados en la cama, escuchamos música. Una vez, para complacer al oficial, ponemos el himno nacional de su país. Pero él se enfada y rompe el disco de un puñetazo.

A veces nos dormimos en la cama, que es muy grande. Una mañana el ordenanza nos encuentra allí; no está nada contento.

—¡Qué imprudencia! No más hacer tonterías así. ¿Qué pasar un día si oficial llegar por la noche?

—¿Qué podría pasar? Hay bastante sitio para él también.

El ordenanza dice:

—Vosotros muy tontos. Una vez pagar la tontería. Si oficial hacer daño a vosotros, yo matar.

—No nos hará daño. No se preocupe por nosotros.

Una noche, el oficial vuelve y nos encuentra dormidos en su cama. La luz de la lámpara de petróleo nos despierta. Le preguntamos:

—¿Quiere que nos vayamos a la cocina?

El oficial nos acaricia la cabeza y dice:

—Quedaos. Quedaos por favor.

Se desnuda y se acuesta entre los dos. Nos rodea con sus brazos, nos cuchichea al oído:

—Dormid. Os amo. Dormid tranquilamente.

Nos volvemos a dormir. Más tarde, ya de día, queremos levantarnos, pero el oficial nos retiene:

—No os mováis. Dormid un poco más.

—Necesitamos ir a orinar. Tenemos que salir.

—No salgáis. Hacedlo aquí.

Le preguntamos:

—¿Dónde?

Dice:

—Encima de mí. Sí. No tengáis miedo. ¡Mead! En mi cara.

Lo hacemos y después salimos al jardín, porque la cama está completamente mojada. Ya clarea; empezamos nuestros trabajos de la mañana.

El amigo del oficial

El oficial vuelve a veces con un amigo, otro oficial más joven. Pasan la tarde juntos y el amigo también se queda a dormir. Les hemos observado varias veces por el agujero practicado en el techo.

Es una tarde de verano. El ordenanza prepara algo en el infiernillo de alcohol. Pone un mantel en la mesa y nosotros colocamos unas flores. El oficial y su amigo están sentados a la mesa y beben. Más tarde, comen. El ordenanza come junto a la puerta, sentado en un taburete. Después, beben más aún. Mientras tanto, nos ocupamos de la música. Cambiamos los discos, damos cuerda al gramófono.

El amigo del oficial dice:

—Esos críos me ponen nervioso. Échalos.

El oficial le pregunta:

—¿Celoso?

El amigo responde:

—¿De esos? ¡Grotesco! Son dos pequeños salvajes.

—Pero son muy guapos, ¿no te parece?

—Quizá. No los he mirado.

—Vaya, así que no los has mirado. Entonces míralos.

El amigo se pone rojo.

—Pero ¿qué quieres? Me ponen nervioso con su aire hipócrita. Como si nos escuchasen y nos espiasen.

—Es que nos escuchan. Hablan perfectamente nuestra lengua. Lo entienden todo.

El amigo se pone pálido y se levanta.

—¡Esto es demasiado! ¡Me marchó!

El oficial dice:

—No seas idiota. Salid, chicos.

Salimos de la habitación y subimos al desván. Miramos y escuchamos.

El amigo del oficial dice:

—Me has dejado en ridículo delante de esos críos estúpidos.

El oficial dice:

—Son los niños más inteligentes que he conocido en mi vida.

El amigo dice:

—Dices eso para herirme, para hacerme daño. Lo haces para atormentarme, para humillarme.
¡Un día te mataré!

El oficial echa su revólver encima de la mesa.

—¡No pido otra cosa! Cógelo. ¡Mátame! ¡Venga!

El amigo coge el revólver y apunta al oficial.

—Lo haré. Ya lo verás, lo haré. La próxima vez que me hables de él, del otro, te mato.

El oficial cierra los ojos y sonríe.

—Era guapo... joven... fuerte... gracioso... delicado... cultivado... tierno... soñador... valiente... insolente... Yo le amaba. Murió en el frente del Este. Tenía diecinueve años. No puedo vivir sin él.

El amigo arroja el revólver encima de la mesa y dice:

—¡Cabrón!

El oficial abre los ojos y mira a su amigo.

—¡Qué falta de valor! ¡Qué falta de carácter!

El amigo dice:

—Pues hazlo tú mismo, si tanto valor tienes, si tanta pena sientes. Si no puedes vivir sin él, síguele en la muerte. ¿Quieres que te ayude? ¡No estoy loco! ¡Revienta! ¡Muérete tú solo!

El oficial coge el revólver y se lo apoya en la sien. Bajamos del desván. El ordenanza está sentado delante de la puerta abierta de la habitación. Le preguntamos:

—¿Cree que se va a matar?

El ordenanza se ríe.

—No tener miedo. Ellos siempre hacer esto cuando demasiado beber. Yo descargar dos revólveres antes.

Entramos en la habitación y le decimos al oficial:

—Nosotros le mataremos si de verdad lo quiere. Denos su revólver.

El amigo dice:

—¡Pequeños monstruos!

El oficial dice, sonriente:

—Gracias. Sois muy amables. Solo estábamos jugando. Id a dormir.

Se levanta para cerrar la puerta detrás de nosotros y ve al ordenanza:

—¿Aún estás ahí?

—No he recibido permiso para retirarme.

—¡Vete! ¡Quiero que me dejen en paz! ¿Entendido?

A través de la puerta le oímos aún decir a su amigo:

—¡Qué lección para ti, blanducho!

Oímos también ruidos de pelea, de golpes, estruendo de sillas volcadas, una caída, gritos, jadeos. Después reina el silencio.

Nuestro primer espectáculo

La sirvienta canta a menudo. Canciones populares antiguas y canciones nuevas de moda que hablan de la guerra. Escuchamos las canciones, las repetimos con la armónica. Pedimos también al ordenanza que nos enseñe canciones de su país.

Una noche, tarde, cuando la abuela ya se ha acostado, nos vamos al pueblo. Cerca del castillo, en una calle vieja, llegamos a una casa baja. Ruido, voces y humo proceden de la puerta que se abre a una escalera. Bajamos los escalones de piedra y desembocamos en una bodega convertida en una taberna. Unos hombres, de pie o sentados en bancos de madera y toneles, beben vino. La mayor parte son viejos, pero también hay algunos jóvenes, así como tres mujeres. Nadie nos hace el menor caso.

Uno empieza a tocar la armónica y el otro a cantar una canción conocida, acerca de una mujer que espera a su marido que se fue a la guerra y que volverá pronto, victorioso.

La gente, poco a poco, se vuelve hacia nosotros: las voces callan. Cantamos, tocamos cada vez más fuerte, oímos resonar nuestra melodía, hacer eco en la bóveda de la bodega, como si fuese otro el que tocase y cantase.

Cuando terminamos la canción, levantamos los ojos hacia los rostros cansados y vacíos. Una mujer ríe y aplaude. Un hombre joven a quien le falta un brazo dice con voz ronca:

—Seguid. ¡Tocad otra cosa!

Intercambiamos los papeles. El que antes tocaba la armónica se la pasa al otro y empezamos otra canción.

Un hombre muy delgado se acerca a nosotros tambaleándose y nos grita a la cara:

—¡Silencio, perros!

Nos empuja brutalmente uno a la derecha y el otro a la izquierda; perdemos el equilibrio, se nos cae la armónica. El hombre sube por la escalera apoyándose en la pared. Le oímos gritar todavía desde la calle:

—¡Que se calle todo el mundo!

Recogemos la armónica, la limpiamos. Alguien dice:

—Está sordo.

Otro dice:

—No solo está sordo. También está loco de remate.

Un viejo nos acaricia el pelo. Las lágrimas brotan de sus ojos hundidos, con ojeras negras.

—¡Qué desgracia! ¡Qué mundo de desgracias! ¡Pobres niños! ¡Pobre mundo!

Una mujer dice:

—Sordo o loco, el caso es que ha vuelto. Y tú también has vuelto.

Se sienta encima de las rodillas del hombre a quien le falta un brazo. El hombre dice:

—Tienes razón, hermosa, he vuelto. Pero ¿cómo voy a trabajar? ¿Con qué voy a sujetar las tablas para serrarlas? ¿Con la manga vacía de mi chaqueta?

Otro joven, sentado en un banco, dice riendo:

—Yo también he vuelto. Solo que estoy paralizado por abajo. Las piernas y todo lo demás. Ya no me empalmaré nunca más. Habría preferido palmarla de golpe, quedarme allí, de una vez.

Otra mujer dice:

—Nunca estáis contentos. Los que veo morir en el hospital dicen: «Fuese cual fuese mi estado, me gustaría sobrevivir, volver a mi casa, ver a mi mujer, a mi madre, como fuera, vivir un poco más aún».

Un hombre dice:

—Tú, cierra el pico. Las mujeres no han visto nada de la guerra.

La mujer dice:

—¿Que no hemos visto nada? ¡Imbécil! Nosotras hacemos todo el trabajo, tenemos todas las preocupaciones: alimentar a los niños, cuidar a los heridos... Vosotros, una vez que acaba la guerra, sois todos unos héroes. Muertos: héroes. Supervivientes: héroes. Mutilados: héroes. Y por eso habéis inventado la guerra vosotros, los hombres. Es vuestra guerra. Vosotros la habéis querido, ¡así que hacedla, héroes de mierda!

Todos se ponen a hablar y a gritar. El viejo, cerca de nosotros, dice:

—Nadie ha querido esta guerra. Nadie, nadie.

Salimos de la bodega; decidimos volver a casa.

La luna ilumina las calles y la carretera polvorienta que lleva a casa de la abuela.

El desarrollo de nuestros espectáculos

Aprendemos a hacer malabarismos con frutas: manzanas, nueces y albaricoques. Primero con dos; es fácil; después con tres, cuatro, hasta que llegamos a cinco.

Inventamos números de prestidigitación con cartas y cigarrillos.

También nos entrenamos en las acrobacias. Sabemos hacer la rueda, saltos mortales, volteretas hacia delante y hacia atrás, y somos capaces de caminar con las manos sin ninguna dificultad.

Nos ponemos ropa vieja demasiado grande para nosotros que hemos encontrado en el baúl del desván: americanas a cuadros, grandes y desgarradas, pantalones anchos que nos atamos a la cintura con un cordón. También hemos encontrado un sombrero negro redondo y duro.

Uno de nosotros se pone un pimiento rojo en la nariz y el otro un falso bigote hecho con pelos de maíz. Conseguimos un pintalabios y nos agrandamos la boca hasta las orejas.

Así, disfrazados de payasos, vamos a la plaza del mercado. Allí es donde hay más tiendas y más gente.

Empezamos el espectáculo armando mucho escándalo con la armónica y con una calabaza vacía transformada en tambor. Cuando hay suficientes espectadores a nuestro alrededor, hacemos malabarismos con unos tomates o incluso con unos huevos. Los tomates son tomates de verdad, pero los huevos están vacíos y llenos de arena fina. Como la gente no lo sabe, gritan, se ríen y aplauden cuando fingimos atrapar uno por los pelos.

Seguimos el espectáculo con unos números de prestidigitación y lo acabamos con acrobacias. Mientras uno de nosotros sigue haciendo la rueda y saltos mortales, el otro va dando vueltas junto a los espectadores andando con las manos, con el viejo sombrero entre los dientes.

Por la noche vamos a los bares sin disfraz.

Conocemos muy bien todos los bares de la ciudad, las bodegas donde el viticultor vende su propio vino, las tabernas donde se bebe de pie, los cafés donde va la gente bien vestida y algunos oficiales que buscan chicas.

La gente que bebe da fácilmente su dinero. Se confían fácilmente también. Aprendemos toda clase de secretos sobre toda clase de gente.

A menudo nos ofrecen de beber y, poco a poco, nos acostumbramos al alcohol. También fumamos los cigarrillos que nos dan.

En todas partes tenemos mucho éxito. Dicen que gozamos de una bonita voz; nos aplauden y nos llaman a saludar muchas veces.

Teatro

A veces, si la gente está atenta, no demasiado borracha ni demasiado ruidosa, representamos una de nuestras pequeñas piezas de teatro, por ejemplo, la Historia del pobre y del rico.

Uno de nosotros hace de pobre y el otro de rico.

El rico está sentado a la mesa y fuma. Entra el pobre:

—Ya he acabado de cortar su leña, señor.

—Muy bien. El ejercicio es muy saludable. Tiene muy buen aspecto. Tiene las mejillas rojas.

—Tengo las manos heladas, señor.

—¡Acérquese! ¡Enséñemelo! ¡Es asqueroso! ¡Tiene las manos llenas de grietas y de forúnculos!

—Son sabañones, señor.

—Los pobres siempre tienen unas enfermedades repugnantes. Son sucios, ese es el problema.

Tenga, por su trabajo.

Y lanza un paquete de cigarrillos al pobre, que enciende uno y empieza a fumar. Pero no hay cenicero donde se encuentra, junto a la puerta, y no se atreve a acercarse a la mesa. Por lo tanto, se echa la ceniza en la palma de la mano. El rico, al que le gustaría que el pobre se fuese, finge no ver que el hombre necesita un cenicero. Pero el pobre no quiere irse todavía, porque tiene hambre.

Dice:

—Huele bien en su casa, señor.

—Huele a limpieza.

—También huele a sopa caliente. Yo todavía no he comido hoy.

—Pues debería. Yo, por mi parte, iré a cenar al restaurante, porque he dado permiso a mi cocinero.

El pobre husmea.

—Pero aquí huele a buena sopa bien caliente.

El rico grita:

—¡No puede oler a sopa en mi casa, nadie está preparando sopa en mi casa, debe de venir de casa de los vecinos, o bien serán imaginaciones tuyas! Ustedes, los pobres, solo piensan en su estómago: por eso nunca tienen dinero. Se lo gastan todo en sopa y salchichones. Son unos cerdos, eso es lo que son, y ahora me está manchando el parqué con la ceniza del cigarrillo. ¡Váyase de aquí y que no vuelva a verlo!

El rico abre la puerta, da una patada al pobre, que cae de bruces en la acera.

El rico cierra la puerta de nuevo, se sienta delante de un plato de sopa y dice, uniendo las manos:

—Gracias, Jesucristo Señor Nuestro, por todos tus dones.

Las alertas

Cuando llegamos a casa de la abuela había pocas alertas en el pueblo. Ahora cada vez hay más. Las sirenas se ponen a ulular en cualquier momento del día o de la noche, exactamente igual que en la ciudad. La gente corre a refugiarse, se pone a salvo en las bodegas. Durante ese tiempo, las calles están desiertas. A veces, las puertas de las casas y las tiendas se quedan abiertas. Nosotros aprovechamos para entrar y coger tranquilamente lo que nos apetece.

No nos refugiamos jamás en nuestra bodega. La abuela tampoco. Por el día seguimos con nuestros quehaceres, por la noche seguimos durmiendo.

La mayor parte del tiempo los aviones solo atraviesan el pueblo para ir a bombardear al otro lado de la frontera. Alguna vez ocurre que una bomba cae en una casa. En ese caso, localizamos el lugar por la dirección de la humareda y vamos a ver qué ha sido destruido. Si queda algo que podamos coger, lo cogemos.

Hemos observado que la gente que se encuentra en la bodega de una casa bombardeada siempre está muerta. Por el contrario, la chimenea de la casa casi siempre queda en pie.

También puede ocurrir que un avión lance un ataque en picado para ametrallar a gente en los campos o en la calle.

El ordenanza nos ha enseñado que hay que prestar atención cuando el avión avanza hacia nosotros, pero que una vez que se encuentra justo encima de nuestras cabezas, el peligro ha pasado.

A causa de las alertas está prohibido encender lámparas por la noche antes de haber tapado completamente las ventanas. La abuela piensa que es más práctico no encenderlas en absoluto. Algunas patrullas hacen la ronda toda la noche para que se respete el reglamento.

En el transcurso de una cena, hablamos de un avión que hemos visto caer en llamas. También hemos visto al piloto saltar en paracaídas.

—No sabemos qué ha sido del piloto enemigo.

La abuela dice:

—¿Enemigo? Son amigos, hermanos nuestros. Pronto llegarán.

Un día, paseamos durante una alerta. Un hombre muy alarmado se precipita hacia nosotros.

—No debéis quedaros fuera durante los bombardeos.

Nos tira del brazo y nos lleva hacia una puerta.

—Entrad, entrad aquí.

—No queremos.

—Es un refugio. Aquí estaréis seguros.

Abre la puerta y nos empuja delante de él. La bodega está llena de gente. Reina un silencio total. Las mujeres aprietan a sus hijos contra ellas.

De golpe, en algún lugar, explotan las bombas. Las explosiones se acercan. El hombre que nos ha llevado a la bodega se arroja en una pila de carbón que se encuentra en un rincón e intenta enterrarse debajo.

Algunas mujeres ríen con desprecio. Una anciana dice:

—Tiene los nervios destrozados. Está de permiso por eso.

De repente, nos cuesta respirar. Abrimos la puerta de la bodega. Una mujer grande y gorda nos empuja hacia dentro y cierra la puerta. Grita:

—¿Estáis locos? No podéis salir ahora.

Decimos:

—La gente muere siempre en las bodegas. Queremos salir.

La mujer gorda se apoya contra la puerta. Nos enseña su brazalete de la Protección Civil.

—¡Soy yo la que manda aquí! ¡Os quedaréis ahí!

Le hundimos los dientes en los antebrazos carnosos y le damos patadas en las tibias. Ella grita, intenta pegarnos. La gente se ríe. Al final dice, roja de cólera y de vergüenza:

—¡Marchaos! ¡Largaos de aquí! ¡Reventad ahí fuera! No será una gran pérdida.

Fuera respiramos. Es la primera vez que hemos sentido miedo.

Siguen lloviendo bombas.

El rebaño humano

Hemos ido a buscar nuestra ropa limpia a la rectoría. Comemos pan con mantequilla con la sirvienta en la cocina. Oímos gritos que proceden de la calle. Dejamos las rebanadas y salimos. La gente está delante de sus puertas y mira en dirección a la estación. Unos niños emocionados corren y gritan:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

En la esquina de la calle aparece un jeep militar con unos oficiales extranjeros. El jeep circula despacio, seguido por unos militares que llevan los fusiles en bandolera. Detrás, una especie de rebaño humano. Niños como nosotros. Mujeres como nuestra madre. Viejos como el zapatero.

Son doscientos o trescientos que van avanzando, rodeados por los soldados. Algunas mujeres llevan a sus hijos pequeños a la espalda, encima de los hombros o apretados contra el pecho. Una de ellas cae; unas manos cogen al niño y a la madre y les ayudan, dado que un soldado les ha apuntado ya con su fusil.

Nadie habla, nadie llora: los ojos están fijos en el suelo. Solo se oye el ruido de los zapatos claveteados de los soldados.

Justo delante de nosotros un brazo delgado sale de la multitud, tiende una mano sucia, una voz pide:

—Pan.

La sirvienta, sonriente, hace el ademán de ofrecer el resto de su rebanada, la acerca a la mano tendida y después, con una risotada, se lleva el trozo de pan a la boca, lo muerde y dice:

—¡Yo también tengo hambre!

Un soldado que lo ha visto todo le da una palmada en las nalgas a la sirvienta, le pellizca la mejilla y ella le hace señas con el pañuelo hasta que ya solo vemos una nube de polvo en el sol poniente.

Volvemos a la casa. Desde la cocina vemos al señor cura arrodillado delante del gran crucifijo de su habitación.

La sirvienta dice:

—Acabaos el pan.

Le decimos:

—Ya no tenemos hambre.

Nos vamos a la habitación. El cura se vuelve:

—¿Queréis rezar conmigo, hijos?

—Nunca rezamos, ya lo sabe. Queremos comprender.

—No podéis comprenderlo. Sois demasiado jóvenes.

—Pero usted no es demasiado joven. Por eso le preguntamos: ¿quién es toda esa gente? ¿Adónde se los llevan? ¿Por qué?

El cura se levanta, viene hacia nosotros. Cerrando los ojos, dice:

—Los caminos del Señor son inescrutables.

Abre los ojos, nos pone las manos en la cabeza.

—Es lamentable que os hayáis visto obligados a asistir a semejante espectáculo. Os tiembla todo el cuerpo.

—A usted también, señor cura.

—Sí, soy viejo, tiemblo.

—Y nosotros tenemos frío. Hemos venido con el torso desnudo. Vamos a ponernos una de las camisas que ha lavado su sirvienta.

Vamos a la cocina. La sirvienta nos tiende el paquete con la ropa limpia. Cogemos una camisa cada uno. La sirvienta dice:

—Sois demasiado sensibles. Lo mejor que podríais hacer es olvidar lo que habéis visto.

—Nunca olvidamos nada.

Ella nos empuja hacia la salida.

—¡Venga, calmaos! Todo eso no tiene nada que ver con vosotros. A vosotros nunca os pasará. Esa gente son como animales.

Las manzanas de la abuela

De la rectoría vamos corriendo hasta la casa del zapatero. Los cristales de su ventana están rotos, la puerta hundida. En el interior lo han saqueado todo. En las paredes hay escritas palabras groseras.

Una vieja está sentada en un banco delante de la casa vecina. Le preguntamos:

—¿El zapatero se ha ido?

—Hace mucho tiempo, pobre hombre.

—¿No estaba entre esos que han atravesado el pueblo hoy?

—No, los de hoy han venido de otros sitios. En los vagones para animales. A él lo mataron aquí mismo, en su taller, con sus propios utensilios. No os inquietéis. Dios lo ve todo. Reconocerá a los Suyos.

Cuando llegamos a casa, encontramos a la abuela echada de espaldas, con las piernas separadas, delante de la cancela del jardín, con las manzanas desperdigadas a su alrededor.

La abuela no se mueve. Le sangra la frente.

Corremos a la cocina, mojamos un trapo y cogemos el aguardiente del estante. Ponemos el trapo mojado encima de la frente de la abuela, le echamos el aguardiente en la boca. Al cabo de un rato, abre los ojos y dice:

—¡Más!

Le echamos más aguardiente en la boca.

Se incorpora apoyándose en los codos y se pone a gritar:

—¡Recoged las manzanas! ¿A qué esperáis para recoger las manzanas, hijos de perra?

Recogemos las manzanas en medio del polvo de la carretera. Se las ponemos en su delantal.

Se le ha caído el trapo de la frente. La sangre se le mete en los ojos. Se la seca con una esquina de la pañoleta.

Le preguntamos:

—¿Te has hecho daño, abuela?

Ella ríe.

—No me va a matar un culatazo.

—¿Qué ha ocurrido, abuela?

—Nada. Yo estaba recogiendo manzanas. He venido a la puerta para ver el desfile. Se me ha soltado el delantal y se han caído las manzanas, y se han ido rodando a la carretera. Mientras pasaba la procesión. Ese no es motivo para que te den un porrazo.

—¿Quién te ha dado un porrazo, abuela?

—¿Quién queréis que sea? ¿Es que sois idiotas? También les han pegado a ellos. Iban dando palos a voleo. Pero ¡algunos se han podido comer algunas de mis manzanas!

Ayudamos a la abuela a levantarse. La acompañamos a casa. Ella empieza a pelar las manzanas para hacer mermelada, pero se cae y la llevamos a la cama. Le quitamos los zapatos. Se

le cae la pañoleta y aparece un cráneo completamente calvo. Le volvemos a poner la pañoleta. Nos quedamos mucho rato al lado de su cama, sujetándole las manos, vigilando su respiración.

El policía

Estamos desayunando con la abuela. Entra un hombre en la cocina sin llamar. Enseña su identificación de policía.

Enseguida, la abuela se pone a gritar:

—¡No quiero que entre la policía en mi casa! ¡Yo no he hecho nada!

El policía dice:

—No, qué va, nada. Solo un poquito de veneno por aquí, otro poquito por allá.

La abuela dice:

—No se demostró nada. No tenéis nada contra mí.

—Cálmese, abuela. No vamos a desenterrar a los muertos. Ya nos cuesta suficiente trabajo enterrarlos.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

El policía nos mira y dice:

—De tal palo, tal astilla.

La abuela nos mira también.

—Es normal. ¿Qué habéis hecho, hijos de perra?

El policía pregunta:

—¿Dónde estabais ayer por la tarde?

Nosotros contestamos:

—Aquí.

—¿No fuisteis a los bares, como de costumbre?

—No. Nos quedamos aquí porque la abuela tuvo un accidente.

La abuela dice al instante:

—Me caí al bajar a la bodega. Los escalones están musgosos y resbalé. Los pequeños me subieron y me han cuidado. Se han quedado conmigo toda la noche.

El policía dice:

—Sí, ya veo, tiene un chichón muy feo. Hay que ser prudente a su edad. Bueno. Vamos a registrar la casa. Vengan los tres. Empezaremos por la bodega.

La abuela abre la puerta de la bodega y bajamos. El policía lo toca todo, los sacos, los bidones, las cestas, los montones de patatas.

La abuela nos pregunta, en voz baja:

—¿Qué busca?

Nos encogemos de hombros.

Después de la bodega, el policía registra la cocina. A continuación, la abuela debe abrir su habitación. El policía le deshace la cama. No hay nada en la cama, ni en la paja del colchón, solo unas cuantas monedas debajo de la almohada.

Ante la puerta de la habitación del oficial, el policía pregunta:

—¿Aquí qué hay?

La abuela responde:

—Es una habitación que alquilo a un oficial extranjero. No tengo la llave.

El policía mira la puerta del desván.

—¿No hay escalera?

La abuela dice:

—Está rota.

—¿Y cómo sube?

—Yo no subo. Solo suben los niños.

El policía dice:

—Pues vamos, niños.

Subimos al desván con la ayuda de la cuerda. El policía abre el baúl donde guardamos los objetos necesarios para nuestros estudios: la Biblia, el diccionario, el papel, los lápices y el cuaderno grande, donde está escrito todo. Pero el policía no ha venido a leer nada. Inspecciona un poco más el montón de ropa vieja y las mantas y bajamos. Una vez abajo, el policía mira a su alrededor y dice:

—Evidentemente, no puedo remover todo el jardín. Bueno. Venid conmigo.

Nos conduce al bosque, al borde del enorme agujero donde encontramos un cadáver. El cadáver ya no está. El policía pregunta:

—¿Habéis venido ya alguna vez hasta aquí?

—No. Nunca. Nos daría miedo llegar tan lejos.

—¿No habéis visto nunca este agujero, ni un soldado muerto?

—No, nunca.

—Cuando encontramos al soldado muerto, le faltaba el fusil, los cartuchos y las granadas.

Decimos:

—Debía de ser muy distraído y negligente ese soldado para perder todos esos objetos indispensables para un militar.

El policía dice:

—No los perdió. Alguien se los robó después de morir. Vosotros que venís a menudo al bosque, ¿no tendréis alguna idea sobre el asunto?

—No. Ni idea.

—Sin embargo, alguien ha debido de coger ese fusil, esos cartuchos y esas granadas...

Decimos:

—¿Quién se atrevería a tocar unos objetos tan peligrosos?

El interrogatorio

Nos encontramos en el despacho del policía. Él está sentado a una mesa, nosotros de pie frente a él. Prepara un papel y un lápiz. Fuma. Nos hace preguntas:

—¿Desde cuándo conocéis a la sirvienta del cura?

—Desde la primavera.

—¿Dónde la conocisteis?

—En casa de la abuela. Vino a buscar unas patatas.

—Entregáis leña a la rectoría. ¿Cuánto os pagan por eso?

—Nada. Nosotros llevamos leña a la rectoría para dar las gracias a la sirvienta, que nos lava la ropa.

—¿Y es amable con vosotros?

—Muy amable. Nos da pan con mantequilla, nos corta las uñas y el pelo y nos baña.

—Como una madre, en resumen. ¿Y el señor cura es amable con vosotros?

—Muy amable. Nos presta libros y nos enseña muchas cosas.

—¿Cuándo llevasteis leña por última vez a la rectoría?

—Hace cinco días. El martes por la mañana.

El policía se pasea por la habitación. Cierra las cortinas y enciende la lámpara del escritorio. Coge dos sillas y nos hace sentar. Dirige la luz de la lámpara hacia nuestra cara.

—¿La queréis mucho a la sirvienta?

—Sí, mucho.

—¿Sabéis lo que le ha pasado?

—¿Le ha pasado algo?

—Sí. Una cosa horrible. Esta mañana, como de costumbre, preparaba el fuego y los fogones de la cocina han estallado. Le ha dado en plena cara. Está en el hospital.

El policía deja de hablar; no decimos nada. Nos pregunta:

—¿No decís nada?

Decimos:

—Una explosión en plena cara te lleva obligatoriamente al hospital, y a veces incluso a la morgue. Es una suerte que no haya muerto.

—¿Está desfigurada de por vida!

Nos callamos. El policía también. Nos mira. Le miramos. Dice:

—No parecéis especialmente tristes.

—Nos alegramos de que siga viva. ¡Después de un accidente así!

—No ha sido un accidente. Alguien escondió un explosivo en la leña. Un cartucho que procedía de un fusil militar. Hemos encontrado el casquillo.

Le preguntamos:

—¿Y por qué iba a hacer alguien una cosa así?

—Para matarla. A ella o al señor cura.

Decimos:

—La gente es cruel. Le gusta matar. La guerra se lo ha enseñado. Hay explosivos por todas partes.

El policía se pone a gritar:

—¡Dejad de haceros los tontos! ¡Sois vosotros quienes entregáis la leña a la rectoría! ¡Os pasáis el día en el bosque! ¡Desvalijáis a los cadáveres! ¡Sois capaces de todo! ¡Lo lleváis en la sangre! Vuestra abuela también tiene un muerto en la conciencia. Ella envenenó a su marido. ¡Ella, el veneno; vosotros, los explosivos! ¡Confesad, pequeños cabrones! ¡Confesad! ¡Fuisteis vosotros!

—No somos los únicos que entregamos leña a la rectoría.

Él dice:

—Es verdad. También está el viejo. Ya le he interrogado.

—Cualquiera puede esconder un cartucho en un montón de leña.

—Sí, pero no todo el mundo tiene cartuchos. ¡A mí qué me importa vuestra sirvienta! Lo que quiero saber es dónde están los cartuchos. ¿Dónde están las granadas? ¿Dónde está el fusil? El viejo lo ha confesado todo. Le he interrogado tan bien que lo ha confesado todo. Pero no ha sido capaz de enseñarme dónde estaban los cartuchos, las granadas y el fusil. Por tanto, el culpable no es él. ¡Sois vosotros! Vosotros sabéis dónde están los cartuchos, las granadas y el fusil. ¡Lo sabéis y me lo vais a decir!

No respondemos. El policía nos pega. Con las dos manos. A derecha e izquierda. Sangramos por la nariz y por la boca.

—¡Confesad!

Nos callamos. Él se pone blanco, nos golpea más y más. Nos caemos de las sillas. Nos da patadas en los costados, en los riñones y en el estómago.

—¡Confesad! ¡Confesad! ¡Sois vosotros! ¡Confesad!

Ya no podemos abrir los ojos. Ya no oímos nada. Tenemos el cuerpo empapado de sudor, de sangre, de orina, de excrementos. Perdemos el conocimiento.

En prisión

Estamos echados en el suelo de tierra batida de una celda. Por un ventanuco con barrotes de hierro entra un poco de luz. Pero no sabemos qué hora es, ni siquiera si es la mañana o la tarde.

Nos duele todo. El más ligero movimiento nos sume de nuevo en una semiinconsciencia. Se nos ha velado la vista, nos zumban los oídos, nos resuena la cabeza. Tenemos una sed horrible. Tenemos la boca seca.

Así transcurren las horas. No hablamos. Más tarde, el policía entra y nos pregunta:

—¿Necesitáis algo?

Decimos:

—Beber.

—Hablad. Confesad. Entonces beberéis, comeréis, todo lo que queráis.

No respondemos. Él pregunta:

—Abuelo, ¿quiere comer alguna cosa?

Nadie le responde. Sale.

Comprendemos que no estamos solos en la celda. Con precaución, levantamos un poco la cabeza y vemos a un viejo echado, acurrucado en un rincón. Nos arrastramos lentamente hacia él, lo tocamos. Está tieso y frío. Arrastrándonos, volvemos a nuestro lugar junto a la puerta.

Ya es de noche cuando vuelve el policía con una linterna. Ilumina al viejo y dice:

—Que duerma bien. Mañana podrá volver a su casa.

Nos ilumina también en plena cara, uno tras otro.

—¿Aún no tenéis nada que decir? Me da lo mismo. Tengo tiempo. Hablaréis o reventaréis aquí.

Más tarde, por la noche, se abre de nuevo la puerta. Entran el policía, el ordenanza y el oficial extranjero. El oficial se inclina hacia nosotros. Le dice al ordenanza:

—¡Telefónea a la base y pida una ambulancia!

El ordenanza se va. El oficial examina al viejo y dice:

—¡Lo ha matado a golpes!

Se vuelve hacia el policía.

—¡Lo vas a pagar caro, chusma! ¡Ya verás cómo lo vas a pagar!

El policía nos pregunta:

—¿Qué está diciendo?

—Dice que el viejo está muerto y que esto lo va a pagar caro, chusma.

El oficial nos acaricia la frente.

—Mis pequeños, mis pobres niños. ¡Ese cerdo miserable se ha atrevido a haceros daño!

El policía dice:

—¿Qué me va a hacer? Decidle que yo tengo hijos... No sabía... ¿Es vuestro padre o qué?

Decimos:

—Es nuestro tío.

—Deberíais habérmelo dicho. Yo no podía saberlo. Os pido perdón. No sé qué puedo hacer para...

Le decimos:

—Rece a Dios.

El ordenanza llega con otros soldados. Nos colocan en unas camillas y nos llevan en la ambulancia. El oficial se sienta a nuestro lado. Al policía, rodeado por varios soldados, se lo llevan en el jeep conducido por el ordenanza.

En la base militar, un médico nos examina enseguida en una gran sala blanca. Nos desinfecta las heridas, nos pone unas inyecciones contra los dolores y contra el tétanos. También nos hace unas radiografías. No tenemos nada roto salvo algunos dientes, pero se trata de dientes de leche.

El ordenanza nos devuelve a casa de la abuela. Nos acuesta en la cama grande del oficial y él se instala encima de una manta, junto a la cama. Por la mañana va a buscar a la abuela, que nos trae leche caliente a la cama.

Cuando el ordenanza se va, la abuela nos pregunta:

—¿Habéis confesado?

—No, abuela. No tenemos nada que confesar.

—Es lo que yo pensaba. ¿Y al policía qué le ha pasado?

—No lo sabemos. Pero, desde luego, no volverá nunca más.

La abuela se ríe.

—Deportado o fusilado, ¿eh? ¡Vaya cerdo! Vamos a celebrarlo. Calentaré un poco del pollo de ayer. Yo tampoco he comido nada.

A mediodía nos levantamos y vamos a comer a la cocina.

Durante el almuerzo, la abuela dice:

—Me pregunto por qué quisisteis matarla. Pero supongo que tendríais vuestras razones.

El caballero anciano

Justo después de la cena, llega un caballero anciano con una niña mayor que nosotros.

La abuela le pregunta:

—¿Qué desea?

El caballero pronuncia un nombre y la abuela nos dice:

—Salid. Id a dar una vuelta por el jardín.

Salimos. Damos la vuelta a la casa y nos sentamos bajo la ventana de la cocina y escuchamos. El anciano dice:

—Tenga piedad.

La abuela responde:

—¿Cómo puede usted pedirme una cosa así?

El anciano dice:

—Usted conocía a sus padres. Me la confiaron antes de ser deportados. Me dieron su dirección por si ya no estaba segura en mi casa.

La abuela pregunta:

—¿Sabe usted lo que arriesgo?

—Sí, lo sé. Pero se trata de su vida.

—Hay un oficial extranjero en casa.

—Justamente. Nadie la buscará aquí. Bastará con decir que es una nieta suya, la prima de los dos niños.

—Todo el mundo sabe que no tengo más nietos.

—Puede decir que es de la familia de su yerno.

La abuela se ríe.

—¡A ese no le he visto en mi vida!

Tras un largo silencio, el caballero insiste:

—Solo le pido que alimente a la niña durante algunos meses. Hasta que acabe la guerra.

—La guerra puede durar años todavía.

—No, no será tan larga.

La abuela se pone a lloriquear:

—No soy más que una pobre vieja que se mata a trabajar. ¿Cómo alimentar tantas bocas?

El caballero dice:

—Aquí tiene todo el dinero que poseían sus padres. Y las joyas de la familia. Todo es suyo si la salva.

Poco después, la abuela nos llama:

—Aquí tenéis a vuestra prima.

Decimos:

—Sí, abuela.

El caballero anciano dice:

—Jugaréis juntos los tres, ¿verdad?

—Nosotros nunca jugamos.

Nos pregunta:

—Entonces, ¿qué hacéis?

—Trabajamos, estudiamos y hacemos ejercicios.

—Ya lo comprendo. Sois hombres serios. No tenéis tiempo para jugar. Cuidaréis a vuestra prima, ¿verdad?

—Sí, señor. La cuidaremos.

—Os doy las gracias.

Nuestra prima dice:

—Yo soy mayor que vosotros.

—Pero nosotros somos dos.

El caballero anciano dice:

—Tenéis razón. Dos son mucho más fuertes que uno. Y no olvidaréis llamarla «prima», ¿verdad?

—No, señor. Nunca olvidamos nada.

—Confío en vosotros.

Nuestra prima

Nuestra prima tiene cinco años más que nosotros. Tiene los ojos negros. Tiene los cabellos rojizos a causa de un producto que se llama henna.

La abuela nos dice que nuestra prima es la hija de la hermana de nuestro padre. Decimos lo mismo a cualquiera que nos pregunta por nuestra prima.

Sabemos que nuestro padre no tiene ninguna hermana. Pero también sabemos que, sin esa mentira, la vida de nuestra prima estaría en peligro. Además, hemos prometido al caballero anciano que la cuidaremos.

Después de irse el caballero anciano, la abuela dice:

—Vuestra prima dormirá con vosotros en la cocina.

Decimos:

—Ya no hay sitio en la cocina.

La abuela dice:

—Arregláoslas.

Nuestra prima dice:

—No me importa dormir en el suelo si me dais una manta.

Decimos:

—Puedes dormir en el banco y quedarte las mantas. Dormiremos en el desván. No hace tanto frío.

—Pues voy a dormir al desván con vosotros.

—No queremos que vengas con nosotros. No debes poner los pies jamás en el desván.

—¿Por qué?

Le decimos:

—Tú tienes un secreto. Nosotros también tenemos uno. Si no respetas nuestro secreto, nosotros no respetaremos el tuyo.

Ella pregunta:

—¿Seríais capaces de denunciarme?

—Si subes al desván, morirás. ¿Está claro?

Ella nos mira un momento en silencio y después dice:

—Ya lo entiendo. Sois dos pequeños cabrones completamente chiflados. No subiré nunca a vuestra mierda de desván, os lo prometo.

Ella mantiene su promesa y nunca sube al desván. Pero aparte de eso, nos incordia todo el tiempo.

Dice:

—Traedme frambuesas.

Le decimos:

—Ve tú misma a cogerlas al jardín.

Dice:

—Dejad de leer en voz alta. Me ponéis la cabeza como un bombo.

Seguimos leyendo.

Nos pregunta:

—¿Qué hacéis ahí, tirados en el suelo sin moveros, desde hace tres horas?

Continuamos nuestro ejercicio de inmovilidad aunque ella nos tira fruta podrida.

Dice:

—¡No os quedéis callados, me ponéis de los nervios!

Continuamos nuestro ejercicio de silencio sin responderle.

Nos pregunta:

—¿Por qué no coméis nada hoy?

—Es nuestro día de ejercicio de ayuno.

Nuestra prima no trabaja, ni estudia, ni hace ejercicios. A menudo mira el cielo, a veces llora.

La abuela nunca pega a nuestra prima. Tampoco la insulta. No le pide que trabaje. No le pide nada. Jamás le dirige la palabra.

Las joyas

La misma noche de la llegada de nuestra prima, vamos a dormir al desván. Cogemos dos mantas en la habitación del oficial y echamos un poco de heno en el suelo. Antes de acostarnos, miramos por los agujeros. En la habitación del oficial no hay nadie. En la de la abuela hay luz, cosa que raramente ocurre.

La abuela ha cogido la lámpara de petróleo de la cocina y la ha colgado encima de su tocador. Es un antiguo mueble con tres espejos. El del centro es fijo y los otros dos, móviles. Se pueden mover para verse de perfil.

La abuela está sentada delante del tocador, mirándose en el espejo. Encima de la cabeza y de su pañoleta negra se ha puesto una cosa brillante. En el cuello lleva varios collares, y los brazos cargados de pulseras y los dedos de anillos. Se contempla, hablando sola:

—Rica, rica. Es fácil estar guapa con todas estas cosas. Fácil. Qué vueltas da la vida. Ahora todas estas joyas son mías. Mías. Es de justicia. Cómo brillan...

Más tarde, dice:

—¿Y si vuelven? ¿Y si me las reclaman? Una vez pasado el peligro, se olvidarán. No saben lo que es el agradecimiento. Prometen el oro y el moro, y luego... No, no, ya están muertos. El caballero anciano también morirá. Ha dicho que me lo podía quedar todo... Pero la chica... Ella lo ha visto todo, lo ha oído todo. Querrá quitármelas. Seguro. Después de la guerra las reclamará. Pero yo no quiero, no puedo devolverlas. Son mías. Para siempre.

»Ella tiene que morir también. Así no habrá pruebas. Ojos que no ven, corazón que no siente. Sí, la pequeña morirá. Tendrá un accidente. Justo antes de que acabe la guerra. Sí, un accidente es lo que hace falta. Nada de veneno. Esta vez no. Un accidente. Ahogada en el río. Meterle la cabeza debajo del agua. Difícil. Empujarla por la escalera de la bodega. No es lo bastante alta. El veneno. Tiene que ser veneno. Algo lento. Bien dosificado. Una enfermedad que la vaya royendo poco a poco, durante meses. No hay médico. Mucha gente muere así, por falta de cuidados, durante la guerra.

La abuela levanta el puño, amenaza a su imagen en el espejo:

—¡No podréis hacer nada contra mí! ¡Nada!

Se ríe. Se quita las joyas, las guarda en un saquito de tela y lo mete en su jergón. Se acuesta, nosotros también.

Al día siguiente por la mañana, cuando nuestra prima sale de la cocina, le decimos a la abuela:

—Abuela, queríamos decirte una cosa.

—¿Qué pasa ahora?

—Escucha bien, abuela. Le prometimos al caballero anciano que cuidaríamos a nuestra prima. O sea que no le ocurrirá nada. Ni un accidente, ni una enfermedad. Nada. Y a nosotros tampoco.

Le enseñamos un sobre cerrado:

—Aquí está todo escrito. Vamos a darle esta carta al señor cura. Si le ocurre algo a alguno de nosotros tres, el cura abrirá la carta. ¿Lo has entendido bien, abuela?

La abuela nos mira con los ojos casi cerrados. Respira muy fuerte. Dice muy bajito:

—¡Hijos de perra, de puta y del diablo! ¡Maldito sea el día que nacisteis!

Por la tarde, cuando la abuela se va a trabajar en la viña, registramos su jergón. No hay nada dentro.

Nuestra prima y su amado

Nuestra prima se pone seria, ya no nos incordia. Se lava todos los días en el barreño grande que hemos comprado con el dinero ganado en los bares. Se lava la ropa a menudo y la braguita también. Mientras se seca su ropa, se envuelve en una toalla o bien se echa bajo el sol con su braguita que se seca sobre ella. Está toda morena. Los cabellos le llegan hasta las nalgas. A veces se vuelve de espaldas y se tapa el pecho con el pelo.

Por la noche se va al pueblo. Se queda cada vez más tiempo en el pueblo. Una noche la seguimos sin que se dé cuenta.

Cerca del cementerio se une a un grupo de chicos y chicas, todos mayores que nosotros. Están sentados bajo los árboles, fuman. También tienen botellas de vino. Beben a morro. Uno de ellos hace guardia junto al camino. Si alguien se acerca, el vigilante se pone a silbar una canción conocida y se queda sentado tranquilamente. El grupo se dispersa y se esconde entre los arbustos o detrás de las lápidas de las tumbas. Cuando ha pasado el peligro, el vigilante silba otra canción.

El grupo habla de la guerra en voz baja y también de desertiones, deportaciones, resistencia, liberación...

Según ellos, los militares extranjeros que están en nuestro país y que pretenden ser nuestros aliados en realidad son nuestros enemigos, y los que pronto llegarán y ganarán la guerra no son enemigos sino, por el contrario, liberadores.

Dicen:

- Mi padre se ha pasado al otro lado. Volverá con ellos.
- Mis padres se han unido a los partisanos. Yo era demasiado joven para ir con ellos.
- A los míos se los han llevado esos cerdos. Deportados.
- Nunca volverás a ver a tus padres. Ni yo tampoco. Ahora ya están todos muertos.
- Eso no es seguro. Habrá supervivientes.
- Y vengaremos a los muertos.
- Éramos demasiado jóvenes. Lástima. No pudimos hacer nada.
- Pronto habrá terminado. «Ellos» llegarán de un momento a otro.
- Los esperaremos en la plaza principal con flores.

Más tarde, por la noche, el grupo se dispersa. Cada uno vuelve a su casa.

Nuestra prima se va con un chico. La seguimos. Se internan en las estrechas callejuelas del castillo, desaparecen detrás de un muro en ruinas. Ya no los vemos, pero los oímos.

Nuestra prima dice:

- Échate encima de mí. Sí, así. Bésame. Bésame.

El chico dice:

- ¡Qué hermosa eres! Te deseo mucho.
- Yo también. Pero tengo miedo. ¿Y si me quedo embarazada?
- Me casaré contigo. Te quiero. Nos casaremos después de la liberación.
- Somos demasiado jóvenes. Hay que esperar.

—No puedo esperar.

—¡Para! Me haces daño. No lo hagas, no lo hagas, querido.

El chico dice:

—Sí, tienes razón. Pero acaríame. Dame la mano. Acaríame ahí, así. Vuélvete. Quiero besarte ahí mientras me acaricias.

Nuestra prima dice:

—No, no hagas eso. Me da vergüenza. ¡Oh! ¡Sigue, sigue! Te quiero, te quiero mucho. Volvemos.

La bendición

Nos vemos obligados a regresar a la rectoría para devolver los libros que nos habían prestado.

De nuevo es una anciana quien nos abre la puerta. Nos hace pasar y dice:

—El señor cura os espera.

El cura dice:

—Sentaos.

Dejamos los libros en su escritorio. Nos sentamos.

El cura nos mira un momento y luego dice:

—Os esperaba. No venís desde hace mucho tiempo.

—Queríamos acabar los libros. Y estamos muy ocupados.

—¿Y vuestro baño?

—Ahora ya tenemos todo lo que necesitamos para bañarnos. Hemos comprado un barreño, jabón, unas tijeras y cepillos de dientes.

—¿Con qué? ¿Con qué dinero?

—Con el dinero que ganamos tocando música en los bares.

—Los bares son lugares de perdición. Sobre todo a vuestra edad.

No respondemos.

—Tampoco habíais venido a buscar el dinero de la ciega. Ahora es una cantidad considerable. Tomadla.

Nos tiende el dinero. Decimos:

—Guárdese. Ya nos ha dado suficiente. Cogíamos su dinero cuando era absolutamente necesario. Ahora ganamos el dinero suficiente para darle algo a Cara de Liebre. También le hemos enseñado a trabajar. La hemos ayudado a cultivar la tierra de su huerto y a plantar patatas, judías, calabacines y tomates. Le hemos dado pollitos y conejos para criar. Se ocupa de su huerto y sus animales. Ya no mendiga. Ya no necesita su dinero.

El cura dice:

—Entonces, coged este dinero para vosotros. Así no os veréis obligados a trabajar en los bares.

—Pero nos gusta trabajar en los bares.

Él dice:

—Me he enterado de que os han pegado y torturado.

Le preguntamos:

—¿Qué ha sido de su sirvienta?

—La reclutaron para ir al frente a cuidar a los heridos. Ha muerto.

Callamos. Él nos pregunta:

—¿Queréis confiar en mí? Estoy obligado por el secreto de la confesión. No tenéis nada que temer. Confesaos.

Le decimos:

—No tenemos nada que confesar.

—Estáis equivocados. Un crimen así es muy pesado de sobrellevar. La confesión os aliviaría. Dios perdona a todos los que se arrepienten sinceramente de sus pecados.

—No nos arrepentimos de nada. No tenemos nada de lo que arrepentirnos.

Tras un largo silencio, dice:

—Lo vi todo por la ventana. El trozo de pan... Pero la venganza pertenece a Dios. Vosotros no tenéis derecho a sustituirle.

Nos callamos. Él nos pregunta:

—¿Puedo bendeciros?

—Si le apetece.

Pone las manos sobre nuestras cabezas:

—Dios todopoderoso, bendice a estos niños. Sea cual sea su crimen, perdónalos. Ovejas descarriadas en un mundo abominable, son víctimas de nuestra época pervertida y no saben lo que hacen. Te imploro que salves sus almas infantiles y las purifiques en tu infinita bondad y misericordia. Amén.

Después nos dice:

—Volved a verme de vez en cuando, aunque no necesitéis nada.

La huida

De la noche a la mañana, aparecen unos carteles en las paredes del pueblo. En uno de ellos, se ve a un anciano tirado en el suelo con el cuerpo traspasado por la bayoneta de un soldado enemigo. En otro cartel, un soldado enemigo golpea a un niño con otro niño que sujeta por los pies. En otro cartel, un soldado enemigo tira del brazo de una mujer y con la otra mano le desgarró la blusa. La mujer tiene la boca abierta y las lágrimas le corren por las mejillas.

La gente que mira los carteles se queda aterrorizada.

La abuela se ríe y dice:

—Qué mentiras. No tengáis miedo.

La gente dice que la ciudad ha caído.

La abuela dice:

—Si han atravesado el Gran Río, nada les detendrá ya. Pronto estarán aquí.

Nuestra prima dice:

—Entonces podré volver.

Un día, la gente dice que el ejército se ha rendido, que es el armisticio, que la guerra ha terminado. Al día siguiente la gente dice que hay un nuevo gobierno y que la guerra continúa.

Llegan muchos soldados extranjeros en tren o en camión. Y soldados de nuestro país también. Los heridos son numerosos. Cuando la gente pregunta a los soldados de nuestro país, responden que no saben nada. Atraviesan el pueblo. Van a otro país por la carretera que pasa junto al campo.

La gente dice:

—Huyen. Es la desbandada.

Otros dicen:

—Se repliegan. Se reagrupan detrás de la frontera. Aquí es donde les van a parar. Nunca dejarán que el enemigo atraviere la frontera.

La abuela dice:

—Ya veremos.

Pasa mucha gente delante de la casa de la abuela. También se van al otro país. Dicen que hay que abandonar nuestro país para siempre, porque llega el enemigo y se vengará. Reducirá a nuestro pueblo a la esclavitud.

Algunos se marchan a pie, con un saco al hombro, otros empujan sus bicicletas cargadas de los objetos más diversos: un edredón, un violín, un cochinito en una jaula, ollas. Otros van encaramados a unas carretas tiradas por caballos: se llevan todos sus muebles.

La mayor parte son de nuestro pueblo, pero algunos vienen de más lejos.

Una mañana, el ordenanza y el oficial extranjero vienen a decirnos adiós.

El ordenanza dice:

—La cosa está jodida. Pero es mejor estar vencido que muerto.

Se ríe. El oficial pone un disco en el gramófono y lo escuchamos en silencio, sentados en la cama grande. El oficial nos aprieta contra su cuerpo y llora.

—Nunca más os volveré a ver.

—Ya tendrá hijos.

—No quiero.

Y, señalando los discos y el gramófono, dice:

—Guardad todo esto en recuerdo mío. Pero el diccionario, no. Tendréis que aprender otra lengua.

El osario

Una noche oímos explosiones, tiroteos y ráfagas de ametralladora. Salimos de casa para ver qué sucede. Hay un fuego enorme en el emplazamiento del campo. Creemos que ha llegado el enemigo, pero al día siguiente el pueblo está silencioso, solo se oye el retumbar lejano de los cañones.

Al final de la carretera que conduce a la base ya no hay ningún centinela. Una espesa humareda de olor repugnante sube hacia el cielo. Decidimos ir a ver.

Entramos en el campo. Está vacío. No hay nadie por ninguna parte. Algunos edificios siguen ardiendo. El hedor es insoportable. De todas formas, nos tapamos la nariz y avanzamos. Subimos a una torre de vigilancia. Vemos una plaza muy grande en la cual se alzan cuatro piras negras. Localizamos una abertura, una brecha en la barrera. Bajamos de la torre y encontramos la entrada. Es una puerta grande de hierro, abierta. Encima está escrito, en una lengua extranjera: «Campo de tránsito». Entramos.

Las piras negras que habíamos visto desde arriba son cadáveres carbonizados. Algunos han ardido bien, solo quedan los huesos. Otros apenas están ennegrecidos. Hay muchos. Grandes y pequeños. Adultos y niños. Pensamos que primero los han matado y después los han amontonado y les han echado gasolina para prenderles fuego.

Vomitamos. Salimos corriendo del campo. Volvemos a casa. La abuela nos llama para comer, pero seguimos vomitando.

La abuela dice:

—Habéis comido alguna marranada.

Le decimos:

—Sí, manzanas verdes.

Nuestra prima dice:

—El campo ha ardido. Deberíamos ir a ver. Seguramente ya no queda nadie allí.

—Ya hemos ido. No hay nada interesante.

La abuela se ríe.

—¿No se han olvidado de nada los héroes? ¿Se lo han llevado todo con ellos? ¿No han dejado nada útil? ¿Habéis mirado bien?

—Sí, abuela. Hemos mirado bien. No hay nada.

Nuestra prima sale de la cocina. La seguimos. Le preguntamos:

—¿Adónde vas?

—Al pueblo.

—¿Ya? Normalmente solo vas por la noche.

Ella sonrío.

—Sí, pero es que espero a alguien. ¡Escuchad!

Nuestra prima nos sonrío y después se va corriendo al pueblo.

Nuestra madre

Estamos en el jardín. Un jeep militar se detiene ante la casa. Baja nuestra madre seguida de un oficial extranjero. Atraviesan el jardín casi corriendo. Nuestra madre lleva un bebé en brazos. Nos ve, grita:

—¡Venid! Venid rápido al jeep. Nos marchamos. Daos prisa. ¡Dejad lo que estáis haciendo y venid!

Le preguntamos:

—¿De quién es ese bebé?

Ella dice:

—Es vuestra hermanita. ¡Venid! No hay tiempo que perder.

Le preguntamos:

—¿Adónde vamos?

—A otro país. Dejad de hacer preguntas y venid.

Decimos:

—No queremos ir. Queremos quedarnos aquí.

Nuestra madre dice:

—Tengo que irme. Y vosotros vendréis conmigo.

—No. Nos quedamos aquí.

La abuela sale de la casa. Le dice a nuestra madre:

—¿Qué haces aquí? ¿Qué es eso que llevas en brazos?

—He venido a buscar a mis hijos. Ya le enviaré dinero, madre.

La abuela dice:

—No quiero tu dinero. Y no pienso devolverte a los niños.

Nuestra madre pide al oficial que nos lleve a la fuerza. Trepamos rápidamente al desván por la cuerda. El oficial intenta cogernos, pero le damos patadas en la cara. El oficial suelta unas palabrotas. Seguimos subiendo por la cuerda.

La abuela se ríe.

—Ya ves, no quieren irse contigo.

Nuestra madre grita muy fuerte:

—¡Os ordeno que bajéis de inmediato!

La abuela dice:

—Nunca obedecen las órdenes.

Nuestra madre se echa a llorar.

—Venid, queridos. No puedo irme sin vosotros.

La abuela dice:

—¿No tienes bastante con ese bastardo extranjero?

Nosotros decimos:

—Estamos bien aquí, mamá. Vete tranquila. Estamos muy bien en casa de la abuela.

Se oyen los disparos de los cañones y de las metralletas. El oficial coge a nuestra madre por los hombros y la lleva hacia el coche. Pero nuestra madre se suelta.

—¡Son mis hijos, los quiero! ¡Los amo!

La abuela dice:

—Yo los necesito. Soy vieja. Tú puedes hacer otros todavía. ¡Ahí está la prueba!

Nuestra madre dice:

—Se lo suplico, no los retenga.

La abuela dice:

—Yo no los retengo. Vamos, chicos, bajad enseguida e idos con vuestra mamá.

Decimos:

—No queremos irnos. Queremos quedarnos contigo, abuela.

El oficial coge a nuestra madre en brazos, pero ella lo rechaza. El oficial va a sentarse en el jeep y pone el motor en marcha. En ese momento exacto se produce una explosión en el jardín. Después vemos a nuestra madre en el suelo. El oficial corre hacia ella. La abuela quiere apartarnos. Dice:

—¡No miréis! ¡Entrad en casa!

El oficial maldice, corre a su jeep y se va como una exhalación.

Miramos a nuestra madre. Los intestinos se le salen del vientre. Está toda roja. El bebé también. La cabeza de nuestra madre cuelga encima del hoyo que ha hecho el obús. Todavía tiene los ojos abiertos y mojados de lágrimas.

La abuela dice:

—¡Id a buscar la pala!

Ponemos una manta en el fondo del hoyo y colocamos encima a nuestra madre. Sigue llevando al bebé apretado contra el pecho. Las tapamos con otra manta y después llenamos el agujero de tierra.

Cuando nuestra prima vuelve de la ciudad, pregunta:

—¿Ha pasado algo?

Nosotros decimos:

—Sí, un obús ha hecho un agujero en el jardín.

La partida de nuestra prima

Durante toda la noche oímos disparos y explosiones. Al amanecer se hace el silencio bruscamente. Nos dormimos en la enorme cama del oficial. Su cama se ha convertido en nuestra cama, y su habitación en nuestra habitación.

Por la mañana vamos a tomar el desayuno a la cocina. La abuela está delante del fogón. Nuestra prima está plegando sus mantas.

Dice:

—En realidad, no he dormido nada.

Le decimos:

—Duerme en el jardín. Ya no hay ruido y hace calor.

Nos pregunta:

—¿No habéis tenido miedo esta noche?

Nos encogemos de hombros sin responder.

Llaman a la puerta. Entra un hombre vestido de civil, seguido de dos soldados. Los soldados llevan metralletas y un uniforme que no habíamos visto nunca.

La abuela dice algo en la lengua que habla cuando bebe aguardiente. Los soldados le responden. La abuela se les echa al cuello, los besa uno detrás de otro y después les sigue hablando.

El civil dice:

—¿Habla usted su lengua, señora?

La abuela responde:

—Es mi lengua materna, señor.

Nuestra prima pregunta:

—¿Ya están aquí? ¿Cuándo han llegado? Queríamos esperarlos en la plaza principal con ramos de flores.

El civil pregunta:

—¿Queríais? ¿Quiénes?

—Mis amigos y yo.

El civil sonrío.

—Pues es demasiado tarde. Llegaron anoche. Y yo después. Busco a una muchacha.

Pronuncia un nombre. Nuestra prima dice:

—Sí, soy yo. ¿Dónde están mis padres?

El civil dice:

—No lo sé. Solo me han encargado que encuentre a los niños que están en esta lista. Iremos primero a un centro de acogida de la ciudad. Después haremos indagaciones para encontrar a vuestros padres.

Nuestra prima dice:

—Tengo un amigo aquí. ¿Está también en su lista?

Le dice el nombre de su amado. El civil consulta su lista:

—Sí. Ya está en el cuartel general del ejército. Harán el viaje juntos. Prepare sus cosas.

Nuestra prima, muy contenta, embala su ropa y reúne sus cosas de baño y las pone en su toalla.

El civil se vuelve hacia nosotros.

—¿Y vosotros? ¿Cómo os llamáis?

La abuela dice:

—Son mis nietos. Se quedarán conmigo.

—Sí, nos quedaremos con la abuela.

El civil dice:

—De todos modos, me gustaría saber vuestro nombre.

Se lo decimos. Mira sus documentos.

—No estáis en mi lista. Puede quedarse con ellos, señora.

La abuela dice:

—¡Vaya! ¡Así que me los puedo quedar!

Nuestra prima dice entonces:

—Estoy preparada. Vamos.

El civil dice:

—No tengas tanta prisa. Al menos podrías darle las gracias a la señora, y despedirte de estos chiquillos.

Nuestra prima dice:

—¿Chiquillos? Menudos cabroncetes.

Nos abraza muy fuerte.

—No os beso, ya sé que no os gustan esas cosas. No hagáis tonterías, sed prudentes.

Nos abraza más fuerte aún, llorando. El civil la coge por el brazo y le dice a la abuela:

—Le doy las gracias, señora, por todo lo que ha hecho por esta niña.

Salimos todos. Delante de la puerta del jardín hay un jeep. Los dos soldados se instalan delante, el civil y nuestra prima detrás. La abuela les grita algo. Los soldados se ríen. El jeep arranca. Nuestra prima no se vuelve.

La llegada de nuevos extranjeros

Tras la partida de nuestra prima, vamos al pueblo a ver qué ocurre.

En cada esquina de las calles hay un tanque. En la plaza principal hay camiones, jeeps, motos, sidecares y muchos militares por todas partes. En la plaza del mercado, que no está asfaltada, montan unas tiendas e instalan unas cocinas de campaña.

Cuando pasamos a su lado nos sonrén, nos hablan, pero no entendemos lo que nos dicen.

Aparte de los militares no hay nadie en las calles. Las puertas de las casas están cerradas, los postigos también y las persianas de las tiendas bajadas.

Al volver a casa, le decimos a la abuela:

—Todo está tranquilo en el pueblo.

Ella se ríe.

—De momento están descansando, pero esta tarde ya veréis.

—¿Qué pasará, abuela?

—Van a requisar. Entrarán y lo registrarán todo. Y cogerán lo que quieran. Ya he vivido una guerra y sé lo que pasa. Nosotros no tenemos nada que temer: aquí no hay nada que coger y yo hablo su lengua.

—Pero ¿qué buscan, abuela?

—Espías, armas, municiones, relojes, oro, mujeres.

Por la tarde, en efecto, los militares empiezan a registrar las casas sistemáticamente. Si no les abren disparan al aire y después rompen la puerta.

Muchas casas están vacías. Los habitantes se han ido definitivamente o bien se esconden en el bosque. Esas casas deshabitadas son registradas igual que todas las demás, así como las tiendas y los almacenes.

Tras el paso de los militares, los ladrones invaden los almacenes y las casas abandonadas. Los ladrones son sobre todo niños y viejos, algunas mujeres también, que no tienen miedo a nada o son pobres.

Nos encontramos con Cara de Liebre. Lleva los brazos cargados de vestidos y zapatos. Nos dice:

—Daos prisa mientras quede todavía algo que coger. Yo ya he ido de compras tres veces.

Entramos en la librería, que tiene la puerta rota. Allí solo hay algunos niños más pequeños que nosotros. Cogen lápices y ceras de colores, gomas, sacapuntas y escuadras.

Elegimos tranquilamente lo que necesitamos: una enciclopedia completa en varios volúmenes, lápices y papel.

En la calle, un viejo y una vieja se pelean por un jamón ahumado. Están rodeados de gente que se ríe y los jalea. La mujer araña la cara del viejo y, al final, es ella la que se lleva el jamón.

Los ladrones se emborrachan con el alcohol robado, se pelean, rompen las ventanas de las casas y los escaparates de las tiendas que han saqueado, hacen añicos la vajilla, tiran al suelo los objetos que no necesitan o que no se pueden llevar.

Los militares también beben y vuelven a las casas, pero, en esta ocasión, para buscar mujeres.

Por todas partes se oyen disparos y gritos de mujeres violadas.

En la plaza principal, un soldado toca el acordeón. Otros soldados bailan y cantan.

El incendio

Desde hace varios días, ya no vemos a la vecina en el jardín. Tampoco nos encontramos con Cara de Liebre. Vamos a ver.

La puerta de la casucha está abierta. Entramos. Las ventanas son pequeñas. En la habitación reina la oscuridad, pese a que fuera brilla el sol.

Cuando los ojos se nos acostumbran a la penumbra, distinguimos a la vecina, echada en la mesa de la cocina. Le cuelgan las piernas, tiene los brazos encima de la cara. No se mueve.

Cara de Liebre está tirada en la cama. Desnuda. Entre las piernas separadas tiene un charco reseco de sangre y esperma. Con los párpados pegados para siempre, los labios retraídos mostrando unos dientes negros en una sonrisa eterna, Cara de Liebre está muerta.

La vecina dice:

—Marchaos.

Nos acercamos y le preguntamos:

—¿No está sorda?

—No. Y tampoco estoy ciega ya. Marchaos.

Le decimos:

—Queremos ayudarla.

—No necesito ayuda. No necesito nada. Marchaos.

Le preguntamos:

—¿Qué ha pasado aquí?

—Ya lo veis. Ella está muerta, ¿verdad?

—Sí. ¿Han sido los nuevos extranjeros?

—Sí. Fue ella quien los llamó. Salió a la carretera, les hizo señas para que vinieran. Eran doce o quince. Y mientras le pasaban por encima, ella no dejaba de gritar: «¡Qué contenta estoy, qué contenta estoy! ¡Venid todos, venid, otro, otro aún!». Ha muerto feliz, follada hasta la muerte. Pero ¡yo no estoy muerta! Me he quedado aquí echada sin comer, sin beber, yo no sé desde hace cuánto tiempo. Y la muerte no viene. Cuando la llamas, nunca viene. Se divierte torturándonos. La llamo desde hace años y me ignora.

Le preguntamos:

—¿Desea morir de verdad?

—¿Qué otra cosa podría desear? Si queréis hacer algo por mí, pegadle fuego a la casa. No quiero que nadie nos encuentre así.

Le decimos:

—Pero va a sufrir horriblemente.

—No os preocupéis por eso. Pegadle fuego si sois capaces, y ya está.

—Sí, señora, claro que somos capaces. Puede contar con nosotros.

Le cortamos el cuello de un navajazo y luego vamos a sacar gasolina de un vehículo del ejército. Empapamos de gasolina los dos cuerpos y las paredes de la choza. Le prendemos fuego y

nos vamos.

Al día siguiente la abuela nos dice:

—La casa de la vecina se ha quemado. Estaban dentro, la hija y ella. La hija debió de olvidarse algo al fuego, como estaba loca...

Volvemos a la casa de las vecinas para recuperar las gallinas y los conejos, pero los vecinos ya se los han llevado durante la noche.

El final de la guerra

Durante unas semanas, vemos desfilar ante la casa de la abuela al ejército victorioso de los nuevos extranjeros, a los que ahora se llama el ejército liberador.

Tanques, cañones, carros y camiones atraviesan la frontera noche y día. El frente se aleja cada vez más y más al interior del país vecino.

En sentido inverso, llega otro desfile: los prisioneros de guerra, los vencidos. Entre ellos, muchos hombres de nuestro país. Todavía llevan uniforme, pero ya no tienen armas ni galones. Van a pie, con la cabeza gacha, hasta la estación donde los embarcan en vagones. Hacia dónde y por cuánto tiempo, eso nadie lo sabe.

La abuela dice que se los llevan muy lejos, a un país frío y deshabitado donde les obligarán a trabajar tan duro que no volverá ninguno de ellos. Morirán todos de frío, de cansancio, de hambre y de todo tipo de enfermedades.

Un mes después de que nuestro país haya sido liberado, la guerra ha acabado en todas partes y los liberadores se instalan en nuestro país para siempre, según dicen. Entonces le pedimos a la abuela que nos enseñe su lengua. Ella dice:

—¿Cómo queréis que os la enseñe? No soy profesora.

Le decimos:

—Es muy sencillo, abuela. Solo tienes que hablarnos en esa lengua durante todo el día y acabaremos entendiéndola.

Pronto sabemos lo suficiente como para hacer de intérpretes entre los habitantes y los liberadores. Aprovechamos para comerciar con los productos que el ejército posee en abundancia: cigarrillos, tabaco y chocolate. Los cambiamos por lo que poseen los civiles: vino, aguardiente y fruta.

El dinero ya no tiene valor, todo el mundo hace trueque.

Las chicas se acuestan con los soldados a cambio de medias de seda, joyas, perfumes, relojes y otros objetos que los militares han cogido en las ciudades que han atravesado.

La abuela ya no va al mercado con su carretilla. Son las damas bien vestidas las que vienen a casa de la abuela a suplicarle que les cambie una sortija o unos pendientes por un pollo o un salchichón.

Se distribuyen cartillas de racionamiento. La gente hace cola delante de la carnicería y la panadería desde las cuatro de la madrugada. Las demás tiendas permanecen cerradas, a falta de mercancías.

A todo el mundo le falta de todo.

A la abuela y a nosotros no nos falta de nada.

Más tarde, volvemos a tener un ejército y un gobierno propios, pero son los liberadores quienes dirigen nuestro ejército y nuestro gobierno. Su bandera ondea en todos los edificios públicos. La foto de su líder se encuentra en todas partes. Nos enseñan sus canciones, sus bailes,

proyectan sus películas en nuestros cines. En los colegios, la lengua de los liberadores es obligatoria, mientras que las demás lenguas extranjeras están prohibidas.

No se permite ninguna crítica ni ninguna broma contra nuestros liberadores o contra nuestro nuevo gobierno. Con una simple denuncia se lleva a la cárcel a cualquiera, sin procesos y sin juicios. Hombres y mujeres desaparecen sin que se sepa por qué, y su familia nunca vuelve a tener noticias suyas.

Reconstruyen la frontera. Ahora es infranqueable.

Nuestro país está bordeado de alambre de espinos; estamos totalmente separados del resto del mundo.

Otra vez al colegio

En otoño, todos los niños vuelven al colegio, excepto nosotros.

Le decimos a la abuela:

—Abuela, no queremos volver a la escuela.

Ella dice:

—Eso espero. Os necesito aquí. ¿Y qué ibais a aprender en esa escuela?

—Nada, abuela, absolutamente nada.

Pronto recibimos una carta. La abuela pregunta:

—¿Qué dice?

—Dice que eres responsable de nosotros y que debemos presentarnos en la escuela.

—Quemad la carta. Yo no sé leer y vosotros tampoco. Nadie ha leído esa carta.

Quemamos la carta. Pronto recibimos otra. Dice que si no vamos a la escuela la abuela será castigada por la ley. Quemamos también esa carta y le decimos a la abuela:

—No olvides que uno de nosotros es ciego y el otro sordo.

Unos días más tarde, se presenta un hombre en nuestra casa. Dice:

—Soy el inspector de escuelas primarias. Usted tiene en su casa dos niños en edad de escolarización obligatoria. Ya ha recibido dos avisos al respecto.

La abuela dice:

—¿Habla usted de las cartas? Yo no sé leer. Ni los niños tampoco.

Uno de nosotros pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Qué está diciendo?

—Pregunta si sabemos leer. ¿Cómo es?

—Es alto y parece muy malo.

Gritamos los dos a la vez:

—¡Váyase! ¡No nos haga daño! ¡No nos mate! ¡Socorro!

Nos escondemos debajo de la mesa. El inspector pregunta a la abuela:

—Pero ¿qué tienen? ¿Qué les ocurre?

La abuela dice:

—¡Ay, pobrecillos, tienen miedo de todo el mundo! Han vivido cosas espantosas en la ciudad. Además, uno es sordo y el otro ciego. El sordo debe explicarle al ciego lo que ve, y el ciego debe explicarle al sordo lo que oye. Si no, no entenderían nada.

Bajo la mesa, gritamos:

—¡Socorro, socorro! ¡Que explota! ¡Hace demasiado ruido! ¡Hay muchos relámpagos!

La abuela explica:

—Cuando algo les da miedo, oyen y ven cosas que no existen.

El inspector dice:

—Tienen alucinaciones. Habría que internarlos en un hospital.

Aullamos más fuerte aún.

La abuela dice:

—¡No, no, eso no! La desgracia pasó en un hospital. Fueron a visitar a su madre, que trabajaba allí. Cuando cayeron las bombas en el hospital, estaban allí y vieron a los heridos y los muertos: ellos mismos estuvieron en coma muchos días.

—Pobres niños. ¿Y dónde están sus padres?

—Muertos o desaparecidos. ¿Cómo saberlo?

—Deben de ser una carga muy pesada para usted.

—¿Y qué iba a hacer? No tienen a nadie más.

Al irse, el inspector da la mano a la abuela.

—Es usted una mujer muy valiente.

Recibimos una tercera carta que dice que nos dispensan de asistir al colegio a causa de nuestra invalidez y de nuestros traumas psíquicos.

La abuela vende su viña

Un oficial viene a casa de la abuela para pedirle que le venda su viña. El ejército quiere construir en su terreno un edificio para los guardias de frontera.

La abuela pregunta:

—¿Y con qué me quieren pagar? El dinero no vale nada.

El oficial dice:

—A cambio de su terreno le instalaremos el agua corriente y la electricidad en casa.

—Yo no necesito su electricidad ni su agua corriente. Siempre he vivido sin ellas.

—Podríamos quitarle la viña sin ofrecerle nada a cambio. Y es lo que haremos si no acepta usted nuestra propuesta. El ejército necesita su terreno. Su deber de patriota es cedérselo.

La abuela abre la boca, pero intervenimos:

—Abuela, eres mayor y está cansada. La viña te da mucho trabajo y no te aporta casi nada. Por el contrario, el valor de tu casa aumentará mucho con el agua y la electricidad.

El oficial dice:

—Sus nietos son más inteligentes que usted, abuela.

La abuela dice:

—¡Desde luego que sí! Discúptalo con ellos, pues. Que decidan ellos.

—Pero necesito su firma.

—Firmaré lo que quiera. De todos modos, no sé escribir.

La abuela se echa a llorar, se levanta, nos dice:

—Confío en vosotros.

Y se va a su viña.

El oficial dice:

—¡Qué cariño le tiene a su viña la pobre viejecita! Entonces, ¿asunto arreglado?

Nosotros le decimos:

—Como habrá podido constatar usted mismo, ese terreno tiene un gran valor sentimental para ella, y el ejército, ciertamente, no querrá despojar de un bien adquirido con tantos sacrificios a una pobre anciana que, además, es originaria del país de nuestros heroicos libertadores.

—¿Ah, sí? ¿Es de origen...?

—Sí. Habla perfectamente su lengua. Y nosotros también. Así que si tienen intención de cometer algún abuso...

El oficial dice al momento:

—¡No, no, claro que no! ¿Qué quieren?

—Además del agua y la electricidad, queremos un cuarto de baño.

—¡Nada menos! ¿Y dónde lo quieren el cuarto de baño?

Lo llevamos hasta nuestra habitación, le enseñamos dónde queremos el cuarto de baño.

—Aquí, que dé a nuestra habitación. De siete a ocho metros cuadrados. Con bañera encastada, lavabo, ducha, calentador y váter.

Nos mira con detenimiento. Dice:

—Es factible.

—Y también queremos un aparato de radio. No tenemos y nos resulta imposible comprar uno.

Nos pregunta:

—¿Y eso es todo?

—Sí, es todo.

Se echa a reír.

—Tendrán su cuarto de baño y su radio. Pero habría hecho mejor discutiendo con su abuela.

La enfermedad de la abuela

Una mañana, la abuela no sale de su habitación. Llamamos a su puerta, la llamamos y ella no responde.

Vamos por detrás de la casa, rompemos un cristal de la ventana de su habitación para poder entrar.

La abuela está echada en la cama, inmóvil. Sin embargo respira y le late el corazón. Uno de nosotros se queda junto a ella y el otro va a buscar a un médico.

El médico examina a la abuela y dice:

—Su abuela ha tenido un ataque de apoplejía, una hemorragia cerebral.

—¿Y se va a morir?

—Pues no se sabe. Es vieja, pero su corazón es fuerte. Denle estos medicamentos tres veces al día. Y haría falta alguien para que se ocupara de ella.

Le decimos:

—Nosotros nos ocuparemos de ella. ¿Qué hay que hacer?

—Darle de comer, lavarla. Probablemente se quede paralizada para siempre.

El médico se va. Preparamos un puré de verduras y se lo damos a la abuela con una cucharilla. Por la noche, su habitación apesta. Levantamos las mantas: su colchón está lleno de excrementos.

Vamos a buscar paja a casa de un campesino y compramos unas bragas de goma para bebé y unos pañales.

Desnudamos a la abuela, la lavamos en nuestra bañera, le preparamos una cama limpia. Está tan delgada que las bragas de bebé le van bien. Le cambiamos los pañales varias veces al día.

Una semana después la abuela empieza a mover las manos. Una mañana nos recibe con insultos:

—¡Hijos de perra! ¡Asad una gallina! ¿Cómo queréis que recupere las fuerzas con vuestras verduras y vuestros purés? ¡Y también quiero leche de cabra! Espero que no hayáis descuidado nada mientras he estado enferma...

—No, abuela, no hemos descuidado nada.

—¡Ayudadme a levantarme, golfos!

—Abuela, debes seguir echada, lo dijo el médico.

—¡Bah, el médico! ¡Menudo imbécil! ¡Paralizada para siempre! ¡Ya le enseñaré yo lo paralizada que me voy a quedar!

La ayudamos a levantarse, la acompañamos a la cocina, la sentamos en un banco. Cuando la gallina está hecha, se la come toda ella sola. Después de la cena dice:

—¿A qué esperáis? Fabricadme un bastón bien sólido, deprisa, holgazanes, quiero ir a ver si todo está bien.

Corremos hacia el bosque, encontramos una rama adecuada y, bajo su dirección, tallamos un bastón a la medida de la abuela. Lo coge y nos amenaza:

—¡Ay de vosotros si no está todo en orden!

Se va al jardín. La seguimos de lejos. Entra en el retrete y la oímos murmurar:

—¡Unas bragas! ¡Vaya idea! ¡Están locos de remate!

Cuando vuelve a casa, vamos a ver a la letrina. Ha tirado las bragas y los pañales por el agujero.

El tesoro de la abuela

Una tarde, la abuela dice:

—Cerrad bien todas las puertas y todas las ventanas. Quiero hablar con vosotros y no quiero que nadie nos oiga.

—Nunca pasa nadie por aquí, abuela.

—Los guardias de frontera se pasean por todas partes, lo sabéis muy bien. Y no les da ningún reparo ponerse a escuchar junto a las puertas. Traedme también una hoja de papel y un lápiz.

Le preguntamos:

—¿Quieres escribir, abuela?

Ella grita:

—¡Obedeced! ¡No hagáis preguntas!

Cerramos las ventanas y las puertas y le llevamos el papel y el lápiz. La abuela, sentada al otro extremo de la mesa, dibuja algo en la hoja. Dice, cuchicheando:

—Aquí es donde está mi tesoro.

Nos tiende la hoja. Ha dibujado un rectángulo, una cruz y, debajo de la cruz, un círculo. La abuela nos pregunta:

—¿Lo habéis entendido?

—Sí, abuela, lo hemos entendido. Pero ya lo sabíamos.

—¿Cómo, qué es lo que ya sabíais?

Le respondemos, cuchicheando:

—Que tu tesoro se encuentra debajo de la cruz de la tumba del abuelo.

La abuela se calla un momento y después dice:

—Tendría que haberme dado cuenta. ¿Lo sabéis desde hace mucho tiempo?

—Desde hace mucho tiempo, abuela. Desde que te vimos arreglar la tumba del abuelo.

La abuela respira muy fuerte.

—No sirve de nada enfadarse. De todos modos, todo será para vosotros. Ahora ya sois lo bastante inteligentes para saber qué hacer con todo eso.

Le decimos:

—De momento, no podemos hacer gran cosa.

La abuela dice:

—No. Tenéis razón. Hay que esperar. ¿Sabréis esperar?

—Sí, abuela.

Nos callamos un momento los tres y después la abuela nos dice:

—Eso no es todo. Cuando tenga otro ataque, debéis saber que no quiero ni vuestros baños, ni vuestras bragas, ni vuestros pañales.

Se levanta, rebusca en un estante entre sus botes. Vuelve con una botellita azul.

—En lugar de todas esas guarradas de medicamentos, me pondréis el contenido de esta botellita en el primer vaso de leche.

No le respondemos. Ella grita:

—¿Me habéis entendido, hijos de perra?

No le respondemos. Ella nos dice:

—¿Acaso tenéis miedo de la autopsia, pequeños cagados? No habrá autopsia. No buscan tres pies al gato cuando una vieja se muere después de un segundo ataque.

Le decimos:

—No tenemos miedo de la autopsia, abuela. Solo pensamos que igual puedes recuperarte por segunda vez.

—No. No me recuperaré. Lo sé. Y entonces habrá que acabar cuanto antes.

No decimos nada. La abuela se echa a llorar:

—No sabéis lo que es estar paralizada. Verlo todo, oírlo todo y no poder moverse. Si no sois capaces ni siquiera de hacerme ese pequeño favor, es que sois unos ingratos, unas serpientes que he calentado en mi propio seno...

Le decimos:

—No llores, abuela. Lo haremos; si verdaderamente es lo que quieres, lo haremos.

Nuestro padre

Cuando llega nuestro padre, los tres estamos a punto de trabajar en la cocina, porque fuera llueve.

Nuestro padre se para delante de la puerta, con los brazos cruzados y las piernas separadas.

Pregunta:

—¿Dónde está mi mujer?

La abuela se ríe.

—¡Vaya! Así que tenía marido de verdad.

—Sí, soy el marido de su hija. Y estos son mis hijos.

Nos mira y añade:

—Habéis crecido mucho. Pero no habéis cambiado.

La abuela dice:

—Mi hija, su mujer, me confió los niños.

—Habría hecho mejor confiándoselos a alguna otra persona. ¿Dónde está? Me han dicho que se fue al extranjero. ¿Es verdad?

La abuela dice:

—De todo eso hace mucho tiempo. ¿Dónde estaba hasta ahora?

—Era prisionero de guerra. Y ahora quiero recuperar a mi mujer. No me oculte lo que sea, vieja bruja.

La abuela dice:

—Me encanta su manera de darme las gracias por lo que he hecho por sus hijos.

Nuestro padre grita:

—¡Me importa una mierda! ¿Dónde está mi mujer?

La abuela dice:

—¿Así que le importa una mierda? ¿Le importamos una mierda sus hijos y yo? ¡Pues le voy a enseñar dónde está su mujer!

La abuela sale al jardín y la seguimos. Con su bastón le enseña el parterre de flores que hemos plantado encima de la tumba de nuestra madre.

—¡Mire! Ahí está su mujer. Bajo tierra.

Nuestro padre pregunta:

—¿Muerta? ¿De qué? ¿Cuándo?

—Muerta. Un obús. Unos días antes del fin de la guerra.

—Está prohibido enterrar a la gente por ahí en cualquier sitio.

—La enterramos donde murió. Y no es cualquier sitio. Es mi jardín. También era el suyo, cuando era pequeña.

Nuestro padre mira las flores mojadas y dice:

—Quiero verla.

—No debería. No hay que molestar a los muertos.

—De todos modos, hay que enterrarla en un cementerio. Es la ley. Traedme una pala.

La abuela se encoge de hombros.

—Traedle una pala.

Bajo la lluvia, vemos a nuestro padre destruir nuestro parterre de flores y cavar. Llega a las mantas, las aparta. Ahí se ve un esqueleto grande, echado, con otro muy pequeñito pegado a su pecho.

Nuestro padre pregunta:

—¿Qué es esa cosa que tiene encima?

Le decimos:

—Es un bebé. Nuestra hermanita.

La abuela dice:

—Ya le había dicho yo que dejase a los muertos en paz. Venga a lavarse a la cocina.

Nuestro padre no responde. Mira los esqueletos. Tiene la cara mojada de sudor, de lágrimas y de lluvia. Sale dificultosamente del agujero y se va sin volverse, con las manos y el traje llenos de barro.

Le preguntamos a la abuela:

—¿Qué hacemos?

—Volver a cerrar el agujero. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

—Vete dentro, abuela. Nos ocuparemos nosotros.

Ella entra.

Con la ayuda de una manta, transportamos los dos esqueletos al desván y extendemos los huesos en la paja para secarlos. A continuación, bajamos y llenamos el agujero donde ya no hay nadie.

Más tarde, durante meses, pulimos y barnizamos el cráneo y los huesos de nuestra madre y del bebé, y después reconstruimos con mucho cuidado los esqueletos uniendo cada hueso con trocitos de alambre fino. Cuando nuestro trabajo está terminado, colgamos el esqueleto de nuestra madre de una viga del desván y le ponemos el del bebé al cuello.

Vuelve nuestro padre

No volvemos a ver a nuestro padre hasta unos años más tarde.

Entretanto, la abuela tuvo otro ataque y la ayudamos a morir como ella nos había pedido. Ahora está enterrada en la misma tumba que el abuelo. Antes de que se abriera la tumba, recuperamos el tesoro y lo escondimos debajo del banco que hay ante nuestra ventana, donde se encuentran aún el fusil, los cartuchos y las granadas.

Nuestro padre llega una tarde y pregunta:

—¿Dónde está vuestra abuela?

—Murió.

—¿Vivís solos? ¿Y cómo os las arregláis?

—Muy bien, papá.

Nos dice:

—He venido escondiéndome. Tenéis que ayudarme.

—No hemos tenido noticias tuyas desde hace años.

Nos enseña las manos. Ya no tiene uñas. Se las han arrancado de raíz.

—Salgo de la cárcel. Me han torturado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por nada. Soy un individuo políticamente sospechoso. No puedo ejercer mi profesión. Me vigilan constantemente. Registran mi piso con regularidad. Me resulta imposible vivir más tiempo en este país.

Decimos:

—Quieres atravesar la frontera.

—Sí. Vosotros, que vivís aquí, debéis saber...

—Sí, sabemos. La frontera es infranqueable.

Nuestro padre agacha la cabeza, se mira las manos un momento y luego dice:

—Tiene que haber algún punto débil. Tiene que haber alguna manera de pasar.

—Arriesgando la vida, sí.

—Prefiero morir antes que quedarme aquí.

—Tienes que decidir con conocimiento de causa, papá.

Él dice:

—Os escucho.

Le explicamos:

—La primera dificultad es llegar hasta los primeros alambres de espinos sin encontrarse con ninguna patrulla y sin que te vean desde ninguna torre de vigilancia. Es factible. Nosotros conocemos las horas de las patrullas y el emplazamiento de las torres. La barrera tiene un metro cincuenta de altura y un metro de ancho. Hacen falta dos tablas. Una para saltar por encima de la barrera, la otra para ponerla encima, para poder ponerse de pie. Si pierdes el equilibrio, caes entre los alambres de espinos y no puedes salir.

—No perderé el equilibrio.

Seguimos:

—Hay que recuperar las dos tablas para pasar de la misma manera la otra barrera, que se encuentra siete metros más lejos.

Nuestro padre se ríe.

—Es un juego de niños.

—Sí, pero el espacio entre las dos barreras está minado.

Nuestro padre palidece.

—Entonces, es imposible.

—No. Es cuestión de suerte. Las minas están dispuestas en zigzag. Si se sigue una línea recta, se arriesga uno a pisar una sola mina. Si se dan zancadas grandes, se tiene más o menos una oportunidad entre siete de evitarla.

Nuestro padre reflexiona un momento y luego dice:

—Acepto el riesgo.

—En ese caso, queremos ayudarte. Te acompañaremos hasta la primera barrera.

—De acuerdo. Os doy las gracias. ¿No tendréis algo de comer, por casualidad?

Le servimos pan con queso de cabra. Le ofrecemos también vino procedente de la antigua viña de la abuela. Echamos en su vaso algunas gotas de somnífero que la abuela sabía preparar muy bien con unas plantas.

Conducimos a nuestro padre a nuestra habitación y le decimos:

—Buenas noches, papá. Que duermas bien. Te despertaremos mañana.

Vamos a acostarnos en el banco de rincón de la cocina.

La separación

Al día siguiente por la mañana, nos levantamos muy temprano. Nos aseguramos de que nuestro padre duerme profundamente.

Preparamos cuatro tablas.

Desenterramos el tesoro de la abuela: unas piezas de oro y de plata, muchas joyas. Ponemos la parte mayor en un saquito de lona. Tomamos también una granada cada uno, por si nos sorprende una patrulla. Al suprimirla podríamos ganar tiempo.

Hacemos un reconocimiento junto a la frontera para localizar el mejor sitio: un ángulo muerto entre dos torres de vigilancia. Allí, al pie de un árbol grande, camuflamos el saco de lona y las dos tablas.

Volvemos, comemos. Más tarde, le llevamos el desayuno a nuestro padre. Debemos sacudirlo para que se despierte. Se frota los ojos y dice:

—Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

Le ponemos la bandeja en las rodillas. Él dice:

—¡Qué festín! Leche, café, huevos, jamón, mantequilla, mermelada... Estas cosas no se encuentran en la ciudad. ¿Cómo lo conseguís?

—Trabajando. Come, papá. No tendremos tiempo de ofrecerte otra comida antes de tu partida.

Nos pregunta:

—¿Será esta noche?

—Será ahora mismo. En cuanto estés preparado.

—¿Estáis locos? ¡Me niego a pasar esa frontera de mierda en pleno día! Nos verían.

—Y nosotros también, nosotros necesitamos ver, papá. Solo los idiotas intentan pasar la frontera de noche. Por la noche multiplican por cuatro la frecuencia de las patrullas, y los proyectores barren la zona continuamente. Por el contrario, la vigilancia se relaja hacia las once de la mañana. Los guardias de frontera piensan que nadie está tan loco como para intentar pasar en ese momento.

—Desde luego, tenéis razón. Me fío de vosotros.

Le preguntamos:

—¿Nos permites que te registremos los bolsillos mientras comes?

—¿Los bolsillos? ¿Para qué?

—No deben poder identificarte. Si te pasa algo y se sabe que eres nuestro padre, nos acusarían de complicidad.

Nuestro padre dice:

—Pensáis en todo.

—Estamos obligados a pensar en nuestra seguridad.

Le registramos la ropa. Le cogemos los papeles, el documento de identidad, la agenda de direcciones, un billete de tren, unas facturas y una foto de nuestra madre. Lo quemamos todo en el

fogón de la cocina excepto la foto.

A las once nos vamos. Cada uno lleva una tabla.

Nuestro padre no lleva nada. Solo le pedimos que nos siga haciendo el menor ruido que pueda.

Llegamos junto a la frontera. Le decimos a nuestro padre que se agache detrás del árbol grande y no se mueva.

Pronto, a unos metros de nosotros, pasa una patrulla de dos hombres. Les oímos hablar:

—Me pregunto qué habrá para llenar la tripa.

—La misma mierda de siempre.

—Mierda y más mierda. Ayer era asqueroso, pero a veces está bueno.

—¿Bueno? No dirías eso si hubieses probado la sopa de mi madre.

—Nunca he comido la sopa de tu madre. Yo no he tenido madre. Yo siempre he comido mierda. Al menos en el ejército como bien de vez en cuando...

La patrulla se aleja. Decimos:

—Vamos, papá. Tenemos veinte minutos antes de que llegue la patrulla siguiente.

Nuestro padre coge las dos tablas bajo el brazo, avanza, pone una de ellas contra la barrera y trepa.

Nos escondemos boca abajo detrás del árbol grande y nos tapamos las orejas con las manos y abrimos la boca.

Se oye una explosión.

Corremos hasta los alambres de espinos con las otras dos tablas y el saco de lona.

Nuestro padre está caído junto a la segunda barrera.

Sí, hay un medio de atravesar la frontera: hacer pasar a alguien delante de uno.

Cogiendo el saco de lona y caminando sobre las huellas de los pasos, y después sobre el cuerpo inerte de nuestro padre, uno de nosotros se va al otro país.

El que queda se vuelve a casa de la abuela.

La prueba

1

De vuelta a casa de la abuela, Lucas se acuesta junto a la cerca del jardín, a la sombra de los arbustos. Espera. Un vehículo del ejército se detiene ante el edificio de los guardias de frontera. Bajan unos militares y dejan en el suelo un cuerpo envuelto en una lona de camuflaje. Un sargento sale del edificio, hace una señal y los soldados apartan la lona. El sargento silba.

—¡Identificarlo no será pan comido, desde luego! ¡Hay que ser imbécil para intentar pasar esta puta frontera y además en pleno día!

Un soldado dice:

—La gente debería saber que es imposible.

Otro soldado añade:

—Los de por aquí ya lo saben. Los que lo intentan vienen de otros sitios.

El sargento dice:

—Bueno, vamos a ver al idiota de enfrente. A lo mejor sabe algo.

Lucas entra en la casa. Se sienta en el banco de rincón de la cocina. Corta pan, pone una botella de vino y un queso de cabra encima de la mesa. Llaman a la puerta. Entran el sargento y un soldado.

Lucas dice:

—Les esperaba. Siéntense. Sírvanse vino y queso.

El soldado dice:

—Con mucho gusto.

Coge un poco de pan y queso. Lucas le sirve vino.

El sargento pregunta:

—¿Nos esperaba? ¿Por qué?

—He oído la explosión. Después de las explosiones siempre vienen a preguntarme si he visto a alguien.

—¿Y no ha visto a nadie?

—No.

—Como de costumbre.

—Sí, como de costumbre. Nadie viene a anunciarme su intención de atravesar la frontera.

El sargento se ríe. Él también toma un poco de vino y queso.

—Quizá ha visto a alguien rondando por aquí o por el bosque.

—No he visto a nadie.

—Y si hubiese visto a alguien, ¿nos lo diría?

—Si digo que sí, no me creería.

El sargento se vuelve a reír.

—A veces me pregunto por qué le llaman el idiota.

—Yo también me lo pregunto. Simplemente sufro una enfermedad nerviosa a causa de un traumatismo psíquico de la infancia, durante la guerra.

El soldado pregunta:

—¿Qué es eso? ¿Qué dice?

Lucas le explica:

—Tengo la cabeza un poco tonta por los bombardeos. Me pasó de niño.

El sargento dice:

—El queso está muy bueno. Gracias. Venga con nosotros.

Lucas les sigue. Mostrando el cuerpo, el sargento pregunta:

—¿Conoce a este hombre? ¿Le había visto alguna vez?

Lucas contempla el cuerpo dislocado de su padre.

—Está completamente desfigurado.

El sargento dice:

—También se le puede reconocer por la ropa, los zapatos o incluso por las manos o el pelo.

Lucas dice:

—Lo único que veo es que no es de este pueblo. Su ropa no es de aquí. Nadie lleva ropa tan elegante en nuestro pueblo.

—Muchas gracias. Eso ya lo sabíamos. Nosotros tampoco somos idiotas. Lo que le pregunto es si le ha visto en alguna parte.

—No. En ninguna parte. Pero veo que le han arrancado las uñas. Ha estado en la cárcel.

El sargento afirma:

—En nuestras cárceles no se tortura. Lo curioso es que lleva los bolsillos completamente vacíos. Ni siquiera una foto, ni una llave, ni una cartera. Sin embargo, debería llevar encima su documento de identidad, e incluso un salvoconducto para entrar en la zona fronteriza.

Lucas dice:

—Lo habrá tirado en el bosque.

—Es lo que yo pienso. No quería que le identificasen. Me pregunto a quién quería proteger así. Si buscando setas encuentra algo, por casualidad, nos lo traerá, ¿verdad?

—Desde luego, sargento.

Lucas se sienta en el banco del jardín, apoya la cabeza en la pared blanca de la casa. El sol le ciega. Cierra los ojos.

—¿Qué hago ahora?

—Lo mismo que antes. Hay que continuar levantándose por la mañana, acostándose por la noche, y haciendo lo que sea necesario para vivir.

—Será muy largo.

—Quizá toda la vida.

Los gritos de los animales despiertan a Lucas. Se levanta, va a ocuparse de ellos. Da de comer a los cerdos, a las gallinas y a los conejos. Va a buscar las cabras al borde del río, las lleva consigo y las ordeña. Lleva la leche a la cocina. Se sienta en el banco de rincón y se queda allí sentado hasta que cae la noche. Entonces se levanta, sale de casa y riega el huerto. Hay luna llena. Cuando vuelve a la cocina, come un poco de queso y bebe un poco de vino. Vomita sacando la cabeza por la ventana. Arregla la mesa. Entra en la habitación de la abuela y abre la ventana para

airearla. Se sienta delante del tocador y se mira en el espejo. Más tarde, Lucas abre la puerta de su habitación. Mira la cama. Vuelve a cerrar la puerta y se va al pueblo.

Las calles están desiertas. Lucas camina deprisa. Se para ante una ventana iluminada, abierta. Es una cocina. Una familia está cenando. Una madre y tres niños sentados en torno a la mesa. Dos chicos y una chica. Comen sopa de patata. El padre no está. Quizá esté trabajando, o en la cárcel, o en un campo. O bien no ha vuelto de la guerra.

Lucas pasa por delante de los cafés ruidosos, donde, hasta hace poco tiempo, tocaba a veces la armónica. No entra, continúa su camino. Toma las callejuelas sin iluminar del castillo y después la callecita oscura que lleva al cementerio. Se queda ante la tumba del abuelo y la abuela.

La abuela murió el año anterior de un segundo ataque cerebral.

El abuelo murió hace muchísimo tiempo. La gente del pueblo dice que fue envenenado por su mujer.

El padre de Lucas ha muerto hoy, intentando atravesar la frontera, y Lucas no conocerá jamás su tumba.

Lucas vuelve a casa. Con la ayuda de una cuerda, trepa al desván. Arriba, un jergón, una vieja manta militar y un baúl. Lucas abre el baúl y coge un cuaderno escolar grande y escribe algunas frases. Vuelve a cerrar el cuaderno y se acuesta en el jergón.

Por encima de él, iluminados por la luna a través del tragaluz, se balancean los esqueletos de la madre y del bebé, colgados de una viga.

La madre y la hermanita de Lucas murieron por culpa de un obús, cinco años atrás, pocos días antes del final de la guerra, allí mismo, en el jardín de casa de la abuela.

Lucas está sentado en el banco del jardín. Tiene los ojos cerrados. Un carro tirado por un caballo se detiene ante la casa. El ruido despierta a Lucas. Joseph, el horticultor, entra en el jardín. Lucas le mira.

—¿Qué quiere, Joseph?

—¿Que qué quiero? Hoy es día de mercado. Llevo esperándole desde las siete.

Lucas dice:

—Le pido perdón, Joseph. Había olvidado a qué día estábamos. Si quiere, podemos cargar la mercancía ahora mismo.

—¿Está de broma? Son las dos de la tarde. No he venido a cargar, sino a preguntarle si todavía quiere que venda su mercancía. Si no, debería decírmelo. Me da lo mismo. Lo hago por hacerle un favor.

—Claro que sí, Joseph. Es que me he olvidado de que hoy era día de mercado.

—No se ha olvidado solo hoy. También se olvidó la semana pasada y la anterior.

—¿Tres semanas? No me había dado cuenta.

Joseph meneaba la cabeza.

—Algo le pasa. ¿Qué ha hecho con las verduras y la fruta desde hace tres semanas?

—Nada. Pero creo que he regado el huerto todos los días.

—¿Cree? Vamos a ver.

Joseph va detrás de la casa, hacia el huerto, y Lucas le sigue. El horticultor se inclina hacia los arriates y exclama:

—¡Dios santo! Pero ¡si ha dejado que todo se pudra! ¡Mire esos tomates en el suelo, esas judías demasiado gordas, esos pepinos amarillos y esas fresas negras! ¿Usted está loco o qué? ¡Desperdiciar así una buena mercancía! ¡Se merecería que lo colgaran o lo fusilaran! Ha echado a perder los guisantes de este año, y también todos los albaricoques. Las manzanas y las ciruelas igual las podemos salvar. ¡Traiga un cubo!

Lucas le lleva un cubo y Joseph empieza a recoger las manzanas y las ciruelas caídas entre la hierba. Le dice a Lucas:

—Coja otro cubo y recoja todo lo podrido. A lo mejor se lo comen los cerdos. ¡Dios mío! ¡Los animales!

Joseph se precipita al corral y Lucas le sigue. Joseph dice, secándose la frente:

—Gracias a Dios, no se han muerto todos. Deme un rastrillo para limpiar un poco. ¡Es un milagro que no se haya olvidado de dar de comer a los animales!

—No se dejan. En cuanto tienen hambre se ponen a aullar.

Joseph trabaja durante horas y Lucas le ayuda, obedeciendo sus órdenes.

Al anoecer, entran en la cocina.

Joseph exclama:

—¡Que el diablo me lleve! Nunca había oído nada semejante. ¿Qué es lo que apesta tanto?

Mira a su alrededor y ve un enorme cubo lleno de leche de cabra.

—La leche se ha agriado. Llévese esto de aquí y échelo en el río.

Lucas obedece. Cuando vuelve, Joseph ya ha aireado la cocina y ha fregado las baldosas. Lucas baja a la bodega y sube con una botella de vino y tocino.

Joseph dice:

—Hace falta pan con esto.

—No tengo.

Joseph se levanta sin decir nada y va a buscar una hogaza de pan a su carro.

—Tenga. He comprado después del mercado. Ahora ya no lo hacemos en casa.

Joseph come y bebe. Pregunta:

—¿No bebe? ¿Tampoco come? ¿Qué ocurre, Lucas?

—Estoy cansado. No puedo comer.

—Lo veo muy pálido, por debajo del moreno de la cara, y está en los huesos.

—No es nada. Ya se me pasará.

Joseph dice:

—Ya me parecía a mí que tenía algo raro en la cabeza. Debe de ser cosa de alguna chica.

Joseph le guiña el ojo.

—Conozco a la juventud. Pero me sabría muy mal que un chico tan bueno como usted se abandonase por culpa de una chica.

Lucas dice:

—No es por culpa de una chica.

—Entonces, ¿por qué es?

—Pues no lo sé.

—¿No lo sabe? Pues debería ir al médico.

—No se preocupe, Joseph, ya se arreglará.

—¿Cómo que ya se arreglará? Descuida el huerto, deja que la leche se agrie, no come, no bebe, y pretende que todo puede continuar así.

Lucas no responde.

Al irse, Joseph dice:

—Escuche, Lucas. Para que no vuelva a olvidarse del día de mercado, me levantaré una hora antes y vendré a despertarle, y cargaremos juntos las verduras y la fruta y los animales para vender. ¿Le parece bien?

—Sí, se lo agradezco, Joseph.

Lucas da otra botella de vino a Joseph y le acompaña hasta el carro.

Al arrear a su caballo, Joseph grita:

—¡Tenga cuidado, Lucas! El amor a veces es mortal.

Lucas está sentado en el banco del jardín. Tiene los ojos cerrados. Cuando vuelve a abrirlos, ve a una niña pequeña que se columpia en una rama del cerezo.

Lucas le pregunta:

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres?

La niña salta al suelo y manosea las cintas rosas que lleva atadas en la punta de las trenzas.

—La tía Léonie le pide que vaya a casa del señor cura. Está solo, porque la tía Léonie ya no puede trabajar, guarda cama en casa, ya no se puede levantar, porque es demasiado vieja. Mi madre no tiene tiempo de ir a casa del señor cura, porque trabaja en la fábrica, y mi padre también.

Lucas dice:

—Ya lo entiendo. ¿Qué edad tienes?

—No lo sé muy bien. La última vez que fue mi cumpleaños tenía cinco, pero eso fue en invierno. Y ahora ya es otoño y podría ir al colegio si no hubiese nacido demasiado tarde.

—¡Ya es otoño!

La niña se ríe.

—¿No lo sabía? Desde hace dos días es otoño, aunque parezca que es verano porque hace calor.

—¡Cuántas cosas sabes!

—Sí. Tengo un hermano mayor que me lo enseña todo. Se llama Simon.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Agnès.

—Qué bonito nombre.

—Lucas también es bonito. Yo sé que usted se llama Lucas porque mi tía me ha dicho: «Ve a buscar a Lucas, que vive en la última casa, enfrente de los guardias de frontera».

—¿Los guardias no te han detenido?

—No me han visto. He pasado por detrás.

Lucas dice:

—Me gustaría mucho tener una hermanita como tú.

—¿No tiene?

—No. Si tuviera una, le haría un columpio. ¿Quieres que te haga un columpio?

Agnès dice:

—Ya tengo uno en casa. Pero prefiero columpiarme en otras cosas. Es más divertido.

Salta, coge la rama grande del cerezo y se balancea, riendo.

Lucas pregunta:

—¿Nunca estás triste?

—No, porque siempre me consuela una cosa de otra.

Salta al suelo.

—Debe darse prisa para ir a casa del señor cura. Mi tía me lo dijo ayer y anteayer, y antes, pero se me ha olvidado todos los días. Me va a reñir.

Lucas dice:

—No te preocupes. Iré esta tarde.

—Bueno, pues entonces me voy.

—Quédate un poco más. ¿Te gustaría escuchar música?

—¿Qué tipo de música?

—Ya verás. Ven.

Lucas coge a la niña en brazos, entra en la habitación, coloca a la niña encima de la cama grande y pone un disco en el viejo gramófono. Sentado en el suelo, al lado de la cama, con la cabeza apoyada en los brazos, escucha.

Agnès pregunta:

—¿Estás llorando?

Lucas menea la cabeza.

Ella dice:

—Tengo miedo. No me gusta esa música.

Lucas coge una de las piernas de la niña con la mano, la aprieta. Ella grita:

—¡Me haces daño! ¡Suéltame!

Lucas deja de apretarla con los dedos.

Cuando el disco se acaba, Lucas se levanta para poner la otra cara. La niña ha desaparecido. Lucas escucha los discos hasta que se pone el sol.

Al anoecer, Lucas prepara una cesta con verduras, patatas, huevos y queso. Mata un pollo, lo limpia, coge también leche y una botella de vino.

Llama a la puerta de la rectoría pero nadie le abre. Entra por la puerta de servicio abierta y deja la cesta en la cocina. Llama a la puerta de la habitación y entra.

El cura, un viejo alto y flaco, está sentado a su mesa de despacho. A la luz de una vela, juega solo al ajedrez.

Lucas lleva una silla junto a la mesa, se sienta frente al anciano y dice:

—Perdóneme, padre.

El cura dice:

—Le iré pagando poco a poco lo que le debo, Lucas.

Lucas pregunta:

—¿Hace mucho tiempo que no vengo?

—Desde principios del verano. ¿No se acuerda?

—No. ¿Quién le ha alimentado durante todo este tiempo?

—Léonie me traía todos los días un poquito de sopa. Pero desde hace unos días está enferma.

Lucas dice:

—Le pido perdón, padre.

—¿Perdón? ¿Por qué? No le pago desde hace muchos meses. Ya no tengo dinero. El Estado se ha separado de la Iglesia y ya no me retribuyen por mi trabajo. Debo vivir de los donativos de los fieles. Pero la gente teme ser mal vista viniendo a la iglesia. En los oficios ya solo quedan algunas viejas pobres.

—Si no he venido, no ha sido por el dinero que me debe. Es por algo peor.

—¿Cómo que peor?

Lucas agacha la cabeza.

—Me he olvidado por completo de usted. También he olvidado el huerto, el mercado, la leche y el queso. Incluso me he olvidado de comer. Durante meses he dormido en el desván, por miedo a entrar en mi habitación. Ha sido necesario que viniera hoy una niña, la sobrina de Léonie, para que tuviese el valor de entrar. También me ha recordado mi deber hacia usted.

—No tiene ningún deber, ninguna obligación hacia mí. Usted vende sus mercancías y vive de esa venta. Si yo ya no puedo pagar, es normal que no me entregue nada.

—Se lo repito, no es por culpa del dinero. Debe entenderme.

—Explíquese, pues. Le escucho.

—No sé cómo continuar viviendo.

El cura se levanta, coge el rostro de Lucas entre las manos.

—¿Qué le ha ocurrido, hijo mío?

Lucas menea la cabeza.

—No puedo explicarlo. Es como una enfermedad.

—Ya lo veo. Es una especie de enfermedad del alma. Debido a su corta edad, y quizá a su excesiva soledad.

Lucas dice:

—Quizá. Voy a preparar la cena y comeremos juntos. Yo tampoco he comido desde hace mucho tiempo. Cuando intento comer, vomito. Con usted quizá pueda.

Va a la cocina, enciende el fuego, pone a hervir el pollo con las verduras. Prepara la mesa y abre la botella de vino.

El cura va a la cocina.

—Se lo repito, Lucas, no puedo pagar más.

—Pero usted tiene que comer.

—Sí, pero no necesito un festín así. Unas patatas o un poco de maíz me bastan.

Lucas dice:

—Comerá lo que yo le traiga, y no hablaremos más de dinero.

—No puedo aceptarlo.

—Es más fácil dar que aceptar, ¿verdad? El orgullo es un pecado, padre.

Comen en silencio. Beben vino. Lucas no vomita. Tras la cena, lava los platos. El cura vuelve a su habitación. Lucas va a su encuentro.

—Ahora tengo que irme.

—¿Adónde va?

—A caminar por las calles.

—Puedo enseñarle a jugar al ajedrez.

—No creo que me interese. Es un juego complicado y exige mucha concentración.

—Intentémoslo.

El cura le explica el juego. Disputan una partida. Lucas gana. El cura le pregunta:

—¿Dónde ha aprendido a jugar al ajedrez?

—En los libros. Pero es la primera vez que juego de verdad.

—¿Volverá a jugar conmigo?

Lucas vuelve todas las tardes. El señor cura hace progresos, las partidas se vuelven interesantes, aunque Lucas gana siempre.

Lucas duerme otra vez en su habitación, en la cama grande. Ya no se olvida de los días de mercado, ya no deja que la leche se ponga agria. Se ocupa de los animales, del huerto, de la limpieza. Vuelve al bosque para recoger setas y leña seca. También retoma la pesca.

De niño, Lucas atrapaba los peces con la mano o con caña. Ahora se ha inventado un sistema que desvía a los peces del curso del río, dirigiéndolos hacia un estanque del cual no pueden salir. Lucas solo tiene que cogerlos con una red cuando necesita pescado fresco.

Por la noche, Lucas cena con el señor cura, juega una o dos partidas de ajedrez y luego vuelve a caminar por las calles del pueblo.

Una noche entra en la primera taberna que se encuentra en su camino. Es un café que antes estaba bien atendido, incluso durante la guerra. Ahora es un local oscuro y casi vacío.

La camarera, fea y cansada, pregunta a gritos desde el mostrador:

—¿Cuánto?

—Tres.

Lucas se sienta a una mesa manchada de vino tinto y ceniza de cigarrillo. La camarera le lleva los tres decilitros de vino tinto del país. Le cobra al momento.

Una vez que se ha bebido el vino, Lucas se levanta y sale. Se va más lejos, hasta la plaza principal. Allí se detiene ante la librería papelería, contempla durante largo rato el escaparate: cuadernos escolares, lápices, gomas y algunos libros.

Lucas entra en la taberna de enfrente.

Aquí hay algo más de gente, pero está mucho más sucio aún que la otra taberna. El suelo está cubierto de serrín.

Lucas se sienta junto a la puerta abierta, ya que no hay ninguna otra ventilación en el local.

Un grupo de guardias fronterizos ocupa una mesa larga. Hay dos chicas con ellos. Cantan.

Un viejo menudo y andrajoso va a sentarse a la mesa de Lucas.

—¿Y si tocas algo?

Lucas pide:

—¡Una botella de medio y dos vasos!

El viejecillo dice:

—No quería que me invitaras a un trago, yo solo quería que tocaras. Como antes.

—Ya no puedo tocar como antes.

—Comprendo, pero toca de todos modos. Me gustaría mucho.

Lucas le sirve el vino.

—Bebe.

Saca la armónica del bolsillo y empieza a tocar una canción triste, una canción de amor y de separación.

Los guardias de frontera y las chicas siguen la canción.

Una de las chicas se sienta junto a Lucas y le acaricia el pelo.

—Mirad qué guapo es.

Lucas deja de tocar, se levanta.

La chica se ríe.

—¡Qué salvaje!

Fuera llueve. Lucas entra en una tercera taberna, pide otros tres decilitros de vino. Cuando empieza a tocar, las caras se vuelven hacia él y después se sumen de nuevo en los vasos. Aquí la gente bebe pero no habla.

De pronto, un hombre alto y fuerte con una pierna amputada se coloca en medio de la sala, debajo de la única bombilla desnuda y, apoyándose en las muletas, entona una canción prohibida.

Lucas le acompaña con la armónica.

Los demás clientes se acaban rápidamente las bebidas y, uno tras otro, abandonan la taberna.

Las lágrimas corren por el rostro del hombre en los dos últimos versos de la canción:

Este pueblo ya ha expiado el pasado y el porvenir.

Al día siguiente, Lucas va a la librería-papelería. Elige tres lápices, un paquete de hojas de papel cuadriculado y un cuaderno grueso. Cuando pasa por caja, el librero, un hombre obeso y pálido, le dice:

—Hacía mucho tiempo que no le veía. ¿Ha estado fuera?

—No, estaba demasiado ocupado, simplemente.

—Su consumo de papel es impresionante. A veces me pregunto qué hace con él.

Lucas dice:

—Me gusta llenar las hojas blancas con un lápiz. Me distraigo.

—Habrán formado verdaderas montañas con el tiempo.

—Despilfarro mucho papel. Las hojas estropeadas me sirven para encender el fuego.

El librero dice:

—Desgraciadamente, no tengo clientes tan asiduos como usted. El negocio ya no funciona. Antes de la guerra sí que iba tirando. Había muchos colegios aquí. Escuelas superiores, internados, colegios. Los estudiantes paseaban por las calles al atardecer y se divertían. También había un conservatorio de música, conciertos y funciones teatrales todas las semanas. Mire cómo está la calle ahora. Solo hay niños y viejos. Algunos obreros y algunos vendimiadores. Ya no hay juventud en esta ciudad. Han desplazado todas las escuelas al interior del país, salvo la escuela primaria. Los jóvenes, hasta los que no estudian, se van a otros lugares, a las ciudades vivas. Nuestra ciudad es una ciudad muerta, vacía. Es una zona fronteriza, acordonada, olvidada. Conocemos de vista a todos los habitantes de la ciudad. Siempre son las mismas caras. Ningún extraño puede entrar aquí.

Lucas dice:

—Están los guardias de la frontera. Ellos sí que son jóvenes.

—Sí, pobrecillos. Encerrados en los cuarteles, patrullando por la noche... Y cada seis meses los cambian, para que no puedan integrarse en la población. Esta ciudad tiene diez mil habitantes, más de tres mil soldados extranjeros y dos mil guardias de frontera de los nuestros. Antes de la guerra teníamos cinco mil estudiantes y turistas en verano. Los turistas venían tanto del interior del país como del otro lado de la frontera.

Lucas pregunta:

—¿La frontera estaba abierta?

—Claro. Los campesinos de allá vendían sus mercancías aquí, los estudiantes iban al otro lado para las fiestas de los pueblos. El tren también continuaba hasta la siguiente gran ciudad del otro país. Ahora nuestra ciudad es la estación término. ¡Abajo todo el mundo! ¡Y saquen los documentos!

Lucas pregunta:

—¿Y se podía ir y venir libremente? ¿Se podía viajar al extranjero?

—Naturalmente. Usted nunca lo vivió. Ahora ni siquiera se puede dar un paso sin que le pidan a uno el carné de identidad. Y el permiso especial para la zona fronteriza.

—¿Y si alguien no lo tiene?

—Más vale tenerlo.

—Yo no lo tengo.

—¿Qué edad tiene usted?

—Quince años.

—Debería tener uno. Hasta los niños tienen carné de identidad emitido por el colegio. ¿Cómo se las arregla cuando sale de la ciudad y vuelve?

—Nunca salgo de la ciudad.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera va a la ciudad vecina cuando necesita comprar algo que no se encuentra aquí?

—No. No he salido de esta ciudad desde que me trajo aquí mi madre, hace seis años.

El librero dice:

—Si no quiere tener problemas, procúrese un documento de identidad. Vaya al ayuntamiento y explique su caso. Si le ponen dificultades, pregunte por Peter N. Dígale que va de parte de Víctor. Peter es del mismo pueblo que yo. Del norte. Tiene un cargo importante en el partido.

Lucas dice:

—Muy amable por su parte. Pero ¿por qué iba a tener dificultades para obtener un documento de identidad?

—Nunca se sabe.

Lucas entra en un gran edificio junto al castillo. En la fachada ondean unas banderas. Numerosas placas negras con letras doradas indican las oficinas:

«Oficina política del partido revolucionario.»

«Secretariado del partido revolucionario.»

«Asociación de la juventud revolucionaria.»

«Asociación de mujeres revolucionarias.»

«Federación de sindicatos revolucionarios.»

Nada más atravesar la puerta, una sencilla placa gris con letras rojas indica:

«Asuntos municipales, primer piso.»

Lucas sube al primer piso y llama a una ventanilla opaca encima de la cual se lee: «Documentos de identidad».

Un hombre con una camisa gris abre la ventanilla corredera y mira a Lucas sin decir nada.

Lucas dice:

—Buenos días, señor. Quisiera solicitar un documento de identidad.

—Renovarlo, querrá decir. ¿El suyo ha caducado?

—No, señor. Es que no tengo. Nunca he tenido. Me han dicho que debería tener uno.

El funcionario le pregunta:

—¿Qué edad tiene?

—Quince años.

—Entonces, en efecto, debería tener uno. Deme su carné escolar.

Lucas dice:

—No tengo ningún carné.

El funcionario responde:

—Eso no es posible. Si todavía no ha acabado la escuela primaria, tiene un carné escolar; si es estudiante, tiene un carné de estudiante; si es aprendiz, tiene un carné de aprendiz.

—Lo siento muchísimo. No tengo nada de todo eso. Nunca he ido a la escuela.

—¿Cómo puede ser? La escuela es obligatoria hasta la edad de catorce años.

—Me dispensaron de ir a la escuela a causa de un traumatismo.

—¿Y ahora? ¿Qué hace?

—Vivo de los productos de mi huerto. También toco en bares por las noches.

El funcionario dice:

—Ah, es usted. Se llama Lucas T., ¿verdad?

—Sí.

—¿Con quién vive?

—Vivo en casa de mi abuela, junto a la frontera. Vivo solo. Mi abuela murió el año pasado.

El funcionario se rasca la cabeza.

—Su caso es especial... Debo informarme. No puedo decidir solo. Tiene que volver dentro de unos días.

Lucas dice:

—Quizá Peter N. podría solventarlo.

—¿Peter N.? ¿El secretario del partido? ¿Lo conoce?

Descuelga el teléfono. Lucas le dice:

—Vengo recomendado por el señor Víctor.

El funcionario cuelga y sale de su despacho:

—Venga. Bajaremos un piso.

Llama a una puerta en la que pone: «Secretariado del partido revolucionario». Entran. Un hombre joven está sentado detrás de un escritorio. El funcionario le tiende un carné en blanco.

—Se trata de un carné de identidad.

—Ya me ocupo yo. Déjenos.

El funcionario sale y el joven se levanta y tiende la mano a Lucas.

—Buenos días, Lucas.

—¿Me conoce?

—Todo el mundo en la ciudad lo conoce. Me alegro mucho de poder ayudarle. Vamos a rellenar su carné. Nombre, apellido, dirección y fecha de nacimiento. ¿Solo tiene quince años? Es muy alto para su edad. ¿Oficio? ¿Pongo «músico»?

—También vivo de cultivar mi huerto.

—Entonces pondremos «horticultor», queda más serio. Bueno, veamos, pelo castaño, ojos grises... ¿Adscripción política?

—Déjelo en blanco.

—Sí. ¿Y qué desea que ponga aquí: «Observaciones de las autoridades»?

—«Idiota», si puede ser. Sufrí un trauma, no soy del todo normal.

El joven se ríe.

—¿Que no es del todo normal? ¿Y quién se lo creería? Pero tiene razón. Esa observación le puede evitar muchos disgustos. El servicio militar, por ejemplo. Voy a escribir, pues, «trastornos psíquicos crónicos». ¿Le vale así?

Lucas dice:

—Sí, señor. Muchas gracias, señor.

—Llámeme Peter.

—Gracias, Peter.

Peter se acerca a Lucas y le tiende el carné. Con la otra mano le toca la cara con dulzura. Lucas cierra los ojos. Peter le besa largamente en la boca, agarrando la cabeza de Lucas entre las manos. Mira un instante más el rostro de Lucas y luego se vuelve a sentar detrás de su escritorio.

—Perdóneme, Lucas, su belleza me ha turbado. Debo prestar más atención. Estas cosas son imperdonables en el partido.

Lucas dice:

—Nadie sabrá nada.

Peter dice:

—Un vicio así no se puede esconder toda la vida. No aguantaré mucho tiempo en este cargo. Si estoy aquí es porque deserté, me rendí y volví con el ejército victorioso de nuestros liberadores. Aún era estudiante cuando me mandaron a la guerra.

—Debería casarse o, al menos, tener una amante para acallar las sospechas. No le costaría seducir a una mujer. Es guapo y viril. Y también triste. A las mujeres les gustan los hombres tristes. Además, tiene un buen puesto.

Peter se ríe.

—No tengo ningunas ganas de seducir a una mujer.

Lucas dice:

—Pero quizá existan mujeres a las que se pueda amar, de cierto modo.

—¡Cuántas cosas sabe a su edad, Lucas!

—No sé nada, solo adivino.

Peter dice:

—Si necesita cualquier cosa, venga a verme.

2

Es el último día del año. Un frío intenso venido del norte se ha apoderado de la tierra.

Lucas baja al río. Llevará algo de pescado al señor cura para la cena de fin de año.

Ya es de noche. Lucas se ha provisto de una lámpara de petróleo y un pico. Empieza a cavar en el hielo que recubre el estanque cuando oye un llanto infantil. Dirige su linterna hacia el lugar de donde proceden los lloros.

Una mujer está sentada en el puentecito que Lucas construyó hace muchísimos años. La mujer está envuelta en una manta, contemplando el río que arrastra placas de nieve y de hielo. Debajo de la manta llora un bebé.

Lucas se acerca y le pregunta a la mujer:

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Ella no responde. Sus grandes ojos negros se clavan en la luz de la lámpara.

Lucas dice:

—Ven.

La rodea con el brazo derecho y la dirige hacia la casa, iluminándole el camino. El bebé sigue llorando.

En la cocina hace calor. La mujer se sienta, saca un pecho y da de mamar al bebé.

Lucas se vuelve y pone al fuego las sobras de una sopa de verduras.

El niño duerme en el regazo de su madre. La madre mira a Lucas.

—He querido ahogarlo. No he podido.

Lucas pregunta:

—¿Quieres que lo haga yo?

—¿Podrías?

—He ahogado ratas, gatos, cachorros...

—Un niño no es lo mismo.

—¿Quieres que lo ahogue o no?

—No, ahora ya no. Es demasiado tarde.

Tras un silencio, Lucas dice:

—Hay una habitación libre aquí. Puedes dormir con tu hijo.

Ella levanta los ojos negros hacia Lucas.

—Te lo agradezco. Me llamo Yasmine.

Lucas abre la puerta de la habitación de la abuela.

—Acuesta al pequeño en la cama. Dejaremos la puerta abierta para que la habitación se caliente. Cuando hayas comido, ve a dormir con él.

Yasmine deja a su hijo sobre la cama de la abuela y vuelve a la cocina.

Lucas le pregunta:

—¿Tienes hambre?

—No he comido desde ayer por la tarde.

Lucas le sirve sopa en un cuenco.

—Come y vete a dormir. Mañana ya hablaremos. Ahora tengo que marcharme.

Vuelve al estanque, coge dos pescados con la red y se va a la rectoría.

Prepara la cena como de costumbre, come con el cura y juegan una partida de ajedrez. Lucas pierde por primera vez.

El señor cura se enfada.

—Hoy está distraído, Lucas. Comete errores absurdos. Volvamos a empezar y concéntrese.

—Estoy muy cansado. Debo marcharme.

—Va a vagabundear por los bares.

—Está muy bien informado, señor cura.

El cura se ríe.

—Veo a muchas ancianas. Ellas me cuentan todo lo que pasa en la ciudad. ¡No ponga esa cara! Vamos, diviértase. ¡Hoy es Nochevieja!

Lucas se levanta.

—Le deseo un año muy feliz, padre.

El cura se levanta también y pone la mano sobre la cabeza de Lucas:

—Que Dios lo bendiga. Que él le dé la paz de espíritu.

Lucas dice:

—Yo jamás tendré paz.

—Hay que rezar y esperar, hijo mío.

Lucas sale a la calle. Pasa por delante de los bares ruidosos, no se detiene, acelera el paso, incluso corre por el caminito sin iluminar que lleva a la casa de la abuela.

Abre la puerta de la cocina. Yasmine sigue sentada en el banco de rincón. Ha abierto la puerta de la cocina de leña, mira el fuego. El cuenco, lleno de sopa fría, sigue encima de la mesa.

Lucas se sienta frente a Yasmine.

—No has comido.

—No tengo hambre. Todavía estoy aterida de frío.

Lucas coge una botella de aguardiente de un estante y sirve dos vasos.

—Bebe. Esto te calentará por dentro.

Bebe y Yasmine también. Sirve otro vaso. Beben en silencio. Oyen las campanas de la ciudad a lo lejos.

Lucas dice:

—Es medianoche. Empieza un nuevo año.

Yasmine deja caer la cabeza sobre la mesa y llora.

Lucas se levanta, quita la manta que cubre todavía a Yasmine. Le acaricia los cabellos negros, largos y brillantes. También le acaricia los pechos hinchados de leche. Le desabrocha la blusa, se inclina, bebe su leche.

Al día siguiente, Lucas entra en la cocina. Yasmine está sentada en el banco con el bebé en el regazo.

Ella dice:

—Me gustaría bañar a mi bebé. Después me iré.

—¿Adónde irás?

—No lo sé. No puedo quedarme en esta ciudad después de lo que ha pasado.

Lucas pregunta:

—¿Qué ha pasado? ¿Es por el niño? Hay otras madres solteras en la ciudad. ¿Tus padres han renegado de ti?

—No tengo padres. Mi madre murió cuando yo nací. Vivía con mi padre y mi tía, la hermana de mi madre. Fue mi tía quien me crio. Cuando mi padre volvió de la guerra se casó con ella. Pero no la amaba. Solo me amaba a mí.

Lucas dice:

—Ya veo.

—Sí. Cuando mi tía se dio cuenta, nos denunció. Mi padre está en la cárcel. Yo trabajé en el hospital limpiando hasta que parí. Esta mañana he salido del hospital, he ido a llamar a la puerta de mi casa y mi tía no me ha abierto. Me ha insultado a través de la puerta.

Lucas dice:

—Ya conozco tu historia. Se comenta en los bares.

—Sí, todo el mundo habla. Es una ciudad pequeña. No puedo quedarme aquí. Quería ahogar al niño y después cruzar la frontera.

—La frontera es infranqueable. Pisarías una mina.

—Me da igual morir.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—Es demasiado pronto para morir. Puedes rehacer tu vida en otro lugar. En otra ciudad, más tarde, cuando tu hijo sea mayor. Mientras tanto, puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

Ella dice:

—Pero la gente de la ciudad...

—La gente dejará de cotillear. Acabarán callándose. No tienes ninguna obligación de tratarlos. Aquí no estamos en la ciudad, sino en mi casa.

—¿Me dejarías quedarme en tu casa con mi hijo?

—Puedes vivir en esta habitación, puedes estar en la cocina, pero no debes venir nunca a mi habitación ni subir al desván. Y no me hagas preguntas.

Yasmine dice:

—No te haré preguntas ni te molestaré. Y tampoco dejaré que el niño te moleste. Cocinaré y limpiaré. Sé hacerlo todo. En casa, me ocupaba yo, porque mi tía trabaja en la fábrica.

Lucas dice:

—El agua está hirviendo. Puedes preparar el baño.

Yasmine pone un barreño encima de la mesa, le quita la ropita y los pañales al bebé. Lucas calienta una toalla de baño encima del fogón. Yasmine lava al niño, Lucas la observa.

Dice:

—Tiene una malformación en los hombros.

—Sí. Y en las piernas también. Me lo han dicho en el hospital. Es culpa mía. Me apreté el vientre con un corsé para ocultar el embarazo. Será un impedido. Si al menos hubiese tenido el valor de ahogarlo...

Lucas coge en brazos al niño envuelto en la toalla y observa la carita arrugada.

—No hace falta hablar más de ello, Yasmine.

Ella dice:

—Será un desgraciado.

—Tú también eres desgraciada, aunque no estés impedida. Tal vez no sea más desgraciado que tú o que cualquier otro.

Yasmine vuelve a coger a su hijo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Qué amable eres, Lucas.

—¿Sabes mi nombre?

—Todo el mundo te conoce en la ciudad. Dicen que estás loco, pero yo no lo creo.

Lucas sale y vuelve con unas tablas.

—Voy a construirle una cuna.

Yasmine hace la colada, prepara la cena. Cuando la cuna está lista, acuestan al niño y lo acunan.

Lucas pregunta:

—¿Cómo se llama? ¿Ya le has puesto nombre?

—Sí. En el hospital me lo preguntaron para declararlo en el ayuntamiento. Le he puesto Mathias. Es el nombre de mi padre. No se me ocurría ningún otro nombre.

—¿Tanto lo amabas?

—Solo lo tenía a él.

Por la noche, Lucas vuelve de la rectoría sin pararse en la taberna. En la cocina, todavía arde el fuego. Por la puerta entrea-bierta Lucas oye a Yasmine cantando suavemente. Entra en la habitación de la abuela. Yasmine, en camisón, acuna al niño junto a la ventana. Lucas le pregunta:

—¿Por qué aún no te has acostado?

—Te esperaba.

—No debes esperarme. Suelo volver mucho más tarde.

Yasmine sonríe.

—Ya lo sé. Tocas en los bares.

Lucas se acerca y le pregunta:

—¿Duerme?

—Hace rato. Pero me encanta acunarlo.

Lucas dice:

—Ven a la cocina. Que no lo despertemos.

Sentados cara a cara en la cocina, beben aguardiente en silencio. Más tarde, Lucas pregunta:

—¿Cuándo empezó todo? Entre tu padre y tú.

—Enseguida. En cuanto volvió.

—¿Qué edad tenías?

—Doce años.

—¿Te violó?

Yasmine se ríe.

—¡No, qué va! No me violó. Solo se acostaba junto a mí, me apretaba contra su cuerpo, me besaba, me acariciaba y lloraba.

—¿Dónde estaba tu tía mientras tanto?

—Trabajaba en la fábrica, hacía turnos. Cuando le tocaba el turno de noche, mi padre dormía conmigo, en mi cama. Era una cama estrecha, en una habitación sin ventanas. Éramos felices, los dos, en aquella cama.

Lucas sirve aguardiente y dice:

—¡Sigue!

—Yo crecía. Mi padre me acariciaba los pechos y decía: «Pronto serás una mujer y te marcharás con un chico». Yo decía: «No, nunca me marcharé». Una noche, mientras dormía, le cogí la mano y me la puse entre las piernas. Apreté sus dedos y conocí el placer por primera vez. Al día siguiente por la noche fui yo quien le pedí que me diera otra vez ese placer infinitamente dulce. Él lloraba, decía que no podía ser, que aquello estaba mal, pero yo insistí y supliqué. Entonces se inclinó sobre mi sexo, lo lamió, lo chupó y lo besó, y mi placer fue mucho más intenso aún que la primera vez.

»Una noche estaba acostado encima de mí, me puso el sexo entre los muslos y me dijo: “Aprieta las piernas, aprieta bien fuerte, no me dejes entrar, no quiero hacerte daño”.

»Durante años, hicimos el amor así, pero llegó una noche en que no pude resistirme. Lo deseaba demasiado, así que separé las piernas, estaba completamente abierta, y entonces él entró en mí.

Se calla, mira a Lucas. Le brillan sus grandes ojos negros, entreabre los labios carnosos. Se saca un pecho del camisón y pregunta:

—¿Quieres?

Lucas la coge por el cabello, la arrastra hacia la habitación, la arroja a la cama de la abuela y la posee, mordiéndole la nuca.

Los días siguientes, Lucas vuelve a los bares. Retoma sus vagabundeos por las calles desiertas de la ciudad.

Al regresar a casa, se va derecho a su habitación.

Sin embargo, una noche, borracho, abre la puerta de la habitación de la abuela. La luz de la cocina ilumina la estancia. Yasmine duerme, el niño también.

Lucas se desnuda y se mete en la cama de Yasmine. El cuerpo de Yasmine arde, el de Lucas está helado. Ella se vuelve hacia la pared y él se aprieta contra su espalda, coloca su sexo entre los muslos de Yasmine.

Ella aprieta los muslos y gime:

—¡Padre, padre!

Lucas le dice al oído:

—Aprieta. Aprieta más fuerte.

Ella se debate, respira con dificultad. Él la penetra, ella grita.

Lucas pone la mano sobre la boca de Yasmine, le echa el edredón encima de la cabeza.

—Cállate. ¡Vamos a despertar al niño!

Ella le muerde los dedos, le chupa el pulgar.

Cuando acaban, se quedan acostados unos minutos, y luego Lucas se levanta.

Yasmine llora.

Lucas se va a su habitación.

Es verano. El niño se mete por todas partes. En la habitación de la abuela, en la cocina, en el jardín. Se mueve gateando.

Es jorobado, contrahecho. Tiene las piernas demasiado delgadas y los brazos demasiado largos, un cuerpo mal proporcionado.

También entra en la de Lucas. Aporrea la puerta con sus pequeños puñitos hasta que Lucas le abre. Trepa a la cama grande.

Lucas pone un disco en el gramófono y el niño se balancea en la cama.

Lucas pone otro disco y el niño se esconde debajo de las mantas.

Lucas coge una hoja de papel y dibuja un conejo, una gallina y un cerdo. El niño ríe y besa el papel.

Lucas dibuja una jirafa y un elefante, el niño menea la cabeza y rasga la hoja.

Lucas prepara un cajón con arena para el niño y le compra una pala, una regadera y una carretilla.

Le instala un columpio, le construye un coche con una caja y unas ruedas. Sienta al niño en la caja y lo pasea. Le enseña los peces, le hace entrar en la jaula de los conejos. El niño intenta acariciar a los conejos, pero los conejos salen corriendo, presa del pánico, en todas direcciones.

El niño llora.

Lucas va a la ciudad y le compra un oso de peluche.

El niño mira el oso, lo coge, le habla, lo sacude y lo arroja a los pies de Lucas.

Yasmine coge el oso, lo acaricia.

—Qué guapo es el oso. Es un osito muy, muy guapo.

El niño mira a su madre y se golpea la cabeza contra el suelo de la cocina. Yasmine deja el oso y coge al niño en brazos. El niño aúlla, golpea la cabeza de su madre y le da patadas en el vientre. Yasmine lo deja y el niño se esconde debajo de la mesa hasta la noche.

Por la noche, Lucas trae un gatito muy pequeño, salvado de la horca de Joseph. De pie en el suelo de la cocina, el animalito maúlla y le tiemblan todos los miembros.

Yasmine le pone un cuenco de leche delante, pero el gato sigue maullando.

Yasmine instala al gato en la cuna del niño.

El niño trepa a su cuna, se acuesta junto al gatito y lo aprieta contra su cuerpo. El gato se debate y araña al niño en la cara y las manos.

Al cabo de unos días, el gato se come todo lo que le dan y duerme en la cuna, a los pies del niño.

Lucas le pide a Joseph que le procure un perrito.

Un día, llega Joseph con un cachorro negro con el pelo largo y rizado. Yasmine está tendiendo la colada en el jardín mientras el niño echa la siesta. Yasmine llama a la puerta de Lucas y grita:

—¡Hay alguien!

Se esconde en la habitación de la abuela.

Lucas sale a ver a Joseph. Joseph le dice:

—Este es el perro que le había prometido. Es un perro pastor de la llanura. Será un buen guardián.

Lucas dice:

—Se lo agradezco, Joseph. Venga a tomar un vaso de vino.

Entran en la cocina y beben vino. Joseph le pregunta:

—¿No quiere presentarme a su mujer?

Lucas dice:

—Yasmine no es mi mujer. No sabía adónde ir y yo la acogí.

Joseph dice:

—Toda la ciudad conoce su historia. Es una chica muy guapa. El perrito es para su hijo, supongo.

—Sí, para el hijo de Yasmine.

Antes de irse, Joseph le dice:

—Lucas, usted es muy joven para tener una mujer y un niño a su cargo. Es una responsabilidad muy grande.

Lucas responde:

—Eso es asunto mío.

Una vez que Joseph se ha ido, Yasmine sale de la casa. Lucas lleva el perrito en brazos.

—Mira lo que ha traído Joseph para Mathias.

Yasmine dice:

—Me ha visto. ¿No ha hecho ningún comentario?

—Sí. Te encuentra muy guapa. No tienes motivos para preocuparte de lo que pueda pensar la gente de nosotros, Yasmine. Un día de estos deberías venir a la ciudad conmigo para comprarte ropa. Llevas el mismo vestido desde que llegaste.

—Con este vestido me basta. No quiero ningún otro. No pienso ir a la ciudad.

Lucas dice:

—Vamos a enseñarle el perro a Mathias.

El niño está debajo de la mesa de la cocina con el gato.

Yasmine dice:

—Mathi, es para ti. Es un regalo.

Lucas se sienta en el banco de rincón con el perro, el niño trepa sobre sus rodillas. Mira al perro, separa los pelos que le cubren el hocico. El perro le lame la cara al niño. El gato bufaba al perro y huye al jardín.

Cada vez hace más frío. Lucas le dice a Yasmine:

—Mathias necesita ropa de abrigo, y tú también.

Yasmine dice:

—Sé tejer. Solo necesitaría lana y agujas.

Lucas compra una cesta de ovillos de lana y varios pares de agujas de tejer de distintos tamaños. Yasmine hace jerséis, calcetines, bufandas, guantes y gorros. Con los restos de lana, confecciona unas mantas de varios colores. Lucas la felicita.

Yasmine dice:

—También sé coser. En casa tenía la máquina de coser antigua de mi madre.

—¿Quieres que vaya a buscarla?

—¿Tendrías el valor de ir a casa de mi tía?

Lucas sale con la carretilla. Llama a la puerta de la tía de Yasmine. Le abre una mujer todavía joven.

—¿Qué quiere?

—Vengo a buscar la máquina de coser de Yasmine.

Ella dice:

—Entre.

Lucas entra en una cocina muy limpia. La tía de Yasmine le mira con insistencia.

—Así que es usted. Pobre chico. Si es un niño.

Lucas dice:

—Tengo diecisiete años.

—Y ella pronto tendrá diecinueve. ¿Qué tal está?

—Bien.

—¿Y el niño?

—Muy bien también.

Tras un silencio, dice:

—He oído decir que el niño nació con malformaciones. Es un castigo de Dios.

Lucas pregunta:

—¿Dónde está la máquina de coser?

La tía abre una puerta que da a un espacio reducido y sin ventanas.

—Todo lo que le pertenecía está ahí. Lléveselo.

Hay una máquina de coser y un baúl de mimbre. Lucas pregunta:

—¿Y no había nada más aquí?

—La cama. La he quemado.

Lucas transporta la máquina de coser y el baúl en la carretilla. Dice:

—Gracias, señora.

—No hay de qué. ¡Ya era hora!

Llueve a menudo. Yasmine cose y teje. El niño ya no puede jugar fuera. Se pasa el día debajo de la mesa de la cocina con el perro y el gato.

El niño ya dice algunas palabras, pero todavía no camina. Cuando Lucas intenta ponerlo de pie, se resiste, huye a gatas y se refugia debajo de la mesa.

Lucas va a la librería. Elige unas hojas grandes y blancas, lápices de colores y libros de cuentos.

Victor pregunta:

—¿Tiene un niño en casa?

—Sí. Pero no es mío.

Victor dice:

—Hay tantos huérfanos... Peter me ha pedido noticias tuyas. Debería ir a verle.

Lucas responde:

—Estoy demasiado ocupado.

—Ya lo comprendo. Con un niño. A su edad.

Lucas vuelve a casa. El niño duerme en una alfombra debajo de la mesa de la cocina. En la habitación de la abuela, Yasmine cose. Lucas deja el paquete al lado del niño. Entra en la habitación, besa a Yasmine en el cuello y Yasmine deja de coser.

El niño dibuja. Dibuja al perro y al gato. Dibuja también otros animales. Dibuja árboles, flores y la casa. Dibuja también a su madre.

Lucas le pregunta:

—¿Por qué a mí no me dibujas nunca?

El niño dice que no con la cabeza y se esconde debajo de la mesa con sus cuentos.

La víspera de Navidad, Lucas corta un abeto en el bosque. Compra unas bolas de vidrio coloreadas y unas velas. En la habitación de la abuela, decora el árbol con la ayuda de Yasmine. Los regalos están colocados debajo del árbol: telas y un par de botas abrigadas para Yasmine, un jersey para Lucas, libros y un caballito de balancín para Mathias.

Yasmine asa un pato al horno. También cuece patatas, coles y judías blancas. Las galletas ya están preparadas desde hace varios días.

Cuando la primera estrella aparece en el cielo, Lucas enciende las velas en el árbol. Yasmine entra en la habitación con Mathias en brazos.

Lucas dice:

—Ven a buscar tus regalos, Mathias. Los libros y el caballo son para ti.

El niño dice:

—Quiero el caballo. Qué bonito el caballo.

Intenta trepar en vano al lomo del caballo. Grita:

—¡El caballo es demasiado grande! Lo ha hecho Lucas. Lucas es malo. Hace un caballo demasiado grande para Mathi.

El niño llora y se golpea la cabeza contra el suelo de la habitación. Lucas lo levanta y lo sacude.

—El caballo no es demasiado grande. Es Mathias el que es demasiado pequeño, porque no quiere ponerse de pie. ¡Siempre a cuatro patas, como los animales! ¡Tú no eres un animal!

Sujeta la barbilla del niño para obligarle a mirarle a los ojos. Le dice con dureza:

—Si no quieres andar, no andarás nunca. Nunca, ¿comprendes?

El niño berrea, Yasmine se lo arranca a Lucas.

—¡Déjalo en paz! Pronto andará.

Sienta al niño en el lomo del caballo, lo balancea, y Lucas dice:

—Debo irme. Acuesta al niño y espérame. No tardaré demasiado.

Va a la cocina, corta en dos el pato asado, lo coloca en una bandeja caliente, lo rodea de verduras y de patatas y envuelve todo el plato en una tela. La cena todavía está caliente cuando llega a casa del cura.

Después de comer, Lucas dice:

—Lo siento muchísimo, padre, pero debo irme, me están esperando.

—Ya lo sé, hijo mío. En realidad, me extraña que hayas venido esta noche. Sé que vives en pecado con una mujer pecadora, y con el fruto de sus amores culpables. Ese niño ni siquiera está bautizado, aunque lleva el nombre de uno de nuestros santos.

Lucas calla, el cura dice:

—Venid los dos a la misa de medianoche, al menos hoy.

—No podemos dejar al niño solo y sin vigilancia.

—¡Pues ven solo!

Lucas dice:

—Me está tuteando, padre.

—Perdóneme, Lucas. Me he dejado llevar por la cólera. Pero es porque le considero como un hijo, y sufro por su alma.

Lucas dice:

—Siga tuteándome, padre. Me gusta. Pero ya sabe usted bien que yo no voy jamás a la iglesia.

Lucas vuelve. En la casa de la abuela todas las luces están apagadas. El gato y el perro duermen en la cocina y la mitad del pato asado está encima de la mesa, intacto.

Lucas quiere entrar en la habitación. La puerta está cerrada con llave. Llama. Yasmine no responde.

Lucas se va a la ciudad. Tras las ventanas arden las velas. Los bares están cerrados. Lucas vagabundea largo rato por las calles, pero al final entra en la iglesia. La gran iglesia está fría, casi vacía. Lucas se apoya en el muro, junto a la puerta. Lejos de allí, en el otro extremo, el señor cura oficia ante el altar.

Una mano toca el hombro de Lucas. Peter dice:

—Venga, Lucas. Salgamos.

Fuera, le pregunta:

—¿Qué hacía allí?

—¿Y usted, Peter?

—Lo he seguido. Salía de casa de Victor cuando lo he visto.

Lucas dice:

—Cuando los bares están cerrados, me siento perdido en esta ciudad.

—Yo me siento perdido siempre. Venga a mi casa para calentarse un poco antes de volver.

Peter vive en una casa muy bonita, en la plaza principal. En su casa hay sillones mullidos, estanterías llenas de libros cubren las paredes y hace calor. Peter huele a aguardiente.

—No tengo ningún amigo en esta ciudad aparte de Victor, que es un hombre amable y cultivado, pero bastante fastidioso. No para de quejarse.

Lucas se duerme. Al amanecer, cuando se despierta, Peter sigue mirándole sentado frente a él.

Al verano siguiente, el niño se pone de pie. Agarrado al lomo del perro, grita:

—¡Lucas! ¡Mira! ¡Mira!

Lucas va corriendo. El niño dice:

—Mathi es más alto que el perro. Mathi está de pie.

El perro se aparta y el niño cae. Lucas lo coge en brazos, lo levanta por encima de su cabeza y dice:

—¡Mathias es más alto que Lucas!

El niño se ríe. Al día siguiente, Lucas le compra un triciclo.

Yasmine le dice a Lucas:

—Te gastas demasiado dinero en juguetes.

Lucas dice:

—El triciclo ayudará a que se le desarrollen las piernas.

En otoño, el niño camina con bastante seguridad, pero con una cojera muy marcada.

Una mañana, Lucas le dice a Yasmine:

—Después de desayunar, baña al niño y vístelo con ropa limpia. Voy a llevarlo al médico.

—¿Al médico? ¿Por qué?

—¿No ves que cojea?

Yasmine responde:

—Ya es un milagro que ande...

Lucas dice:

—Quiero que ande como todo el mundo.

A Yasmine se le llenan los ojos de lágrimas.

—Yo lo acepto tal y como es.

Una vez que el niño está aseado y vestido, Lucas lo coge de la mano.

—Vamos a dar un largo paseo, Mathias. Cuando te canses, yo te llevaré.

Yasmine pregunta:

—¿Cruzarás toda la ciudad con él, hasta el hospital?

—¿Por qué no?

—La gente te mirará. Podrías encontrarte con mi tía.

Lucas no responde.

Yasmine dice:

—Si quieren quedárselo, no les dejarás, ¿verdad, Lucas?

Lucas dice:

—¡Vaya pregunta!

Al volver del hospital, Lucas solo dice:

—Tenías razón, Yasmine.

Se encierra en su habitación, escucha sus discos y, cuando el niño aporrea su puerta, no le abre.

Por la noche, cuando Yasmine acuesta al niño, Lucas entra en la habitación de la abuela. Como todas las noches, se sienta junto a la cuna y le cuenta un cuento a Mathias. Una vez terminado, dice:

—La cuna se te quedará pequeña pronto. Tendré que hacerte una cama.

El niño dice:

—Guardaremos la cuna para el perro y el gato.

—Sí, guardaremos la cuna. También te haré un estante para los libros que ya tienes y para todos los que te voy a comprar.

El niño dice:

—Cuéntame otro cuento.

—Tengo que ir a trabajar.

—Por la noche no se trabaja.

—Yo siempre tengo trabajo. Debo ganar mucho dinero.

—¿Para qué tanto dinero?

—Para comprar todo lo que necesitamos, los tres.

—¿Ropa y zapatos?

—Sí. Y también juguetes, libros y discos.

—Si es para juguetes y libros, vale. Ve a trabajar.

Lucas dice:

—Y tú a dormir, para crecer.

El niño dice:

—Yo no creceré, ya lo sabes. Lo ha dicho el médico.

—Le has entendido mal, Mathias. Sí que crecerás. Menos rápido que los otros niños, pero crecerás.

El niño pregunta:

—¿Y por qué menos rápido?

—Porque todo el mundo es diferente. Tú serás más bajito que los demás, pero más inteligente. La altura no tiene importancia, solo cuenta la inteligencia.

Lucas sale de casa. Pero en lugar de ir a la ciudad, baja al río, se sienta en la hierba húmeda y contempla el agua negra y fangosa.

3

Lucas le dice a Víctor:

—Todos los libros para niños se parecen, y las historias que cuentan son estúpidas. Es inaceptable para un niño de cuatro años.

Víctor se encoge de hombros.

—¿Y qué quiere? Los libros para adultos son iguales. Mire. Unas cuantas novelas escritas a la mayor gloria del régimen. Como si en este país ya no hubiera escritores.

Lucas dice:

—Sí, conozco esas novelas. No valen ni lo que pesa el papel. ¿Qué se hizo de los libros de antes?

—Están prohibidos. Desaparecidos. Retirados de circulación. A lo mejor los encuentra en la biblioteca, si es que todavía existe.

—¿Hay una biblioteca en la ciudad? Nunca había oído hablar de ella. ¿Dónde está?

—En la primera calle a la izquierda desde el castillo. No sé el nombre de la calle porque cambia continuamente. Bautizan y rebautizan las calles sin cesar.

—Ya la encontraré.

La calle que le ha indicado Víctor está vacía. Lucas espera. Un viejo sale de una casa. Lucas le pregunta:

—¿Sabe usted dónde se encuentra la biblioteca?

El viejo señala una casa vieja y gris, muy deteriorada.

—Es ahí. Pero no por mucho tiempo, creo. Me parece que están de traslado. Cada semana llega un camión para llevarse los libros.

Lucas entra en la casa gris. Sigue un largo pasillo oscuro que desemboca en una puerta acristalada sobre la cual una placa oxidada indica: «Biblioteca pública».

Lucas llama. Una voz de mujer responde:

—¡Adelante!

Lucas entra en una gran sala iluminada por el sol poniente. Una mujer con el pelo gris está sentada detrás de un escritorio. Lleva gafas. Le pregunta:

—¿Qué desea?

—Me gustaría llevarme algún libro.

La mujer se quita las gafas y mira a Lucas.

—¿Llevarse libros? Desde que estoy aquí, nunca ha venido nadie a llevarse libros.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Dos años. Me encargo de poner orden. Debo seleccionar las obras y eliminar las que están en el índice.

—¿Y qué ocurre después? ¿Qué hace?

—Las pongo en cajas y se las llevan y las destruyen.

—¿Hay muchos libros en el índice?

—Casi todos.

Lucas mira las grandes cajas llenas de libros.

—Qué trabajo tan triste.

Ella pregunta:

—¿Le gustan los libros?

—He leído todos los del señor cura. Tiene muchos, pero no todos son interesantes.

Ella sonríe.

—Ya me lo imagino.

—También he leído los que se encuentran en las tiendas. Todavía son menos interesantes.

Ella vuelve a sonríe.

—¿Qué tipo de libros le gustaría leer?

—Libros que est n en el  ndice.

Se pone las gafas de nuevo y dice:

—Eso es imposible. Lo siento.  V yase!

Lucas no se mueve. Ella repite:

—Le he dicho que se vaya.

Lucas dice:

—Se parece usted a mi madre.

—Aunque más joven, espero.

—No. Mi madre era más joven que usted cuando murió.

—Perdóneme. Lo siento muchísimo.

—Mi madre aún tenía el pelo negro. Usted tiene el pelo gris y lleva gafas.

La mujer se levanta.

—Son las cinco. Voy a cerrar.

En la calle, Lucas le dice:

—La acompaño. Déjeme que le lleve la cesta. Parece que pesa mucho.

Caminan en silencio. Cerca de la estación, delante de una casita baja, ella se detiene:

—Yo vivo aquí. Gracias.  C mo se llama?

—Lucas.

—Gracias, Lucas.

Ella recupera la cesta y Lucas le pregunta:

—¿Qué lleva dentro?

—Unas briquetas de carbón.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Lucas vuelve a la biblioteca. La mujer del pelo gris está sentada a su escritorio. Lucas dice:

—Ayer olvid  prestarme un libro.

—Ya le expliqué que eso era imposible.

Lucas coge un libro de una de las grandes cajas.

—Déjeme coger uno solo. Este.

Ella eleva la voz:

—Ni siquiera ha mirado el título.  Vuelva a poner el libro en la caja y váyase!

Lucas deja el libro en la caja.

—No se moleste. No le coger  ningún libro. Esperar  a que cierre.

—¡No va a esperar en absoluto! ¡Salga de aquí, provocador! ¿No le da vergüenza, a su edad? Empieza a sollozar.

—¿Cuándo dejarán de espiarme, de observarme, de sospechar?

Lucas sale de la biblioteca y se sienta en la escalera de la casa de enfrente, a esperar. Poco después de las cinco llega la mujer, sonriente.

—Perdóneme. Tengo mucho miedo. Siempre. De todo el mundo.

Lucas dice:

—Ya no le pediré libros. Solo he vuelto porque usted se parece mucho a mi madre.

Saca una foto de su bolsillo.

—Mire.

Ella mira la foto.

—No veo ningún parecido. Su madre es joven, bella y elegante.

Lucas dice:

—¿Por qué lleva usted zapatos planos y ese traje tan apagado? ¿Por qué se comporta como una vieja?

Ella responde:

—Tengo treinta y cinco años.

—Mi madre tenía la misma edad en la foto. Al menos, podría teñirse el pelo.

—Se me puso el pelo blanco en el transcurso de una sola noche. La noche que «ellos» colgaron a mi marido por alta traición. Hace tres años.

Le tiende la cesta a Lucas.

—Acompáñeme.

Ante la casa, Lucas pregunta:

—¿Puedo entrar?

—Nadie entra jamás en mi casa.

—¿Por qué?

—Porque no conozco a nadie en esta ciudad.

—Ahora me conoce a mí.

Ella sonrío.

—Bueno. Entre, Lucas.

En la cocina, Lucas dice:

—No sé su nombre. No me apetece llamarla «señora».

—Me llamo Clara. Puede llevar la cesta a mi habitación y vaciarla al lado del hornillo. Prepararé té.

Lucas echa las briquetas de carbón en una caja de madera. Se acerca a la ventana, ve un pequeño jardín abandonado y, más lejos, el balasto de una vía férrea invadida por las malas hierbas.

Clara entra en la habitación.

—Se me ha olvidado comprar azúcar.

Pone una bandeja en la mesa y se acerca a Lucas.

—Aquí se está tranquilo. Los trenes ya no pasan.

Lucas dice:

—Es una casa muy bonita.

—Es una vivienda de funcionario. Pertenecía a unas personas que se exiliaron.

—¿Los muebles también?

—Los de esta habitación, sí. Los de la otra son míos. La cama, el escritorio y la biblioteca son míos.

Lucas le pregunta:

—¿Puedo ver su habitación?

—En otra ocasión, quizá. Venga a tomar el té.

Lucas bebe un poco de té amargo y después dice:

—Debo irme, tengo trabajo. Pero podría volver más tarde.

Ella dice:

—No, no vuelva. Me acuesto muy temprano para ahorrar carbón.

Cuando Lucas llega a casa, Yasmine y Mathias están en la cocina. Yasmine dice:

—El pequeño no quería acostarse sin ti. Ya he dado de comer a los animales y he ordeñado las cabras.

Lucas le cuenta un cuento a Mathias y después va a ver al cura. Al final, vuelve a la pequeña casita de la calle de la estación. Ya no hay luz.

Lucas espera en la calle. Clara sale de la biblioteca, pero no lleva la cesta. Le dice a Lucas:

—¿No iré a esperarme aquí todos los días?

—¿Por qué? ¿Le molesta?

—Sí. Es ridículo e inútil.

Lucas dice:

—Me gustaría acompañarla.

—No llevo la cesta. Además, no vuelvo directamente a casa. Tengo que hacer unos recados.

Lucas pregunta:

—¿Podré ir a verla más tarde?

—¡No!

—¿Por qué? Hoy es viernes. Mañana no trabaja. No está obligada a acostarse tan temprano.

Clara dice:

—¡Ya basta! Olvídense de mí y de la hora a la que me acuesto. Deje de esperarme y de seguirme como un perrito.

—¿Ya no la veré hasta el lunes?

Ella suspira, meneando la cabeza.

—Ni el lunes ni ningún otro día. Deje de molestarme, Lucas, por favor. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Lucas dice:

—Me gusta mucho verla. Aunque lleve el traje viejo y tenga el pelo gris.

—¡Insolente!

Clara se vuelve en redondo y se va en dirección a la plaza principal. Lucas la sigue.

Clara entra en una tienda de confección, después en una tienda de zapatos. Lucas espera mucho tiempo. A continuación, ella entra en un colmado. Lleva los dos brazos cargados cuando emprende el camino de vuelta a la plaza principal. Lucas la alcanza.

—Déjeme que la ayude.

Clara dice, sin detenerse:

—¡No insista! ¡Váyase! ¡Y que no le vuelva a ver más!

—De acuerdo, Clara. No volverá a verme.

Lucas vuelve. Yasmine le dice:

—Mathias ya está acostado.

—¿Ya? ¿Por qué?

—Creo que está enfadado.

Lucas entra en la habitación de la abuela.

—¿Ya duermes, Mathias?

El niño no responde. Lucas sale de la habitación. Yasmine pregunta:

—¿Volverás tarde esta noche?

—Hoy es viernes.

Ella dice:

—El huerto y los animales ya dan lo suficiente. Deberías dejar de tocar en los bares, Lucas.

Las pocas monedas que ganas allí no merecen perder toda la noche.

Lucas no responde. Hace su trabajo nocturno y va a la rectoría.

El cura dice:

—Hace mucho tiempo que no jugamos al ajedrez.

—Estoy muy ocupado en este momento.

Se va a la ciudad, entra en una taberna, toca la armónica, bebe. Bebe en todas las tabernas de la ciudad y vuelve a casa de Clara.

En la ventana de la cocina, la luz se filtra entre las dos cortinas bajadas. Lucas da la vuelta a la manzana, pasa por los raíles del ferrocarril y entra en el jardín de Clara. Allí, las cortinas son más finas y Lucas distingue dos siluetas en la habitación donde entró el día anterior. Un hombre va y viene por la habitación, y Clara está apoyada en la estufa. El hombre se acerca a ella, se aleja, se acerca otra vez. Habla. Lucas oye su voz, pero no entiende lo que dice.

Las dos siluetas se confunden. Eso dura mucho tiempo. Se separan. Se enciende la luz en el dormitorio. Ya no hay nadie en el salón.

Cuando Lucas pasa a la otra ventana, la luz se apaga.

Lucas vuelve a la parte delantera de la casa. Escondido en las sombras, espera.

De madrugada sale un hombre de casa de Clara y se aleja a pasos rápidos. Lucas le sigue. El hombre entra en una de las casas de la plaza principal. De vuelta, Lucas entra en la cocina para beber agua. Yasmine sale de la habitación de la abuela.

—Te he esperado toda la noche. Son las seis de la mañana. ¿Dónde estabas?

—En la calle.

—¿Qué ocurre, Lucas?

Ella tiende la mano para acariciarle el rostro. Lucas aparta la mano, sale de la cocina y se encierra en su habitación.

El sábado por la noche, Lucas va de una taberna a otra. La gente está borracha y es generosa.

De pronto, a través del humo, Lucas la ve. Está sentada, sola, junto a la entrada, bebiendo vino tinto. Lucas se sienta a su mesa.

—¡Clara! ¿Qué hace aquí?

—No podía dormir. Me apetecía ver gente.

—¿Esta gente?

—Cualquiera. No puedo quedarme en casa sola, siempre sola.

—Anoche no estaba sola.

Clara no responde, se sirve un poco de vino y bebe. Lucas le retira el vaso de las manos.

—¡Ya basta!

Ella se ríe.

—No. Nunca basta. Quiero beber y beber más y más.

—Pero ¡aquí no! ¡Con estos no!

Lucas sujeta la muñeca de Clara. Ella le mira y susurra:

—Te buscaba.

—Pero no querías volver a verme.

Ella no responde, vuelve la cabeza.

Los clientes reclaman música.

Lucas echa una moneda encima de la mesa.

—¡Ven!

Coge a Clara por el brazo, la guía hacia la salida.

Les acompañan comentarios y risas groseras.

Fuera, llueve. Clara vacila, resbala con los tacones altos. Lucas casi debe llevarla en volandas.

En su habitación, se desploma en la cama, temblando. Lucas le quita los zapatos, la tapa. Se va a la otra habitación, enciende el fuego en la estufa que calienta las dos estancias. Prepara té en la cocina y sirve dos tazas. Clara dice:

—Hay ron en el armario de la cocina.

Lucas trae el ron y lo vierte en las tazas.

Clara dice:

—Eres demasiado joven para beber alcohol.

—Tengo veinte años. Empecé a beber a los doce.

Clara cierra los ojos.

—Casi podría ser tu madre.

Más tarde, dice:

—Quédate aquí. No me dejes sola.

Lucas se sienta en la silla del escritorio y contempla la habitación. Aparte de la cama, solo hay un gran escritorio y una pequeña estantería con libros. Observa los libros: no tienen ningún interés, ya los conoce.

Clara duerme. Uno de los brazos le cuelga fuera de la cama. Lucas coge ese brazo. Le besa el dorso de la mano, después la palma. La lame, su lengua sube hasta el codo. Clara no se mueve.

Ahora hace calor. Lucas aparta el edredón. El cuerpo de Clara aparece ante él, blanco y negro.

Mientras Lucas estaba en la cocina, Clara se ha quitado la falda y el jersey. Ahora Lucas le quita las medias negras, las ligas negras, el sujetador negro. Tapa el cuerpo blanco con el edredón. Después quema la ropa interior en el hornillo de la otra habitación. Coge un sillón y se instala al lado de la cama. Descubre un libro en el suelo. Lo mira. Es un libro viejo, usado, y en la portada tiene el sello de la biblioteca. Lucas lo lee y pasan las horas.

Clara empieza a gemir. Todavía tiene los ojos cerrados, el rostro cubierto de sudor, gira la cabeza de derecha a izquierda sobre la almohada y murmura palabras incomprensibles.

Lucas va a la cocina, moja un trapo, lo coloca sobre la frente de Clara. Las palabras incomprensibles se convierten en ala-ridos.

Lucas la sacude para despertarla. Ella abre los ojos.

—En el cajón de mi escritorio. Calmantes. Una cajita blanca.

Lucas encuentra los calmantes y Clara se toma dos con el resto del té que se ha enfriado. Dice:

—No es nada. Siempre tengo la misma pesadilla.

Cierra los ojos. Cuando su respiración se vuelve regular, Lucas se va. Se lleva el libro.

Camina despacio bajo la lluvia por las calles desiertas, hasta la casa de la abuela, en la otra punta de la ciudad.

El domingo por la tarde, Lucas vuelve a casa de Clara. Llama a la puerta de la cocina.

Clara pregunta:

—¿Quién es?

—Soy yo, Lucas.

Clara abre la puerta. Está pálida y lleva una bata vieja de color rojo.

—¿Qué quiere?

Lucas dice:

—Pasaba por aquí. Me preguntaba si estaba bien.

—Me encuentro muy bien, sí.

La mano que sujeta la puerta tiembla.

Lucas dice:

—Perdóneme. Tenía miedo.

—¿De qué? No debes tener miedo por mí.

—Clara, por favor, déjeme entrar.

Clara menea la cabeza.

—Es usted insistente, Lucas. Pase y tomemos un café.

Se sientan en la cocina y toman café.

Clara pregunta:

—¿Qué ocurrió anoche?

—¿No se acuerda?

—No. Estoy en tratamiento desde la muerte de mi marido. Los medicamentos que debo tomar a veces tienen efectos desastrosos en mi memoria.

Lucas dice:

—La recogí en la taberna. Si toma medicamentos, debería abstenerse de beber alcohol.

Ella oculta la cara entre las manos.

—No se imagina lo que he vivido.

Lucas dice:

—Conozco el dolor de la separación.

—La muerte de su madre.

—No, algo distinto. La partida de un hermano con el que yo formaba una unidad.

Clara levanta la cabeza y mira a Lucas.

—Nosotros también, Thomas y yo éramos un solo ser. «Ellos» lo asesinaron. ¿Asesinaron también a tu hermano?

—No. Se fue. Cruzó la frontera.

—¿Por qué no fuiste con él?

—Uno de los dos debía quedarse para ocuparse de los animales, del huerto y de la casa de la abuela. También teníamos que aprender a vivir el uno sin el otro. Solos.

Clara puso una mano sobre la mano de Lucas.

—¿Cómo se llama?

—Claus.

—Volverá. Thomas, en cambio, no volverá nunca.

Lucas se levanta.

—¿Quiere que encienda el fuego de la habitación? Tiene las manos heladas.

Clara dice:

—Muy amable. Voy a preparar unas *crêpes*. Hoy todavía no he comido nada.

Lucas limpia la estufa. No queda ni rastro de ropa interior negra. Aviva el fuego y vuelve a la cocina.

—Ya no queda carbón.

Clara dice:

—Voy a buscar al sótano.

Coge un cubo de hojalata y Lucas dice:

—Déjeme ir a mí.

—¡No! No hay luz. Yo ya estoy acostumbrada.

Lucas se sienta en un sillón del salón y saca de su bolsillo el libro que cogió en casa de Clara. Lee.

Clara trae unas *crêpes*.

Lucas pregunta:

—¿Quién es su amante?

—¿Me ha espiado?

Lucas dice:

—Se compró la ropa interior negra para él, se puso zapatos de tacón alto para él. También debería haberse teñido el pelo.

—Todo eso no le incumbe. ¿Qué lee?

Lucas le tiende el libro.

—Lo cogí prestado ayer. Me ha gustado mucho.

—No tiene derecho a llevárselo a casa. Debo devolverlo a la

biblioteca.

—No se enfade, Clara. Le pido perdón.

Clara dice:

—¿Y mi ropa interior? ¿También se la llevó prestada?

—No. La quemé.

—¿Cómo? ¿Con qué derecho?

Lucas se levanta.

—Será mejor que me vaya, me parece.

—Sí, sí, váyase. Le esperan.

—¿Quién me espera?

—Una mujer y un niño, por lo que dicen.

—Yasmine no es mi mujer.

—Vive en su casa desde hace cuatro años con su hijo.

—El niño no es mi hijo, pero ahora sí que es mío.

El lunes, Lucas espera enfrente de la biblioteca. Llega la noche y Clara no aparece. Lucas entra en la antigua casa gris, sigue el largo pasillo, llama a la puerta acristalada. No responde nadie, la puerta está cerrada con llave.

Lucas corre hasta la casa de Clara. Entra sin llamar a la puerta a la cocina y después al salón. La puerta del dormitorio está entreabierta. Lucas grita:

—¿Clara?

—Venga, Lucas.

Lucas entra en la habitación. Clara guarda cama. Lucas se sienta en el borde, le coge la mano a Clara, que está ardiendo. Le toca la frente.

—Voy a buscar a un médico.

—No, no vale la pena. No es más que un resfriado. Me duele la cabeza y la garganta, eso es todo.

—¿Tiene medicamentos contra el dolor y la fiebre?

—No, no tengo nada. Mañana ya veremos. Enciéndame el fuego y prepare un poco de té.

Mientras se bebe el té, dice:

—Gracias por venir, Lucas.

—Sabía que volvería.

—Lo esperaba. Es horrible ponerse enferma estando completamente solo.

Lucas dice:

—Nunca más estará sola, Clara.

Clara aprieta la mano de Lucas contra su mejilla.

—He sido mala con usted.

—Me ha tratado como a un perro. Pero no tiene importancia.

Acaricia los cabellos de Clara, mojados de sudor.

—Intente dormir. Voy a buscar medicamentos y vuelvo.

—La farmacia estará cerrada.

—Conseguiré que la abran.

Lucas corre hacia la plaza principal, llama a la puerta del único farmacéutico de la ciudad. Llama varias veces. Al final se abre una ventanita en la puerta de madera y el farmacéutico pregunta:

—¿Qué quiere?

—Medicamentos contra la fiebre y los dolores. Es urgente.

—¿Tiene usted alguna receta?

—No me ha dado tiempo a buscar un médico.

—No me extraña. El problema es que sin receta es muy caro.

—Da igual.

Lucas saca un billete del bolsillo y el farmacéutico le entrega un tubo de comprimidos.

Lucas corre hasta la casa de la abuela. Yasmine y el niño están en la cocina. Yasmine dice:

—Ya me he ocupado de los animales.

—Gracias, Yasmine. ¿Puedes llevarle la cena al señor cura esta noche? Estoy muy ocupado.

—No conozco al señor cura. No tengo ningunas ganas de verle.

—Solo tienes que dejar la cesta encima de la mesa de la cocina.

Yasmine se calla, mira a Lucas. Lucas se vuelve hacia Mathias.

—Esta noche te contará un cuento Yasmine.

El niño dice:

—Yasmine no sabe contar cuentos.

—Pues le cuentas tú uno a ella. Y me haces también un bonito dibujo.

—Sí, un bonito dibujo.

Lucas vuelve a casa de Clara. Disuelve dos comprimidos en un vaso de agua y se lo lleva a Clara.

—Beba.

Clara obedece. Enseguida se duerme.

Lucas baja a la bodega con la linterna de bolsillo. En un rincón hay un montoncito de carbón, y unos sacos alineados en las paredes de alrededor. Algunos están abiertos y otros atados con cuerdas. Lucas examina uno de los sacos: está lleno de patatas. Desata la cuerda de otro y ve unas briquetas de carbón. Vuelca el saco en el suelo y caen cuatro o cinco briquetas y una veintena de libros. Lucas elige un libro y vuelve a meter los otros en el saco. Sube con el libro y el saco de carbón.

Sentado junto a la cama de Clara, lee.

Por la mañana, Clara le pregunta:

—¿Se ha quedado aquí toda la noche?

—Sí. He dormido de maravilla.

Prepara té, le da las pastillas a Clara, vuelve a avivar el fuego. Clara se toma la temperatura, todavía tiene fiebre.

Lucas dice:

—Quédese en cama. Volveré a mediodía. ¿Qué le apetece comer?

Ella responde:

—No tengo hambre. Pero ¿podría pasar por la oficina municipal para comunicar que estoy enferma?

—Sí, no se preocupe.

Lucas pasa por el despacho municipal y después vuelve a su casa, mata una gallina y la pone al fuego con unas verduras. A mediodía le lleva el caldo a Clara. Ella bebe un poco.

Lucas le dice:

—Anoche bajé a la bodega a buscar carbón. He visto los libros. Los transportaba en la cesta de la compra, ¿verdad?

Ella dice:

—Sí. No puedo aceptar que «ellos» los destruyan todos.

—¿Me permite leerlos?

—Lea todo lo que quiera. Pero sea prudente. Me arriesgo a que me deporten.

—Ya lo sé.

A última hora de la tarde, Lucas vuelve a casa. En el huerto no hay nada que hacer en esa época del año. Lucas se ocupa de los animales, después escucha discos en su habitación. El niño llama a la puerta y lo deja entrar.

El niño se instala en la cama grande y pregunta:

—¿Por qué llora Yasmine?

—¿Está llorando?

—Sí. Casi todo el rato. ¿Por qué?

—¿No te ha dicho por qué?

—Tengo miedo de preguntárselo.

Lucas se aparta para cambiar el disco.

—Seguramente llora por su padre, que está en la cárcel.

—¿Qué es la cárcel?

—Es una casa grande con barrotes en las ventanas. Allí se encierra a la gente.

—¿Por qué?

—Por todo tipo de motivos. Se dice que son peligrosos. Mi padre también estuvo encerrado allí.

El niño alza sus grandes ojos negros hacia Lucas.

—¿A ti también te podrían encerrar?

—Sí, a mí también.

El niño se sorbe los mocos, le tiembla la barbilla.

—¿Y a mí?

Lucas se lo pone encima de las rodillas y lo abraza.

—No, a ti no. A los niños no se les encierra.

—¿Y cuando sea mayor?

—Entonces las cosas habrán cambiado y ya nadie estará encerrado.

El niño se calla un momento y dice:

—¡Los que están encerrados no podrán salir nunca de la cárcel!

Lucas dice:

—Algún día sí que saldrán.

—¿Y el padre de Yasmine también?

—Sí, claro.

—¿Y ella ya no llorará?

—No, ella ya no llorará.

—¿Y tu padre también saldrá?

—Ya salió.

—¿Y dónde está?

—Murió. Tuvo un accidente.

—Si no hubiese salido, no habría tenido un accidente.

Lucas dice:

—Ahora debo irme. Vuelve a la cocina y no le digas nada a Yasmine de su padre. La harías llorar todavía más. Sé amable y obediente con ella.

De pie en el umbral de la cocina, Yasmine pregunta:

—¿Te vas, Lucas?

Lucas se queda inmóvil junto a la puerta del jardín. No responde.

Yasmine dice:

—Solo quisiera saber si debo ir yo de nuevo a casa del señor cura.

Lucas responde, sin volverse:

—Sí, por favor, Yasmine. Yo no tengo tiempo.

Lucas pasa todas las noches con Clara hasta el viernes.

El viernes por la mañana, Clara dice:

—Ya estoy mejor. El lunes volveré a trabajar. No hace falta que pase la noche aquí. Ya me ha dedicado mucho tiempo.

—¿Qué quiere decir, Clara?

—Esta noche me gustaría estar sola.

—¡Vuelve «él»! ¿Es eso?

Ella baja los ojos sin responder. Lucas dice:

—¡No puede hacerme esto!

Clara mira a Lucas a los ojos.

—Me reprochó mi comportamiento de anciana. Tenía razón. Todavía soy joven.

Lucas pregunta:

—¿Quién es? ¿Por qué solo viene el viernes? ¿Por qué no se casa con usted?

—Porque está casado.

Clara llora. Lucas le pregunta:

—¿Por qué llora? Más bien sería yo el que tendría que llorar.

Por la tarde, Lucas vuelve a la taberna. Cuando cierra, pasea por las calles. Nieva. Lucas se detiene ante la casa de Peter. Las ventanas están oscuras. Lucas llama a la puerta, nadie responde. Lucas llama de nuevo. Se abre una ventana y Peter pregunta:

—¿Quién es?

—Soy yo, Lucas.

—Espere, Lucas, ya voy.

La ventana se cierra y enseguida se abre la puerta. Peter dice:

—Entre, alma en pena.

Peter va en bata.

—Le he despertado. Disculpe.

—No es grave. Siéntese.

Lucas se sienta en un sillón de cuero.

—No me apetece volver a casa con este frío. Está demasiado lejos y he bebido demasiado.
¿Puedo dormir en su casa?

—Por supuesto, Lucas. Duerma en mi cama. Yo me quedaré en el sofá.

—Prefiero el sofá. Así podré irme cuando me despierte sin molestar.

—Como quiera, Lucas. Póngase cómodo, voy a buscar una manta.

Lucas se quita la americana y las botas y se acuesta en el sofá. Peter vuelve con una gruesa manta. Cubre a Lucas, le pone unos cojines debajo de la cabeza y se sienta a su lado en el sofá.

—¿Qué ocurre, Lucas? ¿Es por Yasmine?

Lucas niega con la cabeza.

—En casa todo va bien. Solo tenía ganas de verlo.

Peter dice:

—No le creo, Lucas.

Lucas coge la mano de Peter y la aprieta contra la parte baja de su vientre. Peter retira la mano y se levanta.

—No, Lucas. No entre en mi mundo.

Se va a su habitación y cierra la puerta.

Lucas espera. Al cabo de unas horas, se levanta, abre la puerta con cuidado y se acerca a la cama de Peter. Duerme. Lucas sale de la habitación, vuelve a cerrar la puerta, se pone las botas, la americana, comprueba que lleva sus «armas» en el bolsillo y sale de la casa sin hacer ruido. Se va a la calle de la estación y espera delante de la casa de Clara.

Un hombre sale de la casa. Lucas lo sigue y luego le toma la delantera por la otra acera. Para llegar a su casa, el hombre debe pasar por un pequeño parque. Allí, Lucas se esconde detrás de unos arbustos. Se envuelve la cabeza con la bufanda grande y roja que le tejió Yasmine y, cuando llega el hombre, se coloca ante él. Le reconoce. Es uno de los médicos del hospital que examinaron a Mathias.

El médico dice:

—¿Quién es usted, qué quiere?

Lucas coge al hombre por el cuello del abrigo y saca una navaja del bolsillo.

—La próxima vez que vaya a casa de ella, le cortaré la garganta.

—¡Está loco de atar! Vuelvo del hospital, donde he hecho el turno de noche.

—No sirve de nada que mienta. No bromeo. Soy capaz de todo. Lo de hoy no es más que un aviso.

Del bolsillo de su americana, Lucas saca un calcetín lleno de grava y le asesta un golpe en la cabeza al hombre, que cae desmayado en el suelo helado.

Lucas regresa a casa de Peter, se acuesta de nuevo en el sofá y se duerme. Peter le despierta a las siete, con un café.

—Ya había venido antes. Pensaba que había vuelto a casa.

Lucas dice:

—No me he movido de aquí en toda la noche. Es importante, Peter.

Peter lo mira de hito en hito.

—Entendido, Lucas.

Lucas se marcha. Yasmine le dice:

—Ha venido un policía. Debes presentarte en la comisaría. ¿Qué ha pasado, Lucas?

Mathias dice:

—Van a encerrar a Lucas en la prisión. Y no volverá nunca jamás.

El niño se ríe. Yasmine lo coge por el brazo y le da una bofetada.

—¿Te quieres callar?

Lucas arranca el niño a Yasmine y lo coge en brazos. Le seca las lágrimas que le corren por la cara.

—No tengas miedo, Mathias. No me van a encerrar.

El niño le clava la mirada a Lucas. Ya no llora. Dice:

—Pues qué lástima.

Lucas se presenta en la comisaría de policía. Le indican el despacho del comisario. Lucas llama a la puerta y luego entra. Clara y el médico están sentados frente al policía. El comisario dice:

—Buenos días, Lucas. Siéntese.

Lucas se sienta en una silla al lado del hombre a quien ha pegado unas horas antes.

El comisario pregunta:

—¿Reconoce usted a su agresor, doctor?

—No me han agredido, se lo repito. He resbalado en el hielo.

—Y ha caído de espaldas. Nuestros agentes lo han encontrado echado de espaldas. Es curioso, sin embargo, que tenga un hematoma en la frente.

—Seguramente habré caído de cara, y después me he dado la vuelta al empezar a recuperar el conocimiento.

El comisario dice:

—Ah, es eso. Así que usted pretende que ha hecho turno de noche en el hospital. Hemos indagado y resulta que usted se marchó del hospital a las nueve y pasó toda la noche en casa de la señora.

El médico dice:

—No quería comprometerla.

El comisario se vuelve hacia Lucas.

—Las vecinas de la señora lo han visto entrar varias veces en su casa.

Lucas dice:

—Llevo un tiempo haciéndole los recados. Sobre todo la semana pasada, cuando estuvo enferma.

—Sabemos que anoche no volvió a casa. ¿Dónde estaba?

—Estaba demasiado cansado para volver. Después de que cerrasen los bares, fui a casa de un amigo y pasé la noche allí. He salido a las siete y media.

—¿Y quién es ese amigo? ¿Un compañero de la taberna, quizá?

—No. El secretario del partido.

—¿Pretende haber pasado la noche en casa del secretario del partido?

—Sí. Me ha preparado un café a las siete de la mañana.

El comisario sale del despacho.

El médico se vuelve hacia Lucas y lo mira de hito en hito. Lucas le devuelve la mirada. El médico mira a Clara, Clara mira por la ventana. El médico mira al frente y luego dice:

—No he presentado ninguna denuncia contra usted, aunque le reconozco perfectamente. Una patrulla de guardias de frontera me ha encontrado y me ha traído aquí, como a un borracho cualquiera. Todo esto es muy enojoso para mí. Le ruego que guarde una discreción absoluta. Soy un psiquiatra de nivel internacional. Tengo hijos.

Lucas dice:

—La única solución es que se vaya de la ciudad. Esta ciudad es pequeña. Tarde o temprano, todo el mundo estará al corriente, hasta su mujer.

—¿Es una amenaza?

—Sí.

—Me han destinado a este pueblucho perdido. Yo no puedo decidir si me quedo o me voy.

—Da igual. Pida el traslado.

El comisario entra con Peter. Peter mira a Lucas, luego a Clara, luego al médico. El comisario dice:

—Su coartada está confirmada, Lucas.

Se vuelve hacia el médico.

—Doctor, creo que vamos a dejarlo aquí. Usted se ha caído volviendo del hospital. El asunto ya está archivado.

El médico le pregunta a Peter:

—¿Puedo acudir el lunes a su despacho? Quiero irme de esta ciudad.

Peter dice:

—Por supuesto. Cuente conmigo.

El médico se levanta y le tiende la mano a Clara.

—Lo siento muchísimo.

Clara vuelve la cabeza y el médico sale del despacho.

—Gracias, señores.

Lucas le dice a Clara:

—La acompaño a casa.

Clara pasa delante de él sin responder.

Lucas y Peter también salen de la comisaría. Peter ve cómo se aleja Clara.

—Así que era por ella.

Lucas dice:

—Haga todo lo que pueda para trasladar a ese hombre, Peter. Si se queda en la ciudad, es hombre muerto.

Peter dice:

—Le creo. Está lo bastante loco para eso. No se preocupe, Lucas. Se irá. Pero ¿se da cuenta de lo que le ha hecho a ella, si lo amaba?

—Ella no lo ama.

Cuando Lucas vuelve de la comisaría, casi es mediodía.

El niño pregunta:

—¿No te han encerrado?

Yasmine dice:

—Espero que no fuera nada grave.

—No. Todo en orden. Querían que prestase declaración como testigo de una pelea.

—Deberías ir a ver al señor cura. Ya no come. No ha tocado lo que le llevé ayer y anteayer.

Lucas coge una botella de leche de cabra y va a la rectoría. En la mesa de la cocina hay unos platos con comida helada. La cocina está fría. Lucas atraviesa una habitación vacía y entra en el dormitorio sin llamar a la puerta. El cura está en la cama.

Lucas le pregunta:

—¿Está enfermo?

—No, solo tengo frío. Siempre tengo frío.

—Le he traído leña suficiente. ¿Por qué no se calienta?

El cura dice:

—Hay que ahorrar. En leña y en todo lo demás.

—Sencillamente, es usted demasiado perezoso para encender el fuego.

—Soy viejo y ya no tengo fuerzas.

—No tiene fuerzas porque no come.

—No tengo hambre. Desde que no me traes la comida tú, ya no tengo apetito.

Lucas le tiende su bata.

—Vamos, vístase y venga a la cocina.

Ayuda al anciano a ponerse la bata, le ayuda a caminar hasta la cocina, le ayuda a sentarse en el banco y le sirve una taza de leche. El cura bebe. Lucas dice:

—No puede seguir viviendo solo. Es demasiado viejo.

El cura deja la taza y mira a Lucas.

—Me voy, Lucas. Mis superiores me han llamado. Voy a reposar en un monasterio. Ya no habrá cura en esta localidad. El cura de la ciudad vecina vendrá una vez por semana para celebrar la misa.

—Es una decisión juiciosa. Me alegro por usted.

—Echaré de menos esta ciudad. He pasado cuarenta y cinco años aquí.

Tras un silencio, el cura prosigue:

—Tú te has ocupado de mí durante años como un hijo. Me gustaría darte las gracias. Pero ¿cómo agradecer tanto amor y tanta bondad?

Lucas dice:

—No me dé las gracias. En mí no hay amor ni bondad.

—Eso es lo que tú crees, Lucas. Estoy convencido de lo contrario. Has recibido una herida de la que todavía no te has curado.

Lucas calla y el cura prosigue:

—Me da la impresión de abandonarte en un periodo particularmente difícil de tu vida, pero estaré contigo en mis pensamientos y rezaré sin cesar por la salvación de tu alma. Has elegido un mal camino y a veces me pregunto dónde acabarás. Tu naturaleza apasionada y atormentada puede arrastrarte muy lejos, a los peores extremos. Pero conservo la esperanza. La misericordia de Dios es infinita.

El cura se levanta y coge el rostro de Lucas entre las manos.

—«Y recuerda a tu Creador en los días de tu adolescencia, antes de que vengan los días malos y lleguen los años de los cuales digas: no me complacen...»

Lucas agacha la cabeza y su frente toca el pecho del viejo.

—«Y que oscurezcan el sol y la luz, la luna y las estrellas, y que vuelvan las nubes...» Es el Eclesiastés.

El cuerpo flaco del anciano se ve sacudido por un sollozo:

—Sí. Lo has reconocido. Todavía te acuerdas. De niño, te sabías de memoria pasajes enteros de la Biblia. ¿Tienes tiempo de leerla alguna vez, ahora?

Lucas se suelta.

—Tengo mucho trabajo. Y otros libros que leer.

El cura dice:

—Lo comprendo. Comprendo también que mis sermones te aburran. Ahora vete y no vuelvas. Salgo mañana con el primer tren.

—Le deseo un reposo apacible, padre.

Lucas vuelve y le dice a Yasmine:

—El señor cura se va mañana. Ya no será necesario llevarle comida.

El niño pregunta:

—¿Se va porque tú ya no le quieres? Yasmine y yo nos iremos también si ya no nos quieres.

Yasmine dice:

—¡Cállate, Mathias!

El niño llora.

—¡Lo ha dicho ella! Pero tú nos quieres, ¿verdad, Lucas?

Lucas lo coge en brazos.

—Claro, Mathias.

En casa de Clara, el fuego arde en la estufa del salón. La puerta del dormitorio está entreabierta.

Lucas entra en la habitación. Clara está acostada, con un libro en las manos. Mira a Lucas, cierra el libro y lo deja en la mesilla.

Lucas dice:

—Perdón, Clara.

Clara aparta el edredón de plumas que la cubre. Está desnuda. Sigue clavándole la mirada a Lucas.

—Es lo que tú querías, ¿no?

—No lo sé. La verdad es que no lo sé, Clara.

Clara apaga la lámpara de la mesilla.

—¿A qué esperas?

Lucas enciende la lámpara del escritorio, la dirige hacia la cama. Clara cierra los ojos.

Lucas se arrodilla al pie de la cama, separa las piernas de Clara y después los labios de la vulva. De ella sale un hilillo de sangre. Lucas se inclina y lame, bebe la sangre. Clara gime y sus manos se agarran a los cabellos de Lucas.

Lucas se desnuda y se acuesta encima de Clara, entra en ella, grita. Más tarde Lucas se levanta y abre la ventana. Fuera, nieva. Lucas vuelve a la cama y Clara lo toma entre sus brazos.

Lucas tiembla. Ella dice:

—Cálmate.

Acaricia los cabellos y el rostro de Lucas. Él le pregunta:

—¿No me guardas rencor por lo del otro?

—No. Es mejor que te vayas.

Lucas dice:

—Ya sabía que no lo amabas. Eras tan desgraciada la semana pasada, cuando viniste a la taberna...

Clara dice:

—Lo conocí en el hospital. Fue él quien me atendió cuando tuve otra depresión en verano. La cuarta desde la muerte de Thomas.

—¿Sueñas a menudo con Thomas?

—Todas las noches. Pero solo con su ejecución. Con Thomas vivo y feliz, jamás.

Lucas dice:

—Yo veo a mi hermano por todas partes. En mi habitación, en el jardín, caminando a mi lado por la calle. Me habla.

—¿Qué dice?

—Dice que vive en una soledad mortal.

Lucas se duerme en brazos de Clara. En lo más profundo de la noche, una vez más, entra en ella, suave y lentamente, como en sueños.

A partir de entonces, Lucas pasa todas las noches en casa de Clara.

El invierno es muy frío ese año. Durante cinco meses no se ve el sol. Una niebla glacial se estanca sobre la ciudad desierta, el suelo está helado, el río también.

En la cocina de la casa de la abuela, el fuego arde sin interrupción. La leña de la calefacción se agota enseguida. Cada tarde, Lucas va al bosque a buscar madera que pone a secar junto a la cocina.

La puerta de la cocina está entreabierta para calentar la habitación de Yasmine y del niño. La habitación de Lucas no está caldeada.

Cuando Yasmine cose o hace punto en la habitación, Lucas se sienta con el niño en la gran alfombra que confeccionó Yasmine y que cubre el suelo de la cocina, y los dos juegan juntos con el perro y el gato. Miran libros ilustrados o dibujan. Con un ábaco, Lucas enseña a contar a Mathias.

Por la noche, Yasmine prepara la cena. Los tres se sientan en el banco de rincón de la cocina. Comen patatas, judías blancas o col. Al niño no le gustan esas cenas y come poco. Lucas le prepara rebanadas de pan con mermelada.

Tras la cena, Yasmine lava los platos, Lucas lleva al niño a su habitación, lo desviste, lo acuesta y le cuenta un cuento. Cuando el niño se duerme, Lucas se marcha a casa de Clara, en el otro extremo del pueblo.

4

En la calle de la estación, los castaños de Indias han florecido. Sus pétalos blancos recubren el suelo con una capa tan gruesa que Lucas ni siquiera oye el ruido de sus pasos. Vuelve de casa de Clara, tarde, por la noche.

El niño está sentado en el banco de rincón de la cocina. Lucas dice:

—Son las cinco de la madrugada. ¿Por qué te levantas tan temprano?

El niño pregunta:

—¿Dónde está Yasmine?

—Se ha marchado a la gran ciudad. Aquí se aburría.

Los ojos negros del niño se abren de par en par.

—¿Se ha marchado? ¿Sin mí?

Lucas se vuelve, enciende el fuego en la cocina. El niño pregunta:

—¿Volverá?

—No, no lo creo.

Lucas vierte leche de cabra en una olla y la pone a calentar.

El niño pregunta:

—Pero ¿por qué no me ha llevado con ella? Me había prometido que me llevaría con ella.

Lucas dice:

—Ha pensado que estarías mejor aquí conmigo y yo también lo creo.

El niño dice:

—No estoy mejor aquí contigo. Estaría mejor en cualquier sitio con ella.

—Una ciudad grande no es divertida para un niño. No hay huertos ni animales.

—Pero está mi madre.

El niño mira por la ventana. Cuando se vuelve, tiene la carita deformada por el dolor.

—No me quiere porque soy un inválido. Por eso me ha dejado aquí.

—Eso no es verdad, Mathias. Te quiere con todo su corazón. Lo sabes bien.

—Entonces volverá a buscarme.

El niño rechaza su taza y su plato y sale de la cocina. Lucas va a regar el huerto. Ya amanece.

El perro duerme debajo de un árbol y el niño se acerca con un bastón en la mano. Lucas mira al niño. El niño levanta el bastón y golpea al perro. El perro huye, gimiendo. El niño mira a Lucas.

—Ya no me gustan los animales. Ni los huertos.

Con el bastón, el niño golpea las lechugas, los tomates, los calabacines, las judías y las flores. Lucas lo observa sin decir nada.

El niño vuelve a la casa y se acuesta en la cama de Yasmine. Lucas se une a él y se sienta en el borde.

—¿Tan desgraciado eres quedándote conmigo? ¿Por qué?

Los ojos del niño están fijos en el techo.

—Porque te odio.

—¿Me odias?

—Sí, te odio desde siempre.

—No lo sabía. ¿Puedes decirme por qué?

—Porque eres alto y guapo, y porque creía que Yasmine te amaba. Pero si se ha marchado, es porque tampoco te quería. Espero que seas tan desgraciado como yo.

Lucas se coge la cabeza entre las manos. El niño pregunta:

—¿Estás llorando?

—No, no estoy llorando.

—Pero ¿estás triste por Yasmine?

—No, por Yasmine no. Estoy triste por ti, por tu pena.

—¿De verdad? ¿Por mi culpa? Eso está bien.

Sonríe.

—Aunque no soy más que un pequeño inválido y Yasmine es muy guapa.

Tras un silencio, el niño pregunta:

—¿Y tu madre dónde está?

—Está muerta.

—Era demasiado vieja, ¿por eso está muerta?

—No. Murió por culpa de la guerra. La mató un obús, a ella y al bebé que tenía que era mi hermanita.

—¿Y ahora dónde están?

—Los muertos no están en ninguna parte y están en todas partes.

El niño dice:

—Están en el desván. Las he visto. La cosa grande de huesos y la pequeña de huesos.

Lucas pregunta en voz baja:

—¿Has subido al desván? ¿Cómo?

—He trepado. Es fácil. Ya te enseñaré cómo.

Lucas se calla. El niño dice:

—No tengas miedo, no se lo diré a nadie. No quiero que nos las quiten. Me gustan mucho.

—¿Te gustan?

—Sí. Sobre todo el bebé. Es más feo y más pequeño que yo. Y nunca crecerá. No sabía que era una niña. No se puede saber cuando estás hecho solo de huesos y eres una cosa de esas.

—Esas cosas se llaman esqueletos.

—Sí. Esqueletos. También vi en el libro grande que está encima de todo en tu biblioteca.

Lucas y el niño están en el jardín. De la puerta del desván cae una cuerda hasta la altura exacta del brazo levantado de Lucas. Este le dice al niño:

—Enséñame cómo subes.

El niño arrastra el banco del jardín situado un poco más lejos hasta debajo de la ventana de la habitación de Lucas. Sube al banco, salta, atrapa la cuerda, aminora el balanceo apoyando los pies contra la pared y, con la ayuda de brazos y piernas, se encarama a la puerta del desván. Lucas le sigue. Se sientan en el jergón y miran los esqueletos colgados de una viga.

El niño pregunta:

—¿Y el esqueleto de tu hermano no lo has guardado?

—¿Quién te ha dicho que tenía un hermano?

—Nadie. Te he oído hablar con él. Tú le hablas, no está en ninguna parte pero está en todas partes, y por lo tanto debe de estar muerto también.

Lucas dice:

—No, no está muerto. Se fue a otro país. Ya volverá.

—Como Yasmine. Ella también volverá.

—Sí, es lo mismo para mi hermano y para tu madre.

El niño dice:

—Esa es la única diferencia entre los muertos y los que se marchan, ¿verdad? Los que no están muertos vuelven.

Lucas dice:

—Pero ¿cómo saber si no han muerto durante su ausencia?

—No se puede saber.

El niño se calla un momento y luego pregunta:

—¿Qué notaste cuando se fue tu hermano?

—No sabía cómo seguir viviendo sin él.

—¿Y ahora ya lo sabes?

—Sí. Desde que llegaste tú, ya lo sé.

El niño abre el baúl.

—¿Estos cuadernos grandes que hay dentro del baúl qué son?

Lucas cierra el baúl.

—Nada. ¡Dios mío! Por suerte todavía no sabes leer.

El niño ríe.

—Te equivocas. Cuando está impreso sí que sé leer. Mira.

Abre el baúl y saca la vieja Biblia de la abuela. Lee algunas palabras y frases enteras.

Lucas pregunta:

—¿Dónde has aprendido a leer?

—En los libros, claro. Los míos y los tuyos.

—¿Con Yasmine?

—No, solo. A Yasmine no le gusta leer. Me dijo que yo nunca iré al colegio. Pero sí que iré pronto, ¿verdad, Lucas?

Lucas dice:

—Te enseñaré todo lo que te haga falta saber.

El niño dice:

—La escuela es obligatoria a partir de los seis años.

—Para ti no. Podemos obtener una exención.

—Por culpa de mi invalidez, ¿verdad? Yo no quiero ninguna exención. Quiero ir a la escuela como los demás niños.

—Si quieres ir, irás. Pero ¿por qué quieres ir?

—Porque sé que en la escuela seré el más fuerte y el más inteligente.

Lucas se ríe.

—Y el más vanidoso también, desde luego. Yo siempre he odiado la escuela. Fingí que estaba sordo para que no me obligasen a ir.

—¿Eso hiciste?

—Sí. Escucha, Mathias. Puedes subir aquí cuando quieras. Puedes entrar también en mi habitación, aunque yo no esté. Puedes leer la Biblia, el diccionario, la enciclopedia entera si quieres. Pero no leas los cuadernos por nada del mundo, hijo del diablo.

Y añade:

—Mi abuela nos llamaba así: «hijos del diablo».

—¿A quiénes? ¿A ti y a quién más? ¿A tu hermano?

—Sí. A mi hermano y a mí.

Bajan del desván, se dirigen a la cocina. Lucas prepara la cena. El niño pregunta:

—¿Y quién lavará los platos, limpiará y hará la colada?

—Nosotros dos. Juntos. Tú y yo.

Comen. Lucas se asoma por la ventana y vomita. Se vuelve con la cara sudorosa, pierde el conocimiento y cae al suelo de la cocina.

El niño grita:

—¡No hagas eso! ¡Lucas, no hagas eso!

Lucas abre los ojos:

—No grites, Mathias. Ayúdame a levantarme.

El niño le tira del brazo y Lucas se agarra a la mesa. Trastabillando, sale de la cocina y se sienta en el banco del jardín. El niño, de pie ante él, lo observa.

—¿Qué te pasa, Lucas? ¿Has estado muerto un momento!

—No, no, solo me he desmayado por el calor.

El niño pregunta:

—No importa que se haya marchado, ¿verdad? No es tan grave, ¿a que no? No te vas a morir por eso.

Lucas no responde. El niño se sienta a sus pies, le abraza las piernas, pone su cabeza, de pelo negro y rizado, sobre las rodillas de Lucas.

—A lo mejor más adelante yo soy tu hijo.

Cuando el niño se duerme, Lucas vuelve al desván. Coge los cuadernos que están en el baúl, los envuelve en una tela de saco y se va a la ciudad.

Llama a la puerta de Peter.

—Me gustaría que me guardase esto, Peter.

Pone el paquete encima de la mesa del salón.

Peter pregunta:

—¿Qué es?

Lucas aparta la tela.

—Unos cuadernos escolares.

Peter asiente con la cabeza.

—Ya me lo había dicho Víctor. Usted escribe. Compra muchísimo papel y lápices. Desde hace años, lápices, hojas cuadriculadas y cuadernos escolares grandes. ¿Está escribiendo un libro?

—No, un libro no. Solo tomo notas.

Peter sopesa los cuadernos.

—¡Notas! Media docena de cuadernos bien gordos...

—Con los años se van acumulando. Sin embargo, elimino muchas cosas. Solo conservo lo que es absolutamente necesario.

Peter pregunta:

—¿Por qué quiere esconderlos? ¿Por la policía?

—¿La policía? ¡Vaya idea! No, por el niño. Empieza a leer y lo registra todo. No quiero que lea estos cuadernos.

Peter sonríe.

—Y la madre del niño tampoco debe leerlos, ¿verdad?

—Yasmine ya no vive en mi casa. Se ha marchado. Soñaba con la gran ciudad. Le di dinero.

—¿Y le ha dejado a su hijo?

—Sí, yo quería quedarme con el niño.

Peter enciende un cigarrillo, mira a Lucas sin decir nada.

Lucas pregunta:

—¿Puede guardarme esos cuadernos en su casa, sí o no?

—Claro, claro que puedo.

Peter envuelve los cuadernos y se los lleva a su habitación. Cuando regresa dice:

—Los he escondido debajo de mi cama. Mañana les encontraré un escondite mejor.

—Gracias, Peter.

Peter se ríe.

—No me dé las gracias. Sus cuadernos me interesan.

—¿Tiene la intención de leerlos?

—Pues claro. Si no quería que los leyese, tendría que haberlos llevado a casa de Clara.

Lucas se levanta.

—¡Ni hablar! Clara lee todo lo que se puede leer. Pero podría confiárselos a Víctor.

—En ese caso, yo los leería en casa de Víctor. Él no me puede negar nada. Además, pronto se marchará. Quiere volver a su ciudad natal, con su hermana. Tiene la intención de vender su casa y la librería.

Lucas dice:

—Devuélvame los cuadernos. Los enterraré en el bosque.

—Sí, entíérrelos. O, mejor aún, quémelos. Es la única manera de que nadie pueda leerlos.

—Debo conservarlos. Por Claus. Esos cuadernos están destinados a Claus. Solo a él.

Peter enciende la radio. Busca mucho rato antes de encontrar una música suave.

—Siéntese otra vez, Lucas, y dígame quién es Claus.

—Mi hermano.

—No sabía que tuviera un hermano. Nunca me había hablado de él. Nadie me ha hablado de él, ni siquiera Víctor, que le conoce desde la infancia.

Lucas dice:

—Mi hermano vive al otro lado de la frontera desde hace muchos años.

—¿Y cómo cruzó la frontera? Se dice que es infranqueable.

—La cruzó y punto.

Tras un silencio, Peter pregunta:

—¿Y mantienen correspondencia?

—¿Qué entiende por correspondencia?

—Pues lo que entiende todo el mundo por correspondencia. ¿Le escribe? ¿Le escribe usted?

—Le escribo todos los días en los cuadernos. Y él debe de hacer lo mismo, desde luego.

—Pero ¿nunca recibe cartas de él?

—No puede enviarme cartas desde donde está.

—Llegan muchísimas cartas desde el otro lado de la frontera. ¿Su hermano nunca ha escrito desde que se marchó? ¿No le ha enviado su dirección?

Lucas niega con la cabeza y se levanta de nuevo.

—Cree que ha muerto, ¿verdad? Pero Claus no ha muerto. Está vivo y volverá.

—Sí, Lucas. Volverá. En cuanto a los cuadernos, podría haberle prometido que no los leería, pero no me habría creído.

—Tiene razón, no le habría creído. Sabía que no podría evitar leerlos. Lo sabía antes de venir aquí. Léalos, pues. Prefiero que los lea usted que Clara o cualquier otro.

Peter dice:

—Otra cosa que no entiendo: sus relaciones con Clara. Ella es mucho mayor que usted.

—La edad da igual. Soy su amante. ¿Es todo lo que quería saber?

—No, no es todo. Eso ya lo sabía. Pero ¿la ama?

Lucas abre la puerta.

—No sé qué significa esa palabra. Nadie lo sabe. Yo no me haría ese tipo de preguntas, Peter.

—Sin embargo, a lo largo de la vida le harán ese tipo de preguntas muchas veces. Y quizá se vea obligado a responder.

—¿Y usted, Peter? También tendrá que responder alguna vez a determinadas preguntas. Yo he asistido a algunas de sus reuniones políticas. Hace discursos, la sala le aplaude. ¿Cree sinceramente lo que dice?

—Estoy obligado a creer.

—Pero, en lo más profundo de su ser, ¿qué piensa?

—No pienso. No puedo permitirme ese lujo. Llevo el miedo dentro desde la infancia.

Clara está de pie ante la ventana, contemplando el jardín sumido en la noche. No se vuelve cuando Lucas entra en la habitación. Dice:

—El verano es espantoso. En verano, la muerte está mucho más cerca. Todo se seca, se sofoca, se inmoviliza. Hace ya cuatro años que «ellos» mataron a Thomas. En el mes de agosto, muy temprano por la mañana, al amanecer. «Ellos» lo ahorcaron. Lo más inquietante es que «ellos» vuelven cada verano. Al amanecer, cuando tú regresas a casa, voy a la ventana y los veo. «Ellos» vuelven, aunque no se puede matar varias veces a la misma persona.

Lucas besa a Clara en la nuca.

—¿Qué te pasa, Clara? ¿Qué ocurre hoy?

—Hoy he recibido una carta. Una carta oficial. Está ahí, encima de mi escritorio, puedes leerla. Me comunican la rehabilitación de Thomas, su inocencia. Yo jamás dudé de su inocencia. «Ellos» me escriben: «Su marido era inocente, le matamos por error. Matamos a varias personas inocentes por error, pero ahora todo vuelve al orden, pedimos perdón y prometemos que no se

producirán nunca más errores semejantes». «Ellos» asesinan y «ellos» rehabilitan. «Ellos» piden perdón, pero ¡Thomas está muerto! ¿Acaso pueden resucitarlo? ¿Pueden borrar la noche en que el pelo se me volvió blanco, en que me volví loca?

»Aquella noche de verano yo estaba sola en nuestro apartamento, el que compartíamos Thomas y yo. Llevaba muchos meses sola. Desde que encarcelaron a Thomas, nadie quería ni podía ni se atrevía a visitarme. Ya estaba acostumbrada a la soledad, no tenía nada de especial que estuviera sola. No pegué ojo, pero eso tampoco tenía nada de especial. Lo especial era que aquella noche no lloraba. La víspera, por la noche, anunciaron por la radio la ejecución de varias personas por alta traición. Entre esos nombres oí claramente el de Thomas. A las tres de la madrugada, hora de las ejecuciones, miré el reloj de péndulo. Lo miré hasta las siete y después me fui a trabajar, a una gran biblioteca de la capital. Me senté a mi mesa, estaba a cargo de la sala de lectura. Mis colegas, uno tras otro, se acercaban, y yo les oía murmurar: “¡Ha venido!”.“¿Le habéis visto el pelo?” Salí de la biblioteca y fui andando por las calles hasta que se hizo de noche, me perdí, no sabía muy bien en qué barrio de la ciudad me encontraba, aunque conocía muy bien aquella ciudad. Volví en taxi. A las tres de la madrugada, miré por la ventana y los vi: estaban colgando a Thomas en la fachada del edificio de enfrente. Chillé. Vinieron unos vecinos. Una ambulancia me llevó al hospital. Y ahora «ellos» dicen que solo ha sido un error. El asesinato de Thomas, mi enfermedad, los meses de hospital y mi pelo blanco no eran más que un error. Pues que me devuelvan a Thomas vivo y sonriente. Al Thomas que me cogía en brazos, que me acariciaba el pelo, que me tocaba la cara con sus manos calientes, que me besaba los ojos, las orejas, la boca.

Lucas coge a Clara por los hombros y la vuelve hacia él.

—¿Cuándo dejarás de hablarme de Thomas?

—Nunca. Nunca dejaré de hablar de Thomas. ¿Y tú? ¿Cuándo empezarás a hablarme de Yasmine?

Lucas dice:

—No hay nada que decir. Sobre todo ahora que ya no está.

Clara golpea y araña el rostro, el cuello y los hombros de Lucas. Grita:

—¿Que ya no está? ¿Dónde está? ¿Qué le has hecho?

Lucas arrastra a Clara hacia la cama y se acuesta encima de ella:

—Cálmate. Yasmine se ha marchado a la gran ciudad. Eso es todo.

Clara abraza a Lucas.

—«Ellos» quieren separarme de ti como me separaron de Thomas. «Ellos» quieren meterte en la cárcel y ahorcarte.

—No, no, todo eso ha terminado. Olvida a Thomas, la cárcel y la horca.

Al amanecer, Lucas se levanta.

—Tengo que volver. El niño se despierta temprano.

—¿Yasmine ha dejado aquí a su hijo?

—Es un niño inválido. ¿Qué habría hecho con él en la gran ciudad?

Clara repite:

—Pero ¿cómo ha podido dejarlo?

Lucas dice:

—Quería llevárselo, pero yo se lo prohibí.

—¿Cómo? ¿Con qué derecho? Es su hijo. Le pertenece.

Clara mira a Lucas, que se viste. Le dice:

—Yasmine se ha marchado porque tú no la amabas.

—La ayudé cuando tenía problemas. No le prometí nada.

—A mí tampoco me has prometido nada.

Lucas vuelve para preparar el desayuno de Mathias.

Lucas entra en la librería y Victor le pregunta:

—¿Necesita papel o lápices, Lucas?

—No. Querría hablar con usted. Peter me ha dicho que quiere vender su casa.

Victor suspira.

—Hoy en día, nadie tiene suficiente dinero para comprar una casa con una tienda.

Lucas dice:

—A mí me gustaría comprarla.

—¿Cómo, Lucas? ¿Con qué dinero, joven?

—Vendiendo la casa de la abuela. El ejército me ofrece un buen precio.

—Me temo que eso no baste, Lucas.

—También tengo una gran superficie de terreno. Y otras cosas. Cosas de gran valor que heredé de mi abuela.

Victor dice:

—Venga a verme esta noche a casa. Dejaré abierta la puerta de entrada.

Por la noche, Lucas sube la pequeña escalera oscura que lleva al piso situado encima de la librería. Llama a una puerta bajo la cual se filtra un poco de luz.

Victor grita:

—¡Adelante, Lucas!

Lucas entra en una sala donde, pese a la ventana abierta, flota una pesada nube formada por numerosos puros. El techo está manchado por una grasa marrón, las cortinas de tul amarillean. La sala está atestada de muebles viejos, divanes, sofás, mesas pequeñas, lámparas y adornos. Las paredes están cubiertas de cuadros y grabados, y el suelo de alfombras gastadas y superpuestas.

Victor está sentado junto a la ventana, ante una mesa cubierta por un mantel de felpa rojo. Encima de la mesa, cajas de puros y cigarrillos, ceniceros de todo tipo repletos de colillas, junto a vasos y una jarra medio vacía de un líquido amarillento.

—Acérquese, Lucas. Siéntese y tómese una copa.

Lucas se sienta, Victor le sirve un poco de bebida, vacía su vaso y vuelve a llenarlo.

—Me gustaría ofrecerle un aguardiente de mejor calidad, por ejemplo el que me trajo mi hermana cuando vino de visita, pero por desgracia ya no queda. Mi hermana vino a verme en julio, hacía mucho calor, se acordará. No me gusta el calor ni el verano. Un verano lluvioso y fresco sí, pero la canícula me pone enfermísimo.

»Cuando llegó, mi hermana traía un litro de aguardiente de albaricoque del que solemos beber en casa, en el campo. Mi hermana pensaba que esa botella me duraría todo el año, o al menos hasta Navidad. La verdad es que la primera noche ya me bebí la mitad de la botella. Como me daba vergüenza, primero escondí la botella y luego fui a comprar otra botella de aguardiente

mediocre, porque no se encuentra otro en las tiendas, con la cual rellené la botella de mi hermana, que coloqué en un lugar bien visible, allí, encima del aparador de enfrente.

»Así, bebiendo todas las noches a escondidas un aguardiente de albaricoque de mala calidad, apacigué a mi hermana exhibiendo su botella, que apenas se iba vaciando. Una o dos veces, para que la cosa resultase más natural, me ponía un vasito de aquel aguardiente que fingía apreciar, aunque su calidad ya estaba alterada.

»Esperaba con impaciencia a que se fuese mi hermana. No es que me molestara, al contrario. Me preparaba la cena, me zurcía los calcetines, me arreglaba la ropa, limpiaba la cocina y todo lo que estaba sucio. Me resultaba útil, pues, y además charlábamos plácidamente después de cerrar la tienda y durante la cena. Ella dormía en la habitación pequeña que hay aquí al lado. Se acostaba temprano y se dormía enseguida. Yo tenía toda la noche para andar de un lado a otro de mi habitación, y también por la cocina y por el pasillo.

»Debe saber, Lucas, que mi hermana es la persona a la que más quiero en el mundo. Nuestros padres murieron cuando éramos muy pequeños, sobre todo yo, que todavía era un niño. Mi hermana tenía cinco años más que yo. Vivíamos en casa de unos parientes lejanos, tíos y tías, pero puedo asegurarle que fue mi hermana quien me crio realmente.

»Mi amor por ella no ha disminuido con el paso del tiempo. Ni se imagina la alegría que experimenté al verla bajar del tren. Llevaba doce años sin verla, por los años de la guerra, la pobreza y la zona fronteriza. Cuando, por ejemplo, ella había conseguido ahorrar un poco de dinero para el viaje, no podía obtener permiso para visitar la zona, y así sucesivamente. Yo siempre he tenido poco dinero en efectivo, y no puedo cerrar la librería cuando quiero. Ella, por su parte, tampoco puede dejar a sus clientas de golpe. Es costurera, y las mujeres, incluso en los años de pobreza, siempre necesitan una costurera. Sobre todo durante las vacas flacas, cuando no pueden comprarse trajes nuevos. Las mujeres le encargaban a mi hermana unos arreglos increíbles, durante las vacas flacas. Convertir el pantalón del marido difunto en una falda corta, sus camisas en blusas, y para la ropa de los niños, cualquier trozo de tela servía.

»Cuando mi hermana por fin consiguió reunir el dinero necesario, así como los papeles y los permisos necesarios, me anunció su llegada por carta.

Victor se levanta, mira por la ventana.

—Aún no son las diez, ¿verdad?

Lucas dice:

—No, todavía no.

Victor vuelve a sentarse, sirve más bebida y enciende un cigarro.

—Yo esperaba a mi hermana en la estación. Era la primera vez que esperaba a alguien en aquella estación. Estaba decidido a esperar la llegada de varios trenes, si era necesario. Mi hermana llegó en el último. Había viajado todo el día. Desde luego, yo la reconocí de inmediato, pero ¡qué distinta era de la imagen que conservaba en mis recuerdos! Se había vuelto más pequeña. Siempre había sido menuda, pero no hasta ese punto. Su rostro, poco agraciado, todo hay que decirlo, ya estaba surcado por centenares de minúsculas arrugas. En dos palabras: había envejecido. Naturalmente, no le dije nada y me guardé mis observaciones para mí, pero ella, por el contrario, se echó a llorar y dijo: «¡Ay, Víctor! ¡Cómo has cambiado! Apenas te reconozco. Has engordado, has perdido el pelo y tienes un aspecto muy descuidado».

»Yo le cogí las maletas. Pesaban mucho porque iban cargadas de mermeladas, salchichones y aguardiente de albaricoque. Ella lo sacó todo en la cocina. Incluso me trajo judías verdes de su huerto. Enseguida probé el aguardiente. Mientras ella cocía las judías, yo me bebí casi un cuarto de la botella. Después de fregar los platos, se reunió conmigo en mi habitación. Las ventanas estaban abiertas de par en par porque hacía mucho calor. Yo seguía bebiendo y acercándome a la ventana, mientras fumaba puros. Mi hermana me hablaba de sus clientas complicadas, de su vida solitaria y difícil, y yo la escuchaba bebiendo aguardiente y fumando puros.

»La ventana de enfrente se iluminó a las diez. Apareció el hombre del pelo blanco. Mordisqueaba algo. Siempre come a esa hora. A las diez de la noche, se asoma a la ventana y come. Mi hermana seguía hablando. Le enseñé su habitación y le dije: “Debes de estar muy cansada. Has hecho un largo viaje. Descansa”. Ella me besó en las dos mejillas, se fue a la habitación pequeña que está al lado, se acostó y supongo que se durmió. Yo seguí bebiendo y caminando por la casa y fumando puros. De vez en cuando, miraba por la ventana y veía al hombre del pelo blanco apoyado en el alféizar de su ventana. Le oía preguntar a los escasos transeúntes: “¿Qué hora es? ¿Podría decirme la hora, por favor?”. Alguien en la calle le respondió: “Son las once y veinte”.

»Dormí muy mal. La presencia silenciosa de mi hermana en la otra habitación me alteraba. Por la mañana, era domingo, volví a oír al insomne que preguntaba la hora y a alguien que le contestaba: “Son las siete menos cuarto”. Más tarde, cuando me levanté, mi hermana ya trabajaba en la cocina, y la ventana de enfrente estaba cerrada.

»¿Qué le parece, Lucas? Mi hermana, a la que no había visto desde hacía doce años, viene a visitarme y yo espero con impaciencia a que se vaya a dormir para poder observar a mis anchas al insomne de enfrente, porque, en realidad, es la única persona que me interesa, aunque quiero a mi hermana por encima de todo.

»No dice nada, Lucas, pero sé lo que piensa. Piensa que estoy loco, y tiene razón. Estoy obsesionado por ese viejo que abre la ventana a las diez de la noche y la cierra a las siete de la mañana. Se pasa toda la noche asomado a la ventana. Después no sé qué hace. ¿Duerme, quizá, o tiene otra habitación o una cocina donde pasa el día? Nunca lo veo por la calle, ni tampoco durante el día, no lo conozco y nunca le he preguntado a nadie por él. Usted es la primera persona a quien se lo cuento. ¿En qué pensará toda la noche, apoyado en el alféizar? ¿Cómo saberlo? A partir de medianoche, la calle está completamente vacía. Ni siquiera puede preguntar la hora a los transeúntes. Solo puede hacerlo a partir de las seis o las siete de la mañana. ¿De verdad necesita saber la hora? ¿Es posible que no tenga reloj, ni de pared ni de pulsera? En ese caso, ¿cómo se las arregla para aparecer en la ventana a las diez en punto de la noche? Me hago tantas preguntas sobre él...

»Una noche, después de que se marchara mi hermana, el insomne se dirigió a mí. Yo estaba en mi ventana, observaba el cielo tratando de distinguir las nubes de tormenta que nos anunciaban desde hacía varios días. El anciano me habló desde el otro lado de la calle. Me dijo: “Ya no se ven las estrellas. Se acerca la tormenta”. Yo no le respondí. Miré a otro lugar, a la izquierda, a la derecha, hacia la calle. No quería relacionarme con él. Lo ignoré.

»Me quedé sentado en un rincón de mi habitación donde él no podía verme. Ahora me doy cuenta de que si me quedo aquí, no haré nada más que beber y fumar y observar al insomne por la ventana, y yo también me volveré insomne.

Victor mira por la ventana y se deja caer en su sillón con un suspiro.

—Ahí está. Ahí está, observándome. Espera la ocasión para entablar una conversación conmigo. Pero no cederé; por mucho que insista, no conseguirá tener la última palabra.

—Cálmese, Victor. A lo mejor solo es un vigilante nocturno jubilado que tiene la costumbre de dormir de día.

—¿Un vigilante nocturno? Quizá. Da igual. Si me quedo aquí, me destruirá. Ya estoy medio loco. Mi hermana se dio cuenta. Antes de subir al tren, me dijo: «Soy demasiado vieja para volver a emprender este viaje tan largo y fatigoso. Deberíamos tomar una decisión, Victor; si no es así, me temo que no volveremos a vernos». Yo le pregunté: «¿Qué tipo de decisión?». Y ella dijo: «Tu negocio no funciona, ya me he dado cuenta. Te pasas el día sentado en la tienda y no entra ningún cliente. Por la noche, deambulas por el piso, y por la mañana estás agotado. Bebes demasiado, te has bebido casi la mitad del aguardiente que te traje. Si continúas así, te volverás alcohólico».

»Me guardé mucho de decirle que durante su estancia me había bebido seis botellas más de aguardiente, además de las botellas de vino que abríamos con cada comida. Tampoco le hablé del insomne, por supuesto. Ella continuó: “Tienes muy mala cara. Tienes ojeras, estás pálido y casi obeso. Comes demasiada carne, no te mueves lo suficiente, nunca sales, llevas una vida malsana”. Yo le dije: “No te preocupes por mí. Me encuentro muy bien”. Encendí un puro. El tren tardaba en llegar. Mi hermana volvió la cara con asco. “Fumas demasiado. Fumas sin parar”.

»También me guardé mucho de decirle que, hace dos años, los médicos me encontraron una enfermedad causada por el tabaquismo. Mi arteria ilíaca izquierda está obstruida, la circulación sanguínea ya no fluye, o apenas, por mi pierna izquierda, y tengo dolores en la cadera y la pantorrilla, y el dedo gordo del pie izquierdo insensible. Los médicos me han prescrito unos medicamentos, pero no habrá mejora si no dejo de fumar y no hago ejercicio. Pero no me apetece lo más mínimo dejar de fumar. Además, no tengo fuerza de voluntad. No se le puede pedir a un alcohólico que tenga fuerza de voluntad. Por lo tanto, si quiero dejar de fumar, primero tendré que dejar de beber.

»A veces pienso en dejar de fumar y de inmediato enciendo un puro o un cigarrillo, y pienso, fumando sin parar, que si no dejo de fumar pronto dejará de circularme la sangre por la pierna izquierda, y eso me provocará gangrena y la gangrena requerirá la amputación del pie o de toda la pierna.

»No le dije nada de eso a mi hermana para no preocuparla, pero ella estaba preocupada de todos modos. Al subir al tren me besó en las dos mejillas y me dijo: “Vende la librería y ven conmigo al pueblo. Viviremos con poca cosa, en la casa de nuestra infancia. Daremos paseos por el bosque y yo me ocuparé de ti, tú dejarás de fumar y de beber y podrás escribir tu libro”.

»El tren se fue y yo volví y me serví un vaso de aguardiente y me pregunté a qué libro se referiría ella.

»Aquella noche me tomé un somnífero, además de los medicamentos habituales para la circulación, y me bebí todo el aguardiente que quedaba en la botella de mi hermana, es decir, casi medio litro. A pesar del somnífero, a la mañana siguiente me desperté muy temprano, con la pierna izquierda totalmente insensible. Estaba empapado, el corazón me latía con violencia, me temblaban las manos y era presa de un miedo y una angustia inmundos. Miré la hora en el despertador, pero se había parado. Me arrastré hasta la ventana y el viejo de enfrente seguía ahí. Le pregunté, a través de la calle desierta: “¿Podría decirme qué hora es, por favor? Se me ha

parado el reloj”. Se volvió antes de responderme, como para consultar un reloj de pared. “Son las seis y media”, dijo. Quise vestirme, pero ya lo estaba. Había dormido con la ropa y los zapatos puestos. Bajé a la calle, me fui al colmado más cercano. Todavía estaba cerrado. Esperé caminando de un lado a otro, por la calle. Llegó el encargado, abrió la tienda y me atendió. Compré una botella de aguardiente del primero que encontré, volví y me bebí varios vasos. Mi angustia desapareció y el hombre de enfrente ya había cerrado la ventana.

»Volví a la librería, me senté detrás del mostrador. No había ningún cliente. Todavía era verano, en plenas vacaciones escolares, y nadie necesitaba libros ni nada. Allí sentado, observando los libros de los estantes, me acordé de mi libro, del libro del que me había hablado mi hermana, de aquel libro que proyectaba escribir desde mi adolescencia. Quería ser escritor, escribir libros, ese era el sueño de mi juventud, y mi hermana y yo habíamos hablado de ello a menudo. Ella creía en mí, yo también creía en mí mismo, pero cada vez menos, hasta el extremo de que había acabado olvidando el sueño de escribir libros.

»Solo tengo cincuenta años. Si dejo de fumar y de beber, o más bien de beber y de fumar, aún podría escribir un libro. Muchos no, pero un solo libro, quizá sí. Estoy convencido, Lucas, de que todo ser humano ha nacido para escribir un libro, solo para eso. Un libro genial o un libro mediocre, da igual, pero el que no escriba nada es un ser malogrado, que ha pasado por la tierra sin dejar ninguna huella.

»Si me quedo aquí, jamás escribiré ningún libro. Mi única esperanza es vender la casa y la librería e irme a vivir con mi hermana. Ella me impedirá beber y fumar, llevaremos una vida sana, ella se ocupará de todo y yo no tendré otra cosa que hacer que escribir mi libro, una vez liberado del alcoholismo y el tabaquismo. Usted también está escribiendo un libro, Lucas. Ignoro de qué trata, pero escribe. Desde la infancia, no ha dejado de comprar hojas de papel, lápices y cuadernos.

Lucas dice:

—Tiene razón, Víctor. Escribir es lo más importante. Ponga un precio, le compro la casa y la librería. Dentro de algunas semanas podremos cerrar el trato.

Víctor pregunta:

—Las cosas de valor de las que me ha hablado, ¿qué son?

—Oro y dinero. Y también joyas.

Víctor sonríe.

—¿Quiere visitar la casa?

—No es necesario. Haré las reformas necesarias. Estas dos habitaciones nos bastarán para los dos.

—Pero eran tres, si no recuerdo mal.

—Ahora solo somos dos. La madre del niño se ha marchado.

Lucas dice al niño:

—Vamos a mudarnos. Ahora viviremos en la ciudad, en la plaza principal. He comprado la librería.

El niño dice:

—Muy bien. Estaré más cerca de la escuela. Pero, cuando vuelva Yasmine, ¿cómo sabrá dónde encontrarnos?

—En una ciudad tan pequeña, nos encontrará sin dificultad.

El niño pregunta:

—¿Ya no tendremos animales ni huerto?

—Tendremos un pequeño jardín. Conservaremos el perro y el gato, y también algunas gallinas, por los huevos. Los demás animales se los venderemos a Joseph.

—¿Y dónde dormiré yo? Allá no habrá habitación de la abuela.

—Dormirás en una pequeña habitación al lado de la mía. Estaremos muy cerca el uno del otro.

—Sin los animales y sin los productos del huerto, ¿de qué viviremos?

—De la librería. Yo venderé lápices, libros y papel. Tú podrás ayudarme.

—Sí, te ayudaré. ¿Cuándo nos mudamos?

—Mañana. Joseph vendrá con su carro.

Lucas y el niño se instalan en la casa de Víctor. Lucas pinta las habitaciones, que quedan luminosas y limpias. Junto a la cocina, en un pequeño trastero, Lucas instala un cuarto de baño.

El niño pregunta:

—¿Puedo quedarme los esqueletos?

—No, imposible. Imagina que entre alguien en tu habitación.

—No entrará nadie en mi habitación. Solo Yasmine, cuando vuelva.

Lucas dice:

—De acuerdo. Puedes quedarte los esqueletos. Pero los esconderemos detrás de una cortina, de todos modos.

Lucas y el niño desbrozan el jardín que Víctor tenía abandonado. El niño señala un árbol.

—Mira ese árbol, Lucas, está completamente negro.

—Es un árbol muerto. Habrá que cortarlo. Los demás árboles también pierden las hojas, pero ese está muerto.

A menudo, en plena la noche, el niño se despierta y corre hacia la habitación de Lucas, a su cama, y si Lucas no está, le espera para contarle sus pesadillas. Lucas se acuesta junto al niño, aprieta contra sí el cuerpecillo flaco hasta que cesan los temblores del niño.

El niño le cuenta sus pesadillas, siempre las mismas, que se repiten y atormentan regularmente sus noches.

Uno de sus sueños es el sueño del río. El niño, acostado en la superficie del agua, se deja llevar por la corriente mirando las estrellas. El niño es feliz pero, poco a poco, algo se acerca, algo que da miedo y, de pronto, eso que da miedo está ahí, y el niño no sabe qué es, y la cosa explota y grita y aúlla y ciega.

Otro sueño es el sueño del tigre que está echado junto a la camita del niño. El tigre parece dormir, tiene un aire suave y amable, y al niño le apetece mucho acariciarlo. El niño tiene miedo, pero su deseo de acariciar al tigre aumenta, y el niño ya no puede resistirse más a ese deseo. Sus dedos tocan los pelos sedosos del tigre y el tigre, de un zarpazo, le arranca el brazo.

Otro sueño es el sueño de la isla desierta. El niño juega allí con su carretilla. La llena de arena, transporta la arena a otro sitio, vacía la carretilla, se va más lejos, vuelve a llenar la

carretilla, la vacía de nuevo, y así una y otra vez, mucho rato, y bruscamente se ha hecho de noche y hace frío, y no hay nadie en ninguna parte, y solo brillan las estrellas en su soledad infinita.

Otro sueño: el niño quiere volver a casa de la abuela y va caminando por las calles, pero no reconoce las calles de la ciudad, se pierde, las calles están desiertas, la casa ya no está donde debería estar, las cosas ya no están en su sitio, Yasmine le llama llorando, y el niño no sabe qué calle, qué callejuela debe tomar para reunirse con ella.

El sueño más terrible es el del árbol muerto, el árbol negro del jardín. El niño mira el árbol y el árbol tiende sus ramas desnudas hacia el niño. El árbol dice: «Solo soy un árbol muerto, pero te quiero tanto como cuando estaba viva. Ven, pequeño mío, ven a mis brazos». El árbol habla con la voz de Yasmine y el niño se acerca, y las ramas muertas y negras lo enlazan y lo estrangulan.

Lucas corta el árbol muerto, lo trocea y hace fuego en el jardín. Cuando el fuego se apaga, el niño dice:

—Ahora ella ya no es más que un montón de cenizas.

Se va a su habitación. Lucas descorcha una botella de aguardiente. Bebe. Le dan náuseas. Se va al jardín, vomita. Una humareda blanca se eleva aún de las cenizas negras, pero empiezan a caer grandes gotas de lluvia y el chaparrón acaba el trabajo del fuego.

Más tarde, el niño encuentra a Lucas tirado en la hierba mojada, en medio del barro. Lo sacude.

—Levántate, Lucas. Tienes que entrar. Llueve. Es de noche. Hace frío. ¿Puedes andar?

Lucas dice:

—Déjame. Vuelve a entrar. Mañana todo irá bien.

El niño se sienta junto a Lucas y lo espera.

Sale el sol, Lucas abre los ojos.

—¿Qué ha ocurrido, Mathias?

El niño dice:

—Era otra pesadilla.

5

El insomne sigue apareciendo en su ventana todas las noches a las diez. El niño ya está acostado, Lucas sale de la casa, el insomne le pregunta la hora y Lucas le responde, y después se va a casa de Clara. Al amanecer, cuando vuelve, el insomne le pregunta la hora de nuevo, Lucas se la da y va a acostarse. Al cabo de unas horas, se apaga la luz en la habitación del insomne y las palomas invaden su ventana.

Una mañana, cuando Lucas vuelve, el insomne le llama:

—¡Señor!

Lucas dice:

—Son las cinco.

—Ya lo sé. No me interesa la hora. Es solo una manera de entablar conversación con la gente. Solo quería decirle que el niño ha estado muy agitado esta noche. Se ha levantado hacia las dos, ha ido varias veces a su habitación y ha mirado mucho rato por la ventana. Incluso ha salido a la calle y ha ido hasta la puerta de la taberna, y luego ha vuelto y se ha acostado, supongo.

—¿Lo hace a menudo?

—Sí, se despierta a menudo. Casi todas las noches. Pero es la primera vez que lo veo salir de casa de noche.

—De día tampoco, porque no sale de casa.

—Creo que lo buscaba.

Lucas sube al piso, el niño duerme profundamente en su cama. Lucas mira por la ventana, el insomne le pregunta:

—¿Todo en orden?

—Sí. Está dormido. ¿Y usted? ¿Nunca duerme?

—Me adormilo de vez en cuando, pero nunca del todo. Hace ocho años que no duermo.

—¿Y qué hace durante el día?

—Paseo. Cuando me canso, voy a sentarme a un parque. Paso la parte más despejada de mi tiempo en un parque. Allí me duermo a veces, durante algunos minutos, sentado en un banco. ¿Quiere acompañarme alguna vez?

—Ahora, si quiere.

—Bien. Voy a dar de comer a mis palomas y bajo.

Camina por las calles desiertas de la ciudad dormida en dirección a la casa de la abuela. El insomne se detiene ante algunos metros cuadrados de hierba amarilla sobre la cual extienden sus ramas desnudas un par de viejos árboles.

—Este es mi parque. El único lugar donde puedo dormir un momento.

El viejo se sienta en el único banco, al lado de una fuente seca, cubierta de musgo y de óxido. Lucas dice:

—Hay parques mucho más bonitos en la ciudad.

—No para mí.

Levanta el bastón y señala una casa muy bonita y grande.

—Antes vivíamos ahí, mi mujer y yo.

—¿Murió?

—La asesinaron con varios disparos de revólver tres años después del fin de la guerra. Una noche a las diez.

Lucas se sienta junto al anciano.

—Me acuerdo de ella. Nosotros vivíamos cerca de la frontera. Al volver de la ciudad, teníamos la costumbre de pararnos aquí para beber agua y descansar un poco. Cuando su mujer nos veía por la ventana, bajaba y nos daba unos trozos grandes de pastel de patata dulce. Nunca más he vuelto a comerlo. También me acuerdo de su sonrisa y de su acento, y también de su asesinato. Toda la ciudad hablaba de ello.

—¿Qué decían?

—Se decía que la habían matado para poder nacionalizar las tres fábricas textiles que le pertenecían.

El anciano dice:

—Ella heredó esas fábricas de su padre. Yo trabajaba allí como ingeniero. Me casé con ella y se quedó aquí, y le gustaba mucho esta ciudad. Sin embargo, ella conservó su nacionalidad y «ellos» se vieron obligados a matarla. Era la única solución. «Ellos» la mataron en nuestro dormitorio. Oí los disparos desde el cuarto de baño. El asesino entró y volvió a salir por el balcón. Las balas se le metieron en la cabeza, en el pecho y en el vientre. La investigación concluyó que lo hizo un obrero rencoroso para vengarse, y que después huyó al extranjero atravesando la frontera.

Lucas dice:

—La frontera ya era infranqueable en aquella época, y ningún obrero tenía un revólver.

El insomne cierra los ojos y calla. Lucas pregunta:

—¿Sabe quién vive ahora en su casa?

—Está llena de niños. Nuestra casa se ha convertido en orfanato. Pero debe volver, Lucas. Mathias pronto se despertará, y debe abrir la librería.

—Tiene razón. Ya son las siete y media.

A veces, Lucas vuelve al parque para charlar un poco con el insomne. El viejo habla del pasado, de su pasado feliz con su mujer.

—Ella se reía siempre. Era feliz y despreocupada como una niña. Le gustaban las frutas, las flores, las estrellas, las nubes. Al atardecer, salía al balcón para contemplar el cielo. Aseguraba que en ninguna parte del mundo existían unas puestas de sol tan maravillosas como en esta ciudad, y que en ningún otro lugar los colores del cielo eran tan resplandecientes y tan bellos como aquí.

El hombre cierra sus ojos con ojeras, quemados por el insomnio. Sigue, con voz alterada:

—Después de su asesinato, unos funcionarios requisaron la casa y todo lo que contenía: los muebles, la vajilla, los libros, las joyas y los vestidos de mi mujer. Solo me permitieron llevarme una maleta con una parte de mi ropa. Me aconsejaron que abandonara la ciudad. Perdí mi empleo en la fábrica, no tenía trabajo, ni casa, ni dinero.

»Fui a casa de un amigo, un médico, el mismo a quien llamé la noche del asesinato. Me dio dinero para el tren. Me dijo: “No vuelvas jamás a esta ciudad. Es un milagro que te hayan dejado con vida”.

»Tomé el tren y llegué a la ciudad vecina. Me senté en la sala de espera de la estación. Me quedaba todavía un poco de dinero para ir más lejos, quizá hasta la capital. Pero no tenía nada que hacer en la capital ni en ninguna otra ciudad. Compré un billete en la taquilla y volví. Llamé a la puerta de una casa modesta, frente a la librería. Conocía a todos los obreros y las obreras de las fábricas. Conocía a la mujer que me abrió la puerta. Ella no me preguntó nada, me dejó entrar, me condujo a una habitación: “Puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera, señor”.

»Es una anciana que perdió a su marido, sus dos hijos y su hija durante la guerra. La hija apenas tenía diecisiete años. Murió en el frente, donde se había alistado como enfermera después de un terrible accidente que la desfiguró. Mi casera nunca habla de ella; de hecho, casi no habla. Me deja tranquilo en la habitación que da a la calle y ella ocupa otra habitación, más pequeña, que da al jardín. La cocina también da al jardín. Puedo ir a la cocina cuando quiera, y siempre hay algo caliente. Cada mañana me encuentro los zapatos limpios y las camisas lavadas y remendadas, colocadas en el respaldo de una silla ante mi puerta, en el pasillo. Mi casera nunca entra en mi habitación y solo me la encuentro muy de vez en cuando. Hacemos horarios diferentes. No sé de qué vive. De su renta de viuda de guerra y su huerto, supongo.

»Algunos meses después de instalarme en su casa, fui a una oficina municipal y solicité un trabajo cualquiera. Los funcionarios me enviaron de una oficina a otra, tenían miedo a tomar una decisión con respecto a mí, yo era un sospechoso a causa de mi matrimonio con una extranjera. Finalmente fue el secretario del partido, Peter, quien me contrató como hombre para todo. Fui portero, fregué baldosas y azulejos, barrí el polvo, las hojas secas, quité la nieve... Gracias a Peter, tuve derecho a una pensión de jubilación, como todo el mundo. No me convertí en un mendigo y puedo acabar mis días en esta ciudad donde nací y donde he vivido siempre.

»Mi primera paga la dejé sobre la mesa de la cocina, por la noche. Era una suma irrisoria, pero para mi casera era mucho dinero, demasiado incluso. Ella dejó la mitad sobre la mesa y continuamos así: yo dejando mi pequeña pensión al lado de su plato cada mes, y ella devolviéndome la mitad exacta de esa suma y dejándola junto a mi plato.

Del orfanato sale una mujer envuelta en un gran chal. Está delgada y pálida, y en su rostro huesudo brillan unos ojos inmensos. Se para ante el banco, mira a Lucas, sonrío y le dice al viejo:

—Veo que ha encontrado un amigo.

—Sí, un amigo. Le presento a Lucas, Judith. Lleva la librería de la plaza principal. Judith es la directora del orfanato.

Lucas se levanta y Judith le estrecha la mano.

—Debería comprar libros para mis niños, pero estoy desbordada de trabajo y mi presupuesto es muy ajustado.

Lucas dice:

—Puedo enviarle los libros a través de Mathias. ¿Qué edad tienen sus niños?

—De cinco a diez años. ¿Quién es Mathias?

El viejo dice:

—Lucas también se ocupa de un huérfano.

—Mathias no es huérfano. Su madre se ha marchado. Ahora está conmigo.

Judith sonríe.

—Tampoco todos mis niños son huérfanos. La mayor parte, hijos de padre desconocido, fueron abandonados por sus madres violadas o prostitutas.

Se sienta junto al anciano, apoya la cabeza en su hombro y cierra los ojos.

—Habrà que calentarse, Michael. Si el tiempo no cambia, el lunes encenderemos la calefacción.

El viejo la aprieta contra su cuerpo.

—Entendido, Judith. Allí estaré el lunes por la mañana, a las cinco.

Lucas mira a la mujer y el hombre sentados uno junto al otro, con los ojos cerrados, en el frío húmedo de la mañana de otoño, en el silencio absoluto de una pequeña ciudad olvidada. Da unos pasos para alejarse sin ruido, pero Judith se estremece, abre los ojos y se levanta.

—Quédese, Lucas. Los niños se van a despertar ya. Tengo que prepararles el desayuno.

Besa al anciano en la frente.

—Hasta el lunes, Michael. Hasta pronto, Lucas, y gracias de antemano por los libros.

Vuelve a la casa. Lucas se sienta otra vez.

—Es muy hermosa.

—Muy guapa, sí.

El insomne se ríe.

—Al principio, desconfiaba de mí. Me veía allí, sentado en un banco, todos los días. Quizá me tomaba por un pederasta. Un día, vino a sentarse a mi lado y me preguntó qué hacía aquí. Se lo conté todo. Fue al principio del invierno del año pasado. Me propuso que le ayudara a calentar las habitaciones, porque no podía hacerlo sola, pues únicamente tiene una ayudante de dieciséis años para la cocina. En la casa no hay calefacción central, solo unas estufas de azulejos en cada habitación, y hay siete. Si supiera la felicidad que experimenté al volver a entrar en nuestra casa, en nuestras habitaciones... y también al poder ayudar a Judith. Es una mujer que ha sufrido mucho. Su marido desapareció durante la guerra, ella fue deportada y llegó hasta las puertas del infierno. Y no es una metáfora. Detrás de esas puertas ardía un fuego de verdad, un fuego encendido por seres humanos para consumir los cuerpos de otros seres humanos.

Lucas dice:

—Ya sé de qué habla. Vi cosas semejantes con mis propios ojos, en esta misma ciudad.

—Debía de ser muy joven.

—Todavía era un niño. Pero no he olvidado nada.

—Lo olvidará. La vida es así. Con el paso del tiempo, todo se borra. Los recuerdos se difuminan, el dolor disminuye. Yo me acuerdo de mi mujer como uno se acuerda de un pájaro, de una flor. Ella era el milagro de la vida en un mundo donde todo parecía ligero, fácil y bello. Al principio, venía aquí por ella, y ahora vengo por Judith, la superviviente. Le parecerá ridículo, Lucas, pero estoy enamorado de Judith. De su fuerza, de su bondad, de su ternura por esos niños que no son suyos.

Lucas dice:

—No me parece ridículo en absoluto.

—¿A mi edad?

—La edad no es más que un detalle. Solo cuenta lo esencial. Usted la ama y ella lo ama también.

—Ella espera el regreso de su marido.

—Muchas mujeres esperan o lloran a sus maridos desaparecidos o muertos. Pero usted acaba de decirlo: «El dolor disminuye, los recuerdos se difuminan».

El insomne alza los ojos hacia Lucas.

—Disminuyen, se difuminan, eso he dicho, sí, pero no desaparecen.

Esa misma mañana, Lucas elige unos libros infantiles, los pone dentro de una caja y le dice a Mathias:

—¿Puedes llevar estos libros al orfanato que se encuentra al lado del parque, en el camino de la casa de la abuela? Es una casa grande con un balcón y delante hay una fuente.

El niño dice:

—Ya sé dónde es.

—La directora se llama Judith, ve y dale estos libros de mi parte.

El niño se va con los libros y vuelve enseguida. Lucas pregunta:

—¿Qué te han parecido Judith y los niños?

—No he visto ni a Judith ni a los niños. He dejado los libros delante de la puerta.

—¿No has entrado?

—No. ¿Para qué iba a entrar? ¿Para que se quedasen conmigo?

—¿Cómo? Pero ¿qué dices? ¡Mathias!

El niño se encierra en su habitación. Lucas se queda en la librería hasta la hora de cerrar, después prepara la cena y come solo. Toma una ducha y está a punto de vestirse cuando el niño sale de repente de su habitación.

—¿Te vas, Lucas? ¿Adónde vas todas las noches?

—Voy a trabajar, lo sabes muy bien.

El niño se echa en la cama de Lucas.

—Yo te esperaré aquí. Si trabajases en las tabernas, volverías cuando cierran, a medianoche. Pero tú vuelves mucho más tarde.

Lucas se sienta en una silla frente al niño.

—Sí, Mathias, es verdad. Vuelvo más tarde. Tengo algunos amigos y voy a verlos a su casa después de que cierran las tabernas.

—¿Qué amigos?

—No los conoces.

El niño dice:

—Pero todas las noches estoy solo.

—Por la noche tienes que dormir.

—Dormiría si supiera que estás ahí, en tu habitación, a punto de dormir tú también.

Lucas se acuesta junto al niño, lo besa.

—¿Creías de verdad que te enviaba al orfanato para que se quedaran contigo? ¿Cómo se te ha ocurrido?

—No lo creía de verdad. Pero cuando he llegado delante de la puerta, me ha dado miedo. Nunca se sabe. Yasmine también me había prometido que nunca me abandonaría. No me envíes más allá. No me gusta ir en dirección a la casa de la abuela.

Lucas dice:

—Te comprendo.

El niño dice:

—Los huérfanos son niños que no tienen padres. Yo tampoco tengo padres ya.

—Sí. Tienes a tu madre, Yasmine.

—Yasmine se ha marchado. ¿Y mi padre? ¿Dónde está?

—Yo soy tu padre.

—Pero ¿y el otro? ¿El de verdad?

Lucas se calla un momento antes de responder.

—Murió antes de que tú nacieras, en un accidente, como el mío.

—Los padres mueren siempre en un accidente. ¿Tú también tendrás pronto un accidente?

—No. Yo voy con mucho cuidado.

El niño y Lucas trabajan en la librería. El niño coge los libros que hay en una caja, se los entrega a Lucas, que, de pie en una escalera doble, los ordena en los estantes de la biblioteca. Es una mañana lluviosa de otoño.

Peter entra en la tienda. Lleva un impermeable con capucha y la lluvia le resbala por el rostro y cae al suelo. De debajo del impermeable saca un paquete embalado con tela de saco.

—Tenga, Lucas. Se lo devuelvo. Ya no puedo conservarlo. En mi casa ya no está seguro.

Lucas dice:

—Está muy pálido, Peter. ¿Qué ocurre?

—¿No lee los periódicos? ¿No escucha la radio?

—Nunca leo los periódicos y solo escucho discos antiguos.

Peter se vuelve hacia el niño.

—¿Es el hijo de Yasmine?

—Sí, es Mathias. Dile buenos días a Peter, Mathias. Es un amigo.

El niño se queda callado, mirando a Peter.

Peter dice:

—Mathias me ha dicho buenos días con los ojos.

Lucas dice:

—Ve a dar de comer a los animales, Mathias.

El niño baja los ojos, rebusca en la caja de libros.

—No es hora de dar de comer a los animales.

—Tienes razón. Quédate aquí y avísame si entra algún cliente. Subamos, Peter.

Suben a la habitación de Lucas.

Peter dice:

—Ese niño tiene unos ojos maravillosos.

—Sí, los ojos de Yasmine.

Peter le tiende el paquete a Lucas.

—Faltan algunas páginas en los cuadernos, Lucas.

—Sí, Peter. Ya se lo dije. Corrijo mucho, elimino, suprimo todo aquello que no es indispensable.

—Corrige, elimina, suprime... Su hermano no entenderá nada.

—Claus lo entenderá.

—Yo también lo he entendido.

—¿Por eso me los devuelve? ¿Porque cree que lo ha entendido todo?

Peter dice:

—Lo que ocurre no tiene nada que ver con sus cuadernos, Lucas. Es algo mucho más grave. Se prepara una insurrección en nuestro país. Una contrarrevolución. Empezó con los intelectuales que escribían cosas que no tendrían que haber escrito. Luego siguió con los estudiantes. Los estudiantes siempre están dispuestos a sembrar el desorden. Organizaron una manifestación que degeneró en motín contra las fuerzas del orden. Pero cuando todo se volvió verdaderamente peligroso fue cuando los obreros e incluso un sector del ejército se unieron a los estudiantes. Ayer por la noche, unos militares repartieron armas a individuos irresponsables. La gente se dispara entre sí en la capital, y el movimiento está a punto de llegar a la provincia y la clase agrícola.

Lucas dice:

—Eso representa a todas las clases sociales.

—Salvo una. Aquella a la que yo pertenezco.

—Son poco numerosos respecto a los que están en su contra.

—Desde luego. Pero tenemos amigos poderosos.

Lucas se calla. Peter abre la puerta.

—No creo que volvamos a vernos, Lucas. Despidámonos sin rencor.

Lucas pregunta:

—¿Adónde va?

—Los dirigentes del partido deben ponerse bajo la protección del ejército extranjero.

Lucas se levanta, agarra a Peter por los hombros y le mira a los ojos.

—¿No le avergüenza, Peter?

Peter coge las manos de Lucas y se las aprieta contra la cara. Cierra los ojos y dice en voz muy baja:

—Sí, Lucas, me avergüenza muchísimo.

De sus ojos cerrados brotan unas lágrimas. Lucas dice:

—No. De eso nada. Debe sobreponerse.

Lucas acompaña a Peter a la calle. Sigue con la mirada la silueta negra que se aleja, con la cabeza gacha, bajo la lluvia, hacia la estación.

Cuando Lucas vuelve a la librería, el niño le dice:

—Qué guapo es el señor. ¿Cuándo volverá?

—No lo sé, Mathias. A lo mejor nunca.

Por la noche, Lucas va a ver a Clara. Entra en la casa, donde todas las luces están apagadas. La cama de Clara está fría y vacía. Lucas enciende la lámpara de la mesilla. Encima de la almohada hay una nota de Clara: «Me voy a vengar a Thomas».

Lucas vuelve. Encuentra al niño en su cama. Le dice:

—Ya está bien de meterte todas las noches en mi cama. Ve a tu habitación y duérmete.

Al niño le tiembla la barbilla, se sorbe los mocos.

—He oído decir a Peter que la gente se disparaba en la capital. ¿Tú crees que Yasmine estará en peligro?

—Yasmine no está en peligro, no te preocupes.

—Tú has dicho que a lo mejor Peter nunca vuelve. ¿Crees que va a morir?

- No, no lo creo. Pero Clara sí.
—¿Quién es Clara?
—Una amiga. Vete a la cama y duerme, Mathias. Estoy muy cansado.

En la pequeña ciudad, no sucede casi nada. Las banderas extranjeras desaparecen de los edificios públicos, así como las efigies de los dirigentes. Atraviesa la ciudad un desfile con antiguas banderas del país, cantando el antiguo himno nacional y otras viejas canciones que recuerdan otra revolución de otro siglo.

Los cafés están llenos. La gente habla, ríe y canta más fuerte que de costumbre.

Lucas oye la radio continuamente, hasta el día que la música clásica sustituye a las informaciones.

Lucas mira por la ventana. En la plaza principal hay estacionado un carro de combate del ejército extranjero.

Lucas sale de casa para comprar un paquete de cigarrillos.

Todas las tiendas están cerradas. Lucas tiene que ir hasta la estación. Por el camino se encuentra otros tanques. Los cañones de los tanques se vuelven en su dirección y le siguen. Las calles están desiertas, las ventanas cerradas, los postigos atrancados. Pero la estación y sus alrededores están llenos de soldados del país, de guardias de frontera, sin armas. Lucas se dirige a uno de ellos:

—¿Qué ocurre?

—No sé nada. Nos han desmovilizado. ¿Quería coger el tren? No hay tren para los civiles.

—No, no quería coger el tren. Solo he venido a comprar cigarrillos. Las tiendas están cerradas.

El soldado le tiende un paquete de cigarrillos.

—No puede entrar en el edificio de la estación. Coja este paquete y váyase a casa. Es peligroso andar por la calle.

Lucas vuelve. El niño está levantado y escuchan juntos la radio.

Mucha música y algunos discursos breves:

—«Hemos ganado la revolución. El pueblo ha conseguido la victoria. Nuestro gobierno ha pedido la ayuda de nuestro gran protector contra los enemigos del pueblo.»

Y también:

—«Permanezcan en calma. Cualquier reunión de más de dos personas está prohibida. La venta de alcohol está prohibida. Los restaurantes y los cafés deben permanecer cerrados hasta nueva orden. Los desplazamientos individuales en tren o autocar están prohibidos. Respeten el toque de queda. No salgan después del anochecer.»

Más música, más recomendaciones y amenazas:

—«Se debe retomar el trabajo en las fábricas. Los obreros que no se presenten en su puesto de trabajo serán despedidos. Los sabotadores serán conducidos ante los tribunales de excepción. Se les aplicará la pena de muerte.»

El niño dice:

—No entiendo nada. ¿Quién ha ganado la revolución? ¿Y por qué está todo prohibido? ¿Por qué son tan malos?

Lucas apaga la radio.

—No hay que escuchar más la radio. No sirve para nada.

Aún hay resistencia, combates y huelgas. También hay detenciones, encarcelamientos, desapariciones y ejecuciones. Presa del pánico, doscientos mil habitantes abandonan el país.

Al cabo de unos meses, vuelven a reinar el silencio, la calma y el orden.

Lucas llama a la puerta de Peter.

—Ya sé que ha regresado. ¿Por qué se esconde de mí?

—No me escondo. Simplemente pensaba que ya no querría volver a verme. Esperaba que usted diera el primer paso.

Lucas se ríe.

—Pues ya está hecho. En resumen, todo está como antes. La revolución no ha servido para nada.

Peter dice:

—La historia juzgará.

Lucas vuelve a reírse.

—Qué frase tan grandilocuente. ¿Qué le ha ocurrido, Peter?

—No se ría. He atravesado una profunda crisis. Primero presenté mi dimisión al partido, después me dejé convencer para volver a ocupar mi puesto en la ciudad. Me gusta mucho esta ciudad. Ejerce cierto poder sobre el alma. Cuando se ha vivido aquí, ya no se puede dejar de volver. Y también está usted, Lucas.

—¿Es una declaración de amor?

—No. De amistad. Ya sé que no puedo esperar nada de usted. ¿Y Clara? ¿Ha vuelto?

—No, Clara no ha vuelto. En su casa ya vive otra persona.

Peter dice:

—Ha habido treinta mil muertos en la capital. Incluso dispararon contra una manifestación en la que iban mujeres y niños. Si Clara participó en algo de eso...

—Seguro que participó en todo lo que ocurría en la capital. Creo que se ha reunido con Thomas, y así está bien. No dejaba de hablar de Thomas. Solo pensaba en Thomas, solo amaba a Thomas, estaba enferma de Thomas. De una forma u otra, habría muerto de Thomas.

Tras un silencio, Peter dice:

—Mucha gente ha cruzado la frontera durante esta época convulsa en la que no había vigilancia. ¿Por qué no ha aprovechado para reunirse con su hermano?

—Ni se me ha ocurrido. ¿Cómo iba a dejar solo al niño?

—Podría habérselo llevado.

—Uno no se embarca en una aventura así con un niño de esa edad.

—Uno se embarca en cualquier cosa en cualquier momento y con quien quiere, si quiere de verdad. El niño solo es un pretexto.

Lucas agacha la cabeza.

—El niño debe seguir aquí. Espera que regrese su madre. No habría venido conmigo.

Peter no responde. Lucas levanta la cabeza y mira a Peter.

—Tiene razón. No quiero ir a reunirme con Claus. Es él quien debe volver, porque él se fue.

—Alguien que no existe no puede volver.

—¡Claus existe y volverá!

Peter se acerca a Lucas y le aprieta el hombro.

—Cálmese. Debe enfrentarse a la realidad. Ni su hermano ni la madre del niño volverán, lo sabe muy bien.

Lucas murmura:

—Sí, Claus sí.

Cae hacia delante desde el sillón y se hiere en la frente con el borde de la mesita baja y se desploma en la alfombra. Peter lo echa en el sofá, moja un trapo y refresca el rostro de Lucas, empapado de sudor. Cuando Lucas vuelve en sí, Peter lo obliga a beber y le tiende un cigarrillo encendido.

—Perdóneme, Lucas. No volveremos a hablar de estas cosas.

Lucas pregunta:

—¿De qué estábamos hablando?

—¿Cómo que de qué?

Peter enciende otro cigarrillo.

—Pues de política, claro.

Lucas se ríe.

—Debía de ser bastante aburrido para que me durmiese en su sofá.

—Sí, eso es, Lucas. La política siempre le ha aburrido, ¿verdad?

El niño tiene seis años y medio. El primer día de escuela, Lucas quiere acompañarlo, pero el niño prefiere ir solo. Cuando vuelve, a mediodía, Lucas le pregunta si todo ha ido bien, y el niño dice que sí, que todo ha ido muy bien.

Los días siguientes, el niño dice que todo va bien en la escuela. Sin embargo, un día vuelve con una herida en la mejilla. Dice que se ha caído. Otro día lleva unas marcas rojas en la mano derecha. Al día siguiente, las uñas de esa mano se le ponen negras, a excepción de la del pulgar. El niño dice que se ha pillado los dedos en una puerta. Durante semanas se ve obligado a usar la mano izquierda para escribir.

Una tarde, el niño vuelve con una brecha en el labio y la boca tumefacta. No puede comer. Lucas no le pregunta nada y vierte un poco de leche en la boca del niño y después pone encima de la mesa de la cocina un calcetín lleno de arena, una piedra puntiaguda y una navaja. Dice:

—Estas eran nuestras armas cuando teníamos que defendernos de los demás niños. Cógelas. ¡Defiéndete!

El niño dice:

—Vosotros erais dos. Yo estoy solo.

—Aunque estés solo, tienes que saber defenderte.

El niño mira los objetos que están encima de la mesa.

—No puedo. Nunca podría golpear ni herir a nadie.

—¿Por qué? Los demás te golpean y te hieren.

El niño mira a Lucas a los ojos.

—Las heridas físicas no tienen importancia cuando las recibo yo. Pero si tuviera que infligirle yo una a alguien, se convertiría en otro tipo de herida para mí, que no sé si podría soportar.

Lucas pregunta:

—¿Quieres que hable con tu maestro?

El niño dice:

—¡De ninguna manera! ¡Te lo prohíbo! ¡No lo hagas, Lucas! ¿Verdad que no me quejo? ¿Te he pedido ayuda? ¿Te he pedido armas?

Aparta de la mesa los objetos de defensa.

—Soy más fuerte que todos ellos. Más valiente y sobre todo más inteligente. Solo cuenta eso.

Lucas echa la piedra y el calcetín lleno de arena en el cubo de basura. Cierra la navaja y se la guarda en el bolsillo.

—Todavía la llevo encima, pero ya no la uso.

Cuando el niño se ha acostado, Lucas entra en su habitación y se sienta al borde de su cama.

—Ya no me meteré en tus asuntos, Mathias. No te volveré a hacer preguntas. Cuando quieras dejar la escuela, me lo dirás, ¿verdad?

El niño dice:

—Nunca dejaré la escuela.

Lucas pregunta:

—Dime, Mathias, ¿a veces lloras por la noche cuando estás solo?

El niño dice:

—Estoy acostumbrado a estar solo. Yo nunca lloro, ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Pero tampoco te ríes nunca. Cuando eras pequeño, te reías todo el tiempo.

—Eso debía de ser antes de la muerte de Yasmine.

—¿Qué dices, Mathias? Yasmine no está muerta.

—Sí. Está muerta. Lo sé desde hace mucho tiempo. Si no, ya habría vuelto.

Tras un silencio, Lucas dice:

—Incluso después de que se fuera Yasmine, seguías riendo, Mathias.

El niño mira al techo.

—Sí, quizá. Antes de que nos fuésemos de casa de la abuela. No tendríamos que habernos ido de casa de la abuela.

Lucas coge el rostro del niño entre las manos.

—Quizá tengas razón. Quizá no deberíamos habernos ido de casa de la abuela.

El niño cierra los ojos, Lucas lo besa en la frente.

—Que duermas bien, Mathias. Y cuando tengas demasiado dolor, demasiado pesar, y si no quieres contárselo a nadie, escríbelo. Eso te ayudará.

El niño dice:

—Ya lo he escrito. Lo he escrito todo. Todo lo que me ha pasado desde que vivimos aquí. Mis pesadillas, la escuela, todo. Yo también tengo un cuaderno grande, como tú. Tú tienes varios, yo solo uno, todavía es delgado. Nunca te dejaré leerlo. Tú me has prohibido que lea los tuyos, y yo te prohíbo que leas el mío.

A las diez de la mañana entra en la librería un hombre anciano y barbudo. Lucas ya lo había visto. Es uno de sus mejores clientes. Lucas se levanta y pregunta, sonriendo:

—¿Qué desea, señor?

—Tengo todo lo que necesito, gracias. He venido a hablarle de Mathias. Soy su profesor. Le he enviado varias cartas para rogarle que viniese a verme.

Lucas dice:

—No he recibido ninguna carta.

—Pero usted las ha firmado.

El profesor saca del bolsillo tres sobres y se los tiende a Lucas.

—¿No es esta su firma?

Lucas examina las cartas.

—Sí y no. Es mi firma hábilmente imitada.

El profesor sonrío, volviendo a guardar las cartas.

—Eso es lo que yo pensaba. Mathias no quiere que hable con usted. Por eso he decidido venir durante las horas de clase. He rogado a un alumno mayor que vigile la clase durante mi ausencia. Mi visita será un secreto entre nosotros, si usted lo desea.

Lucas dice:

—Sí, creo que sería lo mejor. Mathias me ha prohibido que hable con usted.

—Es un niño muy valiente, incluso orgulloso. También es el alumno más inteligente de la clase, desde luego. A pesar de ello, el único consejo que puedo darle es que retire al niño de la escuela. Firmaré los papeles necesarios.

Lucas dice:

—Mathias no quiere abandonar la escuela.

—¿Si supiera lo que tiene que aguantar! La crueldad de los niños sobrepasa todo lo comprensible. Las niñas se burlan de él. Le llaman «la araña», «el jorobado», «el bastardo». Se sienta en primera fila y nadie quiere sentarse a su lado. Los niños le pegan, le dan patadas y puñetazos. Su vecino de la derecha le cerró el pupitre encima de los dedos. Yo he intervenido muchas veces, pero eso no ha hecho más que enconar las cosas. Hasta su propia inteligencia se vuelve contra él. Los demás niños no soportan que Mathias lo sepa todo, que sea el mejor en todo. Tienen celos y le hacen la vida insoportable.

Lucas dice:

—Lo sé perfectamente, aunque no me cuenta nada.

—No, nunca se queja. Ni siquiera llora. Tiene una fuerza de carácter enorme. Pero no puede soportar eternamente tantas humillaciones. Sáquelo de la escuela y yo vendré todas las tardes a darle clase aquí, para mí será un auténtico placer trabajar con un niño tan dotado.

Lucas dice:

—Se lo agradezco mucho, señor, pero esto no depende de mí. Es Mathias quien insiste por encima de todo en asistir normalmente a la escuela, como los demás niños. Para él, abandonar la escuela significaría reconocer su diferencia, su invalidez.

El profesor dice:

—Lo comprendo. Sin embargo, él es diferente, y algún día tendrá que aceptarlo.

Lucas se calla y el profesor da una vuelta observando los libros que hay en los estantes.

—Es un local muy espacioso. ¿Qué le parecería si instalásemos unas mesas con unas cuantas sillas e hiciéramos una sala de lectura para los niños? Yo podría aportar libros usados, que ya no

sé dónde meter. Así, los niños cuyos padres no tienen libros, y son muchos, créame, podrían venir aquí y leer en silencio durante una hora o dos.

Lucas mira al profesor:

—Usted cree que eso podría cambiar las relaciones entre Mathias y los demás niños, ¿verdad? Sí, vale la pena probarlo. Quizá sea buena idea, señor profesor.

6

Son las diez de la noche. Peter llama a la puerta de Lucas. Lucas le lanza la llave de la puerta de entrada por la ventana. Peter sube y entra en la habitación.

—¿No molesto?

—En absoluto. Al contrario. Le había buscado, pero había desaparecido. Incluso Mathias se ha preocupado por su ausencia.

Peter dice:

—Qué amable. ¿Está durmiendo?

—Está en su habitación, pero no sé si duerme o si hace otra cosa. Se despierta a cualquier hora de la noche y se pone a leer, a escribir, a reflexionar y a estudiar.

—¿Puede oírnos?

—Si quiere, sí.

—En ese caso, prefiero que venga a mi casa.

—De acuerdo.

En su casa, Peter abre las ventanas de todas las estancias y se deja caer en un sillón.

—Este calor es insoportable. Sírvase alguna bebida y siéntese. Llego de la estación, llevo todo el día de viaje. He tenido que cambiar de tren cuatro veces con unas esperas extraordinariamente largas entre las correspondencias.

Lucas sirve bebida.

—¿De dónde viene?

—De mi ciudad natal. Me había convocado urgentemente el juez de instrucción con respecto a Víctor. Estranguló a su hermana en una crisis de delirium tremens.

Lucas dice:

—Pobre Víctor. ¿Lo ha visto?

—Sí, lo he visto. Está en un hospital psiquiátrico.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, muy tranquilo. Un poco abotargado por los medicamentos. Se ha puesto muy contento de verme, me ha pedido noticias tuyas y de la librería, y también del niño. Le envía saludos.

—¿Y qué dice de lo de su hermana?

—Me ha dicho tranquilamente: «Es cosa hecha, ya no se puede cambiar».

Lucas pregunta:

—¿Y qué será de él?

—Pues no lo sé. El juicio todavía no ha tenido lugar. Creo que se quedará en ese hospital hasta el fin de sus días. El lugar de Víctor no está en una cárcel. Yo le he preguntado qué podía hacer por él y me ha dicho que le envíe regularmente algo con que escribir. «Papel y lápices, eso es lo único que necesito. Aquí por fin podré escribir mi libro», me ha dicho.

—Sí, Víctor quería escribir un libro. Me lo dijo cuando le compré la librería. Por eso lo vendió todo.

—Sí, y ya ha empezado a escribir un libro.

Peter saca de su cartera un montón de hojas mecanografiadas.

—Lo he leído en el tren. Guárdelo en su casa, léalo y luego me lo devuelve. Lo escribió a máquina junto al cadáver de su hermana. Estranguló a su hermana y se sentó ante su mesa a escribir. Los encontraron así, en la habitación de Víctor, la hermana estrangulada, echada en la cama, y Víctor escribiendo a máquina, bebiendo aguardiente y fumando puros. Fueron las clientas de su hermana quienes llamaron a la policía al día siguiente. El día del crimen, Víctor salió de casa, retiró todo el dinero del banco y fue a buscar aguardiente, puros y cigarrillos. A las clientas que tenían cita para pruebas y que esperaban en la puerta les dijo que su hermana estaba indispuesta por culpa del calor y que no había que molestarla. Las clientas, obstinadas y sin duda impacientes por tener sus vestidos nuevos, volvieron al día siguiente, llamaron a la puerta, discutieron con las vecinas, encontraron muy raro todo aquello y al final decidieron alertar a la policía. La policía echó la puerta abajo y encontró a Víctor borracho perdido, mecanografiando tranquilamente su manuscrito. Se fue con ellos sin ofrecer resistencia, llevándose las hojas que ya había escrito. Léalas. A pesar de las numerosas faltas, es legible y muy interesante.

Lucas vuelve con el manuscrito de Víctor y se pone a copiarlo en su cuaderno durante la noche.

Estamos a 15 de agosto, llevamos tres semanas de canícula. El calor es insoportable, tanto en el interior como en el exterior. No hay manera de escapar. No me gusta nada el calor, no me gusta nada el verano. Un verano lluvioso y fresco, sí, pero la canícula siempre me ha puesto enfermo.

Acabo de estrangular a mi hermana. Está echada en mi cama, la he tapado con una sábana. Con este calor su cuerpo empezará a oler enseguida. Da igual. Ya avisaré más tarde. He cerrado con llave la puerta de entrada y cuando llaman no abro. También he cerrado las ventanas y los postigos.

He vivido casi dos años con mi hermana. Vendí la librería y la casa que me pertenecían en una pequeña ciudad lejana, junto a la frontera. Vine a vivir con mi hermana para poder escribir un libro. En la pequeña ciudad lejana me parecía imposible a causa de mi enorme soledad, que amenazaba con volverme enfermo y alcohólico. Pensé que aquí, junto a mi hermana, que se ocuparía de la casa, de la comida y la ropa, llevaría una vida sana, una vida equilibrada que me permitiría por fin escribir el libro que siempre he querido escribir.

Pero, ay, la vida plácida y sosegada que me había imaginado enseguida se convirtió en un infierno.

Mi hermana me vigilaba y me espiaba sin cesar. En cuanto llegué, me prohibió beber y fumar, y cuando volvía de hacer alguna compra o de pasear, me besaba afectuosamente, pero yo sabía que solo lo hacía con el objetivo de buscar el olor del alcohol o del tabaco.

Me abstuve de beber alcohol durante unos cuantos meses, pero era absolutamente incapaz de prescindir también del tabaco. Fumaba a escondidas, como un niño, me compraba un puro o un paquete de cigarrillos e iba a pasear por el bosque. Al volver,

masticaba agujas de abeto y comía caramelos de menta para ocultar el olor. También fumaba por la noche, con la ventana abierta, incluso en invierno.

A menudo me sentaba ante mi escritorio con unas hojas de papel, pero tenía un vacío absoluto en la cabeza.

¿Qué habría podido escribir? En mi vida no ocurría nada, nunca en la vida me había ocurrido absolutamente nada, ni tampoco a mi alrededor. Nada que valiese la pena escribir. Además, mi hermana me molestaba todo el tiempo, entraba en mi habitación con todo tipo de pretextos. Me traía té, quitaba el polvo a los muebles, guardaba la ropa limpia en mi armario. También se inclinaba por encima de mi hombro para ver si mi trabajo de escritura avanzaba. Por esta razón, estaba obligado a llenar hoja tras hoja, y como no sabía con qué llenarlas, copiaba textos de libros, de cualquier libro. A veces mi hermana leía alguna frase por encima de mi hombro, le parecía que la frase era bonita y me animaba con una sonrisa de aliento.

No existía ningún riesgo de que ella descubriese mi superchería, ya que ella no leía jamás, quizá nunca leyera ni un solo libro en su vida porque no tuvo tiempo, desde la infancia trabajó de sol a sol.

Por la noche me obligaba a ir al salón.

—Ya has trabajado bastante por hoy. Charlemos un poco.

Mientras cosía, a mano o con su vieja máquina de coser a pedal, hablaba. De las vecinas, de sus clientas, de vestidos y tejidos, de su cansancio, del sacrificio que estaba haciendo para la obra y el éxito de su hermano, de mí, Victor.

Yo estaba obligado a permanecer allí sentado, sin tabaco, sin alcohol, escuchando sus parloteos estúpidos. Cuando por fin se retiraba a su habitación, yo me iba a la mía, encendía un puro o un cigarrillo, cogía una hoja de papel y la llenaba de insultos dirigidos a mi hermana, a sus clientas cortas de entendederas y a sus vestidos ridículos, y escondía la hoja entre las demás, que no eran más que copias absurdas de fragmentos de un libro cualquiera.

Para Navidad, mi hermana me regaló una máquina de escribir:

—Tu manuscrito ya es muy gordo, pronto llegarás al final de tu libro, supongo. Después habrá que pasarlo a máquina. Hiciste cursos de mecanografía en la escuela de comercio y, aunque lo hayas olvidado un poco, por falta de práctica, lo recuperarás enseguida.

Yo estaba al borde de la desesperación, pero, para complacer a mi hermana, me instalé de inmediato en mi mesa y, torpemente, fui picando algunos pasajes del texto ya copiado de un libro cualquiera. Mi hermana me veía trabajar asintiendo con la cabeza, satisfecha:

—No va tan mal, Victor, estoy asombrada, qué bien va. Dentro de poco tiempo mecanografiarás tan rápido como antes.

Una vez solo, releí las páginas mecanografiadas. Estaban repletas de innumerables faltas de mecanografía, errores y gazapos.

Algunos días después, al volver de mi paseo «higiénico», entré en un café de las afueras. Solo quería calentarme un poco bebiendo una taza de té, porque tenía las manos y los pies fríos y completamente entumecidos por mi mala circulación. Me senté a una mesa junto a la estufa y, cuando el camarero me preguntó qué quería, le respondí:

—Un té.

Después añadí:

—Con ron.

No sé por qué dije aquello, no tenía ninguna intención de añadir aquellas palabras, y sin embargo lo hice. Me bebí el té con ron y pedí otro ron, esta vez sin té, y después un tercer ron.

Miré a mi alrededor con inquietud. La ciudad no es muy grande, casi todo el mundo conoce a mi hermana. ¡Como se enterara por sus clientas o por sus vecinas de que yo había entrado en una taberna! Pero solo veía caras de hombres fatigados, indiferentes, ausentes, y mi inquietud desapareció. Tomé otro ron y salí de la taberna. Mis pasos eran algo inseguros, llevaba varios meses sin beber y el alcohol me subió enseguida a la cabeza.

No sabía cómo volver a casa. Tenía miedo de mi hermana. Erré por las calles un rato y luego compré una caja de caramelos de menta en una tienda, y me metí dos en la boca de inmediato. En el momento de pagar, sin saber por qué, sin querer, por decirlo así, le dije a la vendedora con un tono indiferente:

—Deme también una botella de aguardiente de ciruela, dos paquetes de cigarrillos y tres puros.

Me metí la botella en el bolsillo interior del abrigo. Fuera nevaba, me sentía perfectamente feliz. Ya no tenía miedo de volver, ya no tenía miedo de mi hermana. Cuando llegué a casa, ella gritó desde la habitación que le sirve de taller de costura:

—Tengo un trabajo urgente, Víctor. Encontrarás tu cena en el horno, caliente. Yo comeré más tarde.

Comí a toda prisa en la cocina, me retiré a mi habitación y cerré la puerta con llave. Era la primera vez que me atrevía a cerrar la puerta con llave. Cuando mi hermana quiso entrar en mi habitación, grité, me atreví a gritar:

—¡No me molestes! ¡Tengo unas ideas magníficas! Debo apuntarlas antes de que se me olviden.

Mi hermana respondió humildemente:

—No quería molestarte. Solo quería desearte buenas noches.

—¡Buenas noches, Sophie!

Ella no acababa de irse.

—Tenía una clienta muy exigente. Quería que su traje estuviese listo para Nochevieja. Perdóname, Víctor, por haber tenido que cenar solo.

—No tiene mayor importancia —le respondí en tono amable—, vete a la cama, Sophie, es tarde.

Tras un silencio, preguntó:

—¿Por qué has cerrado la puerta con llave, Victor? No deberías haber cerrado la puerta con llave. No era necesario, de verdad.

Bebí un sorbo de aguardiente para calmarme.

—No quiero que me molestes. Estoy escribiendo.

—De acuerdo, de acuerdo, Victor.

Me bebí la botella de aguardiente, que solo era de medio litro, me fumé dos puros y varios cigarrillos. Tiré las colillas por la ventana. Seguía nevando. La nieve recubrió las colillas y la botella vacía que también lancé por la ventana, lejos, hacia la calle.

A la mañana siguiente, mi hermana llamó a mi puerta. No respondí. Siguió llamando. Grité:

—¡Déjame dormir!

La oí marcharse.

Me levanté a las dos de la tarde. La comida y mi hermana me esperaban en la cocina. Este fue nuestro diálogo:

—He recalentado la comida tres veces.

—No tengo hambre. Hazme café.

—Son las dos. ¿Cómo puedes dormir tanto?

—Escribí hasta las cinco de la madrugada. Soy un artista. Tengo derecho a trabajar cuando quiera, cuando la inspiración me lo permita. Escribir no es como coser vestidos. Métetelo en la cabeza, Sophie.

Mi hermana me contemplaba con admiración.

—Tienes razón, Victor, perdóname. ¿Acabarás pronto el libro?

—Sí, pronto.

—¡Qué alegría! Será un libro muy bonito. Los pocos fragmentos que he leído me han convencido de ello.

Yo pensaba: «¡Pobre idiota!».

Bebía cada vez más y más, me iba volviendo imprudente. Olvidaba paquetes de cigarrillos en los bolsillos del abrigo. Mi hermana, con el pretexto de barrer y limpiar, me registraba la ropa. Un día, entró en mi habitación blandiendo un paquete de tabaco medio vacío.

—¡Fumas!

Le respondí, desafiante:

—Sí, fumo. No puedo escribir sin fumar.

—Pero ¡me habías prometido que no fumarías más!

—También me lo había prometido a mí mismo. Pero me di cuenta de que no podía escribir si no fumaba. Es un dilema moral para mí, Sophie. Si dejo de fumar, dejo de escribir también. He decidido que vale más seguir fumando y escribir que vivir sin escribir. Pronto acabaré el libro, deberías dejarme libre para acabar mi libro, Sophie. Da igual que fume o que no fume.

Mi hermana, impresionada, se retiró y después volvió con un cenicero, que dejó en mi escritorio.

—Pues fuma, no es tan grave, si es por tu libro...

Para beber, adopté la táctica siguiente: compraba litros de aguardiente en diferentes barrios de la ciudad, procurando no ir dos veces a la misma tienda. Me colocaba la botella en el bolsillo interior del abrigo, escondía la botella en el paragüero del pasillo y, cuando mi hermana salía o se acostaba, recuperaba la botella y me encerraba en mi habitación, bebía y fumaba hasta muy tarde, por la noche.

Evitaba los bares, volvía sobrio de mis paseos y todo fue bien entre mi hermana y yo hasta la primavera de aquel año, cuando Sophie empezó a impacientarse.

—¿Vas a acabar tu libro o no, Victor? Esto no puede seguir así. Nunca te levantas antes de las dos de la tarde, tienes mala cara, vas a ponerte enfermo y ponerme enferma a mí también.

—Ya lo he terminado, Sophie. Ahora tengo que corregirlo y pasarlo a máquina. Es mucho trabajo.

—Nunca habría imaginado que escribir un libro llevase tanto tiempo.

—Un libro no es como un vestido, Sophie, no lo olvides.

Llegó el verano. Yo sufría terriblemente por el calor. Pasaba las tardes en el bosque, echado bajo los árboles. A veces me dormía y tenía sueños confusos. Una tarde, me sorprendió una tormenta en pleno sueño, una tormenta terrible. Era el 14 de agosto. Salí del bosque tan deprisa como pude con mi pierna enferma. Corrí a refugiarme a la primera taberna que encontré. Obreros y gente sencilla tomaban un trago. Todos se alegraban de la tormenta, porque hacía varios meses que no llovía. Pedí una limonada, todos se rieron y uno de ellos me tendió un vaso de vino tinto. Lo acepté. Después pedí una botella entera y ofrecí vino a todos. La cosa continuó así mientras iba lloviendo, yo pedía una botella tras otra y me sentía maravillosamente bien, rodeado por una amistad calurosa. Me gasté todo el dinero que llevaba encima. Mis compañeros se fueron uno tras otro y a mí no me apetecía volver, me sentía solo, no tenía una casa propia, no sabía adónde ir, me habría gustado regresar a mi casa, a mi librería, a la pequeña ciudad lejana que era el lugar ideal, ahora lo sabía con toda certeza, jamás debería haber abandonado aquella pequeña ciudad fronteriza para reunirme con mi hermana, a la que odiaba desde la infancia.

El dueño de la taberna dijo:

—¡Cerramos!

En la calle, la pierna izquierda, la pierna enferma, cedió bajo mi peso y me caí.

No me acuerdo de lo demás. Me desperté bañado en sudor en mi cama. No me atrevía a salir de mi habitación. Retazos de recuerdos volvían a mí, lentamente. Rostros risueños y vulgares en una taberna de las afueras... Más tarde, la lluvia, el barro... el uniforme de los policías que me recogieron... el rostro descompuesto de mi hermana... los insultos que le solté... la risa de los policías...

La casa estaba en silencio. Fuera el sol brillaba de nuevo, el calor era sofocante.

Me levanté, saqué mi vieja maleta de debajo de la cama y empecé a apilar en su interior mi ropa. Era la única solución. Irme de allí cuanto antes. La cabeza me daba vueltas. Los ojos, la boca, la garganta, todo me ardía. Tenía vértigo, tuve que sentarme. Pensaba que nunca llegaría a la estación, en aquel estado. Busqué en la papelería y

encontré una botella de aguardiente apenas empezada. Bebí a morro. Me encontré mejor. Me toqué la cabeza. Tenía un bulto doloroso detrás de la oreja izquierda. Volví a coger la botella, me la llevé a la boca y mi hermana entró en la habitación. Dejé la botella y esperé. Mi hermana también esperaba. El silencio se alargó mucho. Fue ella quien lo rompió, con una voz tranquila y rara:

—¿Qué tienes que decirme?

—Nada —dije yo.

Ella gritó:

—¡Eso es demasiado fácil! ¡Sería demasiado fácil! ¡El señorito no tiene nada que decir! ¡Lo trae la policía borracho perdido, tirado por el barro, y el señorito no tiene nada que decir!

Yo dije entonces:

—Déjame. Me voy.

Ella siseó:

—Sí, sí, ya lo veo, estás preparando la maleta. ¿Y adónde irás, pobre imbécil, adónde irás sin dinero?

—En el banco todavía tengo el dinero que me queda de la venta de la librería.

—¿Ah, sí? Me pregunto qué quedará de ese dinero. La librería la malvendiste, y el poco dinero que sacaste de ella lo has derrochado en bebida y cigarrillos.

Yo nunca le había hablado, desde luego, de las monedas de oro y plata, ni de las joyas que además había recibido, y que también había depositado en el banco. Simplemente respondí:

—Me queda aún lo suficiente para irme.

Ella dijo entonces:

—¿Y yo? A mí no me has pagado. Te he alimentado, alojado y cuidado. ¿Quién me reembolsará todo esto?

Yo cerré la maleta.

—Ya te pagaré. Déjame ir.

Enternecida de pronto, dijo:

—No seas crío, Víctor. Te perdono por última vez. Lo que pasó anoche no fue más que un accidente, una recaída.

Todo cambiará cuando hayas acabado el libro.

Le pregunté:

—¿Qué libro?

Ella levantó mi «manuscrito».

—Pues este. Tu libro.

—No he escrito ni una sola línea.

—Hay casi doscientas páginas mecanografiadas.

—Sí, doscientas páginas copiadas de todo tipo de libros.

—¿Copiadas? No lo entiendo...

—Tú nunca entiendes nada. Esas doscientas páginas las copié de otros libros. No hay ni una sola línea mía.

Ella me miraba. Levanté la botella y di un largo trago. Ella meneó la cabeza.

—No te creo. Estás borracho. Dices tonterías. ¿Por qué ibas a hacer algo así?
Me eché a reír.

—Pues para hacerte creer que escribía. Pero yo no puedo escribir aquí. Me molestas, me espías todo el rato, me impides escribir. Verte, tu sola presencia en la casa, me impide escribir. Lo destruyes todo, lo degradas todo, aniquilas toda creación, vida, libertad, inspiración. ¡Desde que éramos niños no has hecho más que vigilarme, mangonearme y joderme, desde niños!

Ella se quedó en silencio un momento y después dijo, mirando el suelo de la habitación y la alfombra gastada:

—Lo he sacrificado todo por tu trabajo, por tu libro. Mi trabajo, mis clientas, mis últimos años. Iba de puntillas para no molestarte. ¿Y tú no has escrito ni una sola línea desde que estás aquí, en casi dos años? ¡Lo único que haces es comer, beber y fumar! ¡Eres un farsante, un inútil que no sirve para nada, un borracho, un parásito! ¡He anunciado la publicación de tu libro a todas mis clientas! ¿Y tú no has escrito nada? ¡Seré el hazmerreír de toda la ciudad! ¡Has traído la deshonra a mi casa! Tendría que haber dejado que te pudrieses en tu pueblucho sucio y tu mugrienta librería. Viviste allí solo durante más de veinte años, ¿por qué no escribiste un libro allí, donde yo no te molestaba, donde no te molestaba nadie? ¿Por qué? Porque serías incapaz de escribir ni una sola línea de un libro mediocre, ni en la situación más favorable o con las mejores condiciones.

Yo seguí bebiendo mientras ella hablaba y oí mi propia voz lejana, como si viniese de la habitación de al lado, que le respondía. Le dije que tenía razón, que no podía escribir nada mientras ella viviese. Le recordé nuestras experiencias sexuales infantiles, de las cuales ella fue la iniciadora, ya que me llevaba varios años, y que me afectaron mucho más de lo que ella podía imaginar.

Mi hermana respondió que solo eran juegos de niños, que era de mal gusto hablar de aquellas cosas, que ella seguía siendo virgen y que «eso» ya no le interesaba desde hacía mucho tiempo.

Le dije que ya sabía que «eso» no le interesaba, que se contentaba con acariciar las caderas y los pechos de sus clientas, que la había observado durante sus pruebas y había visto el placer que experimentaba toqueteando a sus clientas jóvenes y bellas como ella nunca lo había sido, porque ella no había sido más que una viciosa.

Le dije que a causa de su fealdad y su puritanismo hipócrita jamás había logrado interesar a ningún hombre. Y que por eso se había volcado en sus clientas y, con el pretexto de tomar medidas y de alisar la tela, se entregaba a tocamientos con mujeres jóvenes y bellas que le encargaban vestidos.

Mi hermana dijo:

—¡Has sobrepasado todos los límites, Víctor, ya basta!

Cogió la botella, mi botella de aguardiente, la golpeó contra la máquina de escribir y el aguardiente se desparramó por todo el escritorio. Mi hermana, con el gollete de la botella roto, se acercaba.

Entonces me levanté, le inmovilicé el brazo, le torcí la muñeca y ella soltó la botella. Caímos en la cama y yo me eché sobre ella, le apreté el cuello flaco con las manos y

cuando dejó de moverse, eyaculé.

Al día siguiente, Lucas devuelve el manuscrito de Víctor a Peter.

Al cabo de unos meses, Peter vuelve a marcharse a su ciudad natal para asistir al juicio. Está ausente varias semanas. De vuelta, pasa por la librería, acaricia la cabeza de Mathias y le dice a Lucas:

—Venga a verme esta tarde.

—Parece muy serio, Peter.

Peter menea la cabeza.

—No me haga preguntas ahora. Más tarde.

Cuando Peter sale, el niño se vuelve hacia Lucas.

—¿Le ha pasado alguna desgracia a Peter?

—No, a Peter no, pero a uno de sus amigos sí, me temo.

El niño dice:

—Es lo mismo, quizá incluso peor.

Lucas abraza a Mathias.

—Tienes razón. A veces, es peor.

En casa de Peter, Lucas pregunta:

—¿Y bien?

Peter vacía de un solo trago el vaso de aguardiente que acaba de servirse.

—Condenado a muerte. Lo ejecutaron ayer por la mañana, ahorcado. ¡Beba!

—¡Está borracho, Peter!

Peter levanta la botella y examina el nivel de líquido, y luego se ríe.

—Sí, ya me he bebido la mitad de la botella. Tomo el relevo de Víctor.

Lucas se levanta.

—Ya volveré otro día. No sirve de nada hablar en este estado.

Peter dice:

—Al contrario. Solo puedo hablar de Víctor en este estado. Siéntese otra vez. Tenga, esto es suyo. Víctor se lo envía.

Empuja hacia Lucas un pequeño saquito de tela. Lucas pregunta:

—¿Qué es?

—Unas monedas de oro y unas joyas. Y también dinero. A Víctor no le dio tiempo de gastárselo. Me dijo: «Devuélvale todo esto a Lucas. Pagó demasiado caras la casa y la librería. En cuanto a usted, Peter, le dejo mi casa, la casa de mi hermana y de nuestros padres. Ni mi hermana ni yo tenemos herederos. Venda esta casa, está maldita, sobre ella pesa una maldición desde nuestra infancia. Véndala y vuelva a la pequeña ciudad lejana, al lugar ideal que jamás debí abandonar».

Tras un silencio, Lucas dice:

—Usted había previsto una condena más ligera para Víctor. Incluso creía que se ahorraría la cárcel y que podría acabar sus días en un psiquiátrico.

—Me equivoqué, desde luego. No podía prever que los psiquiatras considerarían a Víctor responsable de sus actos, ni que Víctor se comportaría como un imbécil en el juicio. No manifesté

ningún remordimiento, ningún pesar, ningún arrepentimiento. No dejó de repetir: «Tenía que hacerlo, era necesario que la matase, era la única solución para que pudiera escribir mi libro». Los miembros del jurado estimaron que no se puede matar a nadie con el pretexto de que esa persona le impide a uno escribir un libro. También declararon que sería muy fácil beber unas copas, matar a gente respetable y luego librarse. Concluyeron que Victor era un tipo egoísta, perverso, peligroso para la sociedad. Aparte de mí, todos los testigos declararon contra él y a favor de su hermana, que llevaba una vida ejemplar, honrada, y era apreciada por todos, sobre todo por sus clientas.

Lucas pregunta:

—¿Pudo verle fuera del juicio?

—Después de la condena, sí. Me dejaron entrar en su celda y quedarme con él todo el tiempo que quise. Le hice compañía hasta el último día.

—¿Tenía miedo?

—¿Miedo? Creo que no es esa la palabra. Al principio, no se lo creía, no se lo podía creer. Esperaba un indulto, un milagro, no lo sé. El día que redactó y firmó su testamento, ya no se hacía más ilusiones. La última noche me dijo: «Sé que voy a morir, Peter, pero no lo entiendo. En lugar de un solo cadáver, el de mi hermana, habrá un segundo, el mío. Pero ¿quién necesita un segundo cadáver? Desde luego, Dios no; él no sabría qué hacer con nuestros cuerpos. ¿La sociedad? Ganaría un libro o dos si me dejasen vivir, en lugar de ganar un cadáver más que no aprovechará a nadie».

Lucas pregunta:

—¿Y asistió a la ejecución?

—No. Él me lo pidió, pero le dije que no. Me encuentra cobarde, ¿verdad?

—No sería la primera vez. Pero lo comprendo.

—¿Y usted, habría podido asistir?

—Si me lo hubiese pedido él, sí, lo habría hecho.

7

La librería se ha transformado en una sala de lectura. Algunos niños ya han cogido la costumbre de ir allí para leer o dibujar, otros entran por azar cuando tienen frío o cuando están cansados después de jugar largo rato en la nieve. Estos apenas se quedan un cuarto de hora, el tiempo de calentarse, hojeando algunos libros ilustrados. También están los que miran por el escaparate de la tienda y huyen en cuanto Lucas sale para invitarlos a entrar.

De vez en cuando, Mathias baja del piso y se instala junto a Lucas con un libro, vuelve a subir al cabo de una hora o dos y baja de nuevo para cerrar. No se mezcla con los demás niños. Cuando se han ido todos, Mathias vuelve a poner los libros en orden, vacía la papelera, pone las sillas encima de las mesas y pasa la bayeta por el suelo manchado. También hace cuentas:

—Otra vez nos han robado siete lápices de colores, tres libros y han gastado decenas de hojas.

Lucas dice:

—Eso no es nada, Mathias. Si me lo pidieran, yo les regalaría todo eso. Pero son tímidos y prefieren cogerlo a escondidas. No es grave.

Hacia el final de una tarde, mientras todos leen en silencio, Mathias le desliza una hoja de papel a Lucas. Ha escrito: «¡Mira a esa mujer!». Detrás del escaparate, en la oscuridad de la calle, la sombra de una mujer, una silueta sin rostro, contempla la sala iluminada de la librería. Lucas se levanta y la sombra desaparece.

Mathias cuchichea:

—Me sigue por todas partes. Durante el recreo me mira por encima de la valla del patio de la escuela. Me sigue por el camino de vuelta.

Lucas pregunta:

—¿Y te habla?

—No. Una vez, hace algunos días, me tendió una manzana, pero yo no la cogí. Otra vez, cuando cuatro niños me habían tirado en la nieve y querían desnudarme, ella les regañó y les dio unas bofetadas. Yo hui.

—Entonces no es mala, te defendió.

—Sí, pero ¿por qué? No tiene ningún motivo para defenderme. ¿Y por qué me sigue? ¿Por qué me vigila? Tengo miedo de su mirada. Tengo miedo de sus ojos.

—No le hagas caso, Mathias. Muchas mujeres han perdido a sus hijos durante la guerra. Como no pueden olvidarlos, se acercan a otro niño que les recuerda la imagen del que perdieron.

Mathias se ríe.

—Me extrañaría que yo pudiera recordarle a alguien la imagen de su hijo.

Por la noche, Lucas llama a la puerta de la tía de Yasmine. Esta abre la ventana.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—No tengo tiempo. Debo ir a trabajar.

—La espero.

Cuando sale de la casa, Lucas dice:

—La acompaño. ¿Trabaja a menudo de noche?

—Una semana al mes. Como todo el mundo. ¿De qué quiere hablar? ¿De mi trabajo?

—No. Del niño. Solo quiero pedirle que lo deje tranquilo.

—No le he hecho nada.

—Ya lo sé. Pero lo sigue, lo vigila. Y eso le molesta. ¿Lo comprende?

—Sí. Pobrecillo. Ella lo abandonó...

Caminan en silencio por la calle nevada y vacía. La mujer esconde el rostro en la bufanda y sus hombros se sacuden con sollozos mudos.

Lucas pregunta:

—¿Cuándo liberarán a su marido?

—¿Mi marido? Murió. ¿No lo sabía?

—No. Lo siento muchísimo.

—Oficialmente, se suicidó. Pero supe por alguien que le conoció allí y que fue liberado que no se trató de un suicidio. Sus compañeros de celda lo mataron por lo que le había hecho a su hija.

Ya han llegado ante la gran fábrica textil iluminada por unos neones. De todas partes llegan sombras frioleras y apresuradas que desaparecen por la puerta metálica. Incluso allí el ruido de las máquinas es ensordecedor.

Lucas pregunta:

—Si su marido no hubiese muerto, ¿lo habría recibido de nuevo?

—No lo sé. De todas formas, no creo que se hubiese atrevido a volver a esta ciudad. Supongo que se habría ido a la capital, a buscar a Yasmine.

La sirena de la fábrica se pone a aullar. Lucas dice:

—La dejo. Llegará tarde.

La mujer levanta su rostro pálido, aún joven, en el que brillan los grandes ojos negros de Yasmine.

—Ahora que estoy sola, quizá podría, si le parece bien, si está de acuerdo, llevarme al niño a casa.

Lucas grita más que la sirena de la fábrica:

—¿Llevarse a Mathias? ¡Jamás! ¡Es mío, solo mío! ¡Le prohíbo que se acerque a él, que lo mire, que le hable, que lo siga!

La mujer retrocede hacia la puerta de la fábrica.

—Cálmese. ¿Está loco? Solo era una propuesta.

Lucas da media vuelta y corre hasta la librería. Allí se apoya en la pared de la casa y espera a que se le calme el corazón.

Una joven entra en la librería, se detiene ante Lucas y sonrío.

—¿No me reconoce, Lucas?

—¿Tendría que reconocerla?

—Agnès.

Lucas reflexiona.

—No me acuerdo, lo siento, señorita.

—Pues somos viejos amigos. Una vez estuve en su casa escuchando música. Es verdad que entonces solo tenía seis años. Usted quería hacerme un columpio.

Lucas dice:

—Sí, lo recuerdo. La envió su tía Léonie.

—Sí, eso es. Ya murió. Ahora es el director de la fábrica quien me envía a comprar libros ilustrados para los niños de la guardería.

—¿Trabaja en la fábrica? Debería seguir yendo a la escuela.

Agnès enrojece.

—Tengo quince años. Dejé la escuela el año pasado. No trabajo en la fábrica, soy puericultora. Los niños me llaman señorita.

Lucas se ríe.

—Y yo también la he llamado señorita.

Ella le tiende un billete a Lucas.

—Deme libros y también hojas y lápices de colores para dibujar.

Agnès vuelve a menudo. Busca libros en las estanterías durante largo rato, se sienta entre los niños, lee y dibuja con ellos.

La primera vez que Mathias la ve, le dice a Lucas:

—Es una mujer muy hermosa.

—¿Una mujer? Es una cría.

—Tiene pechos, ya no es una cría.

Lucas mira los pechos de Agnès, realzados por un jersey rojo.

—Tienes razón, Mathias, tiene pechos. No me había fijado.

—¿Y en su pelo tampoco? Tiene un pelo precioso. Mira cómo le brilla con la luz.

Lucas mira el largo pelo rubio de Agnès, que brilla con la luz. Mathias sigue:

—Y mira sus pestañas, qué negras.

Lucas dice:

—Lleva khol.

—Y su boca.

—Lleva pintalabios. A su edad, no debería maquillarse.

—Tienes razón, Lucas. Sin maquillaje también sería bella.

Lucas se ríe.

—Y tú, a tu edad, aún no deberías mirar a las chicas.

—A las niñas de mi clase no las miro. Son tontas y feas.

Agnès se levanta, sube por la doble escalera para coger un libro. Lleva una falda muy corta y se le ven las ligas y las medias negras, en las cuales se le ha corrido un punto. Cuando se da cuenta, se moja el índice con saliva e intenta detener la carrera. Para ello, debe inclinarse, y entonces se le ve también la braguita blanca con flores rosas, una braguita de niña.

Una tarde, se queda hasta que cierran la tienda. Le dice a Lucas:

—Ya le ayudo a limpiar.

—Es Mathias quien limpia. Lo hace muy bien.

Mathias le dice a Agnès:

—Si me ayuda, terminaremos antes y podré prepararle *crêpes* con mermelada, si le gustan.

Agnès dice:

—A todo el mundo le gustan las *crêpes* con mermelada.

Lucas sube a su habitación. Un poco más tarde, Mathias lo llama:

—Ven a comer, Lucas.

Comen *crêpes* con mermelada y beben té en la cocina. Lucas no habla. Agnès y Mathias se ríen mucho. Cuando terminan, Mathias dice:

—Hay que acompañar a Agnès. Es de noche.

Agnès dice:

—Puedo volver sola. No me da miedo ir sola de noche.

Lucas dice:

—Venga. La acompaño.

Ante la casa de Agnès, ella pregunta:

—¿No quiere entrar?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no es una niña, Agnès.

—No, ya no soy una niña. Soy una mujer. No sería el primero en venir a mi habitación. Mis padres no están. Trabajan. Y aunque estuvieran... Tengo mi propia habitación y hago lo que quiero.

—Buenas noches, Agnès. Debo irme.

—Ya sé adónde va. Más lejos, a la callejuela, con las chicas de los soldados.

—Exacto. Pero eso no le concierne.

Al día siguiente, Lucas dice a Mathias:

—Antes de invitar a alguien a comer en nuestra casa, podrías pedirme permiso.

—¿No te gusta Agnès? Es una lástima. Está enamorada de ti. Se nota. Viene tan a menudo por ti.

—Te imaginas cosas, Mathias.

—¿No te gustaría casarte con ella?

—¿Casarme? ¡Vaya idea! Pues no.

—¿Por qué? ¿Todavía esperas a Yasmine? No volverá.

Lucas dice:

—No quiero casarme con nadie.

Es primavera. La puerta que da al jardín está abierta. Mathias se ocupa de las plantas y de los animales. Tiene un conejo blanco, varios gatos y el perro negro que le regaló Joseph. Espera también con impaciencia el nacimiento de los pollitos de una clueca en el corral.

Lucas mira la sala donde los niños, inclinados sobre sus libros, están absortos en la lectura.

Un niño pequeño levanta los ojos y sonrío a Lucas. Tiene el pelo rubio y los ojos azules, es la primera vez que viene.

Lucas no puede apartar los ojos de ese niño. Se sienta detrás del mostrador, abre un libro y sigue mirando al niño desconocido. Un dolor agudo y súbito le atraviesa la mano izquierda, posada sobre el libro. Tiene un compás clavado en el dorso de la mano. Medio paralizado por la intensidad del dolor, Lucas se vuelve lentamente hacia Mathias.

—¿Por qué has hecho eso?

Mathias susurra entre dientes:

—¡No quiero que lo mires!

—No miro a nadie.

—¡Sí! ¡No mientas! Te he visto mirarlo. ¡No quiero que lo mires de esa manera!

Lucas retira el compás y se aprieta el pañuelo sobre la herida.

—Subo para desinfectarme la herida.

Cuando vuelve a bajar, los niños ya no están, Mathias ha bajado la persiana metálica de la puerta.

—Les he dicho que hoy cerrábamos más temprano.

Lucas coge a Mathias en brazos, lo lleva al piso y lo acuesta en su cama.

—¿Qué te pasa, Mathias?

—¿Por qué mirabas a ese niño rubio?

—Me recordaba a alguien.

—¿A alguien a quien amabas?

—Sí, a mi hermano.

—No debes amar a nadie más que a mí, ni siquiera a tu hermano.

Lucas se calla y el niño prosigue:

—No sirve de nada ser inteligente. Más valdría ser guapo y rubio. Si te casaras, podrías tener hijos como el niño rubio, como tu hermano. Tendrías hijos que serían tuyos de verdad, guapos y rubios, y no inválidos. Yo no soy tu hijo. Soy el hijo de Yasmine.

Lucas dice:

—Tú eres mi hijo. Yo no quiero ningún otro niño.

Le enseña la mano vendada.

—Me has hecho daño, ¿sabes?

El niño dice:

—Y tú también me has hecho daño, pero tú no lo sabes.

Lucas dice:

—Yo no quería hacerte daño. Debes saber una cosa, Mathias: la única persona en el mundo que cuenta para mí eres tú.

—No te creo. Solo Yasmine me amaba de verdad, y está muerta. Ya te lo he dicho muchas veces.

—Yasmine no ha muerto. Solo se fue.

—No se habría ido sin mí, así que está muerta.

El niño dice también:

—Hay que cerrar la sala de lectura. ¿Cómo se te ocurrió abrir una sala de lectura?

—Lo hice por ti. Pensaba que harías amigos.

—Yo no quiero amigos. Y nunca te he pedido una sala de lectura. Sí te pido que la cierres.

Lucas dice:

—La cerraré. Mañana por la tarde les diré a los niños que como hace buen tiempo, pueden ir a leer y a dibujar fuera.

El niño rubio vuelve al día siguiente. Lucas no lo mira. Fija la mirada en las líneas y las palabras de un libro. Mathias dice:

—¿No te atreves a mirarlo? Pero lo estás deseando. Llevas cinco minutos sin pasar las páginas del libro.

Lucas cierra el libro y esconde el rostro entre las manos.

Agnès entra en la librería. Mathias corre a su encuentro, ella lo besa. Mathias pregunta:

—¿Por qué había dejado de venir?

—Es que no tenía tiempo. He hecho un curso en la ciudad vecina para ser educadora. Solo volvía de vez en cuando.

—Pero ¿ahora se quedará aquí, en la ciudad?

—Sí.

—¿Vendrá a comer *crêpes* a casa esta noche?

—Me gustaría mucho, pero debo ocuparme de mi hermanito. Nuestros padres trabajan.

Mathias dice:

—Traiga también a su hermanito. Habrá suficientes *crêpes*. Subo a preparar la masa.

—Yo ordenaré la tienda.

Mathias sube al piso y Lucas les dice a los niños:

—Podéis llevaros los libros que están encima de las mesas. Las hojas de papel también, y cada uno una caja de lápices de colores. No hace falta que os encerréis aquí ahora que hace buen tiempo. Id a leer y a dibujar a vuestro jardín o a los parques. Si os falta algo, podéis venir a pedírmelo.

Los niños salen y al final solo queda el niño rubio sentado en su sitio, tranquilamente. Lucas le pregunta con dulzura:

—¿Y tú? ¿No te vas?

El niño no responde y Lucas se vuelve hacia Agnès.

—No sabía que fuera su hermano. No sabía nada de él.

—Es muy tímido. Se llama Samuel. Soy yo quien le he aconsejado que viniese aquí, ahora que ya empieza a saber leer. Es el último, el más pequeño. Mi hermano Simon ya lleva cinco años trabajando en la fábrica. Es camionero.

El niño rubio se levanta y coge la mano de su hermana.

—¿Vamos a comer *crêpes* a casa del señor?

Agnès dice:

—Sí, subamos. Tenemos que ayudar a Mathias.

Suben por la escalera que lleva al piso. En la cocina, Mathias prepara la masa de las *crêpes*. Agnès dice:

—Mathias, te presento a mi hermanito. Se llama Samuel. Podríais haceros amigos, tenéis más o menos la misma edad.

Mathias abre los ojos de par en par, suelta la cuchara de madera y sale de la cocina. Agnès se vuelve hacia Lucas:

—¿Qué ocurre?

—Mathias habrá ido a buscar algo a su habitación. Empiece a hacer las *crêpes*, Agnès, ya vuelvo.

Lucas entra en la habitación de Mathias. El niño está echado encima del edredón y dice:

—Déjame tranquilo. Quiero dormir.

—Tú los has invitado, Mathias. Es una cuestión de cortesía.

—Yo he invitado a Agnès. No sabía que su hermano era él.

—Ni yo tampoco lo sabía. Haz un esfuerzo por Agnès, Mathias. Te gusta, ¿verdad?

—Y a ti te gusta su hermano. Cuando os he visto entrar en la cocina, he entendido lo que es una verdadera familia. Unos padres rubios y guapos, con su hijo rubio y guapo. Yo no tengo familia. Yo no tengo madre ni padre, yo no soy rubio, soy feo e inválido.

Lucas lo abraza.

—Mathias, pequeño mío. Tú eres toda mi vida.

Mathias sonríe.

—Bueno, vamos a comer.

En la cocina, la mesa ya está puesta y en medio hay una enorme pila de *crêpes*.

Agnès habla mucho, se levanta a menudo para servir el té. Se ocupa tanto de su hermanito como de Mathias.

—¿Mermelada? ¿Queso? ¿Chocolate?

Lucas observa a Mathias. Come poco, mira al niño rubio sin apartar los ojos. El niño rubio come mucho, sonríe a Lucas cuando sus ojos se encuentran, sonríe a su hermana cuando ella le tiende algo, pero cuando sus ojos azules se encuentran con la negra mirada de Mathias, baja los suyos.

Agnès lava los platos con Mathias. Lucas sube a su habitación. Mathias lo llama más tarde:

—Hay que acompañar a Agnès y a su hermano.

Agnès dice:

—De verdad, no nos da miedo volver solos.

Mathias insiste:

—Es una cuestión de cortesía. Acompáñalos.

Lucas los acompaña. Les desea buenas noches y va a sentarse en un banco en el parque del insomne.

El insomne dice:

—Son las tres y media. A las once, el niño ha encendido fuego en su habitación. Me he permitido interpelarlo, aunque no entra dentro de mis costumbres. Temía que fuera un incendio. Le he preguntado al niño qué hacía y me ha respondido que no me preocupase, que simplemente quemaba unos deberes mal hechos en un cubo de hierro, ante la ventana. Le he preguntado por qué no quemaba los papeles en el fogón de la cocina y me ha contestado que no le apetecía ir a la cocina para eso. Después se ha apagado el fuego y ya no he visto más al niño, ni he oído ningún ruido.

Lucas sube por la escalera, entra en su habitación y después en la del niño. Ante la ventana hay un cubo de hierro blanco que contiene unos papeles consumidos. La cama del niño está vacía. Encima de la almohada hay un cuaderno azul, cerrado. En la etiqueta blanca está escrito: el cuaderno de mathias. Lucas abre el cuaderno. Solo hay páginas vacías y los restos de unas hojas arrancadas. Lucas aparta la cortina de color rojo oscuro. Al lado de los esqueletos de la madre y del bebé está colgado el cuerpecillo de Mathias, ya azul.

El insomne oye un largo alarido. Baja a la calle, llama a casa de Lucas. No obtiene respuesta. El viejo sube la escalera, entra en la habitación de Lucas, ve otra puerta, la abre. Lucas

está echado sobre la cama, apretando el cuerpo del niño contra el pecho.

—¿Lucas?

Lucas no responde, mira al techo con los ojos abiertos de par en par.

El insomne vuelve a bajar a la calle, va a llamar a casa de Peter. Peter abre una ventana.

—¿Qué ocurre, Michael?

—Lucas lo necesita. Ha sucedido una gran desgracia. Venga.

—Puede marcharse, Michael. Yo me ocuparé de todo.

Sube a casa de Lucas. Ve el cubo de hierro, los dos cuerpos echados sobre la cama. Separa la cortina, descubre los esqueletos y, en el mismo gancho, un trozo de cuerda cortado con navaja. Vuelve hacia la cama, aparta suavemente el cuerpo del niño y da dos bofetadas a Lucas.

—¡Despierte!

Lucas aprieta los ojos. Peter lo sacude.

—¡Dígame qué ha sucedido!

Lucas dice:

—Es Yasmine. Ella me lo ha quitado.

Peter dice duramente:

—No repita jamás esta frase delante de otra persona que no sea yo, Lucas. ¿Me ha entendido? ¡Míreme!

Lucas mira a Peter.

—Sí, lo he entendido. ¿Y ahora qué debo hacer, Peter?

—Nada. Quédese acostado. Le traeré unos calmantes. Yo me ocuparé también de las formalidades.

Lucas abraza el cuerpo de Mathias.

—Gracias, Peter. No necesito calmantes.

—¿No? Entonces intente llorar, al menos. ¿Dónde están sus llaves?

—No lo sé. Quizá se han quedado en la puerta de entrada.

—Lo encerraré. No debe salir en este estado. Ya volveré.

Peter encuentra un saco en la cocina, descuelga los esqueletos, los mete en el saco y se los lleva a su casa.

Lucas y Peter siguen el carro de Joseph, encima del cual reposa el ataúd del niño.

En el cementerio, un sepulturero, sentado en un montón de tierra, come tocino con cebollas.

Entierran a Mathias en la tumba de la abuela y el abuelo de Lucas.

Cuando el sepulturero ha rellenado el hoyo, el propio Lucas coloca la cruz en la cual está grabado «Mathias» y dos fechas. El niño ha vivido siete años y cuatro meses.

Joseph pregunta:

—¿Quiere que lo lleve, Lucas?

Lucas dice:

—Puede marcharse, Joseph, muchas gracias. Gracias por todo.

—No sirve de nada quedarse aquí.

Peter dice:

—Vamos, Joseph. Vuelvo con usted.

Lucas oye cómo se alejan los carros. Se sienta junto a la tumba. Los pájaros cantan.

Una mujer vestida de negro pasa en silencio y deposita un ramo de violetas al pie de la cruz.
Más tarde, vuelve Peter. Toca el hombro de Lucas.

—Venga. Pronto se hará de noche.

—No puedo dejarlo ahí solo, de noche. Tiene miedo de la noche. Es tan pequeño aún...

—No, ahora ya no tiene miedo. Venga, Lucas.

Lucas se levanta, mira la tumba.

—Tendría que haberle dejado ir con su madre. Cometí un error mortal, Peter, queriendo quedarme al niño a cualquier precio.

—Cada uno de nosotros comete en su vida un error mortal, y cuando nos damos cuenta, ya se ha producido lo irreparable.

Vuelven a la ciudad. Ante la librería, Peter pregunta:

—¿Quiere venir a mi casa o prefiere retirarse?

—Prefiero retirarme.

Lucas se retira. Se sienta ante su escritorio, mira la puerta cerrada de la habitación del niño, abre un cuaderno escolar y escribe: «Todo le va bien a Mathias. Siempre es el primero de la clase y ya no tiene pesadillas».

Lucas vuelve a cerrar el cuaderno, sale de casa, regresa al cementerio y se duerme encima de la tumba del niño.

Al amanecer, el insomne va a despertarlo.

—Venga, Lucas. Hay que abrir la librería.

—Sí, Michael.

8

Claus llega en tren. La pequeña estación no ha cambiado, pero ahora un autocar espera a los viajeros.

Claus no toma el autocar, sino que se dirige a pie hacia el centro de la ciudad. Los castaños están floridos, y la calle desierta y silenciosa, como antaño.

En la plaza principal, Claus se detiene. Un edificio grande de dos pisos se alza en el lugar de las casitas pequeñas, sencillas y de planta baja. Es un hotel. Claus entra y pregunta a la recepcionista:

—¿Cuánto hace que se construyó el hotel?

—Hace unos diez años, señor. ¿Quiere una habitación?

—No lo sé aún. Volveré dentro de unas horas. ¿Podría guardarme la maleta, mientras tanto?

—Con mucho gusto.

Claus vuelve a caminar, atraviesa la ciudad, deja atrás las últimas casas, toma un camino sin asfaltar que le lleva a un campo de deportes. Claus atraviesa el campo y se sienta en la hierba, al borde del río. Más tarde, los niños empiezan a jugar a la pelota allí. Claus le pregunta a uno de ellos:

—¿Hace mucho tiempo que existe este campo de deportes?

El niño se encoge de hombros.

—¿El campo? Ha existido siempre.

Claus vuelve a la ciudad, sube al castillo, después va al cementerio. Busca durante mucho tiempo, pero no encuentra la tumba de la abuela y el abuelo. Baja de nuevo a la ciudad y se sienta en un banco de la plaza principal y mira a la gente que hace compras, que vuelve del trabajo y que se pasea, a pie o en bicicleta. Hay muy pocos coches. Cuando cierran las tiendas, la plaza se vacía y Claus entra de nuevo en el hotel.

—Voy a coger una habitación, señorita.

—¿Para cuántos días?

—Pues no lo sé aún.

—¿Puede enseñarme su pasaporte, señor?

—Tenga.

—¿Es usted extranjero? ¿Dónde ha aprendido a hablar tan bien nuestro idioma?

—Aquí. Pasé mi infancia en esta ciudad.

Ella lo mira.

—Hace mucho tiempo, entonces.

Claus se echa a reír.

—¿Tan viejo le parezco?

La joven se sonroja.

—No, no, no quería decir eso. Le doy la habitación más bonita que tenemos, casi todas están libres, porque la temporada no ha empezado aún.

—¿Tienen muchos turistas?

—En verano sí, muchos. Le recomiendo también nuestro restaurante, señor.

Claus sube a su habitación, en el primer piso. Las dos ventanas dan a la plaza.

Claus come en el restaurante desierto y sube a su habitación. Abre la maleta, ordena su ropa en el armario, acerca un sillón a una de las ventanas y contempla la calle desierta. En el otro lado de la plaza, las casas antiguas siguen intactas. Las han restaurado y pintado de rosa, amarillo, azul y verde. La planta baja de cada una de ellas está ocupada por una tienda: comestibles, recuerdos, lechería, librería, moda... La librería se encuentra en la casa azul donde ya estaba cuando Claus era niño y acudía allí a comprar papel y lápices.

Al día siguiente, Claus vuelve al campo de deportes, al castillo, al cementerio y a la estación. Cuando se cansa, entra en un café o se sienta en un parque. A última hora de la tarde, vuelve a la plaza principal y entra en la librería.

Un hombre con pelo blanco sentado detrás del mostrador lee a la luz de una lámpara de despacho. La tienda está en penumbra, no hay clientes. El hombre con el pelo blanco se levanta.

—Perdóneme, me he olvidado de encender la luz.

La sala y los escaparates se iluminan. El hombre pregunta:

—¿Qué desea?

Claus dice:

—No se moleste. Solo estaba mirando.

El hombre se quita las gafas.

—¡Lucas!

Claus sonríe.

—¿Conoce usted a mi hermano? ¿Dónde está?

El hombre repite:

—¡Lucas!

—Soy el hermano de Lucas. Me llamo Claus.

—No bromeo, Lucas, se lo ruego.

Claus saca el pasaporte del bolsillo.

—Compruébelo usted mismo.

El hombre examina el pasaporte.

—Esto no demuestra nada.

Claus dice:

—Lo siento, no tengo ninguna manera de demostrar mi identidad. Soy Claus T. y busco a mi hermano Lucas. Usted lo conoce. Seguro que le ha hablado de mí, de su hermano Claus.

—Sí, me ha hablado a menudo de usted, pero debo confesarle que nunca había creído en su existencia.

Claus se ríe.

—Cuando yo hablaba de Lucas a alguien, tampoco me creían. Es cómico, ¿no le parece?

—No, en realidad no. Venga, sentémonos aquí.

Señala una mesita baja con unos sillones al fondo del almacén, ante el ventanal que da al jardín.

—Si usted no es Lucas, debo presentarme. Me llamo Peter. Peter N. Pero si no es Lucas, ¿por qué ha entrado aquí, precisamente?

Claus dice:

—Llegué ayer. En primer lugar, fui a la casa de mi abuela, pero ya no existe. En su lugar hay un campo de deportes. Si entré aquí fue porque en mi infancia ya era una librería. Nosotros veníamos a comprar papel y lápices. Todavía me acuerdo del hombre que la llevaba. Era un hombre pálido y obeso. Esperaba encontrarlo aún aquí.

—¿Victor?

—No sé su nombre. Nunca lo supe.

—Se llamaba Victor. Murió.

—Claro. Ya no era joven, en aquella época.

—Eso es.

Peter contempla el jardín que se va oscureciendo al caer la noche. Claus dice:

—Yo creía, ingenuamente, que iba a encontrar a Lucas en casa de mi abuela, después de tantos años. ¿Dónde está?

—Pues no lo sé.

—¿Hay alguien en esta ciudad que pueda saberlo?

—No, no lo creo.

—¿Usted lo conocía bien?

Peter mira a Claus a los ojos.

—Tan bien como se puede conocer a un ser humano.

Peter se inclina por encima de la mesa y coge por los hombros a Claus.

—¡Ya basta, Lucas, deje de hacer comedia! ¡No sirve de nada! ¿No le da vergüenza hacerme esto precisamente a mí?

Claus se suelta y se levanta.

—Ya veo que Lucas y usted estaban muy unidos.

Peter se deja caer en su sillón.

—Sí, perdóneme, Claus. Conocí a Lucas cuando tenía quince años. A los treinta, desapareció.

—¿Desapareció? ¿Quiere decir que se fue de la ciudad?

—De la ciudad y quizá del país. Y vuelve hoy con otro nombre. Siempre me ha parecido estúpido ese juego de palabras con sus nombres de pila.

—Nuestro abuelo tenía ese nombre compuesto, Claus-Lucas. Nuestra madre, que sentía mucho afecto por su padre, nos puso los dos nombres. La persona que tiene delante no es Lucas, Peter, sino Claus.

Peter se levanta.

—De acuerdo, Claus. En ese caso, debo entregarle una cosa que me confió su hermano. Espere.

Peter sube al piso y vuelve a bajar poco después con cinco grandes cuadernos escolares.

—Tenga. Están destinados a usted. Al principio, tenía muchos más, pero los rehacía, los corregía, eliminando todo lo que no era indispensable. Si hubiese tenido tiempo suficiente, creo que lo habría eliminado todo.

Claus menea la cabeza.

- No, todo no. Habría dejado solo lo esencial. Para mí.
Coge los cuadernos y sonríe.
—Bueno, esta es la prueba de la existencia de Lucas. Gracias, Peter. ¿Nadie los ha leído?
—Aparte de mí, nadie.
—Me alojo en el hotel, enfrente. Volveré.

Claus lee durante toda la noche, levantando la vista de vez en cuando para observar la calle.

Encima de la librería, dos de las tres ventanas del piso permanecen iluminadas mucho tiempo. La tercera está oscura.

Por la mañana, Peter levanta la persiana metálica de la tienda y Claus se acuesta. Por la tarde, Claus sale del hotel y come algo en un café popular de la ciudad donde sirven platos calientes a cualquier hora del día.

El cielo está cubierto. Claus vuelve al campo de deportes, se sienta junto al río. Se queda allí sentado hasta que cae la noche y empieza a llover.

Cuando Claus vuelve a la plaza principal, la librería ya está cerrada. Claus llama a la puerta de entrada del piso. Peter se asoma a la ventana.

—La puerta no está cerrada. Lo esperaba. Suba.

Claus encuentra a Peter en la cocina. Varias cazuelas humean en los fogones. Peter dice:

—La cena aún no está preparada. Tengo aguardiente. ¿Quiere?

—Sí. Ya he leído los cuadernos. ¿Qué ocurrió después? ¿Después de la muerte del niño?

—Nada. Lucas siguió trabajando. Abría la tienda por la mañana, la cerraba por la tarde. Servía a los clientes sin decir una sola palabra. Casi nunca hablaba. Algunas personas creían que era mudo. Yo iba a verle a menudo y jugábamos al ajedrez en silencio. Jugaba mal. Ya no leía ni escribía. Creo que comía muy poco y que casi nunca dormía. La luz estaba encendida toda la noche en su habitación, pero él no estaba. Se paseaba por las calles más oscuras de la ciudad y por el cementerio. Decía que el lugar ideal para dormir es la tumba de alguien a quien se ha amado.

Peter se calla, sirve algo de bebida. Claus dice:

—¿Y después? Continúe, Peter.

—Bien. Cinco años después, durante las obras de construcción del campo de deportes, me enteré de que se había descubierto un cadáver de mujer enterrado junto al río, cerca de la casa de su abuela. Advertí a Lucas. Él me dio las gracias y al día siguiente había desaparecido. Nadie ha vuelto a verlo desde aquel día. En su escritorio me dejó una carta mediante la cual me confiaba la casa y la librería. Lo más triste de esta historia, Claus, es que el cuerpo de Yasmine no se pudo identificar. Las autoridades archivaron el asunto enseguida. Cadáveres los hay por todas partes, en la tierra de este desventurado país, después de la guerra y la revolución. Ese cadáver podía ser el de cualquier mujer que hubiese intentado pasar la frontera y hubiese pisado una mina. No habrían molestado a Lucas.

Claus dice:

—Podría volver ahora. Ya ha prescrito.

—Sí, supongo que después de veinte años ha prescrito.

Peter mira a Claus a los ojos.

—Sí, Claus. Lucas podría volver ahora.

Claus sostiene la mirada de Peter.

—Sí, Peter. Es probable que Lucas vuelva.

—Se dice que vive escondido en el bosque y que viene a merodear por las calles de la ciudad cuando anochece. Pero solo son chismes.

Peter menea la cabeza.

—Venga a mi habitación, Claus. Voy a enseñarle la carta de Lucas.

Claus lee:

—«Confío mi casa y la librería que forma parte de ella a Peter N., con la condición de que las conserve en usufructo hasta mi regreso o, si no, hasta que regrese mi hermano Claus T. Firmado: Lucas T.»

Peter dice:

—Fue él quien subrayó lo del usufructo. Ahora, sea usted Claus o Lucas, esta casa le pertenece.

—Veamos, Peter, yo solo he venido aquí un tiempo, solo tengo un visado de treinta días. Soy ciudadano de otro país y, como usted sabe muy bien, ningún extranjero puede poseer aquí ningún bien.

Peter dice:

—Pero sí que puede aceptar el dinero que proviene de los beneficios de la librería, y que deposito cada mes en el banco, desde hace veinte años.

—¿Y entonces de qué vive?

—Tengo una pensión de funcionario y la casa de Víctor, que alquilo. Solo mantengo la librería por ustedes dos. Llevo las cuentas escrupulosamente, puede consultarlas si quiere.

Claus dice:

—Gracias, Peter. No necesito dinero y no me apetece lo más mínimo consultar sus cuentas. Solo he vuelto para ver a mi hermano.

—¿Por qué nunca le ha escrito?

—Decidimos separarnos. La separación debía ser total. La frontera no bastaba, también hacía falta el silencio.

—Pero ha vuelto. ¿Por qué?

—La prueba ha durado demasiado. Estoy cansado y enfermo, y quiero volver a ver a Lucas.

—Ya sabe que no volverá a verlo.

Una voz de mujer llama desde la habitación vecina:

—¿Hay alguien ahí, Peter? ¿Quién es?

Claus mira a Peter.

—¿Tiene esposa? ¿Está casado?

—No, es Clara.

—¿Clara? ¿No había muerto?

—Creíamos que estaba muerta, sí. Pero solo estaba recluida. Poco después de la desaparición de Lucas, ella volvió. No tenía trabajo ni dinero. Buscaba a Lucas. Yo la acogí en mi casa, es decir, aquí. Ocupa la habitación pequeña, la del niño. Yo la cuido. ¿Quiere verla?

—Sí, me gustaría verla.

Peter abre la puerta de la habitación.

—Clara, ha venido a visitarnos un amigo.

Claus entra en la habitación. Clara está sentada en una mecedora ante la ventana, con una manta sobre las rodillas y un chal en los hombros. Tiene un libro en la mano, pero no lee. Su mirada se pierde a través de la ventana. Se mece.

Claus dice:

—Buenas tardes, Clara.

Clara no lo mira, recita con un tono monótono:

—Llueve, como siempre. Lluvia fina y fría, cae sobre las casas, sobre los árboles, sobre las tumbas. Cuando «ellos» vienen a verme, la lluvia les chorrea por la cara destrozada. «Ellos» me miran y el frío se vuelve más intenso. Mis muros ya no me protegen. Nunca me han protegido. Su solidez no es más que una ilusión, su blancura está mancillada.

Su voz cambia bruscamente.

—¡Tengo hambre, Peter! ¿Cuándo comemos? Con usted siempre se come tarde.

Peter vuelve a la cocina y Claus dice:

—Soy yo, Clara.

—¿Eres tú?

Mira a Claus, le tiende los brazos. Él se arrodilla a sus pies, le abraza las piernas y apoya la cabeza en sus rodillas. Clara le acaricia los cabellos. Claus coge la mano de Clara, la aprieta contra su mejilla, contra sus labios. Es una mano reseca, flaca, cubierta de manchas de vejez.

Ella dice:

—Me has dejado sola mucho tiempo, demasiado tiempo, Thomas.

Las lágrimas le corren por las mejillas. Claus se las seca con el pañuelo.

—No soy Thomas. ¿No se acuerda de Lucas?

Clara cierra los ojos, sacude la cabeza.

—No has cambiado nada, Thomas. Has envejecido un poco, pero sigues siendo el mismo.

Bésame.

Ella sonrío, descubriendo una boca desdentada.

Claus retrocede y se levanta. Se va a la ventana, mira hacia la calle. Bajo la lluvia, la plaza principal está vacía y oscura. Solo el Gran Hotel se recorta en la penumbra con su entrada iluminada.

Clara se mece de nuevo.

—Váyase. ¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi habitación? ¿Por qué no viene Peter? Tengo que comer y acostarme. Es tarde.

Claus sale de la habitación de Clara y encuentra a Peter en la cocina.

—Clara tiene hambre.

Peter lleva la bandeja a Clara. Cuando vuelve, dice:

—Le interesa mucho la comida. Le subo una bandeja tres veces al día. Por suerte, duermo mucho gracias a los medicamentos.

—Es una carga muy pesada para usted.

Peter sirve un poco de guiso con pasta.

—No, no, en absoluto. No me molesta. Me trata como si fuese su criado, pero me da igual.
Coma, Claus.

—No tengo hambre. ¿Y no sale nunca?

—¿Clara? No. No le apetece y, de todos modos, se perdería. Lee mucho y le gusta mirar el cielo.

—¿Y el insomne? Supongo que vivía ahí enfrente, donde ahora se encuentra el hotel.

Peter se levanta.

—Sí, exacto. Yo tampoco tengo hambre. Vamos, salgamos.

Caminan por la calle. Peter señala una casa.

—Yo vivía aquí en aquella época. En el primer piso. Si no está cansado, puedo enseñarle también la casa donde vivía Clara.

—No estoy cansado.

Peter se para ante una casita pequeña de planta baja, en la calle de la estación.

—Era aquí. Pronto demolerán esta casa, como casi todas las casas de esta calle. Son demasiado viejas e insalubres.

Claus se estremece.

—Volvamos. Estoy aterido.

Se separan delante de la entrada del hotel. Claus dice:

—He ido varias veces al cementerio, pero no he encontrado la tumba de mi abuela.

—Ya se la enseñaré mañana. Venga a la librería a las seis de la tarde. Aún será de día.

En una parte abandonada del cementerio, Peter apoya su paraguas en el suelo.

—Aquí está la tumba.

—¿Cómo puede saberlo con certeza? Solo hay malas hierbas, no hay cruz ni nada. Podría equivocarse.

—¿Equivocarme? Si supiera cuántas veces vine a buscar a su hermano Lucas... también más tarde, cuando él ya no estaba. Este lugar se convirtió para mí en el fin de un paseo casi cotidiano.

Vuelven a la ciudad. Peter se ocupa de Clara y después beben aguardiente en la habitación que fue de Lucas. La lluvia cae en el alféizar de la ventana, entra en la habitación. Peter va a buscar una bayeta para secar el agua.

—Hábleme de usted, Claus.

—No tengo nada que decir.

—¿Es más fácil la vida allá?

Claus se encoge de hombros.

—Es una sociedad basada en el dinero, no hay lugar para las cuestiones que conciernen a la vida. He vivido treinta años en una soledad mortal.

—¿Nunca ha tenido una mujer o un hijo?

Claus ríe.

—Mujeres, sí. Muchas mujeres. Pero hijos, no.

Tras un silencio, pregunta:

—¿Qué ha hecho con los esqueletos, Peter?

—Los volví a poner en su lugar. ¿Quiere verlos?

—No hay que molestar a Clara.

—No atravesaremos su habitación. Hay otra puerta. ¿No se acuerda?

—¿Cómo iba a acordarme?

—Habría podido darse cuenta al pasar por delante. Es la primera puerta a la izquierda, al llegar al rellano de la escalera.

—No, no me he dado cuenta.

—Es cierto que esa puerta se confunde con el tapizado de la pared.

Entran en un espacio pequeño que una cortina gruesa separa de la habitación de Clara. Peter ilumina con una linterna los esqueletos.

Claus dice, muy bajito:

—Hay tres.

Peter dice:

—Puede hablar con toda normalidad. Clara no se despertará. Toma unos sedantes muy potentes. Olvidé decirle que Lucas desenterró el cuerpo de Mathias dos años después de su entierro. Me explicó que era más sencillo para él, que estaba cansado de pasar las noches en el cementerio para hacer compañía al niño.

Peter ilumina un jergón que hay debajo de los esqueletos.

—Ahí era donde dormía.

Claus toca el jergón, la manta militar gris que lo cubre.

—Está tibio.

—¿Qué se imagina, Claus?

—Me gustaría dormir aquí, una noche, ¿le importa, Peter?

—Está en su casa.

Proceso verbal elaborado por las autoridades de la ciudad de K. dirigido a la embajada de D.

Objeto: petición de repatriación de su ciudadano Claus T., encarcelado actualmente en la prisión de la ciudad de K.

Claus T., de cincuenta años de edad, en posesión de un pasaporte válido, provisto de un visado de treinta días como turista, llegó a nuestra ciudad el 2 del mes de abril del año en curso. Alquiló una habitación en el único hotel de la ciudad, el Gran Hotel, situado en la plaza principal.

Claus T. pasó tres semanas en el hotel, comportándose como un turista, paseando por la ciudad, visitando los lugares históricos y comiendo en el restaurante del hotel o en uno de los restaurantes más populares de la ciudad.

Claus T. iba a menudo a la librería de enfrente del hotel para comprar papel y lápices. Como conocía la lengua del país, charlaba mucho con la librera, la señora B., y también con otras personas en lugares públicos.

Una vez transcurridas las tres semanas, Claus T. preguntó a la señora B. si podía alquilarle las dos habitaciones que había encima de la librería, por meses. Como ofrecía un precio elevado, la señora B. le cedió su piso de dos habitaciones y ella fue a alojarse con su hija, que vive cerca de allí.

Claus T. solicitó la prolongación de su visado en tres ocasiones, cosa que consiguió sin dificultad. Por el contrario, la cuarta petición le fue denegada en el mes de agosto. Claus T. no hizo ningún caso de esa negativa y, a consecuencia de una negligencia de nuestros empleados, las cosas siguieron así hasta el mes de octubre. El 30 de octubre, durante un control de identidad rutinario, los agentes de la policía local constataron que los papeles de Claus T. ya no estaban en regla.

En ese momento, Claus T. ya no tenía dinero. Debía dos meses de alquiler a la señora B., casi no comía, iba de taberna en taberna tocando la armónica. Los borrachos le pagaban la bebida y la señora B. le llevaba todos los días un poco de sopa.

En su interrogatorio, Claus T. aseguró que había nacido en nuestro país, que había pasado su infancia en nuestra ciudad, en casa de su abuela, y declaró querer quedarse aquí hasta que regresara su hermano Lucas T. Ese tal Lucas T. no figura en ningún registro de la ciudad de K. Claus T. tampoco.

Rogamos que nos abonen la factura adjunta (multa, gastos de la investigación, alquiler de la señora B.) y repatrién a Claus T. bajo su responsabilidad.

Firmado por las autoridades de la ciudad de K.: I.S.

Post scriptum:

Naturalmente, por razones de seguridad, hemos examinado el manuscrito en poder de Claus T. Pretende demostrar, mediante el manuscrito, la existencia de su hermano Lucas, que escribió en persona la mayor parte, mientras que Claus solo añadió las últimas páginas, el capítulo número 8. No obstante, la caligrafía procede de la misma mano desde el principio hasta el fin, y las hojas de papel no presentan señal alguna de envejecimiento. La totalidad del texto fue escrito de una sola vez, por la misma persona, en un lapso de tiempo que no puede remontarse a más de seis meses, es decir, por parte del mismo Claus T. durante su estancia en nuestra ciudad.

En lo que concierne al contenido del texto, solo puede tratarse de una ficción, ya que ni los acontecimientos descritos ni los personajes que allí figuran han existido jamás en la ciudad de K., a excepción de una persona, la supuesta abuela de Claus T., de la cual hemos encontrado la pista. Esa mujer, en efecto, poseía una casa en el emplazamiento del actual campo de deportes. Muerta sin herederos hace treinta y cinco años, figura en nuestros registros con el nombre de Maria Z., de casada V.

Es posible que durante la guerra se le hubiese confiado la custodia de uno o varios niños.

La tercera mentira

PRIMERA PARTE

Estoy en la cárcel de la pequeña ciudad de mi niñez.

No es una verdadera cárcel, sino una celda en el edificio de la policía local, un edificio que es una casa más del pueblo, una casa de un solo piso.

Antaño la celda debía de ser un lavadero, pues la puerta y la ventana dan al patio. Los barrotes de la ventana se añadieron en la parte interior para que fuera imposible alcanzar el cristal y romperlo. En un rincón, detrás de una cortina, está el retrete. Arrimada a una de las paredes, hay una mesa y cuatro sillas atornilladas al suelo y, en la pared de enfrente, cuatro camas abatibles. Tres de ellas están bajadas.

Estoy solo en la celda. En esta ciudad hay pocos delincuentes y, cuando aparece alguno, lo trasladan inmediatamente a la ciudad vecina, que es la capital de la región, a veinte kilómetros de aquí.

Yo no soy un delincuente. Si estoy aquí es porque no tengo los papeles en regla y mi visado ha caducado. Además, he contraído deudas.

Por la mañana, mi celador me trae el desayuno: leche, café y pan. Tomo un poco de café y me ducho. El celador se termina mi desayuno y me limpia la celda. La puerta permanece abierta y, si quiero, puedo salir al patio. El patio está rodeado por una tapia cubierta de hiedra y una parra silvestre. Detrás de uno de esos muros, el de la izquierda saliendo de la celda, está el patio de recreo de una escuela. Oigo las risas de los niños, los oigo jugar y gritar durante el recreo. La escuela ya existía cuando yo era niño, me acuerdo perfectamente, aunque nunca fui, pero entonces la cárcel se encontraba en otro sitio, me acuerdo también porque fui una vez.

Durante una hora por la mañana y una hora por la tarde, camino por el patio. Es una costumbre que adquirí en la infancia cuando, a los cinco años, tuve que aprender de nuevo a caminar.

Eso molesta a mi guardián, ya que entonces no hablo ni oigo ninguna pregunta.

Con los ojos clavados en el suelo y las manos enlazadas a la espalda, camino recorriendo la tapia. El suelo está empedrado y en los intersticios de las piedras crece la hierba.

El patio es prácticamente cuadrado: quince pasos de largo por trece de ancho. Suponiendo que mis pasos midan un metro, la superficie del patio tendría ciento noventa y cinco metros cuadrados. Aunque mis pasos son más cortos, desde luego.

En el centro del patio, hay una mesa redonda con dos sillas de jardín y, arrimado a la pared del fondo, un banco de madera.

Sentado en este banco, contemplo gran parte del cielo de mi niñez.

El primer día, la librera vino a visitarme y me trajo mis efectos personales y una sopa de verduras. Continúa viniendo todos los días, a eso del mediodía, con una sopa. Le tengo dicho que estoy bien alimentado, que el centinela me trae del restaurante de enfrente una comida completa dos veces al día, pero ella sigue presentándose con su sopa. Tomo un poco por educación, pero dejo el resto del puchero para el centinela, que se lo come.

Me excuso con la librera por el desorden en que dejé su apartamento.

Ella me dice:

—No tiene importancia. Mi hija y yo lo limpiamos todo. Había muchísimos papeles. Las hojas arrugadas y las que estaban en la papelera las quemé. Las otras las dejé sobre la mesa, pero vino la policía y se las llevó.

Me quedo un momento en silencio y después le digo:

—Todavía le debo dos meses de alquiler.

Se echa a reír.

—Le pedí demasiado por un apartamento tan pequeño. De todos modos, si insiste, ya me pagará cuando vuelva. El año que viene, quizá.

Le digo:

—No creo que vuelva. Le pagará la deuda la embajada.

Me pregunta si necesito algo y le digo:

—Sí, papel y lápices. Pero no me queda nada de dinero.

Ella dice:

—Tendría que haberseme ocurrido.

Al día siguiente, se presenta con la sopa, un paquete de hojas de papel cuadriculado y lápices.

Le digo:

—Gracias. La embajada se lo pagará todo.

Ella dice:

—Deje de hablar de pagar. Me gustaría que cambiara de tema. Dígame, ¿qué escribe?

—Lo que escribo no tiene importancia.

Ella insiste:

—Me gustaría saber si escribe cosas verdaderas o inventadas.

Le contesto que trato de escribir historias verdaderas, pero que, en un momento dado, la historia se hace insoportable por su misma verdad y entonces me veo obligado a modificarla. Le digo que intento contar mi historia, pero no puedo, no tengo valor, me hace demasiado daño. Entonces lo embellezco todo y describo las cosas no como sucedieron sino como yo querría que hubieran sucedido.

Ella dice:

—Sí. Hay vidas más tristes que el más triste de todos los libros.

Yo digo:

—Exactamente. Por muy triste que sea un libro, nunca puede ser tan triste como la vida.

Tras un silencio, pregunta:

—¿Su ligera cojera es por un accidente?

—No, por una enfermedad que tuve en la infancia.

Ella añade:

—Apenas se nota.

Me río.

Vuelvo a tener temas sobre los cuales escribir, pero no tengo bebida ni cigarrillos, salvo los dos o tres que me ofrece el celador después de las comidas. Solicito una entrevista con el oficial de policía, que me recibe enseguida. Tiene el despacho en el piso de arriba. Subo. Me siento en una silla delante de él. Es pelirrojo y tiene la cara cubierta de pecas. En la mesa, frente a él, hay un tablero de ajedrez con una partida empezada. El oficial observa el juego, avanza un peón, anota el movimiento en un cuaderno y levanta los ojos azul claro.

—¿Qué desea? La investigación todavía no ha terminado. Tardará varias semanas, un mes quizá.

Digo:

—No tengo prisa. Estoy muy bien aquí. Pero me harían falta algunas cosillas.

—¿Por ejemplo?

—Si pudiera añadir a los gastos de mi detención un litro de vino y dos paquetes de cigarrillos al día, la embajada no tendría nada que objetar.

Dice:

—No, pero le perjudicaría la salud.

Digo:

—¿Sabe qué puede ocurrirle a un alcohólico a quien le impiden beber repentinamente?

Él dice:

—No, ni me importa.

Le digo:

—Corro el riesgo de un delirium tremens. Puedo morirme en cualquier momento.

—¿En serio?

Baja los ojos y mira el tablero. Yo le digo:

—El caballo negro.

Sigue con los ojos fijos en el juego.

—¿Por qué? No lo veo.

Hago avanzar el caballo. Él lo anota en el cuaderno. Reflexiona un rato. Coge la torre.

—¡No!

Vuelve a dejar la torre, me mira.

—¿Juega usted bien?

—No sé. Hace mucho tiempo que no juego. En cualquier caso, sé más que usted.

Enrojece más que las pecas de su cara.

—Solo hace tres meses que juego. Sin que nadie me haya enseñado. ¿No podría darme alguna lección?

Yo digo:

—Con mucho gusto. Pero no se enfade si gano.

Dice:

—A mí no me interesa ganar. Lo que quiero es aprender.

Me levanto.

—Venga a verme con el juego cuando quiera. Mejor por la mañana. La mente está más despierta que por la tarde o por la noche.

Él dice:

—Gracias.

Baja los ojos en dirección al juego. Espero, toso.

—¿Y el vino y los cigarrillos?

Dice:

—No hay problema. Daré las órdenes oportunas. Tendrá los cigarrillos y el vino.

Salgo del despacho del oficial. Bajo y me quedo en el patio. Me siento en el banco. El otoño es muy suave este año. El sol se pone y el cielo se cubre de color naranja, amarillo, violeta, rojo y

otros colores que no tienen nombre.

Casi todos los días juego al ajedrez con el funcionario durante dos horas aproximadamente. Las partidas son largas, el funcionario reflexiona mucho, lo anota todo, pierde siempre.

También juego a cartas con mi celador, pero por las tardes, cuando la librera guarda la calceta y se va porque tiene que abrir la tienda. Los juegos de cartas de este país no se parecen a los de ninguno. Aunque son fáciles y en ellos tiene una gran influencia la suerte, pierdo continuamente. Jugamos con dinero, pero como no tengo, el celador anota mis deudas en una pizarra. Después de cada partida, se ríe como un loco y repite:

—¡Tengo potra! ¡Tengo potra!

Está recién casado y dentro de unos meses su mujer tendrá un hijo. A menudo me dice:

—Si es niño y usted todavía está aquí, borraré la pizarra.

Habla a menudo de su mujer alabando su belleza, sobre todo ahora que ha engordado y que los pechos y las nalgas casi se le han doblado de volumen. También me cuenta con detalle cómo se conocieron y se «frecuentaron», me habla de sus paseos de enamorados por el bosque, de la resistencia de ella y de la victoria de él, del matrimonio apresurado, urgente de pronto a causa del bebé ya en camino.

Pero lo que cuenta con más detalle todavía y con mayor satisfacción es la cena del día anterior. Cómo la preparó su mujer, con qué ingredientes, de qué modo y en cuánto tiempo, pues «cuanto más se cuece, mejor sale».

El oficial no habla, no cuenta nada. La única confidencia que me ha hecho es que repite a solas nuestras partidas de ajedrez, siguiendo sus notas, una vez por la tarde en su despacho y otra vez por la noche, en su casa. Le he preguntado si está casado y me ha respondido encogiéndose de hombros.

—¿Casado? ¿Yo?

La librera tampoco cuenta nada. Dice que no tiene nada que contar: crio a dos hijos y, desde hace seis años, es viuda, nada más. Cuando me hace preguntas sobre mi vida en el otro país, le contesto que todavía tengo menos cosas que contar que ella, porque no he criado a ningún hijo ni tampoco he tenido nunca mujer.

Un día me dice:

—Tenemos más o menos la misma edad.

Protesto:

—Me extrañaría. Usted parece mucho más joven que yo.

Se sonroja.

—¡Vamos, no busco cumplidos! Lo que quería decir es que si usted pasó la infancia en esta ciudad, seguro que fuimos a la misma escuela.

Digo:

—Sí, pero yo no fui a la escuela.

—No es posible. La escuela ya era obligatoria.

—No para mí. Yo entonces era retrasado mental.

Dice:

—Con usted no se puede hablar en serio. Siempre está de broma.

Tengo una enfermedad grave. Hoy hace exactamente un año que lo sé.

Comenzó en el otro país, en mi país de adopción, una mañana de principios de noviembre. A las cinco de la madrugada.

Fuera todavía es de noche. Me cuesta respirar. Un intenso dolor me bloquea la respiración. El dolor empieza en el pecho, me invade las costillas, la espalda, los hombros, los brazos, la garganta, la nuca y las mandíbulas. Como si una mano inmensa quisiera machacarme toda la parte superior del cuerpo.

Extender el brazo, lentamente, encender la lámpara de la mesilla de noche.

Sentarse despacio en la cama. Esperar. Levantarse. Ir hasta el escritorio, hasta el teléfono. Volver a sentarse en la silla. Llamar a la ambulancia. ¡No! La ambulancia no. Esperar.

Ir a la cocina, hacer café. No tener prisa. No hacer aspiraciones profundas. Respirar lentamente, suavemente, tranquilamente.

Después del café, ducharse, afeitarse, lavarse los dientes. Volver a la habitación, vestirse. Esperar ocho horas y no llamar una ambulancia, sino un taxi y a mi médico habitual.

Me recibe con carácter urgente. Me ausculta, me hace una radiografía de los pulmones, me examina el corazón, me toma la tensión.

—Vuelva a vestirse.

Ahora estamos uno frente al otro en su despacho.

—¿Continúa fumando? ¿Cuántos cigarrillos? ¿Sigue bebiendo? ¿Cuánto?

Respondo sin mentir. A él nunca le he mentado, creo. Sé que mi salud y mi enfermedad le dan absolutamente igual.

Escribe en mi ficha, me mira.

—Hace todo lo posible para destruirse. Es asunto suyo. No incumbe a nadie más que a usted. Hace diez años que le prohibí taxativamente que fumara y que bebiera. Pero usted continúa. Si quiere vivir unos años más, debería dejarlo de inmediato.

Le pregunto:

—¿Qué me pasa?

—Probablemente, una angina de pecho. Era previsible. Pero no soy especialista del corazón.

Me tiende una hoja de papel.

—Le recomiendo a un buen cardiólogo. Vaya a verle con esta nota al hospital y le hará un examen en profundidad. Cuanto antes mejor. Mientras tanto, si siente dolor, tome estos medicamentos.

Me da una receta. Le pregunto:

—¿Tendrán que operarme?

Él dice:

—Si todavía se está a tiempo...

—¿En caso contrario?

—En cualquier momento puede darle un infarto.

Voy a la farmacia más próxima y me dan dos cajas de medicamentos. En una hay calmantes de uso corriente; en la otra leo: «Trinitrina; indicación: angina de pecho; composición: nitroglicerina».

Vuelvo a casa, tomo un comprimido de cada caja, me acuesto en la cama. Los dolores desaparecen enseguida, me duermo.

Camino por las calles de la ciudad de mi niñez. Es una ciudad muerta, las puertas y las ventanas de las casas están cerradas, el silencio es absoluto.

Llego a una vieja calle ancha flanqueada por casas de madera y graneros destartalados. El terreno está cubierto de polvo y me resulta agradable caminar descalzo por el polvo.

Sin embargo, reina una tensión extraña.

Me vuelvo y veo un puma al otro extremo de la calle. Es un animal espléndido, pardo y dorado, con el pelo sedoso y brillante bajo el sol ardiente.

De pronto, todo arde. Las casas y los graneros se encienden y debo continuar andando por esa calle en llamas, ya que el puma también se pone en movimiento y me sigue a distancia con majestuosa lentitud.

¿Dónde puedo refugiarme? No hay salida. Las llamas o los colmillos.

¿Quizá al final de la calle?

Esta calle debe de terminar en alguna parte, todas las calles tienen un final, desembocan en una plaza, en otra calle, en los campos, en campo abierto, salvo cuando se trata de un callejón sin salida, este debe de ser el caso, un callejón sin salida, sí.

Siento el jadeo del puma detrás de mí, muy cerca de mí. No me atrevo a volverme, ya no puedo avanzar, mis pies han echado raíces en el suelo. Espero aterrado a que el puma, por fin, se abalance sobre mí por la espalda, me desgare los hombros hasta los muslos, me lacere la cabeza y la cara.

Pero el puma me adelanta, continúa su camino, impassible, para echarse a los pies de un niño que está allí, al final de la calle, un niño que antes no estaba pero que ahora está y que acaricia el puma echado a sus pies.

El niño me dice:

—No es malo, es mío. No hay que tenerle miedo. No se come a la gente, no come carne, solo come el alma.

Ya no hay llamas, se ha apagado la hoguera, la calle se ha reducido a cenizas suaves y frías.

Pregunto al niño:

—Eres mi hermano, ¿verdad? ¿Me esperabas?

El niño niega con la cabeza.

—No, yo no tengo hermano, no espero a nadie. Soy el guardián de la eterna juventud. El que espera a su hermano está sentado en un banco de la plaza principal. Es muy viejo. A lo mejor te espera a ti.

Encuentro a mi hermano sentado en un banco de la plaza principal. Al verme, se levanta.

—Llegas tarde, démonos prisa.

Subimos al cementerio y nos sentamos en la hierba amarilla. A nuestro alrededor, todo está podrido: las cruces, los árboles, los matorrales y las flores. Mi hermano remueve la tierra con el bastón y salen unos gusanos blancos.

Mi hermano dice:

—No todo está muerto. Esas cosas están vivas.

Hay un hervidero de gusanos. Verlos me revuelve el estómago. Digo:

—Si uno piensa, le resulta imposible amar la vida.

Mi hermano, con su bastón, me levanta la barbilla.

—No pienses. ¡Mira! ¿Habías visto antes un cielo tan hermoso?

Levanto los ojos. El sol se pone sobre la ciudad.

Respondo:

—No, nunca. En ningún sitio.

Caminamos uno al lado del otro hasta el castillo, nos paramos en el patio, al pie de la muralla. Mi hermano se encarama a la muralla y, una vez arriba, empieza a bailar al son de una música que al parecer procede del sótano. Baila, agitando los brazos hacia el cielo, hacia las estrellas, hacia la luna llena que se levanta. Con su delgada silueta, enfundada en su largo abrigo negro, avanza por las murallas bailando, mientras yo lo sigo corriendo desde abajo, gritando:

—¡No! ¡No lo hagas! ¡Detente! ¡Baja! ¡Te vas a caer!

Se para sobre mí.

—¿No te acuerdas? Nos paseábamos por los tejados y nunca nos daba miedo caer.

—Éramos jóvenes, no teníamos vértigo. ¡Baja de aquí!

Se ríe.

—No tengas miedo, que no me voy a caer, sé volar. Todas las noches planeo sobre la ciudad.

Levanta los brazos, salta y se estrella contra las baldosas del patio, a mis pies. Me inclino sobre él, cojo su cabeza calva, su rostro arrugado entre mis manos, lloro.

El rostro se descompone, los ojos desaparecen y ahora solo tengo en las manos un cráneo anónimo y deleznable que se pulveriza entre mis dedos como si fuera arena fina.

Me despierto llorando. Mi habitación está en la penumbra, he dormido durante gran parte del día. Me cambio la camisa empapada de sudor, me lavo la cara. Al mirarme en el espejo me pregunto cuándo lloré por última vez. No lo recuerdo.

Enciendo un cigarrillo, me siento delante de la ventana, observo cómo anochece sobre la ciudad. Debajo de mi ventana, un jardín vacío, con un solo árbol ya sin hojas. Más lejos, casas, cada vez más ventanas que van iluminándose. Detrás de las ventanas, vidas. Vidas sosegadas, vidas normales, tranquilas. Parejas, niños, familias. Oigo también el ruido lejano de los coches. Me pregunto por qué circulan coches, incluso de noche. ¿Adónde van? ¿Por qué?

La muerte, pronto, lo borrará todo.

Me da miedo.

Me da miedo morir, pero no iré al hospital.

Pasé la mayor parte de mi niñez en un hospital. Guardo recuerdos muy precisos. Vuelvo a ver mi cama entre una veintena de camas más, mi armario en el pasillo, mi silla de ruedas, mis muletas, la sala de tortura con la piscina y los artilugios. Las cintas por las que había que caminar infinitamente, sostenido por una correa; las anillas de las que había que colgarse, las bicicletas estáticas en las que había que seguir pedaleando incluso cuando uno profería alaridos de dolor.

Recuerdo aquel sufrimiento y también los olores, el de los medicamentos mezclado con el de la sangre, el sudor, la orina y los excrementos.

Todavía me acuerdo de las inyecciones, de las batas blancas de las enfermeras, de las preguntas sin respuesta y, sobre todo, de la espera. ¿La espera de qué? Probablemente de la curación, pero quizá también de otra cosa.

Más tarde me contaron que había llegado al hospital en estado comatoso y con una grave enfermedad. Tenía cuatro años, empezaba la guerra.

Lo anterior al hospital no lo recuerdo.

La casa blanca con los postigos verdes en una calle tranquila, la cocina donde cantaba mi madre, el patio donde mi padre partía leña, ¿acaso la felicidad perfecta en la casa blanca era una realidad de otra época o es que yo la había soñado o quizá imaginado durante las largas noches de esos cinco años que pasé en el hospital?

¿Y el que estaba acostado en la otra cama de mi cuartito y que respiraba al mismo ritmo que yo, ese hermano del que todavía creo saber el nombre, estaba muerto o nunca ha existido?

Un día, cambiamos de hospital. Este se llamaba «centro de reeducación», pero también era un hospital. Las habitaciones, las camas, los armarios y las enfermeras eran los mismos y continuaban los ejercicios dolorosos.

El centro estaba rodeado por un inmenso parque. Nos permitían salir del edificio para chapotear en una piscina de barro. Cuanto más te embadurnabas de barro, más contentas se ponían las enfermeras. También nos dejaban montar en ponis de pelo largo, que nos paseaban lentamente por el parque en su grupa.

A los seis años, empecé a ir a la escuela en una salita del hospital. Éramos ocho o doce, según nuestro estado de salud, y seguíamos las clases que nos daba una maestra.

La maestra no llevaba bata blanca, sino faldas cortas y ceñidas, blusas de colores vivos y zapatos de tacón alto. Tampoco llevaba cofia, los cabellos le flotaban sueltos sobre los hombros y eran de un color parecido al de las castañas que en septiembre caían de los árboles del parque.

Yo llevaba los bolsillos llenos de esos frutos relucientes. Los utilizaba para bombardear a las enfermeras y las vigilantes. Por la noche, los arrojaba a la cama de los que gimoteaban o lloraban para hacerles callar. También los lanzaba a los cristales del invernadero, donde un viejo jardinero cultivaba las lechugas que nos obligaban a comer. Una mañana, muy temprano, dejé unas veinte castañas en la puerta del despacho de la directora para que se cayera rodando por la escalera, pero solo se cayó sentada de culo y no se rompió nada.

En aquella época, ya no iba en silla de ruedas, sino que caminaba con muletas. Me decían que hacía muchos progresos.

Iba a clase de ocho a doce de la mañana. Después de comer, echaba la siesta, pero, en lugar de dormir, leía los libros que me prestaba la maestra o los que sacaba del despacho de la directora cuando ella no estaba. Por la tarde hacía ejercicios físicos como todo el mundo y por la noche me tocaba hacer los deberes.

Hacía los deberes a toda prisa y luego me dedicaba a escribir cartas. A la maestra. Pero nunca se las daba. A mis padres y a mi hermano. Pero nunca se las enviaba. No sabía su dirección.

Así pasaron casi tres años. Ya no necesitaba muletas, podía andar con un bastón. Sabía leer, escribir y calcular. No nos ponían notas, pero a menudo me daban una estrella dorada que pegaban al lado de mi nombre en la pared. El cálculo mental se me daba muy bien.

La maestra tenía una habitación en el hospital, pero no siempre se quedaba a dormir. Por la noche se iba a la ciudad y no volvía hasta la mañana siguiente. Le pregunté si podía llevarme con

ella, me respondió que no era posible, que yo no tenía permiso para ausentarme del centro, pero me prometió que me traería chocolate. Me daba el chocolate en secreto porque no había para todos.

Una noche le dije:

—Ya estoy harto de dormir con chicos. Me gustaría dormir con una mujer.

Se echó a reír.

—¿Quieres dormir en la sala de las niñas?

—No, con las niñas no. Con una mujer.

—¿Con qué mujer?

—Con usted, por ejemplo. Me gustaría dormir en su habitación, en su cama.

Me besó en los ojos.

—Los niños de tu edad deben dormir solos.

—¿Usted también duerme sola?

—Sí, yo también.

Una tarde vino a mi escondrijo, que estaba en lo alto de un nogal cuyas ramas formaban una especie de asiento muy cómodo donde podía leer y desde donde se veía la ciudad.

La maestra me dijo:

—Esta noche, cuando todos duerman, puedes venir a mi habitación.

No aguardé a que todos estuvieran dormidos. A lo mejor me habría tocado esperar hasta que amaneciera. Nunca se dormían todos al mismo tiempo. Algunos lloraban, otros iban al retrete diez veces en una noche, otros se metían en la misma cama para hacer marranadas, otros se quedaban charlando hasta el amanecer...

Di los cachetes habituales a los llorones y fui a ver al rubito paralítico que no se mueve ni habla. Solo mira al techo o al cielo cuando lo sacan, sonriendo. Le cogí la mano, la apreté contra mi cara y cogí su rostro entre mis manos. Sonrió sin dejar de mirar al techo.

Salí del dormitorio y fui a la habitación de la maestra. No estaba. Me metí en su cama. Olía bien. Me dormí. Cuando me desperté, en plena noche, estaba acostada a mi lado con los brazos cruzados delante de la cara. Le descrucé los brazos y se los puse alrededor de mi cuerpo, me apreté contra ella y me quedé así, despierto, hasta la mañana.

Algunos recibían cartas que les entregaban las enfermeras o que se las leían si ellos no sabían leer. Más adelante, yo leía las cartas a los que no sabían y me lo pedían. Por lo general, les leía exactamente lo contrario de lo que decían las cartas. El resultado era, por ejemplo: «Querido hijo, no te cures, por lo que más quieras. Estamos estupendamente sin ti. No te echamos de menos en absoluto. Ojalá sigas siempre aquí, porque no nos apetece lo más mínimo tener un inválido en casa. Pese a todo, te mandamos un abrazo y sé bueno, porque los que te cuidan tienen mucho mérito. Nosotros no lo haríamos. Tenemos mucha suerte de que haya alguien que haga contigo lo que en realidad tendríamos que hacer nosotros, porque en nuestra familia, donde todos gozamos de buena salud, ya no hay sitio para ti. Tus padres, tus hermanas y tus hermanos».

El chico al que le leía la carta me decía:

—La enfermera me ha leído la carta de otra manera.

Yo decía:

—Te la ha leído de otra manera porque no quería entristecerte. Yo te he leído lo que está escrito. Creo que tienes derecho a saber la verdad.

Él decía:

—Tengo derecho, pero la verdad no me gusta. La carta era mejor antes. La enfermera ha hecho bien leyéndomela de otra manera.

Y se echaba a llorar.

Muchos también recibían paquetes: pasteles, galletas, jamón, salchichones, confitura y miel. La directora había dicho que había que distribuir entre todos el contenido de los paquetes. Sin embargo, había niños que escondían la comida en la cama o en el armario.

Yo me acercaba a uno de ellos y le preguntaba:

—¿No tienes miedo de que esté envenenado?

—¿Envenenado? ¿Por qué?

—Los padres prefieren un hijo muerto que un hijo tullido. ¿No lo habías pensado?

—No, nunca. Eres un mentiroso. ¡Vete!

Más tarde, veía al niño en cuestión tirando el paquete al cubo de la basura del centro.

Algunos padres venían a visitar a su hijo. Yo los esperaba en la puerta del centro. Les preguntaba cuál era el objeto de su visita, el nombre de su hijo. Después de oír sus respuestas, les decía:

—Lo siento mucho. Su hijo murió hace dos días. ¿Todavía no han recibido la carta?

Después me marchaba corriendo y me escondía.

La directora me llamó y me preguntó:

—¿Por qué eres tan malo?

—¿Malo, yo? No sé de qué me habla.

—Sí, lo sabes muy bien. Has dicho a unos señores que su hijo había muerto.

—¿Y qué? ¿No había muerto?

—No. Y tú lo sabías.

—Pues me habré equivocado de nombre. Se parecen tanto los nombres...

—Salvo el tuyo, claro. Pero esta mañana no se ha muerto ningún niño.

—¿Ah, no? Entonces me he confundido con la semana pasada.

—Sí, claro. Pero te aconsejo que no vuelvas a confundirte de nombres ni de semanas. Y te prohíbo que hables con los padres y con la gente que viene de visita. Te prohíbo también que leas cartas a los niños que no saben leer.

Yo dije:

—Lo único que quería era hacerles un favor.

Ella dijo:

—Te prohíbo hacer favores. ¿Lo has entendido?

—Sí, señora directora, lo he entendido. Pero que nadie se lamente si no le ayudo a subir las escaleras, si no lo levanto cuando se caiga, si no le explico la aritmética ni le corrijo la ortografía de las cartas. Si me prohíbe hacer favores, prohíba también que nadie me pida favores.

Se quedó mirándome un buen rato y dijo:

—Está bien. Vete.

Al salir de su despacho, vi a un niño llorando porque se le había caído una manzana y no alcanzaba a cogerla. Pasé por su lado diciendo:

—Ya puedes llorar, manazas, que así no vas a conseguir la manzana.

Desde la silla en la que estaba sentado me preguntó:

—¿No quieres dármela, por favor?

Yo dije:

—Apáñatelas solo, imbécil.

Por la noche, la directora entró en el comedor, hizo un discurso y, al final, dijo que nadie pidiera ningún favor, que únicamente había que pedir favores a las enfermeras, a la maestra y, en caso de fuerza mayor, a ella.

A raíz de todo eso, me ordenaron que permaneciera dos veces por semana en la salita situada al lado de la enfermería, donde había una vieja sentada en un gran sillón con una gruesa manta sobre las rodillas. Me habían hablado de ella. Los otros niños que ya habían estado en aquel cuarto contaban que la vieja era muy simpática, que era como una abuelita y que se estaba bien con ella, que podías echarte en una litera o sentarte a una mesa y ponerte a dibujar todo lo que se te antojara. También se podían mirar libros ilustrados y hablar de lo que uno quisiera.

La primera vez que me tocó ir a aquel cuarto no nos dijimos nada, apenas nos dimos los buenos días y me aburrí como una ostra. Los libros de la vieja no me interesaban, no tenía ganas de dibujar y me dediqué a pasear de la puerta a la ventana y de la ventana a la puerta.

Al cabo de un rato, me preguntó:

—¿Por qué caminas sin parar?

Paré para responderle:

—Tengo que hacer ejercicio con la pierna lisiada. Siempre que puedo y no tengo nada mejor que hacer procuro andar.

La vieja esbozó una sonrisa llena de arrugas.

—A mí me parece que tu pierna va muy bien.

—No mucho.

Eché el bastón sobre la cama, di unos pasos y me caí cerca de la ventana.

—Ya ve usted lo bien que va.

Me arrastré para recuperar el bastón.

—Cuando pueda prescindir de esto, querrá decir que va bien.

No volví a hacerle compañía las otras veces que tenía que ir. Me buscaron por todas partes, pero no me encontraron. Estaba sentado entre las ramas del nogal en el otro extremo del jardín. La maestra era la única que conocía el escondrijo.

La última vez fue la propia directora la que me condujo a la salita, justo después de la comida de mediodía. Me empujó dentro y me caí en la cama. Me quedé tumbado. La vieja comenzó a hacerme preguntas:

—¿Te acuerdas de tus padres?

Le respondí:

—No, nada. ¿Y usted?

Ella siguió preguntando:

—¿En qué piensas por la noche antes de dormirte?

—En dormir. ¿Usted no?

Me preguntó:

—Dijiste a unos señores que su hijo había muerto. ¿Por qué?

—Para darles una alegría.

—¿Por qué?

—Porque es una alegría saber que tu hijo está muerto en lugar de estar tullido.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y basta.

La vieja todavía me preguntó:

—¿Lo haces porque tus padres no vienen nunca?

Yo le dije:

—¿Y a usted qué le importa?

Ella continuó:

—No te escriben nunca. No te mandan paquetes. Por eso te vengas con los otros niños.

Me levanté de la cama y le dije:

—Sí, y con usted también.

La golpeé con el bastón y me caí.

La mujer lanzó un alarido.

Siguió gritando y yo seguí golpeándola desde el suelo, donde había caído. Mis golpes solo le llegaban a las piernas, a las rodillas.

Entraron unas enfermeras, alertadas por los gritos. Me inmovilizaron y me condujeron a otra salita, parecida a la anterior, salvo que no había ninguna mesa, ni biblioteca, solo una cama y nada más. También había barrotes en las ventanas y la puerta estaba cerrada por fuera.

Me quedé dormido un momento.

Cuando me desperté, llamé a la puerta, di unos golpes con el pie ante la puerta, grité. Pedí que me trajeran mis cosas, los deberes, mis libros.

Nadie me respondió.

En plena noche, mi maestra entró en la habitación y se acostó a mi lado en la estrecha cama. Escondí la cara entre sus cabellos y, de pronto, me dieron unos grandes temblores. Se sacudía todo mi cuerpo, me salía hipo por la boca, los ojos se me llenaron de agua, la nariz me goteaba. Sollocé y ya no pude parar.

En el centro cada vez había menos comida, hubo que convertir el jardín en huerto. Todos los que podían trabajar lo hacían a las órdenes del viejo jardinero. Plantábamos patatas, judías y zanahorias. Lamentaba no ir en silla de ruedas.

Cada vez había que bajar con más frecuencia al sótano a causa de las alarmas, casi siempre por la noche. Las enfermeras llevaban en brazos a los que no podían andar. Entre los montones de patatas y los sacos de carbón, encontraba a la maestra, me apretaba contra ella y le decía que no tuviera miedo.

Cuando cayó la bomba en el centro, estábamos en clase y no sonó la alarma. Comenzaron a caer bombas a nuestro alrededor, los chicos se escondían debajo de las mesas, yo me quedé de pie, precisamente estaba recitando un poema. La maestra se precipitó sobre mí, me empujó al suelo, yo no veía nada, me ahogaba. Intenté apartarla, pero su cuerpo era cada vez más pesado. Un líquido espeso, tibio y salado me corría por los ojos, por la boca y por el cuello, perdí el conocimiento.

Me desperté en una sala de gimnasia. Una monja estaba limpiándome la cara con un trapo húmedo, decía a alguien:

—Este no está herido, me parece.

Me puse a vomitar.

En la sala de gimnasia había gente tumbada en jergones por todas partes. Niños y adultos. Algunos gritaban, otros no se movían, no se podía saber si estaban muertos o vivos. Busqué entre ellos a la maestra, pero no la encontré. Tampoco estaba el rubito paralítico.

Al día siguiente, me interrogaron, me preguntaron cómo me llamaba, quiénes eran mis padres, dónde vivían, pero cerré los oídos a las preguntas y no respondí, no hablé. Pensaron que era sordomudo y me dejaron en paz.

Me dieron otro bastón y, una mañana, una monja me cogió de la mano. Fuimos a la estación, subimos a un tren, llegamos a otra ciudad. La atravesamos a pie hasta la última casa, cerca del bosque. La monja me dejó allí, en casa de una vieja campesina a la que más tarde aprendí a llamar «abuela».

Ella a mí me llamaba «hijo de perra».

Estoy sentado en un banco de la estación. Espero el tren. He llegado con casi una hora de antelación.

Desde aquí veo toda la ciudad. La ciudad donde he vivido durante casi cuarenta años.

Antaño, cuando llegué, era una pequeña ciudad encantadora, con un lago, un bosque, viejas casas bajas y numerosos parques. Ahora ha quedado separada del lago por una autopista, el bosque está destrozado, los parques han desaparecido y los nuevos edificios altos la afean. Las calles viejas y estrechas están abarrotadas de coches, incluso las aceras. En lugar de las viejas tabernas ahora hay restaurantes sin estilo alguno o *self-services* donde se come deprisa y corriendo, a veces incluso de pie.

Miro la ciudad por última vez. No volveré, no quiero morir aquí.

No he dicho adiós ni hasta la vista a nadie. Ya no tengo amigos ni mucho menos amigas. Mis numerosas amantes deben de estar casadas, ser madres de familia y, a estas alturas, ya no deben de ser jóvenes. Hace mucho tiempo que no las reconozco por la calle.

Mi mejor amigo, Peter, que fue mi tutor en mi juventud, murió hace dos años de un infarto. Su mujer, Clara, que fue mi amante y mi iniciadora, se suicidó hace mucho tiempo, porque no soportaba la proximidad de la vejez.

Me voy sin dejar a nadie ni nada detrás de mí. Lo he vendido todo. No era mucho. Los muebles no valían nada, los libros menos aún. Del viejo piano y de los pocos cuadros he podido sacar algún dinero, eso es todo.

Llega el tren y subo. Solo llevo una maleta. Apenas llevo más cosas al marcharme de aquí que cuando llegué. En este país rico y libre, no he hecho fortuna.

Tengo un visado de turista para mi país natal, un visado válido únicamente para un mes, pero renovable. Espero que el dinero que llevo me baste para vivir unos meses, tal vez un año. También me he provisto de medicamentos.

Al cabo de dos horas, llego a una gran estación internacional. Tras otra espera, un tren nocturno en el que he reservado una litera. La de abajo, porque sé que no voy a dormir y que

saldré a menudo para fumar un cigarrillo.

De momento, estoy solo.

Lentamente el vagón va llenándose. Una vieja, dos muchachas y un hombre que tiene más o menos mi edad. Salgo al pasillo, fumo, contemplo la noche. Hacia las dos, me acuesto y me parece que duermo un poco.

Por la mañana temprano, llegada a otra gran estación. Tres horas de espera que paso en el bar tomando unos cafés.

El tren que tomo esta vez es de mi país natal. Hay muy pocos viajeros. Los asientos son incómodos, las ventanas están sucias, los ceniceros llenos, el suelo negro y pegajoso, los retretes prácticamente inutilizables. No hay vagón restaurante ni tampoco bar. Los viajeros sacan el almuerzo, comen, dejan los papeles manchados de grasa, las botellas vacías en la mesilla de la ventana o los tiran al suelo, debajo de los asientos.

Dos de los viajeros solo hablan la lengua de mi país. Los escucho, pero no les hablo.

Miro por la ventana. El paisaje cambia. Salimos de una región montañosa, llegamos a una llanura.

Se han reanudado mis dolores.

Me trago los medicamentos sin agua. No se me ha ocurrido comprar bebida y me resisto a pedir a los viajeros.

Cierro los ojos. Sé que nos acercamos a la frontera.

Ya hemos llegado. El tren se para, suben guardias, aduaneros y policías. Me piden los papeles, me los devuelven con una sonrisa. En cambio, los dos viajeros que solo hablan la lengua del país son sometidos a un largo interrogatorio y su equipaje es objeto de registro.

El tren vuelve a arrancar y ahora, en las paradas, solo sube gente del país.

En mi pequeña ciudad no se detienen los trenes procedentes del extranjero. Me bajo en la localidad vecina, situada más hacia el interior, más grande además. Podría tomar enseguida el tren de enlace, me enseñan el trenecito rojo de tres vagones que sale del andén número 1 cada hora en dirección a mi pequeña ciudad. Lo veo marcharse.

Salgo de la estación, tomo un taxi y pido que me lleve a un hotel. Subo a la habitación, me acuesto y me duermo inmediatamente.

Al despertarme, corro las cortinas de la ventana. Da al oeste. A lo lejos, detrás de la montaña de mi pequeña ciudad, veo ponerse el sol.

Cada día voy a la estación, observo el trenecito rojo que llega y vuelve a marchar. Después, me paseo por la ciudad. Por la noche tomo unas copas en el bar del hotel o en alguna taberna de la localidad, junto a desconocidos.

Mi habitación tiene un balcón. Me siento en él a menudo, ahora que empieza a hacer calor. Desde allí veo un cielo inmenso, como no lo veía desde hace cuarenta años.

Voy cada vez más lejos en mis paseos por la ciudad, incluso salgo de ella y me paseo por el campo.

Sigo una pared de piedra y metal. Detrás de esa pared oigo cantar un pájaro y descubro las ramas desnudas de los castaños.

El portón de hierro forjado está abierto. Entro, me siento en la gran piedra cubierta de musgo cerca de la entrada. A esa piedra grande la llamábamos «la roca negra», aunque no fue nunca negra, sino más bien gris o azul y ahora completamente verde.

Contemplo el parque, lo reconozco. También reconozco el gran edificio situado al fondo del parque. Tal vez los árboles sean los mismos, pero los pájaros no, desde luego. Han transcurrido muchos años. ¿Cuánto tiempo vive un árbol? ¿Cuánto tiempo vive un pájaro? No tengo ni la menor idea.

¿Y cuánto tiempo viven las personas? Una eternidad, supongo, puesto que veo a la directora del centro que se acerca.

Me pregunta:

—¿Qué hace usted aquí, señor?

Me levanto, le digo:

—Solo miro, señora directora. Pasé aquí cinco años de mi niñez.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará aproximadamente cuarenta años. Cuarenta y cinco. La he reconocido. Usted era entonces la directora del centro de reeducación.

Exclama:

—¡Qué impertinencia! Sepa, señor mío, que hace cuarenta años yo ni siquiera había nacido, pero reconozco a los sátiros de lejos. Márchese o llamaré a la policía.

Me marcho, vuelvo al hotel, tomo unas copas con un desconocido. Le cuento el lance de la directora.

—No es la misma, evidentemente. La otra debe de estar muerta.

Mi nuevo amigo levanta la copa.

—Conclusión: o las directoras se parecen todas o viven muchos años. Mañana lo acompañaré al centro. Podrá visitarlo a sus anchas.

Al día siguiente el desconocido viene a buscarme al hotel. Me acompaña en coche hasta el centro. Justo antes de entrar, delante del portón, me dice:

—Mire, la mujer que vio ayer es la misma. Pero ahora ya no es directora, ni de aquí ni de ningún sitio. Me he informado. El centro donde estuvo ayer es ahora un hospicio para ancianos.

Digo:

—Quisiera ver únicamente el dormitorio común. Y el jardín.

El nogal sigue allí, aunque me parece muy desmedrado. No tardará en morir.

Digo a mi compañero:

—Pronto se morirá mi árbol.

Dice él:

—No sea sentimental. Todo muere.

Entramos en el edificio. Atravesamos el pasillo, entramos en la habitación que era la mía y la de muchos otros niños cuarenta años atrás. Me paro en el umbral de la puerta, miro. Todo está como antes. Una docena de camas, paredes blancas, camas blancas, vacías. Las camas siempre están vacías a esa hora.

Subo corriendo un piso, abro la puerta de la habitación donde estuve encerrado varios días. La cama sigue allí, en el mismo sitio. Quizá es la misma cama.

Nos acompaña una muchacha, dice:

—Todo fue bombardeado, pero se reconstruyó igual. Como antes. Todo es como antes. El edificio es muy bonito, no se puede modificar.

Una tarde, me acometen de nuevo los dolores. Vuelvo al hotel, tomo los medicamentos, hago el equipaje, pago la factura y llamo un taxi.

—A la estación.

El taxi se para delante de la estación, digo al chófer:

—Vaya a comprarme el billete para la ciudad de K. Estoy enfermo.

El chófer dice:

—No es competencia mía. Yo le he llevado a la estación. Bájese, no quiero enfermos.

Me deja la maleta en la acera y abre la puerta de mi lado.

—Salga, salga del coche.

Cojo dinero extranjero de la cartera y se lo doy.

—Si tiene usted la bondad...

El chófer entra en el edificio de la estación y vuelve con el billete, me ayuda a bajar del coche, me coge del brazo, me lleva la maleta, me acompaña al andén número 1, espera a mi lado hasta que llega el tren. Cuando llega el tren, me ayuda a subir, me coloca la maleta al lado y me recomienda al revisor.

Sale el tren. En los compartimientos, apenas hay nadie. Está prohibido fumar.

Cierro los ojos, los dolores se atenúan. El tren se para casi cada diez minutos. Sé que cuarenta años atrás ya hice ese viaje.

Antes de llegar a la estación de la pequeña ciudad, el tren se paró. La monja me tiró del brazo, me sacudió, yo no me moví. Ella saltó del tren, corrió y se echó en un campo. Todos los viajeros corrieron y se echaron en un campo. Yo me quedé solo en el compartimiento. Sobre nosotros pasaban aviones, ametrallaban el tren. Cuando se hizo el silencio de nuevo, la monja volvió. Me dio un cachete, el tren reanudó la marcha.

Abro los ojos. Estamos a punto de llegar. Ya veo la nube de plata encima de la montaña, después aparecen las torres del castillo y los campanarios de muchas iglesias.

El 22 de abril, tras cuarenta años de ausencia, he regresado a la ciudad de mi infancia.

La estación no ha cambiado. Solo está más limpia e incluso tiene flores, flores de aquí cuyo nombre desconozco y que no he visto en ninguna parte.

También hay un autobús que ahora arranca, ocupado por los escasos viajeros del tren y por los obreros de la fábrica de enfrente.

Yo no tomo el autobús. Me quedo delante de la estación, con la maleta en el suelo, y contemplo la hilera de castaños de la calle de la estación que conduce a la ciudad.

—¿Quiere que le lleve la maleta, señor?

Ante mí hay un niño de unos diez años.

Dice:

—Se le ha escapado el autobús. No habrá otro hasta dentro de media hora.

Le digo:

—Da igual. Iré a pie.

Dice:

—Su maleta pesa mucho.

Levanta la maleta y no la suelta. Me echo a reír.

—Sí, pesa. No podrás llevarla muy lejos, lo sé. Hice este trabajo antes que tú.

El niño deja la maleta en el suelo.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Cuando tenía tu edad. Hace mucho tiempo.

—¿Dónde?

—Aquí, delante de esta misma estación.

Dice él:

—Yo sí que puedo llevar la maleta.

Yo digo:

—De acuerdo, pero déjame que me adelante diez minutos. Quiero ir solo. Tú tómate el tiempo que necesites porque no llevo prisa. Te esperaré en el «jardín negro». Si todavía existe.

—Sí que existe, señor.

El «jardín negro» es un pequeño parque situado al final del paseo de los castaños y no tiene nada negro, salvo la verja de hierro forjado que lo circunda. Me siento en un banco, espero al niño. No tarda en llegar, deja la maleta en otro banco delante de mí, se sienta, sin aliento.

Enciendo un cigarrillo, pregunto:

—¿Por qué haces este trabajo?

Dice:

—Quiero comprarme una bici. Una bici de cross. ¿Me da un cigarrillo?

—No, nada de cigarrillos para ti. Yo estoy a las puertas de la muerte por culpa de los cigarrillos. ¿Quieres morirte tú también por culpa de los cigarrillos?

Me dice:

—De algo hay que morir... De todos modos, todos los sabios dicen lo mismo...

—¿Qué dicen los sabios?

—Que la tierra está jodida. Que no hay nada que hacer. Que es demasiado tarde.

—¿Dónde has oído hablar de esas cosas?

—En todas partes. En la escuela y sobre todo en la televisión.

Arrojo el cigarrillo.

—De todos modos, no te daré un cigarrillo.

Me dice:

—Es usted una mala persona.

Digo:

—Sí, soy una mala persona. ¿Y qué? ¿Hay algún hotel en esta ciudad?

—¡Claro que sí! Hay varios. ¿No lo sabía? Pues parecía que conocía la ciudad...

Digo:

—Cuando yo vivía aquí, no había hoteles. Ni uno solo.

Dice:

—Pues debe de hacer mucho tiempo de eso. En la plaza principal hay un hotel completamente nuevo. Se llama el Gran Hotel, porque es el más grande.

—Pues vayamos a ese.

Delante del hotel, el niño deja la maleta en el suelo.

—No puedo entrar, señor. La mujer de la recepción me conoce. Se lo diría a mi madre.

—¿Qué? ¿Que me has llevado la maleta?

—Sí. Mi madre no quiere que lleve maletas.

—¿Por qué?

—No lo sé. No quiere que haga este trabajo. Solo quiere que estudie.

Le preguntó:

—¿Y tus padres? ¿Qué hacen?

Dice:

—No tengo padres. Solo madre. No tengo padre. Nunca he tenido.

—¿Y tu madre? ¿A qué se dedica?

—Precisamente trabaja aquí, en el hotel. Friega las baldosas dos veces al día. Pero a ella le gustaría que yo fuera un sabio.

—¿Qué quieres decir con eso de ser un sabio?

—Bueno, ella no lo sabe porque no sabe qué hacen los sabios. Cree que podría ser profesor o médico, me parece.

Digo:

—Está bien. ¿Cuánto quieres cobrar por llevarme la maleta?

Dice:

—La voluntad, señor.

Le doy un par de monedas.

—¿Basta con esto?

—Sí, señor.

—No, señor. Con esto no basta. ¡No vas a llevar una maleta tan pesada desde la estación hasta aquí por tan poco dinero!

Me dice:

—Tomo lo que me dan, señor. No tengo derecho a exigir más. Además, hay gente pobre. A veces llevo maletas de balde. Me gusta este trabajo. Me gusta esperar en la estación. Me gusta ver llegar a gente. Conozco de vista a toda la gente de aquí y me gusta ver llegar a gente de fuera. Gente como usted. Viene de lejos, ¿verdad?

—Sí, de muy lejos. De otro país.

Le doy un billete y entro en el hotel.

Escojo una habitación de la esquina, desde la que se ve toda la plaza, la iglesia, el colmado, las tiendas y la librería.

Son las nueve de la noche, la plaza está vacía. En las casas están encendidas las luces. Bajan las persianas, cierran los postigos, corren las cortinas, la plaza queda cerrada.

Me instalo frente a una de las ventanas de mi habitación, observo la plaza y las casas, de noche.

De niño soñaba a menudo con vivir en una de las casas de la plaza principal, cualquiera, pero especialmente la azul, donde había y sigue habiendo una librería.

Pero en esta ciudad tan solo he vivido en la casita ruinoso de la abuela, lejos del centro, en las afueras, cerca de la frontera.

En casa de la abuela trabajaba desde la mañana hasta la noche, igual que ella. Me daba comida y alojamiento, pero nunca me dio dinero. Sin embargo, yo necesitaba dinero para comprar jabón, pasta dentífrica, ropa y zapatos. Así que, por la noche, iba a la ciudad y tocaba la armónica en las

tabernas. Vendía leña que recogía en el bosque, setas y castañas. También vendía huevos que robaba a la abuela, y pescado, que pronto aprendí a pescar. Hacía todo tipo de trabajos para quien fuese. Llevaba recados, cartas y paquetes, la gente me tenía confianza porque creía que era sordomudo.

Al principio, no hablaba, ni siquiera a la abuela, pero enseguida necesité decir los números, por la cosa del regateo.

Por la noche solía vagar por la plaza principal. Miraba el escaparate de la librería-papelería, las hojas blancas, los cuadernos escolares, las gomas y los lápices. Todo era demasiado caro para mí.

Para ganar un poco más de dinero, iba a la estación siempre que podía y esperaba la llegada de los pasajeros. Llevaba maletas.

Así pude comprarme hojas de papel, un lápiz, una goma y un gran cuaderno en el que anoté mis primeras mentiras.

Unos meses después de la muerte de la abuela, entró gente en casa sin llamar. Eran tres, uno de ellos con el uniforme de guardia de frontera. Los otros dos iban de paisano. Uno no decía nada, solo escribía. Era joven, casi tanto como yo. El otro tenía los cabellos blancos. Era el que me hacía las preguntas.

—¿Desde cuándo vive usted aquí?

Digo:

—No sé. Desde que bombardearon el hospital.

—¿Qué hospital?

—No sé. El centro.

El de uniforme interviene:

—Cuando me hice cargo del puesto, ya estaba aquí.

El de paisano pregunta:

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres años. Pero él ya estaba aquí de antes.

—¿Cómo lo sabe?

—Se nota. Trabajaba en la casa como alguien que ha estado siempre en ella.

El hombre del cabello blanco se vuelve hacia mí.

—¿Era usted pariente de la señora V., cuyo nombre de soltera era María Z.?

Digo:

—Era mi abuela.

Me pregunta:

—¿Tiene algún papel que atestigüe el parentesco?

Digo:

—No, no tengo ningún papel. Solo tengo las hojas que me compro en la librería.

Dice:

—De acuerdo. ¡Tome nota!

El muchacho de paisano se pone a escribir:

—La señora María V., nacida María Z., ha muerto sin dejar herederos, por lo que todos sus bienes, su casa y sus tierras pasan a ser propiedad del Estado y se adjudican al municipio de la

ciudad de K., que hará de ellos el uso que estime oportuno.

Los hombres se ponen de pie, yo les pregunto:

—¿Y yo qué tengo que hacer?

Se miran. El de uniforme dice:

—Tiene que marcharse.

—¿Por qué?

—Porque ya no le corresponde estar aquí.

Yo pregunto:

—¿Y cuándo debo marcharme?

—No sé.

Mira al hombre de paisano, que lleva un traje gris y dice:

—No tardaremos en comunicárselo. ¿Cuántos años tiene?

—Pronto cumpliré quince. No puedo irme antes de que maduren los tomates.

Dice él:

—¡Claro, los tomates! ¿Solo tiene quince años? Entonces no habrá ningún problema.

Pregunto:

—¿Y adónde tendré que ir?

Se calla un momento, mira al hombre de uniforme, el hombre de uniforme lo mira, el de paisano baja los ojos.

—No se preocupe. Nos ocuparemos de usted. Sobre todo, no se preocupe.

Los tres hombres salen. Los sigo caminando por la hierba para no hacer ruido.

El guardia de frontera dice:

—¿No podéis dejarlo? Es buen chico y trabaja de firme.

El de paisano dice:

—No es esa la cuestión. Está la ley. Las tierras de la señora V. pertenecen al municipio. Hace casi dos años que el chico vive aquí sin ningún derecho.

—¿Y a quién perjudica?

—A nadie. Pero, oiga, ¿por qué sale usted en defensa de ese golfo?

—Hace tres años que observo cómo se ocupa del huerto y de los animales. No es ningún golfo, en todo caso no lo es más que usted.

—¿Cómo se atreve a tratarme de golfo?

—Yo no he dicho eso. Lo único que he dicho es que no lo es más que usted. Además, me importa un comino. Usted y él. Dentro de tres semanas me desmovilizan y entonces solo voy a ocuparme de mi huerto. Usted, señor, tendrá un alma en la conciencia si deja a ese niño en la calle. Buenas noches y que duerma usted bien.

El de paisano dice:

—No lo dejaremos en la calle. Nos haremos cargo del chico.

Se van. Al cabo de unos días, vuelven. El mismo hombre del cabello blanco, el joven y una mujer que los acompaña. Una mujer de edad y con gafas que se parece a la directora del centro.

Me dice:

—Escúchame bien. No queremos hacerte ningún daño, queremos hacernos cargo de tu situación. Vendrás con nosotros a una casa muy bonita en la que viven otros niños como tú.

Le digo:

—Yo ya no soy ningún niño. No necesito que nadie se haga cargo de mí. Y no quiero ir a ningún hospital.

Ella dice:

—No es ningún hospital. Podrás estudiar.

Estamos en la cocina. La mujer habla, no la escucho. El señor de los cabellos blancos también habla. Tampoco lo escucho.

El único que está callado es el joven que toma nota de todo, ni siquiera me mira.

Al marcharse, la mujer dice:

—No te preocupes. Estamos contigo. Pronto todo irá mejor. No te abandonaremos, nos ocuparemos de ti. Te salvaremos.

El hombre añade:

—Dejaremos que te quedes aquí este verano. A finales de agosto empezarán los derribos.

Tengo miedo, miedo de ir a una casa en la que querrán ocuparse de mí, en la que querrán salvarme. Debo marcharme de aquí. Me pregunto adónde iré.

Compro un mapa del país y un plano de la capital. Cada día voy a la estación, consulto el horario. Pregunto el precio de los billetes para diferentes ciudades. Tengo muy poco dinero y no quiero tocar lo que me dejó la abuela. Ella ya me había puesto en guardia:

—Nadie debe saber que lo tienes. Te harán preguntas, te encerrarán, te lo quitarán todo. Y no digas nunca la verdad. Haz como que no entiendes lo que te preguntan. Si te toman por imbécil, mejor.

La herencia de la abuela está enterrada debajo del banco que hay delante de la casa, en un saco de lona que contiene joyas, monedas de oro y de plata. Si tratase de venderlo, me acusarían de robo.

Fue en la estación donde encontré al hombre que quería cruzar la frontera.

Es de noche. El hombre está allí, delante de la estación, con las manos en los bolsillos. Los demás viajeros se han ido. La plaza de la estación está desierta.

El hombre me hace señas para que me acerque, me dirijo hacia él. No lleva equipaje.

Digo:

—Normalmente llevo las maletas de los viajeros. Pero veo que usted no lleva maletas.

Dice:

—No, no llevo.

Digo:

—Si puedo servirle en algo... Veo que es usted forastero en la ciudad.

—¿Y cómo has visto que soy forastero?

Digo:

—En esta ciudad nadie lleva trajes como el de usted. Y la gente de aquí tiene toda la misma cara. Una cara conocida, familiar. A la gente de esta ciudad, aunque no la conozcas personalmente, la reconoces. Cuando llega un forastero, lo ves enseguida.

El hombre mira a nuestro alrededor.

—¿Te parece que alguien habrá notado mi presencia?

—Seguro que sí. Pero da igual si tiene los papeles en regla. Los puede presentar en la comisaría mañana por la mañana y entonces puede quedarse todo el tiempo que quiera. No hay hotel, pero le puedo indicar algunas casas donde alquilan habitaciones.

El hombre me dice:

—Sígueme.

Se dirige a la ciudad, pero, en lugar de tomar la calle principal, gira a la derecha, se mete en un callejón polvoriento y se sienta entre unos matojos. Me siento a su lado, le pregunto:

—¿Intenta esconderse? ¿Por qué?

Me pregunta:

—¿Conoces la ciudad?

—Sí, perfectamente.

—¿La frontera?

—También.

—¿Tienes padres?

—No, no tengo.

—¿Están muertos?

—No lo sé.

—¿Dónde vives?

—En mi casa, en casa de la abuela. Ha muerto.

—¿Con quién vives?

—Solo.

—¿Dónde está tu casa?

—En el otro extremo de la ciudad. Cerca de la frontera.

—¿Puedes alojarme por una noche? Tengo muchísimo dinero.

—Sí, puedo alojarle.

—¿Sabes qué calles, qué caminos podemos seguir para ir a tu casa sin ser vistos?

—Sí.

—Pues vamos. Te sigo.

Pasamos por detrás de las casas, a través de los campos. De vez en cuando tenemos que saltar tapias y barreras, atravesar jardines y patios de casas. Es de noche y el hombre, detrás de mí, no hace ningún ruido.

Cuando llegamos a casa de mi abuela, le felicito.

—No le ha costado trabajo seguirme, pese a su edad.

Se echa a reír.

—¿Mi edad? Solo tengo cuarenta años y he hecho la guerra. Aprendí a atravesar ciudades sin hacer ruido.

Al cabo de un rato, añade:

—Tienes razón. Ya soy viejo. La guerra se tragó mi juventud. ¿Tienes algo para beber?

Llevo el aguardiente a la mesa y digo:

—Quiere cruzar la frontera, ¿verdad?

Se ríe de nuevo.

—¿Cómo lo has adivinado? ¿Tienes algo para comer?

Digo:

—Puedo hacerle una tortilla de setas. También tengo queso de cabra.

Mientras preparo la comida, bebe.

Comemos. Le pregunto:

—¿Cómo ha logrado entrar en la zona fronteriza? Se necesita un salvoconducto especial para entrar en esta ciudad.

Dice:

—Mi hermana vive en esta ciudad. He pedido un permiso para visitarla y me lo han dado.

—Pero no irá a verla.

—No, no quiero causarle problemas. Toma, quema todo esto en la cocina.

Me da su carné de identidad y otros papeles. Lo echo todo al fuego.

Le pregunto:

—¿Por qué quiere irse de aquí?

—No te importa. Tú enséñame el camino, no te pido otra cosa. Te doy todo el dinero que llevo.

Deja los billetes de banco sobre la mesa.

Digo:

—No es un gran sacrificio dejarme todo ese dinero. Al otro lado no vale nada.

Dice:

—Pero aquí, para un chico como tú, tiene mucho valor.

Arrojo los billetes al fuego de la cocina.

—Realmente, no necesito el dinero. Aquí tengo todo lo que necesito.

Contemplamos el dinero mientras arde. Digo:

—No se puede cruzar la frontera sin poner en riesgo la vida.

El hombre dice:

—Ya lo sé.

Le digo:

—Sepa también que puedo denunciarlo inmediatamente. Delante de mi casa hay un puesto de guardias fronterizos con los que colaboro. Soy confidente.

El hombre, muy pálido, dice:

—¿Confidente a tu edad?

—La edad no tiene nada que ver. Ya he denunciado a varias personas que intentaban cruzar la frontera. Si ocurre algo en el bosque, lo veo y lo denuncio.

—Pero ¿por qué?

—Porque a veces envían a provocadores para ver si los denuncio o no. Hasta ahora, provocadores o no, mi obligación era denunciarlos.

—¿Por qué hasta ahora?

—Porque mañana cruzaré la frontera con usted. Yo también quiero marcharme.

Al día siguiente, poco antes de mediodía, cruzamos la frontera.

El hombre va delante, no tiene suerte. Cerca de la segunda barrera, salta una mina y el hombre con ella. Yo voy detrás, no arriesgo nada.

Contemplo la plaza vacía hasta avanzada la noche. Cuando al fin me acuesto, sueño.

Bajo hasta el río, encuentro a mi hermano sentado en la orilla, pescando con caña. Me siento a su lado.

—¿Pescas mucho?

—No. Te esperaba.

Se levanta, guarda la caña.

—Hace mucho tiempo que aquí no hay peces. Ni siquiera agua.

Coge una piedra, la arroja contra las otras piedras del río seco.

Caminamos en dirección a la ciudad. Me paro delante de una casa con los postigos verdes.

Mi hermano dice:

—Sí, era nuestra casa. La has reconocido.

Le digo:

—La he reconocido. Pero antes no estaba aquí. Estaba en otra ciudad.

Mi hermano me corrige:

—En otra vida. Ahora está aquí y está vacía.

Llegamos a la plaza principal.

Delante de la puerta de la librería hay dos niños pequeños sentados en la escalera que conduce al piso.

Mi hermano dice:

—Son mis hijos. Su madre se fue.

Entramos en la gran cocina. Mi hermano prepara la cena. Los niños comen en silencio, sin levantar los ojos.

Digo:

—¡Qué felices tus hijos!

—Muy felices. Voy a acostarlos.

Cuando vuelve, dice:

—Vayamos a mi cuarto.

Entramos en la sala, mi hermano coge una botella escondida detrás de los libros de la biblioteca.

—Solo queda esto. Los barriles están vacíos.

Bebemos. Mi hermano acaricia la felpa roja de la mesa.

—¿Te das cuenta? No ha cambiado nada. Lo he conservado todo. Incluso este horrible mantel. Mañana puedes instalarte en la casa.

Digo:

—No me apetece. Prefiero jugar con tus hijos.

Mi hermano dice:

—Mis hijos no juegan.

—¿Qué hacen?

—Se preparan para cruzar la vida.

Digo:

—Yo he cruzado la vida pero no he encontrado nada.

Mi hermano dice:

—No hay nada que encontrar. ¿Qué buscabas?

—A ti. Por eso he vuelto.

Mi hermano se ríe.

—¿Por mí? Ya sabes que solo soy un sueño. Hay que aceptarlo. No hay nada, en ningún sitio.

Tengo frío, me levanto.

—Es tarde, debo volver.

—¿Volver? ¿Adónde?

—Al hotel.

—¿Qué hotel? Aquí estás en casa. Voy a presentarte a nuestros padres.

—¿A nuestros padres? ¿Dónde están?

Mi hermano señala la puerta marrón que conduce a la otra habitación del piso.

—Están ahí. Duermen.

—¿Juntos?

—Como siempre.

Digo:

—No los despertemos.

Mi hermano dice:

—¿Por qué no? Estarán contentos de volver a verte después de tantos años.

Retrocedo en dirección a la puerta.

—No quiero, no puedo volver a verlos.

Mi hermano me agarra por el brazo.

—No quieres, no puedes. Yo los veo todos los días. Tienes que verlos, aunque solo sea una vez, ¡una vez sola!

Mi hermano tira de mí hacia la puerta marrón; con la mano libre cojo de la mesa un cenicero muy pesado de vidrio y golpeo la nuca de mi hermano.

Se da en la puerta con la frente, mi hermano se desploma, hay sangre alrededor de su cabeza y en el parqué.

Salgo de la casa, me siento en un banco. Una luna enorme ilumina la plaza vacía.

Un viejo se para frente a mí, me pide un cigarrillo. Le doy uno y también fuego.

Se queda allí, de pie frente a mí, fumándose el cigarrillo.

Al cabo de unos instantes, me pregunta:

—Entonces, ¿lo has matado?

Le digo:

—Sí.

El viejo dice:

—Has hecho lo que debías. Está bien. Pocos hacen lo que deben.

Digo:

—Quería abrir la puerta.

—Has hecho bien. Has hecho bien impidiéndoselo. Tenías que matarlo. Así todo vuelve a su orden, el orden de las cosas.

Digo:

—Pero él ya no volverá. Me da igual el orden si él ya no va a estar nunca más.

El viejo dice:

—Al contrario. De ahora en adelante estará a tu lado en todo momento y en cualquier lugar.

El viejo se aleja, llama a la puerta de una casa pequeña y entra.

Cuando me despierto, la plaza ya está animada desde hace rato. La gente circula a pie o en bicicleta. Apenas hay coches. Han abierto las tiendas, también la librería. Están pasando el aspirador por los pasillos del hotel.

Abro la puerta, llamo a la mujer de la limpieza.

—¿Puede traerme un café?

Se gira, es una mujer joven con los cabellos muy negros.

—Yo no puedo servir a los clientes, señor, solo soy la mujer de la limpieza. Nosotras no nos encargamos del servicio de habitaciones. Hay restaurante y bar.

Vuelvo a mi habitación, me lavo los dientes, me ducho y me acuesto otra vez bajo las mantas. Tengo frío.

Llaman a la puerta, entra la mujer de la limpieza, deja una bandeja sobre la mesilla de noche.

—Ya pagaré el café en el bar cuando quiera.

Se tumba a mi lado, en la cama, me ofrece los labios. Vuelvo la cabeza para el otro lado.

—No, hermosa. Soy viejo y estoy enfermo.

Se levanta, dice:

—Tengo muy poco dinero. El trabajo que hago está muy mal pagado. Me gustaría regalarle una bicicleta de cross a mi hijo el día de su cumpleaños. Y no tengo marido.

—Ya lo comprendo.

Le doy un billete sin saber si es mucho o poco, todavía no estoy acostumbrado a los precios del país.

Hacia las tres de la tarde, salgo.

Camino lentamente. Al cabo de media hora, llego al otro extremo de la ciudad. Donde antes estaba la casa de la abuela, ahora hay un campo de deportes muy cuidado. Unos niños juegan.

Me quedo mucho rato sentado a la orilla del río, después vuelvo a la ciudad. Paseo por la parte antigua, por las callejuelas del castillo, subo al cementerio, pero no encuentro la tumba de la abuela.

Sigo paseando así cada día, durante horas, paso por todas las calles de la ciudad, especialmente por las más estrechas, donde las casas están hundidas en el suelo, con las ventanas a ras de tierra. A veces me siento en un parque o en los muretes del castillo o en alguna tumba del cementerio. Cuando tengo hambre voy a alguna taberna y como lo que haya. Después tomo unos tragos con obreros, gente sencilla. Nadie me reconoce, nadie se acuerda de mí.

Un día, entro en la librería para comprar papel y lápices. Ya no encuentro al hombre gordo de mi infancia, ahora hay una mujer. Está sentada en un sillón cerca de la puerta acristalada que da al jardín, hace punto. Me sonrío.

—Lo conozco de vista. Lo veo entrar y salir todos los días del hotel, menos cuando vuelve muy tarde y yo ya me he acostado. Vivo en el piso de arriba de la librería y me gusta contemplar la plaza por la noche.

Digo:

—A mí también.

—¿Está de vacaciones? ¿Va a quedarse mucho tiempo?

—Sí, estoy de vacaciones. En cierto modo. Me gustaría quedarme el máximo de tiempo posible. Depende del visado y también del dinero.

—¿Del visado? ¿Es extranjero? No lo parece.

—Pasé mi niñez en esta ciudad. Nací en este país. Pero hace mucho tiempo que vivo en el extranjero.

Dice ella:

—Ahora que el país es libre vienen muchos forasteros. Los que se marcharon después de la revolución vienen ahora de visita, pero sobre todo hay muchos curiosos, turistas. Ya verá, cuando empiece el buen tiempo llegarán autocares enteros. Se acabará la tranquilidad.

En efecto, el hotel se está llenando. Los sábados por la noche organizan bailes. A veces se prolongan hasta las cuatro de la madrugada. No soporto la música ni los gritos y las risas de los que se divierten. Así, pues, me quedo en la calle, me siento en un banco con una botella de vino que he comprado antes, durante el día, y espero.

Una noche, un niño se sienta a mi lado.

—¿Puedo quedarme con usted, señor? La noche me da un poco de miedo.

Reconozco su voz. Es el niño que me llevó la maleta el día que llegué. Le pregunto:

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Dice:

—Espero a mi madre. Cuando hay baile tiene que quedarse hasta tarde para ayudar a servir y lavar platos.

—¿Y qué? Deberías quedarte en casa y dormir tranquilamente.

—No puedo dormir tranquilamente. Tengo miedo de que le ocurra algo a mi madre. Vivimos lejos, no puedo dejar que vaya sola de noche. Hay hombres que atacan a las mujeres que van solas por la calle de noche. Lo he visto en la televisión.

—¿Y a los niños no los atacan?

—No, no tanto. Solo a las mujeres. Sobre todo si son guapas. Yo me sé defender. Corro mucho.

Esperamos. Poco a poco, el hotel va quedando en silencio. Sale una mujer, la que me trae el café por las mañanas. El niño corre hacia ella, se van juntos cogidos de la mano.

Del hotel salen otros miembros del personal, se alejan rápidamente.

Subo a mi habitación.

Al día siguiente voy a ver a la librería.

—No puedo quedarme en el hotel. Hay demasiada gente, demasiado ruido. ¿Sabe de alguien que pueda alquilarme una habitación?

Dice:

—Venga a vivir a mi casa. Está aquí arriba.

—La molestaría.

—¿Qué va! Yo me iré a casa de mi hija. Vive cerca. Tendrá todo el piso para usted. Dos habitaciones, cocina y cuarto de baño.

—¿Cuánto me costará?

—¿Cuánto paga en el hotel?

Se lo digo. Sonríe.

—Son precios para turistas. Yo le daré alojamiento por la mitad. Cuando cierre la tienda, le haré la limpieza. A esas horas usted no está nunca, no lo molestaré. ¿Quiere ver el piso?

—No, estoy seguro de que me interesa. ¿Cuándo puedo trasladarme?

—A partir de mañana, si quiere. Lo único que tengo que hacer es llevarme mi ropa y mis cosas personales.

Al día siguiente hago la maleta, pago la cuenta del hotel. Llego a la librería justo antes de que cierre. La librera me da una llave.

—Es la llave de la puerta de entrada. Se puede subir al piso directamente desde la tienda, pero usted utilizará la otra puerta, la que da a la calle. Voy a enseñársela.

Cierra la tienda. Subimos una escalera angosta, llegamos a un rellano que recibe luz de dos ventanas que dan al jardín. La librera me explica:

—La puerta de la izquierda es la del dormitorio, está delante del cuarto de baño. La segunda es la del salón, desde el cual también se puede entrar en el dormitorio. Al fondo está la cocina. Hay una nevera. Dentro he dejado algunas provisiones.

Digo:

—Solo necesito café y vino. Suelo comer en alguna taberna.

Dice:

—No son comidas sanas. El café está en el estante, en la nevera hay una botella de vino. Me voy. Espero que le guste.

Se marcha. Abro inmediatamente la botella de vino; mañana compraré más. Entro en el salón. Es una estancia grande, amueblada con sencillez. Entre las dos ventanas del salón hay una gran mesa cubierta con un mantel de felpa roja. Dejo en ella mis papeles y mis lápices. Después voy al dormitorio. Es una habitación estrecha con una sola ventana o, mejor dicho, una puerta acristalada que da a un balconcito.

Dejo la maleta sobre la cama, guardo mi ropa en el armario vacío.

Esta noche no salgo. Termino la botella, arrellanado en un sillón viejo frente a una de las ventanas del salón. Observo la plaza, después me acuesto en una cama que huele a jabón.

Al día siguiente, cuando me levanto a eso de las diez, encuentro dos periódicos en la mesa de la cocina y un puchero con sopa de verduras en el fogón de la cocinilla. Primero me preparo el café, que bebo mientras leo los periódicos. Más tarde, antes de salir, hacia las cuatro de la tarde, me como la sopa.

La librera no me molesta en absoluto. Solo la veo cuando bajo a hacerle una visita. En mi ausencia limpia el piso, se lleva la ropa sucia y me la trae limpia y planchada.

El tiempo pasa deprisa. Tengo que ir a la ciudad vecina, capital de la región, para renovar el visado. Una chica joven me timbra el visado: «renovado por un mes». Pago, le doy las gracias. Me sonrío.

—Esta noche estaré en el bar del Gran Hotel. Es muy divertido. Hay muchos forasteros, a lo mejor encuentra compatriotas.

Le digo:

—Sí, quizá vaya.

Cojo inmediatamente el trenecito rojo para volver a casa, a mi ciudad.

Al cabo de un mes, la chica ya no es tan amable, me timbra el pasaporte sin decir palabra; la tercera vez me advierte secamente que ya no será posible una cuarta prórroga.

Al final del verano, apenas me queda dinero, me veo obligado a ahorrar. Compro una armónica y toco en las tabernas, como en mi infancia. Los clientes me invitan a beber. En cuanto a comer, me contento con la sopa de verduras de la librería. En septiembre y octubre, ni siquiera tengo dinero para pagar el alquiler. La librería no me lo reclama, sigue limpiando, lavándose la ropa, trayéndome la sopa.

No sé cómo voy a arreglármelas, pero no quiero volver al otro país, tengo que quedarme aquí, tengo que morirme aquí, en esta ciudad.

Los dolores no han vuelto a aparecer desde que estoy aquí, pese al consumo exagerado de alcohol y tabaco.

El 30 de octubre, celebro mi cumpleaños en una de las tabernas más populares de la ciudad con mis compañeros de copas. Todos me invitan a beber. Hay parejas que bailan al son de mi armónica. Algunas mujeres me besan. Estoy borracho. Empiezo a hablar de mi hermano, como siempre que bebo demasiado. Toda la ciudad conoce mi historia: busco a mi hermano, con quien viví aquí hasta los quince años. Tengo que encontrarlo aquí, lo espero, sé que volverá cuando se entere de que he regresado del extranjero.

Todo es mentira. Sé perfectamente que en esta ciudad, en casa de la abuela, yo vivía solo, que ya entonces imaginaba que éramos dos, mi hermano y yo, para hacer soportable la insostenible soledad.

Hacia medianoche, la taberna se calma un poco. Ya he dejado de tocar, solo bebo.

Un viejo harapiento se sienta frente a mí. Bebe de mi vaso.

Dice:

—Me acuerdo muy bien de vosotros dos. De tu hermano y de ti.

No digo nada. Otro hombre, más joven, me trae un litro de vino y lo deja en la mesa. Pido un vaso limpio. Bebemos.

El más joven me pregunta:

—¿Qué me das si encuentro a tu hermano?

Le digo:

—Ya no me queda dinero.

Se echa a reír.

—Pero puedes pedir que te manden del extranjero. Todos los extranjeros son ricos.

—Yo no. Ni siquiera te puedo invitar a una copa.

Dice:

—Da igual. Te invito a otro litro.

La camarera trae el vino, dice:

—Este será el último. Ya no les serviré más. Como no cerremos, vamos a tener líos con la policía.

El viejo sigue bebiendo a nuestro lado, diciendo de vez en cuando:

—Y tanto que os conocía, a los dos, menudos tíos erais entonces. Sí, sí.

El más joven me dice:

—Sé que tu hermano está escondido en el bosque. Alguna vez lo he visto de lejos. Vive como un animal salvaje. Se viste con mantas militares y va descalzo, incluso en invierno. Se alimenta de

hierbas, raíces, castañas y bichos. Tiene los cabellos largos y grises, la barba también gris. Lleva un cuchillo y cerillas, fuma cigarrillos que él mismo se lía, lo que demuestra que a veces, de noche, viene a la ciudad. A lo mejor las chicas que están al otro lado del cementerio, las que venden su cuerpo, lo conocen. Una, por lo menos. A lo mejor lo recibe en secreto y le da lo que le haga falta. Se podría organizar una batida. Si participamos todos, podríamos acorralarlo.

Me levanto, le pego.

—¡Mentiroso! No es mi hermano. Si quieres acorralar a alguien, no cuentes conmigo.

Vuelvo a pegarle, se cae de la silla. Vuelco la mesa, continuo gritando:

—¡Ese no es mi hermano!

La camarera sale a la calle y grita:

—¡Policía! ¡Policía!

Alguien debe de haber llamado por teléfono porque la policía llega al momento. Dos policías. A pie. En la taberna se hace el silencio. Uno de los policías pregunta:

—¿Qué pasa? Ya hace rato que esto tendría que estar cerrado.

El hombre al que he pegado se queja:

—Me ha golpeado.

Varias personas me señalan con el dedo.

—Ha sido él.

El policía levanta al hombre.

—¡Deja de quejarte! No te pasa nada. Estás trompa, como siempre. Mejor que te vayas a casa. Todos tendríais que estar en casa.

Se vuelve a mí.

—A usted no lo conozco. Déjeme ver sus papeles.

Intento escapar, pero los que me rodean me lo impiden. El policía hurga en mis bolsillos, encuentra mi pasaporte. Lo examina detenidamente, dice a su compañero:

—Tiene el visado caducado. Desde hace varios meses. Tendremos que llevárnoslo.

Me resisto, pero me ponen las esposas y me obligan a salir a la calle. Me tambaleo, me cuesta andar, me sostienen casi hasta la comisaría. Allí me quitan las esposas, me acuestan en una cama y me dejan, cerrando la puerta tras ellos.

Al día siguiente por la mañana, un oficial de policía me hace un interrogatorio. Es joven, tiene los cabellos rojizos y la cara cubierta de pecas.

Me dice:

—No tiene derecho a permanecer en nuestro país. Debe marcharse.

Le digo:

—No tengo dinero para el tren. Ya no me queda dinero.

—Avisaré a su embajada. Lo repatriarán.

Digo:

—No quiero marcharme. Tengo que encontrar a mi hermano.

El agente se encoge de hombros.

—Puede volver cuando quiera. Incluso puede instalarse aquí definitivamente, pero hay unas normas. En su embajada se las explicarán. En cuanto a su hermano, me ocuparé de hacer averiguaciones. ¿Tiene algún dato que pueda ayudarnos?

—Sí, tengo un manuscrito escrito de su puño y letra. Está sobre la mesa del salón del piso donde vivo, sobre la librería.

—¿Y cómo ha llegado a sus manos ese manuscrito?

—Alguien lo dejó a mi nombre en la recepción del hotel.

Dice:

—Curioso, muy curioso.

Una mañana de noviembre, me convocan al despacho del oficial. Me dice que me siente, me tiende mi manuscrito.

—Tenga, se lo devuelvo. Es una cosa literaria y su hermano no pincha ni corta en el asunto.

Nos quedamos callados. La ventana está abierta. Llueve, hace frío. Por fin el oficial habla:

—En los archivos de la ciudad tampoco hemos encontrado nada que haga referencia a usted.

Digo:

—Claro. La abuela no me mandó registrar. Nunca fui a la escuela. Pero sé que nací en la capital.

—Los archivos de la capital fueron totalmente destruidos por los bombardeos. Lo vendrán a buscar a las dos.

Lo ha añadido muy deprisa.

Escondo las manos debajo de la mesa porque me tiemblan.

—¿A las dos? ¿Hoy?

—Sí, lo siento. Es muy repentino. Se lo repito: puede volver cuando quiera. Puede volver con carácter definitivo. Muchos emigrados lo han hecho. Actualmente, nuestro país pertenece al mundo libre. Pronto ya no tendrá necesidad de visado.

Le digo:

—Para mí será demasiado tarde. Padezco una enfermedad del corazón. Si he vuelto, ha sido porque quería morir aquí. En cuanto a mi hermano, tal vez ni siquiera existe.

El agente dice:

—Sí, eso quería decirle. Si sigue contando historias sobre su hermano, la gente pensará que está loco.

—¿Usted también lo cree?

Mueve la cabeza.

—No, lo que yo creo es que confunde la realidad con la literatura. Con su literatura. También creo que ahora debe volver a su país, reflexionar un tiempo y luego volver aquí. Definitivamente, quizá. Es lo que le deseo, para su bien y para el mío.

—¿Lo dice por nuestras partidas de ajedrez?

—No solo por eso.

Se levanta, me tiende la mano.

—No estaré aquí cuando usted se vaya. Me despido ahora. Vuelva a su celda.

Vuelvo a mi celda. Mi celador me dice:

—Parece que se va ya hoy.

—Sí, eso parece.

Me acuesto en la cama, espero. A mediodía llega la librera con la sopa. Le digo que tengo que marcharme. Se echa a llorar. Saca un jersey del bolso y me dice:

—Le he hecho este jersey. Póngaselo. Hace frío.

Me pongo el jersey, digo:

—Gracias. Todavía le debo dos meses de alquiler. Espero que la embajada se los pague.

Dice ella:

—¡No tiene importancia! Volverá, ¿verdad?

—Procuraré.

Se marcha llorando. Tiene que abrir la tienda.

Estamos sentados en la celda, mi celador y yo. Dice:

—Se me hace extraño pensar que mañana ya no estará. Pero seguramente volverá. Mientras tanto, borro la pizarra.

Digo:

—No, no lo haga. No borre nada. Le pagaré lo que le debo cuando lleguen los de la embajada.

Dice:

—No, solo era una diversión. Y yo hacía trampa a menudo.

—¡Por eso me ganaba siempre!

—No se lo tome a mal, me resulta imposible no hacer trampa.

Aspira con la nariz, se suena.

—Mire, si tengo un niño, le pondré su nombre.

Le digo:

—Póngale mejor el nombre de mi hermano, Lucas. Aún me alegraría más.

Se queda pensativo.

—¿Lucas? Sí, el nombre está bien. Lo hablaré con mi mujer. Quizá no se oponga. De todos modos, ella no tiene palabra en el asunto. En casa mando yo.

—Estoy convencido.

Un policía viene a buscarme a la celda. El celador y yo salimos al patio. Hay un hombre bien vestido, con sombrero, corbata y paraguas. Las losas del patio relucen bajo la lluvia.

El de la embajada dice:

—Nos espera un coche. Ya he pagado sus deudas.

Habla en una lengua que yo no debería comprender y que, sin embargo, comprendo. Señalo a mi celador.

—Debo cierta cantidad de dinero a este hombre. Son deudas de honor.

El hombre pregunta:

—¿Cuánto?

Paga, me coge por el brazo, me lleva a un gran coche negro aparcado delante del edificio. Un chófer con gorra abre las puertas.

El coche se pone en marcha. Pregunto al funcionario de la embajada si podríamos parar un momento delante de la librería de la plaza principal, pero me mira sin comprender y me doy cuenta de que le he hablado en mi antigua lengua, en la lengua de este país.

El chófer conduce aprisa, dejamos atrás la plaza, ya estamos en la calle de la estación, pronto mi pequeña ciudad queda a nuestras espaldas.

En el coche hace calor. Por la ventanilla, veo desfilar pueblos, campos, álamos y acacias, el paisaje de mi tierra azotado por la lluvia y el viento.

Bruscamente, me vuelvo hacia el hombre de la embajada.

—Esta no es la carretera de la frontera. Vamos en dirección opuesta.

Dice:

—Primero lo llevamos a la embajada, a la capital. Dentro de unos días cruzará la frontera, en tren.

Cierro los ojos.

El niño cruza la frontera.

El hombre va delante, el niño espera. Una explosión. El niño se acerca. El hombre está tumbado cerca de la segunda barrera. Entonces el niño echa a correr. Recorre las huellas de los pasos, pasa por encima del cuerpo inerte del hombre, llega al otro lado, se esconde detrás de unos matorrales.

Llega un coche todoterreno con un destacamento de guardias de frontera. Un sargento y varios soldados. Uno dice:

—¡Pobre imbécil!

Otro:

—Un caso de mala suerte. Casi había llegado.

El sargento grita:

—¡Basta de bromas! Hay que trasladar el cadáver.

Los soldados dicen:

—¡Para lo que queda de él!

—¿Por qué?

El sargento dice:

—Para la identificación. Son las órdenes. Hay que transportar el cadáver. ¿Algún voluntario?

Los soldados se miran.

—Las minas. Te puedes dejar la piel.

—Pero ¿qué pasa? ¡Es vuestro deber, hatajo de cobardes!

Un soldado levanta la mano.

—Yo.

—¡Bravo! Adelante, muchacho. ¡Vosotros, atrás!

El soldado camina lentamente hasta el cuerpo destrozado, luego echa a correr. Pasa junto al niño sin verlo.

El sargento vocifera:

—¡Vaya cabrito! ¡Disparad! ¡Fuego!

Los soldados no disparan.

—Está al otro lado. No se puede disparar al otro lado.

El sargento empuña el fusil. Delante de él aparecen dos guardias fronterizos extranjeros. El sargento baja el arma, la entrega a un soldado. Se aproxima al cadáver, se lo carga a la espalda, vuelve y suelta el cuerpo en el suelo. Se enjuga la cara con las mangas del uniforme.

—Esta me la pagaréis, hijos de puta, ¡sois unos mierdas!

Los soldados envuelven el cadáver en una lona, lo meten en la parte trasera del coche. Se marchan. Los dos guardias fronterizos extranjeros también se alejan.

El niño permanece echado sin moverse, se duerme. Por la mañana temprano le despiertan los pájaros. Se arrebujá en el abrigo, se aprieta las botas de goma, se dirige al pueblo. Encuentra dos guardias fronterizos que le preguntan:

—¿Y tú? ¿De dónde vienes?

—Del otro lado de la frontera.

—¿La has cruzado? ¿Cuándo?

—Ayer. Con mi padre. Pero él ha caído, después de la explosión se ha quedado tumbado, han venido los otros guardias y se lo han llevado.

—Sí, ya lo hemos visto. Pero a ti no te habíamos visto. El soldado que ha desertado tampoco te ha visto.

—Me había escondido. Tenía miedo.

—¿Cómo es que hablas nuestra lengua?

—La aprendí con los militares durante la guerra. ¿Creéis que podrán curar a mi padre?

Los guardias bajan los ojos.

—Por supuesto que sí. Ven con nosotros. Debes de tener hambre.

Los guardias acompañan al niño hasta el pueblo, lo confían a la mujer de uno de ellos.

—Dale de comer y después llévalo a la comisaría. Di que a las once pasaremos por lo del atestado.

La mujer es gorda y rubia, tiene la cara roja y risueña.

Pregunta al niño:

—¿Te gustan la leche y el queso? Todavía no tengo la comida preparada.

—Sí, señora, a mí me gusta todo. Lo que sea.

La mujer le sirve.

—No, espera. Ve a lavarte primero. Por lo menos la cara y las manos. Te lavaré la ropa, pero supongo que no llevarás ninguna muda para cambiarte.

—No, señora.

—Te prestaré una camisa de mi marido. Te irá grande, pero da igual. Te arremangas y ya está. Toma, un paño. El cuarto de baño está allí.

El niño se lleva el abrigo y las botas al cuarto de baño. Se lava, vuelve a la cocina, come pan y queso, bebe leche. Dice:

—Gracias, señora.

Ella dice:

—Eres cortés y bien educado. Y hablas muy bien nuestra lengua. ¿Se ha quedado al otro lado tu madre?

—No, murió durante la guerra.

—Pobre pequeño. Ven, tenemos que ir a la comisaría. No tengas miedo, el policía es simpático, es amigo de mi marido.

En la comisaría, la mujer dice al policía:

—Es el hijo del hombre que ayer intentó cruzar. Mi marido pasará a las once. Mientras se espera la decisión, puedo hacerme cargo del niño. Quizá haya que devolverlo, es menor.

El policía dice:

—Ya veremos. En todo caso, quédese con él para la comida de mediodía.

La mujer se va y el policía tiende un cuestionario al niño.

—Rellénalo. Si hay algo que no entiendas, me lo preguntas.

Cuando el niño devuelve el cuestionario, el policía lo relee en voz alta:

—Apellido y nombre: Claus T. Edad: dieciocho años. No eres muy alto para tu edad.

—Es que de pequeño estuve enfermo.

—¿Tienes carné de identidad?

—No, nada. Mi padre y yo quemamos todos nuestros papeles antes de irnos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por la identificación. Mi padre dijo que había que hacerlo.

—Tu padre saltó a causa de una mina. Si hubieras ido a su lado, también habrías saltado tú.

—No iba a su lado. Me dijo que esperara a que él estuviera al otro lado y que lo siguiera de lejos.

—¿Por qué habéis cruzado?

—Fue mi padre. Siempre estaban metiéndolo en la cárcel, lo tenían vigilado. No quería seguir viviendo allá. Me llevaba con él porque no quería dejarme solo.

—¿Y tu madre?

—Murió durante la guerra, en un bombardeo. Después viví con mi abuela, pero también está muerta.

—Entonces no tienes a nadie allí, nadie que pueda reclamarte. Salvo las autoridades, si has cometido algún delito.

—No he cometido ningún delito.

—Bueno, lo único que tenemos que hacer ahora es esperar la decisión de mis superiores. De momento, tienes prohibido salir del pueblo. Mira, firma este papel.

El niño firma el atestado verbal en el que hay tres mentiras.

El hombre que cruzó con él la frontera no era su padre.

No tiene dieciocho años, sino quince.

No se llama Claus.

Al cabo de unas semanas, un hombre de la ciudad llega a casa del guardia fronterizo. Dice al niño:

—Me llamo Peter N. De ahora en adelante me ocuparé de usted. Aquí tiene su carné de identidad. Solo le falta firmar.

El niño mira el carné. En su fecha de nacimiento hay una diferencia de tres años, su nombre de pila es Claus y su nacionalidad, «apátrida».

El mismo día Peter y Claus toman el autocar hacia la ciudad. Durante el trayecto, Peter le hace unas preguntas:

—¿Qué hacía antes, Claus? ¿Era estudiante?

—¿Estudiante? No, trabajaba en el huerto, cuidaba de los animales, tocaba la armónica en las tabernas, llevaba las maletas a los viajeros.

—¿Y qué le gustaría hacer de ahora en adelante?

—No lo sé. Nada. ¿Por qué hay que estar siempre haciendo algo?

—Para vivir hay que ganar dinero.

—Eso ya lo sé. No he hecho otra cosa. No me importa hacer lo que sea con tal de ganar un poco de dinero.

—¿Un poco de dinero? ¿Haciendo lo que sea? Podría conseguir una beca y estudiar.

—No me apetece estudiar.

—Pero para aprender correctamente la lengua, tendrá que estudiar un poco. La habla bastante bien, pero también hay que saber leerla y escribirla. Vivirá en un albergue juvenil con otros estudiantes. Tendrá su habitación. Asistirá a clases de lengua y, después, ya veremos.

Peter y Claus pasan una noche en un hotel de una gran ciudad. Por la mañana, toman el tren en dirección a otra ciudad más pequeña, situada entre un lago y un bosque. El albergue juvenil está en una calle empinada, en medio de un jardín, cerca del centro de la ciudad.

Los recibe un matrimonio, el director y la directora de la institución. Acompañan a Claus a su habitación. La ventana da al jardín.

Claus pregunta:

—¿Quién cuida del jardín?

La directora dice:

—Yo, pero los chicos me ayudan muchísimo.

Dice Claus:

—Yo también la ayudaré. Tiene flores muy bonitas.

La directora dice:

—Gracias, Claus. Aquí disfrutarás de absoluta libertad, pero por la noche tendrás que volver antes de las once. También tendrás que limpiar tu habitación. Puedes pedir el aspirador a la portera.

El director dice:

—Si tienes algún problema, ven a verme.

Peter dice:

—Aquí se encontrará a gusto, ¿verdad, Claus?

Le enseñan el refectorio, las duchas y la sala comunitaria. Le presentan a las chicas y los chicos que están allí.

Más tarde, Peter acompaña a Claus a visitar la ciudad y después lo lleva a su casa.

—Venga a verme cuando quiera. Le presento a mi esposa, Clara.

Comen juntos los tres, por la tarde van de tiendas para comprar ropa y zapatos.

Claus dice:

—En mi vida había tenido tanta ropa.

Peter sonríe.

—Ya puede tirar su viejo abrigo y sus botas. Cada mes percibirá dinero para pagar el material escolar y para sus gastos. Si necesita algo más, dígamelo. La pensión y las clases son gratuitas, por supuesto.

Claus pregunta:

—¿Y todo ese dinero quién me lo da? ¿Usted?

—No, yo no, yo solo soy su tutor. El dinero procede del Estado. Usted no tiene padres, el Estado debe hacerse cargo de usted hasta que esté en condiciones de ganarse la vida.

Claus dice:

—Espero que sea cuanto antes.

—Dentro de un año podrá decidir si quiere estudiar o aprender un oficio.

—No me apetece estudiar.

—Ya veremos, ya veremos. ¿No tiene usted ambiciones, Claus?

—¿Ambiciones? No lo sé. Lo único que quiero es tranquilidad para poder escribir.

—¿Escribir? ¿Cómo? ¿Quiere ser escritor?

—Sí. Para ser escritor no es necesario estudiar. Solo hace falta saber escribir sin hacer demasiadas faltas. Quiero aprender a escribir correctamente su lengua, pero nada más.

Peter dice:

—Escribiendo uno no se gana la vida.

Claus dice:

—No, ya lo sé. Pero podría trabajar durante el día y escribir por la noche. Ya lo hacía en casa de la abuela.

—¿Cómo? ¿Ya escribía?

—Sí. Tengo varios cuadernos. Los llevo envueltos en el abrigo viejo. Cuando sepa escribir su lengua, los traduciré y se los enseñaré.

Se encuentran en la habitación del albergue juvenil. Claus desata el cordel con el que han atado su abrigo viejo. Deja sobre la mesa los cinco cuadernos escolares. Peter los abre uno por uno.

—Tengo verdadera curiosidad por saber qué dicen estos cuadernos. ¿Es como un diario?

Claus dice:

—No, son mentiras.

—¿Mentiras?

—Sí. Cosas inventadas. Historias que no son verdad, pero que podrían serlo.

Peter dice:

—Dese prisa en aprender a escribir nuestra lengua, Claus.

Llegamos a la capital alrededor de las siete de la tarde. El tiempo ha empeorado, hace frío y las gotas de lluvia se han transformado en cristales de hielo.

El edificio de la embajada está rodeado por un gran jardín. Me llevan a una habitación con buena calefacción, una cama doble y un cuarto de baño. Parece la habitación de un hotel de lujo.

Un camarero me trae comida. Apenas la pruebo. La comida no se parece en nada a las que me he vuelto a acostumbrar en la pequeña ciudad. Dejo la bandeja delante de la puerta. A pocos metros, hay un hombre sentado en el pasillo.

Tomo una ducha, me lavo los dientes con un cepillo nuevo que he encontrado en el cuarto de baño. También encuentro una bata y, sobre la cama, un pijama. Me acuesto.

Se reanudan los dolores. Espero un poco, pero los dolores se hacen insoportables. Me levanto, revuelvo la maleta, encuentro los medicamentos, tomo dos comprimidos y vuelvo a acostarme. En lugar de atenuarse, los dolores van en aumento. Me arrastro hasta la puerta, la abro, el hombre sigue allí, sentado. Le digo:

—Un médico, por favor. Estoy enfermo. Del corazón.

Descuelga un teléfono de pared que tiene al lado. No me acuerdo de lo que ocurre después, me desmayo. Me despierto en la cama de un hospital.

Me quedo tres días en el hospital. Me hacen todo tipo de reconocimientos. Al final viene a verme el cardiólogo.

—Levántese y vístase. Lo llevaremos a la embajada otra vez.

Le pregunto:

—¿No me opera?

—No es necesario operar. Su corazón está perfectamente. Los dolores que sufre se deben a la angustia, a la ansiedad, a una profunda depresión. Deje la trinitrina, tome solo los calmantes fuertes que le he recetado.

Me da la mano.

—No tenga miedo, todavía le queda mucha vida por delante.

—No viviré mucho tiempo.

—Cuando se haya curado la depresión, cambiará de parecer.

Vuelvo a la embajada en coche. Me hacen entrar en un despacho. Un hombre joven y sonriente, de cabello rizado, me indica una butaca de cuero.

—Siéntese. Me alegro de que le haya ido bien en el hospital. Pero no lo he llamado por esto. Usted busca a su familia y, en especial, a su hermano, ¿verdad?

—Sí, a mi hermano gemelo. Pero no tengo muchas esperanzas. ¿Ha averiguado algo? Me han dicho que los archivos fueron destruidos.

—No me hacían falta archivos. Me ha bastado con abrir el listín telefónico. En esta ciudad hay un hombre que se llama igual que usted. El mismo apellido, pero también el mismo nombre.

—¿Claus?

—Sí. Klaus T., con «k». Es evidente que por fuerza debe ser su hermano. En cualquier caso, quizá es un pariente que le puede proporcionar alguna noticia. Aquí tiene su dirección y su número de teléfono, por si quiere ponerse en contacto con él.

Tomo la dirección, digo:

—No lo sé. Primero querría ver la calle y la casa donde vive.

—Lo comprendo. Podemos acercarnos alrededor de las cinco de la tarde. Lo acompañaré. No puede salir solo sin los papeles en regla.

Atravesamos la ciudad. Casi es de noche. En el coche, el hombre del cabello rizado me dice:

—Me he informado sobre su homónimo. Es uno de los poetas más importantes del país.

Le digo:

—La librería que me alquiló el piso no me dijo nada al respecto. Sin embargo, debía de saber su nombre.

—No necesariamente. Klaus T. escribe con seudónimo. Su nombre literario es Klaus Lucas. Tiene fama de misántropo. No se le ve nunca en público y no se sabe nada de su vida privada.

El coche se detiene en una calle estrecha entre dos hileras de casas de una sola planta rodeadas de jardines.

El hombre de cabello rizado dice:

—Es aquí. Número dieciocho. Aquí. Este es uno de los barrios más bonitos de la ciudad. El más tranquilo y también el más caro.

No digo nada. Miro la casa. Está un poco retirada de la calle. Unos escalones conducen del jardín a la puerta de entrada. En las cuatro ventanas que dan a la calle, los postigos verdes siguen abiertos. La luz de la cocina está encendida y al cabo de poco se iluminan las dos ventanas del

salón con una luz azulada. De momento, el despacho continúa a oscuras. La otra parte de la casa, la que da al patio de atrás, sigue invisible desde aquí. Hay tres habitaciones más en aquel lado. El dormitorio de los padres, el cuarto de los niños y una habitación de invitados que la madre utilizaba más a menudo como cuarto de costura.

En el patio había una especie de cobertizo para la leña, las bicicletas y los juguetes que hacían mucho bulto. Me acuerdo también de los aros que hacíamos rodar con una varilla calle abajo. Apoyada en una de las paredes había una cometa inmensa. En el patio también había un columpio, con dos asientos colgados uno al lado del otro. Nuestra madre nos empujaba, volábamos hasta las ramas del nogal, que tal vez siga en el mismo sitio, detrás de la casa.

El hombre de la embajada me pregunta:

—¿Le recuerda algo todo esto?

Digo:

—No, nada. Yo entonces solo tenía cuatro años.

—¿Quiere entrar enseguida?

—No. Esta noche llamaré por teléfono.

—Sí, es mejor. Ese hombre no recibe a la gente así como así. Tal vez le resulte imposible verle.

Volvemos a la embajada. Subo a mi habitación. Dejo el número preparado al lado del teléfono. Tomo un calmante, abro la ventana. Nieva. Los copos, al caer sobre la hierba amarilla del jardín, sobre la tierra negra, hacen un ruido mojado. Me tumbo en la cama.

Camino por las calles de una ciudad desconocida. Nieva, cada vez está más oscuro. Las calles por las que paso están cada vez peor iluminadas. Nuestra casa de antes está en la última calle. Más lejos, ya es el campo. Una noche sin luz alguna. Frente a la casa hay una taberna. Entro, pido una botella de vino. Soy el único cliente.

Las ventanas de la casa se iluminan todas a la vez. A través de las cortinas, veo sombras que se mueven. Termino la botella, salgo de la taberna, cruzo la calle, llamo a la puerta del jardín. Nadie responde, el timbre no funciona. Abro la puerta de hierro forjado, no está cerrada con llave. Subo los cinco escalones que conducen a la puerta de la galería. Vuelvo a llamar. Dos veces, tres veces. Una voz masculina, desde el otro lado de la puerta, pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Qué quiere? ¿Quién es?

Digo:

—Soy yo, Claus.

—¿Claus? ¿Qué Claus?

—¿No tiene usted un hijo que se llama Claus?

—Nuestro hijo está en casa. Con nosotros. Váyase.

El hombre se aleja de la puerta. Vuelvo a llamar, golpeo la puerta, grito:

—Padre, padre, déjeme entrar. Me he equivocado. Me llamo Lucas. Soy su hijo, Lucas.

Una voz de mujer dice:

—Déjalo entrar.

Se abre la puerta. Un anciano me dice:

—Pase usted.

Va delante de mí en dirección al salón, se sienta en un sillón. En el otro hay sentada una mujer muy vieja.

Me dice:

—¿Así que usted pretende ser nuestro hijo Lucas? ¿Dónde ha estado hasta ahora?

—En el extranjero.

Mi padre dice:

—Exacto, en el extranjero. ¿Y se puede saber por qué vuelves ahora?

—Para veros, padre. A los dos, y también a Klaus. Mi madre dice:

—Klaus no se fue.

Mi padre dice:

—Te buscamos durante años.

Mi madre prosigue:

—Después te olvidamos. No deberías haber vuelto. Nos fastidias a todos. Aquí llevamos una vida tranquila, no queremos que nos molesten.

Pregunto:

—¿Dónde está Klaus? Quiero verle.

Mi madre dice:

—Está en su habitación. Como siempre. Duerme. No se le puede despertar. Solo tiene cuatro años, necesita dormir.

Mi padre dice:

—Nada demuestra que seas Lucas. Vete.

Ya no los escucho, salgo del salón, abro la puerta del cuarto de los niños, enciendo la lámpara del techo. Sentado en la cama hay un niño pequeño que me mira y se echa a llorar. Mis padres acuden. Mi madre coge al pequeño en brazos, lo mece.

—No tengas miedo, pequeño mío.

Mi padre me agarra por el brazo, me arrastra por el salón, por la galería, abre la puerta y me empuja a la escalera.

—¡Lo has despertado, imbécil! ¡Lárgate!

Caigo, me golpeo en la cabeza con un escalón, me sale sangre, me quedo tumbado en la nieve.

El frío me despierta. El viento y la nieve entran en la habitación, el parqué de delante de la ventana está mojado.

Cierro la ventana, voy a buscar una toalla al cuarto de baño, seco el charco. Tiemblo, me castañean los dientes. En el cuarto de baño hace calor, me siento en el borde de la bañera, tomo otro calmante, espero a que desaparezcan los temblores.

Son las siete de la tarde. Me traen comida. Pregunto al camarero si pueden servirme una botella de vino.

Me dice:

—Voy a ver.

Al cabo de unos minutos, me trae la botella.

Digo:

—Puede llevarse la bandeja.

Bebo. Me paseo por la habitación. De la ventana a la puerta, de la puerta a la ventana.
A las ocho, me siento en la cama y marco el número de teléfono de mi hermano.

SEGUNDA PARTE

Son las ocho, suena el teléfono. Mi madre ya se ha acostado. Miro la televisión, una película policíaca, como todas las noches.

Escupo en una servilleta de papel la galleta que estoy comiendo. Me la terminaré después.

Descuelgo el teléfono. No digo mi nombre, solo digo:

—Diga.

Desde el otro extremo del hilo, llega una voz de hombre que dice:

—Soy Lucas T. Querría hablar con mi hermano Klaus T.

Me quedo callado. El sudor me resbala por la espalda. Por fin digo:

—Se trata de un error. Yo no tengo ningún hermano.

La voz dice:

—Sí. Un hermano gemelo. Lucas.

—Mi hermano murió hace mucho.

—No, no he muerto. Estoy vivo, Klaus, y me gustaría volver a verte.

—¿Dónde está usted? ¿De dónde viene?

—He vivido mucho tiempo en el extranjero. Ahora estoy aquí, en la capital, en la embajada de D.

Respiro hondo y digo de corrido:

—No creo que usted sea mi hermano. Nunca recibo a nadie, no quiero que me molesten.

Insiste:

—Cinco minutos, Klaus. Solo te pido cinco minutos. Dentro de dos días me voy del país y no volveré nunca más.

—Venga mañana. Pero no antes de las ocho de la noche.

Dice:

—Gracias. Estaré en nuestra casa, quiero decir en tu casa, a las ocho y media.

Cuelga.

Me seco la frente. Vuelvo a ponerme frente al televisor. Ahora ya no entiendo nada de la película. Voy al cubo de la basura para tirar el resto de la galleta. Ya no tengo apetito. «En nuestra casa.» Sí, antaño esta era nuestra casa, pero hace mucho de eso. Ahora es mi casa, todo lo que hay aquí es solo mío.

Abro sigilosamente la puerta del dormitorio de mi madre. Duerme. Es tan menuda como un niño. Le aparto los cabellos grises de la cara, le beso la frente, le acaricio las manos arrugadas posadas sobre la manta. Sonríe en sueños, me aprieta la mano, murmura:

—Mi pequeño. Estás aquí.

A continuación, añade el nombre de mi hermano:

—Lucas, mi pequeño Lucas.

Salgo de la habitación, cojo una botella de alcohol fuerte de la cocina, me siento a escribir en el despacho, como todas las noches. Este despacho era de nuestro padre, no he cambiado nada, ni la vieja máquina de escribir, ni la incómoda silla de madera, ni la lámpara, ni el portalápices. Intento escribir, pero solo puedo llorar pensando en «aquello» que nos ha amargado la vida, nuestra vida.

Lucas vendrá mañana. Sé que es él. Desde el primer timbrazo del teléfono he sabido que era él. El teléfono no suena casi nunca. Si lo he instalado, ha sido por mi madre, por si había una

urgencia, para hacer pedidos los días que no tengo ni fuerzas para ir al supermercado o para los días en que el estado de mi madre no me permite salir.

Lucas vendrá mañana. ¿Cómo me las arreglaré para que mi madre no se entere? ¿Para que no se despierte durante la visita de Lucas? ¿Llevándola a otro sitio? ¿Huyendo? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué explicación le daré? Nunca nos hemos marchado de aquí. Mi madre no quiere marcharse de aquí. Piensa que es el único sitio donde puede encontrarnos Lucas cuando vuelva.

Efectivamente, nos ha encontrado aquí.

Si es él.

Es él.

No necesito pruebas para saberlo. Lo sé. Lo sabía, siempre supe que no había muerto, que volvería.

Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué tan tarde? ¿Por qué después de cincuenta años de ausencia?

Tengo que defenderme. Tengo que defender a mi madre. No quiero que Lucas destruya nuestra tranquilidad, nuestras costumbres, nuestra felicidad. No quiero trastornos en nuestra vida. Ni mi madre ni yo podríamos soportar que Lucas volviera a remover el pasado, a resucitar recuerdos, a hacerle preguntas a mi madre.

Tengo que apartar a Lucas, cueste lo que cueste, impedirle que vuelva a abrir la espantosa herida.

Es invierno. Tengo que ahorrar carbón. Caldeo un poco la habitación de mi madre con ayuda de un radiador eléctrico que enciendo una hora antes de que se acueste, que apago cuando se ha dormido y que vuelvo a encender una hora antes de que se levante.

En cuanto a mí, me basta con el calor de la cocina y la calefacción de carbón del salón. Me levanto temprano para encender primero el fuego en la cocina y, cuando se han formado brasas, llevar unas pocas a la estufa del salón. Añado unas briquetas de carbón y, media hora después, también allí se está caliente.

Por la noche, cuando mi madre ya duerme, abro la puerta del despacho e inmediatamente entra el calor del salón. Es una estancia pequeña, se caldea enseguida. Me pongo el pijama y la bata antes de escribir. Así, cuando termino, solo tengo que ir a mi cuarto y acostarme.

Esta noche, doy vueltas por el piso. Paso por la cocina y me paro varias veces en ella. Después voy a la habitación de los niños. Miro el jardín. Las ramas desnudas del nogal rozan la ventana. Una nieve tenue se deposita en las ramas, en la tierra, formando capas finas, helándose.

Me paseo de una a otra habitación. Ya he abierto la puerta del despacho, donde recibiré a mi hermano. Cerraré la puerta en cuanto llegue, tanto da si hace frío, no quiero que mi madre nos oiga ni que la despierte nuestra conversación.

¿Qué le diría si ocurriera?

Le diría:

—Vuelve a la cama, madre, es un periodista.

Y al otro, a mi hermano, le diría:

—Es Antonia, mi suegra, la madre de mi mujer. Vive con nosotros desde hace unos años, desde que se quedó viuda. No está muy bien de la cabeza. Se hace líos, lo embrolla todo. A veces se imagina que es mi madre y que ella me crio.

Debo impedir que se vean, de lo contrario se reconocerán. Mi madre reconocerá a Lucas. Y si Lucas no reconoce a nuestra madre, ella dirá al reconocerlo:

—¡Lucas, hijo mío!

No quiero oír eso de «¡Lucas, hijo mío!». Ya no. Sería demasiado fácil.

Hoy, mientras mi madre echaba la siesta, he adelantado una hora todos los relojes de la casa. Por suerte, en esta época del año anochece muy pronto. A las cinco de la tarde ya es de noche.

Preparo la cena de mi madre una hora antes que de costumbre. Puré de zanahorias con unas cuantas patatas, un asado de carne picada y un flan de postre.

Pongo la mesa de la cocina, voy a buscar a mi madre a su habitación. Entra en la cocina, dice:

—Todavía no tengo hambre.

Yo digo:

—Nunca tienes hambre, madre. Hay que comer.

Ella dice:

—Comeré más tarde.

Yo digo:

—Más tarde estará frío.

Ella dice:

—Pues me lo calientas. O no como.

Yo digo:

—Te preparo una tisana y así se te abre el apetito.

En la tisana le pongo un somnífero de los que toma habitualmente. Al lado de la tisana le dejo otro.

Diez minutos después, mi madre se duerme delante del televisor. La cojo en brazos, la llevo a su habitación, la desnudo, la acuesto.

Vuelvo al salón. Bajo el volumen del televisor, apago luces. Vuelvo a situar las agujas del despertador de la cocina y del reloj del salón en la hora correcta.

Todavía me queda tiempo para comer antes de que llegue mi hermano. Como en la cocina un poco de puré de zanahorias, un poco del asado de carne picada. Mi madre mastica mal pese a la dentadura postiza que le encargué hace poco. Tampoco hace muy bien la digestión.

Cuando termino de comer, lavo los platos, meto las sobras en la nevera, ha sobrado suficiente para mañana a mediodía.

Me instalo en el salón. Dejo dos vasos y una botella de aguardiente en la mesilla de al lado de mi sillón. Bebo, espero. A las ocho en punto voy a ver a mi madre. Duerme profundamente. Empieza la película policíaca, trato de seguirla. Alrededor de las ocho y veinte renuncio a la película, me aposto frente a la ventana de la cocina. Está a oscuras, es imposible que me vean desde el exterior.

A las ocho y media exactas, un gran coche negro se detiene delante de la casa y aparca en la acera. Sale un hombre, se acerca a la verja, llama al timbre.

Vuelvo al salón, digo a través del interfono:

—Entre. La puerta está abierta.

Enciendo la luz de la galería, vuelvo a sentarme en el sillón, mi hermano entra. Está pálido y flaco, se acerca a mí cojeando, lleva una cartera bajo el brazo. Se me agolpan lágrimas en los ojos, me levanto, le tiendo la mano.

—Bienvenido.

Él dice:

—No te molestaré mucho rato. Me espera un coche.

Digo:

—Pase a mi despacho. Estaremos más tranquilos.

Dejo la televisión encendida. Si mi madre se despierta, oirá la película policíaca como todos los días.

Mi hermano pregunta:

—¿No apagas la televisión?

—No. ¿Para qué? Desde el despacho no la oiremos.

Cojo la botella y los dos vasos, me siento detrás del escritorio, le señalo una silla ante mí.

—Siéntese.

Levanto la botella.

—¿Un vasito?

—Sí.

Bebemos. Mi hermano dice:

—Es el despacho de nuestro padre. No ha cambiado nada. Me acuerdo de la lámpara, de la máquina de escribir, del mueble, de las sillas.

Sonrío.

—¿Qué más ha reconocido?

—Todo. La galería y el salón. Sé dónde está la cocina, la habitación de los niños y la de los padres.

Digo:

—No es muy difícil. Todas estas casas están construidas según el mismo modelo.

Continúa:

—Delante de la ventana de la habitación de los niños había un nogal. Las ramas tocaban el cristal y de ellas colgaba un columpio. Con dos asientos. Al fondo del patio, debajo del tejadillo, guardábamos los patinetes y los triciclos.

Digo:

—Ahora también hay juguetes debajo del tejadillo, pero no los mismos. Estos pertenecen a mis nietos.

Nos callamos. Vuelvo a llenar los vasos. Cuando deja el suyo vacío, Lucas pregunta:

—Dime, Klaus, ¿dónde están nuestros padres?

—Los míos están muertos. En cuanto a los de usted, lo ignoro.

—¿Por qué no me tuteas, Klaus? Soy tu hermano Lucas. ¿Por qué no quieres creerme?

—Porque mi hermano murió. Si no le importa, me gustaría ver sus papeles.

Mi hermano se saca del bolsillo un pasaporte extranjero, me lo da. Dice:

—No te fies de lo que dice. Hay algunos errores.

Examino el pasaporte.

—Usted se llama Claus con «c». Su fecha de nacimiento no es la misma que la mía, mientras que Lucas y yo éramos gemelos. Usted tiene tres años más que yo.

Le devuelvo el pasaporte. A mi hermano le tiemblan las manos, también la voz.

—Cuando crucé la frontera tenía quince años. Di una fecha de nacimiento falsa para aparentar que tenía más años, que era mayor de edad. No quería que me tutelaran.

—¿Y el nombre de pila? ¿Por qué cambió de nombre de pila?

—Por ti, Klaus. Mientras rellenaba el cuestionario en la oficina de los guardias de frontera, pensé en ti, en tu nombre, que me acompañó durante toda la infancia. Entonces, en lugar de Lucas, dije Claus. Tú hiciste lo mismo al publicar tus poemas con el nombre de Klaus Lucas. ¿Por qué Lucas? ¿En memoria mía?

Digo:

—En memoria de mi hermano, en efecto. Pero ¿cómo sabe que he publicado poemas?

—Yo también escribo, pero no poemas.

Abre la cartera, saca un gran cuaderno escolar y lo deja sobre la mesa.

—Es mi último manuscrito. Está inacabado. No me dará tiempo a terminarlo. Te lo dejo. Termínalo tú. Tienes que terminarlo tú.

Abro el cuaderno, pero detiene el gesto.

—No, ahora no. Cuando me haya marchado. Hay una cosa importante que me gustaría saber. ¿Cómo me hice la herida que tengo?

—¿Qué herida?

—La herida que tengo junto a la columna vertebral. Una herida causada por una bala. ¿Cómo me la hice?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Mi hermano Lucas no tenía ninguna herida. De pequeño padeció una enfermedad infantil. Poliomiélitis, creo. Yo solo tenía cuatro o cinco años cuando él murió, no me acuerdo con exactitud. Lo único que sé es lo que me contaron después.

Dice:

—Sí, eso es. Yo también creí durante mucho tiempo que había padecido una enfermedad infantil. Eso me decían. Pero más tarde me dijeron que me habían disparado una bala. ¿Dónde? ¿Cómo? La guerra acababa de empezar.

Me quedo callado, me encojo de hombros. Lucas continúa:

—Si tu hermano murió, tiene que haber una tumba. Su tumba. ¿Dónde está? ¿Puedes enseñármela?

—No, no puedo. Mi hermano está enterrado en una fosa común de la ciudad de S.

—¿Ah, sí? ¿Y la tumba de tu padre? ¿Y la tumba de tu madre? ¿Dónde están? ¿Puedes enseñármelas?

—No, tampoco es posible. Mi padre no volvió de la guerra y mi madre está enterrada con mi hermano Lucas, en la ciudad de S.

Pregunta:

—¿Así que no morí de poliomiélitis?

—Mi hermano no. Murió en un bombardeo. Mi madre acababa de acompañarlo a la ciudad de S., donde debía recibir tratamiento en un centro de reeducación. El centro fue bombardeado y ni mi hermano ni mi madre volvieron jamás.

Lucas dice:

—Si te contaron esto, te mintieron. Nuestra madre no me acompañó a la ciudad de S. Ni vino nunca a verme. Pasé varios años en el centro a causa de la supuesta enfermedad infantil hasta que fue bombardeado. Y no morí en el bombardeo, sobreviví.

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Usted sí. Mi hermano no. Ni mi madre.

Nos miramos a los ojos, aguanto la mirada.

—Como ve, se trata de dos destinos diferentes. Tendrá que proseguir sus indagaciones en otra dirección.

Niega con un gesto de la cabeza.

—No, Klaus, y lo sabes perfectamente. Sabes que soy tu hermano Lucas, pero te empeñas en negarlo. ¿De qué tienes miedo? Dímelo, Klaus, ¿de qué?

Respondo:

—De nada. ¿De qué iba a tener miedo? Si supiera que usted es mi hermano, sería el hombre más feliz del mundo por el hecho de haberlo reencontrado.

Me pregunta:

—¿Por qué habría venido a verte si no fuera tu hermano?

—No tengo ni idea. También debe tener en cuenta su aspecto.

—¿Mi aspecto?

—Sí, míreme a mí y mírese usted. ¿Hay el más mínimo parecido físico entre nosotros? Lucas y yo éramos gemelos, éramos exactamente iguales. Usted tiene otra cara y pesa treinta kilos menos que yo.

Lucas dice:

—Te olvidas de mi enfermedad, de mi dolencia. Si conseguí volver a andar fue por puro milagro.

Digo:

—Dejémoslo. Dígame qué le ocurrió después del bombardeo.

Dice:

—Como mis padres no me reclamaron, me llevaron a casa de una campesina, una anciana que vivía en la ciudad de K. Estuve viviendo y trabajando en su casa hasta que me marché al extranjero.

—¿Qué hacía en el extranjero?

—Todo tipo de cosas, también escribí libros. ¿Y tú, Klaus? ¿Cómo has vivido después de la muerte de nuestros padres? Por lo que me cuentas, te quedaste huérfano muy pequeño.

—Sí, muy pequeño. Pero tuve suerte. Solo me quedé unos meses en un orfanato. Me acogió una familia amiga. Fui muy feliz en casa de esa familia. Era una familia numerosa, con cuatro hijos. Más adelante me casé con la mayor, Sarah. Tuvimos dos hijos, una niña y un niño. Ahora soy abuelo, un abuelo feliz.

Lucas dice:

—Es curioso. Al entrar aquí he tenido la impresión de que vivías solo.

—Ahora mismo estoy solo, es verdad. Pero solo hasta Navidad. Tengo que terminar un trabajo urgente. Debo preparar una selección de nuevos poemas. Después me reuniré con Sarah, mi esposa, y con mis hijos y nietos en la ciudad de K. Pasaremos las vacaciones de invierno juntos. Allí tenemos una casa heredada de los padres de mi mujer.

Lucas dice:

—Precisamente he vivido en la ciudad de K. Conozco muy bien la ciudad. ¿Dónde está situada tu casa?

—En la plaza principal, frente al Gran Hotel, al lado de la librería.

—Acabo de pasar varios meses en la ciudad de K. Y da la casualidad de que vivía en el piso de arriba de la librería.

Digo:

—¿Qué coincidencia! Es una ciudad muy bonita, ¿verdad? Cuando era pequeño solía pasar las vacaciones en esa ciudad y a mis nietos les encanta. Sobre todo a los gemelos, los hijos de mi hija.

—¿Gemelos? ¿Cómo se llaman?

—Klaus y Lucas, evidentemente.

—Evidentemente.

—Mi hijo de momento solo tiene una niña que se llama Sarah, como su abuela, es decir, como mi mujer. Pero mi hijo todavía es joven, puede tener más hijos.

Lucas dice:

—Eres un hombre feliz, Klaus.

Respondo:

—Sí, muy feliz. Supongo que usted también lo es, que tendrá una familia.

Dice:

—No. Siempre he vivido solo.

—¿Por qué?

Lucas dice:

—No lo sé. Tal vez porque nadie me enseñó a amar.

Digo:

—Es una lástima. Los niños dan muchas alegrías. No me imagino la vida sin ellos.

Mi hermano se levanta.

—Me esperan en el coche. No quiero molestarte más.

Sonrío.

—No me ha molestado. ¿Así que vuelve a su país de adopción?

—Claro. Aquí no tengo nada que hacer. Adiós, Klaus.

Me levanto.

—Le acompaño.

Ya en la verja del jardín, le tiendo la mano.

—Hasta la vista, señor. Espero que acabe encontrando a su verdadera familia. Le deseo mucha suerte.

Él dice:

—Haces comedia hasta el final, Klaus. De haber sabido que tenías un corazón tan duro, no habría hecho nada para dar contigo. Lamento mucho haber venido.

Mi hermano sube en el gran coche negro, que arranca y se lo lleva.

Al subir por la escalera de la galería, resbalo en los peldaños helados, me caigo, me doy con la frente en el borde de piedra, me entra sangre en los ojos, que se mezcla con mis lágrimas.

Querría quedarme allí tumbado hasta helarme, hasta morir, pero no puedo, mañana por la mañana tengo que ocuparme de mi madre.

Entro en casa, voy al cuarto de baño, me lavo la herida, la desinfecto, la cubro con esparadrapo y luego vuelvo al despacho para leer el manuscrito de mi hermano.

Al día siguiente por la mañana, mi madre me pregunta:

—¿Dónde te has hecho esto, Klaus?

Digo:

—En la escalera. Bajé para ver si la puerta estaba bien cerrada y resbalé con el hielo.

Mi madre dice:

—Seguro que habías bebido más de la cuenta. Eres un borracho, un inútil y un torpe. ¿Todavía no me has preparado el té? ¡Verdaderamente, es increíble! Con el frío que hace... ¿No podrías levantarte media hora antes para que así encontrase la casa caliente y el té a punto cuando me levanto? Eres un gandul, no sirves para nada.

Digo:

—Aquí tienes el té. Dentro de unos minutos la casa estará caliente, ya verás. La verdad es que no me he acostado, me he pasado toda la noche escribiendo.

Dice:

—¿Así estamos? El señor prefiere pasarse la noche escribiendo que ocuparse de calentar la casa y de preparar el té. Lo que tienes que hacer es escribir durante el día, trabajar como todo el mundo, no durante la noche.

Digo:

—Sí, madre. Sería mejor trabajar durante el día. Pero en la imprenta me acostumbré a trabajar de noche. No lo puedo remediar. De todos modos, durante el día hay muchas cosas que me distraen. Tengo que hacer la compra, preparar la comida y lo que más me molesta es el ruido de la calle.

Mi madre dice:

—Y yo, ¿verdad? Dilo, dilo claramente, la que más te molesta de día soy yo. Solo puedes escribir cuando tu madre está acostada y dormida, ¿no es eso? Por las noches te mueres de ganas de que me vaya a la cama. Ya me he dado cuenta. Hace mucho tiempo que me he dado cuenta.

Digo:

—Tienes razón, madre. Para escribir debo estar completamente solo. Necesito silencio y soledad.

Ella dice:

—Que yo sepa, no armo mucho ruido ni me meto en tus cosas. Si quieres, no me moveré de la habitación. No te molestaré para nada y entonces ni siquiera tendrás que ir de compras ni preparar comidas. Cuando esté en la tumba podrás dedicarte solo a escribir. Por lo menos allí me encontraré a mi hijo Lucas, que no me maltrató nunca, que no me deseó nunca la muerte ni quiso alejarme de su lado. Seré feliz y nadie me reprochará nada.

Digo:

—Madre, no te reprocho nada ni me molestas en absoluto. Me gusta hacer la compra y preparar la comida, pero necesito que sea de noche para escribir. Desde que dejé la imprenta, la

única fuente de ingresos que tenemos son mis poemas.

Dice:

—Eso es lo que digo. No deberías haber dejado la imprenta. La imprenta era un trabajo normal y razonable.

Digo:

—Madre, sabes perfectamente que si dejé el trabajo fue obligado por la enfermedad. No podía seguir trabajando sin perder la salud.

Mi madre no contesta, se sienta delante del televisor, pero a la hora de cenar vuelve a insistir:

—La casa está en ruinas. Se ha desprendido el canalón del tejado, el agua cae ahora por todo el jardín, pronto nos lloverá en casa. Las malas hierbas han invadido el jardín, las habitaciones están negras de tanto humo, el humo de los cigarrillos del señor. La cocina está amarilla por culpa del humo del tabaco, igual que las cortinas de las ventanas del salón. Por no hablar del despacho ni del cuarto de los niños, porque el humo lo ha impregnado todo. En esta casa no se puede ni respirar, ni siquiera en el jardín. Hasta las flores se han muerto por la pestilencia que sale de la casa.

Digo:

—Sí, madre. Cálmate, madre. En el jardín no hay flores porque estamos en invierno. Voy a hacer pintar las habitaciones y la cocina. Menos mal que me lo has recordado. En primavera lo haré pintar todo y haré reparar el canalón del tejado.

Después de tomar el somnífero, mi madre se calma y se va a la cama.

Me siento delante del televisor, veo la película policíaca como todas las noches, bebo. A continuación, voy al despacho, releo las últimas páginas del manuscrito de mi hermano y me pongo a escribir.

Siempre éramos cuatro en la mesa: nuestro padre, nuestra madre y nosotros dos.

Nuestra madre se pasaba el día cantando. En la cocina, en el jardín, en el patio. También cantaba por la noche, en nuestro cuarto, para que nos durmiéramos.

Nuestro padre no cantaba. A veces silbaba mientras partía leña para la cocina. Por la tarde, e incluso muy entrada la noche, le oíamos teclear en su máquina de escribir.

Era un ruido agradable y tranquilizador como una música, como la máquina de coser de nuestra madre, como el ruido de platos, como el canto de los mirlos en el jardín, como el viento en las hojas de la parra silvestre que teníamos en la galería o en las ramas del nogal que crecía en el patio.

El sol, el viento, la noche, la luna, las estrellas, las nubes, la lluvia, la nieve, todo resultaba maravilloso. No teníamos miedo de nada. Ni de las sombras ni de las historias que se contaban los adultos. Historias de guerra. Nosotros teníamos cuatro años.

Una noche, nuestro padre llega vestido de uniforme. Deja el abrigo y el correa en la percha junto a la puerta del salón. Del correa cuelga un revólver.

Durante la cena, nuestro padre dice:

—Tengo que irme a otra ciudad. Ha estallado la guerra, me han movilizado.

Decimos:

—No sabíamos que fueras militar, padre. Eres periodista, no soldado.

Dice:

—En época de guerra, todos los hombres son soldados, hasta los periodistas. Sobre todo los periodistas. Tengo que observar y describir qué ocurre en el frente. A esto se le llama hacer de corresponsal de guerra.

Le preguntamos:

—¿Por qué llevas revólver?

—Porque soy oficial. Los soldados llevan fusil y los oficiales revólver.

Nuestro padre dice a nuestra madre:

—Acuesta a los niños. Tengo que hablar contigo.

Nuestra madre nos dice:

—¡Venga, a la cama! Después os contaré un cuento. Despedíos de vuestro padre.

Abrazamos a nuestro padre, después nos vamos a nuestra habitación, pero volvemos a salir enseguida en silencio. Nos sentamos en el pasillo, detrás mismo de la puerta del salón.

Nuestro padre dice:

—Me voy a vivir con ella. Ha estallado la guerra y no hay tiempo que perder. La quiero.

Nuestra madre pregunta:

—¿No has pensado en los niños?

Mi padre dice:

—Ella también espera un hijo. Por eso no puedo seguir callado.

—¿Quieres el divorcio?

—No es el momento. Después de la guerra, ya veremos. Mientras tanto, reconoceré al niño que va a nacer. Tal vez no vuelva. No se sabe.

Mi madre pregunta:

—¿Ya no nos quieres?

Dice mi padre:

—Esa no es la cuestión. Os quiero. Me ocuparé siempre de los niños y de ti. Pero también quiero a otra mujer. ¿Lo entiendes?

—No. No lo entiendo ni quiero entenderlo.

Oímos un disparo. Abrimos la puerta del salón. La que ha disparado es mi madre. Tiene en las manos el revólver de mi padre. Vuelve a disparar. Mi padre está en el suelo. Mi madre sigue disparando. A mi lado cae Lucas, también está en el suelo. Mi madre arroja el revólver, empieza a gritar, se arrodilla al lado de Lucas.

Salgo de casa, echo a correr por la calle, grito:

—¡Socorro, socorro!

Algunas personas me dan alcance, me conducen a casa, tratan de calmarme. También tratan de calmar a mi madre, pero ella continúa gritando:

—¡No, no, no!

El salón está lleno de gente. Llega la policía y dos ambulancias. Nos llevan a todos al hospital.

En el hospital, me ponen una inyección para dormirme porque sigo gritando.

Al día siguiente el médico dice:

—Está bien. No es grave. Puede marcharse.

La enfermera dice:

—¿Adónde? En su casa no hay nadie. Solo tiene cuatro años.

Dice el médico:

—Vaya a ver a la asistente social.

La enfermera me lleva a un despacho. La asistente social es una vieja con moño. Me hace una serie de preguntas:

—¿Tienes abuela? ¿Alguna tía? ¿Alguna vecina que te quiera?

Le pregunto:

—¿Dónde está Lucas?

Dice:

—Está aquí, en el hospital. Está herido.

Digo:

—Quiero verlo.

Dice:

—Está inconsciente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que de momento no puede hablar.

—¿Está muerto?

—No, pero tiene que descansar.

—¿Y mi madre?

—Tu madre está bien. Pero a ella tampoco la puedes ver.

—¿Por qué? ¿También está herida?

—No, duerme.

—¿Y mi padre? ¿También duerme?

—Sí, tu padre también duerme.

Me acaricia el cabello.

Le pregunto:

—¿Por qué duermen todos menos yo?

Dice:

—Es así. A veces ocurren estas cosas. Toda una familia se pone a dormir y el que no duerme se queda solo.

—No quiero quedarme solo. Yo también quiero dormir, como Lucas, como mi madre, como mi padre.

Dice ella:

—Pero alguien tiene que quedarse despierto para esperarlos y poder cuidarlos cuando vuelvan, cuando despierten.

—¿Despertarán?

—Algunos sí. Eso es lo que esperamos, por lo menos.

Nos quedamos callados un momento. Ella pregunta:

—¿No conoces a nadie que pueda ocuparse de ti mientras esperas?

Pregunto:

—¿Mientras espero qué?

—Mientras esperas a que vuelva alguna persona de tu familia.

Digo:

—No, nadie. Y no me apetece que se ocupen de mí. Quiero volver a mi casa.

Ella dice:

—No puedes vivir solo en tu casa a tu edad. Si no tienes a nadie, mi obligación es mandarte a un orfanato.

Digo:

—Me da igual. Si no puedo vivir en mi casa, me da igual adónde ir.

En el despacho entra una mujer, dice:

—He venido a buscar al niño. Quiero llevármelo a mi casa. No tiene a nadie. Conozco a su familia.

La asistente social me dice que vaya a pasearme por el pasillo. En los pasillos hay mucha gente. Están sentados en bancos, hablan. Casi todos llevan ropa de estar por casa.

Dicen:

—Es terrible.

—¡Qué lástima! ¡Tan buena familia!

—Ella tenía razón.

—¡Los hombres, siempre los hombres!

—Es una vergüenza que haya esas mujerzuelas.

—Y nada menos ahora que ha empezado la guerra.

—Cuando estamos preocupados por otras cosas.

La mujer que ha dicho «Quiero llevarme el niño a mi casa» sale del despacho. Me dice:

—Ven conmigo. Me llamo Antonia. ¿Y tú? ¿Eres Lucas o Klaus?

Doy la mano a Antonia.

—Soy Klaus.

Tomamos el autobús, caminamos. Entramos en una habitación pequeña donde hay una cama grande y una camita de niño, una cama plegable.

Antonia me dice:

—Como todavía eres pequeño, puedes dormir en esa cama, ¿verdad?

Digo:

—Sí.

Me acuesto en la cama pequeña. Tiene la medida justa, toco los barrotes con los pies.

Antonia me dice:

—Esa camita es para el niño que estoy esperando. Será tu hermanito o tu hermanita.

Le digo:

—Ya tengo un hermano. No quiero otro. Ni tampoco ninguna hermana.

Antonia está acostada en la cama grande, dice:

—Ven, ven a mi lado.

Salgo de la cama, me acerco a la suya. Me coge la mano, se la pone en el vientre.

—¿Lo notas? Se mueve. Vendrá pronto.

Me atrae hacia ella, en la cama, me acuna.

—Mientras sea tan guapo como tú...

Después me vuelve a acostar en la cama pequeña.

Mientras Antonia me mecía, yo notaba los movimientos del bebé y me hacía la ilusión de que era Lucas. Me equivocaba. Del vientre de Antonia salió una niña.

Estoy sentado en la cocina. Dos viejas me han dicho que me quedara en la cocina. Oigo los gritos de Antonia. No me muevo. Las dos viejas entran de vez en cuando para calentar agua y para decirme:

—Estate tranquilo.

Más tarde, una me dice:

—Ya puedes entrar.

Entro en la habitación, Antonia me tiende los brazos, me abraza, se ríe.

—Es una niña. Mírala. Una niña muy guapa, tu hermana.

Miro la cuna. Veo una cosa pequeña y morada que berrea. Le cojo la mano, empiezo a contar, le acaricio los dedos uno por uno, tiene diez. Le meto el pulgar de la mano en la boca, deja de llorar.

Antonia me sonrío.

—La llamaremos Sarah. ¿Te gusta el nombre?

Digo:

—Sí, cualquier nombre está bien. No importa. Es mi hermanita, ¿verdad?

—Sí, es tu hermanita.

—¿Y también de Lucas?

—Sí, de Lucas también.

Antonia se echa a llorar. Le pregunto:

—¿Dónde dormiré ahora que la cama pequeña está ocupada?

Dice ella:

—En la cocina. Le he pedido a mi madre que te prepare una cama en la cocina.

Pregunto:

—¿Ya no puedo dormir en vuestra habitación?

Antonia dice:

—Mejor que duermas en la cocina. La bebé llorará a menudo y nos despertará a todos varias veces cada noche.

Digo:

—Si llora y te molesta, lo que tienes que hacer es meterle el pulgar en la boca. El pulgar izquierdo, como yo.

Vuelvo a la cocina. Solo queda una vieja, la madre de Antonia. Me da unas rebanadas de pan con miel para comer. Me da leche para beber. Después me dice:

—Acuéstate, pequeño. Escoge la cama que te guste más.

En el suelo hay dos colchones con almohadas y mantas. Escojo el colchón colocado al pie de la ventana, así podré mirar el cielo y las estrellas.

La madre de Antonia se acuesta en el otro colchón y, antes de dormirse, reza:

—Dios todopoderoso, ayúdame. La niña no tiene padre. ¡Mi hija tiene una niña sin padre! ¡Si mi marido lo supiera! Lo he engañado. Le he ocultado la verdad. ¿Y este otro niño que ni siquiera

es suyo? ¡Cuánta desgracia! ¿Qué puedo hacer para salvar a esa pecadora?

La abuela sigue farfullando y yo me duermo, feliz de estar cerca de Antonia y de Sarah.

Por la mañana, la madre de Antonia se levanta temprano. Me envía a comprar a una tienda del barrio. Lo único que tengo que hacer es dar la lista y el dinero.

La madre de Antonia prepara la comida. Baña a la bebé y la cambia varias veces al día. Lava la ropa y la tiende en unas cuerdas puestas sobre nosotros en la cocina. Siempre está mascullando. Probablemente rece.

No se queda mucho tiempo. Diez días después del nacimiento de Sarah, se marcha con su maleta y sus oraciones.

Estoy bien solo en la cocina. Por las mañanas me levanto temprano para ir a buscar la leche y el pan. Cuando Antonia se despierta, entro en la habitación con un biberón para Sarah y café para Antonia. A veces le doy yo el biberón, después me quedo a mirar cómo Antonia baña a Sarah, procuro hacerla reír con los juguetes que los dos, Antonia y yo, le hemos comprado.

Sarah está cada día más guapa. Le están saliendo cabellos y dientes, sabe reírse y ha aprendido muy bien a chuparse el pulgar izquierdo.

Desgraciadamente, Antonia debe volver a trabajar porque sus padres ya no le mandan dinero.

Antonia sale todas las noches. Trabaja en un cabaret, baila y canta. Llega muy tarde, por la mañana está cansada, no puede ocuparse de Sarah.

Todas las mañanas viene una vecina, baña a Sarah, la mete en su parque con los juguetes, en la cocina. Juego con ella mientras la vecina prepara la comida y lava la ropa. Después de lavar platos, la vecina se va y entonces soy yo quien se ocupa de todo si Antonia sigue durmiendo.

Por la tarde, paseo a Sarah con el cochecito. Nos paramos en los parques donde hay espacios para jugar, dejo que Sarah corree por la hierba, juegue con la arena, la columpio.

Cuando cumpla seis años, me obligan a ir a la escuela. El primer día me acompaña Antonia. Habla con el maestro y se va. Cuando terminan las clases vuelvo corriendo a casa para ver si todo va bien y poder salir de paseo con Sarah.

Cada día vamos más lejos hasta que, por pura casualidad, me encuentro en mi calle, la calle donde vivía con mis padres.

No digo nada a Antonia, ni a nadie. Cada día, sin embargo, me las arreglo para pasar por delante de la casa con los postigos verdes, me paro un momento y lloro. Sarah llora conmigo.

La casa está abandonada. Los postigos están cerrados, por la chimenea no sale humo. El jardín delantero está invadido por malas hierbas; detrás, el patio seguramente está lleno de nueces que han caído del árbol y que nadie recoge.

Una noche, mientras Sarah duerme, salgo de casa. Corro por la calle, sin hacer ruido, en plena noche. Debido a la guerra, las luces de la ciudad están apagadas y las ventanas de las casas tapadas con esmero. Me basta con la luz de las estrellas, tengo grabadas en la cabeza todas las calles, todas las travesías.

Salto la verja, rodeo la casa, voy a sentarme al pie del nogal. Palpo la hierba y toco nueces duras y secas. Me lleno los bolsillos. Al día siguiente vuelvo con una bolsa y recojo todas las nueces que puedo llevar. Al ver la bolsa de nueces en la cocina, Antonia me pregunta:

—¿De dónde han salido estas nueces?

Digo:

—De nuestro jardín.

—¿De qué jardín? No tenemos jardín.

—Del jardín de la casa donde vivía antes.

Antonia me sienta en sus rodillas.

—¿Cómo la has encontrado? ¿Cómo es que todavía la recuerdas? Entonces solo tenías cuatro años.

Digo:

—Ahora tengo ocho. Dime qué ocurrió, Antonia. Dime dónde están todos. ¿Qué les ha pasado? A mi padre, a mi madre y a Lucas.

Antonia llora y yo me aprieto contra ella.

—Tenía la esperanza de que lo olvidarías todo. Nunca te he hablado de todo esto para que lo olvidases.

Digo:

—No he olvidado nada. Cada noche, cuando miro el cielo, pienso en ellos. Están allá arriba todos, ¿verdad? Murieron todos.

Antonia dice:

—No, todos no. Solo tu padre. Sí, tu padre murió.

—¿Y mi madre dónde está?

—En un hospital.

—¿Y mi hermano Lucas?

—En un centro de reeducación. En la ciudad de S., cerca de la frontera.

—¿Qué le pasó?

—Recibió un disparo, una bala que rebotó.

—¿Qué bala?

Antonia me aparta, se levanta.

—Déjame, Klaus, te lo ruego, déjame.

Se va a su habitación, se tiende en la cama, continúa sollozando. Sarah también se echa a llorar. La cojo en brazos, me siento al borde de la cama de Antonia.

—No llores, Antonia. Cuéntamelo todo. Es mejor que lo sepa todo. Ahora ya soy bastante mayor para saber la verdad. Hacerse preguntas es peor que saberlo todo.

Antonia coge a Sarah, la acuesta a su lado y me dice:

—Acuéstate al otro lado, dejemos que se duerma. No debe oír lo que te voy a decir.

Nos quedamos tendidos los tres en la cama grande, mucho rato, en silencio. Antonia acaricia tanto los cabellos de Sarah como los míos. Cuando oímos que Sarah respira regularmente, sabemos que se ha dormido. Antonia habla mientras mira el techo. Me explica que mi madre mató a mi padre.

Digo:

—Recuerdo los disparos y las ambulancias. Y a Lucas. ¿Mi madre también disparó a Lucas?

—No, a Lucas lo hirió una bala perdida. La bala se le metió cerca de la columna vertebral. Estuvo inconsciente meses enteros, creían que se quedaría inválido. Ahora hay esperanzas de que se pueda curar por completo.

Pregunto:

—¿Mi madre también está en la ciudad de S. con Lucas?

Antonia dice:

—No, tu madre está aquí, en esta ciudad. En un hospital psiquiátrico.

Pregunto:

—¿Psiquiátrico? ¿Qué quiere decir eso? ¿Está enferma o está loca?

Antonia dice:

—La locura es una enfermedad como otra cualquiera.

—¿Puedo ir a verla?

—No lo sé. No debes. Es demasiado triste.

Reflexiono un momento, después pregunto:

—¿Por qué mi madre se volvió loca? ¿Por qué mató a mi padre?

Antonia dice:

—Porque tu padre me quería a mí. Nos quería a las dos, a Sarah y a mí.

Digo:

—Sarah aún no había nacido. Entonces es por tu culpa. Todo lo que ocurrió fue por culpa tuya. Si no hubiera sido por ti, todos habríamos sido felices en la casa de los postigos verdes, a pesar de la guerra y después de la guerra. Si no hubiera sido por ti, mi padre no estaría muerto, mi madre no se habría vuelto loca, mi hermano no estaría inválido y yo no estaría solo.

Antonia se calla. Salgo de la habitación.

Voy a la cocina, cojo el dinero que Antonia ha dejado preparado para hacer la compra. Todas las noches deja encima de la mesa de la cocina el dinero necesario para la compra del día siguiente. Nunca me pide cuentas.

Salgo de la casa. Voy hasta una calle larga y ancha por la que circulan autobuses y tranvías. Me dirijo a una vieja que está esperando el autobús en la esquina.

—Por favor, señora, ¿cuál es el autobús que va a la estación?

Me pregunta:

—¿A qué estación, pequeño? Hay tres.

—A la estación más próxima.

—Toma el tranvía número cinco, después el autobús número tres. El revisor te dirá dónde tienes que apearte para el cambio.

Llego a una estación inmensa, llena de gente. Todos se empujan, gritan, sueltan palabrotas. Me pongo en la cola de los que esperan delante de una ventanilla. Avanzamos lentamente. Cuando por fin me toca, digo:

—Un billete para la ciudad de S.

El empleado me dice:

—El tren para S. no sale de aquí. Tienes que ir a la estación del sur.

Cojo otros autobuses y tranvías. Cuando llego a la estación del sur ya es de noche y no hay ningún tren para S. hasta el día siguiente por la mañana. Voy a la sala de espera, encuentro un sitio en un banco. Hay muchísima gente, huele mal y el humo de pipas y cigarrillos me pica en los ojos. Intento dormir, pero en cuanto cierro los ojos, veo a Sarah sola en el cuarto, a Sarah yendo a la cocina, a Sarah llorando porque yo no estoy. Se queda sola toda la noche, porque Antonia tiene que ir a trabajar, mientras yo estoy sentado en una sala de espera para trasladarme a otra ciudad, la ciudad donde vive mi hermano Lucas.

Quiero ir a la ciudad donde vive mi hermano, quiero encontrar de nuevo a mi hermano, después iremos juntos a buscar a nuestra madre. Mañana por la mañana iré a la ciudad de S. Mañana me iré.

No puedo dormir. En mis bolsillos encuentro las cartillas de racionamiento, sin las cuales Antonia y Sarah no tendrán comida.

Debo volver.

Echo a correr. Las zapatillas de gimnasia no hacen ruido. Por la mañana, ya estoy cerca de casa, hago cola para el pan, después para la leche, vuelvo a casa.

Antonia está sentada en la cocina. Me coge en brazos.

—¿Dónde estabas? Sarah y yo nos hemos pasado la noche llorando. No nos dejes nunca más.

Digo:

—No quiero dejaros. He traído el pan y la leche. Falta un poco de dinero. Fui a la estación. Y a otra estación. Quería ir a la ciudad de S.

Antonia dice:

—Dentro de poco tiempo iremos juntos. Iremos a ver a tu hermano.

Digo:

—También me gustaría ver a mi madre.

Un domingo por la tarde vamos al hospital psiquiátrico. Antonia y Sarah se quedan en la recepción. Una enfermera me lleva a una salita amueblada con una mesa y unas butacas. Delante de la ventana hay un velador con plantas verdes. Me siento, espero.

Vuelve la enfermera, llevando del brazo a una mujer vestida con una bata, a la que ayuda a sentarse en una de las butacas.

—Saluda a tu mamá, Klaus.

Miro a la mujer. Es gorda y vieja. Lleva el pelo, bastante gris, peinado hacia atrás y recogido en la nuca con una hebra de lana. Lo veo cuando se vuelve y se queda mirando fijamente la puerta cerrada. Luego pregunta a la enfermera:

—¿Y Lucas? ¿Dónde está?

La enfermera responde:

—Lucas no ha podido venir, pero aquí está Klaus. Saluda a tu mamá, Klaus.

Digo:

—Hola, mamá.

Me pregunta:

—¿Por qué estás solo? ¿Por qué Lucas no ha venido contigo?

La enfermera dice:

—Lucas también vendrá, muy pronto.

Mi madre me mira. De sus ojos azul claro comienzan a brotar gruesas lágrimas. Dice:

—Mentiras. Siempre mentiras.

Le gotea la nariz. La enfermera la suena. Mi madre deja caer la cabeza sobre el pecho, no dice nada más, ya no me mira.

La enfermera dice:

—Estamos cansadas. Volveremos a la cama. ¿Quieres darle un beso a tu mamá, Klaus?

Digo no con la cabeza, me levanto.

La enfermera dice:

—Sabrás ir solo hasta la recepción, ¿verdad?

No digo nada, salgo de la habitación. Paso delante de Antonia y de Sarah sin decir nada, salgo del edificio, aguardo delante de la puerta. Antonia me pone la mano en el hombro y Sarah me da la mano, pero yo me deshago de las dos y me meto las manos en los bolsillos. Vamos hasta la parada del autobús sin decir palabra.

Por la noche, antes de que Antonia salga para ir a trabajar, le digo:

—La mujer que he visto no es mi madre. No volveré a ir a verla. Deberías ir a verla tú para saber qué le has hecho.

Pregunta:

—¿No me perdonarás nunca, Klaus?

No respondo. Añade:

—Si supieras cuánto te quiero.

Digo:

—No deberías quererme. No eres mi madre. La que debería quererme es mi madre, pero ella solo quiere a Lucas. Por culpa tuya.

El frente se acerca. La ciudad es bombardeada día y noche. Pasamos mucho tiempo en el sótano. Hemos bajado colchones y mantas. Al principio también vienen nuestros vecinos, pero un día desaparecen. Antonia dice que han sido deportados.

Antonia ya no trabaja. El cabaret donde cantaba ya no existe. La escuela ha cerrado. Es muy difícil conseguir comida, incluso con cartillas de racionamiento. Por suerte, Antonia tiene un amigo que viene de vez en cuando y nos trae pan, leche en polvo, galletas y chocolate. Por la noche el amigo se queda a dormir en casa porque no puede volver a la suya a causa del toque de queda. Esas noches, Sarah duerme conmigo en la cocina. Yo la acuno, le hablo de Lucas, con el que pronto nos reuniremos, y nos dormimos mirando las estrellas.

Una mañana, Antonia nos despierta temprano. Nos dice que nos pongamos ropa de abrigo, que nos pongamos varias camisas y jerséis, el abrigo y unos cuantos pares de calcetines, porque tenemos que hacer un largo viaje. Con el resto de nuestra ropa llena dos maletas.

El amigo de Antonia nos viene a buscar con un coche. Ponemos las maletas en el portaequipajes, Antonia se sienta delante, Sarah y yo detrás.

El coche se para casi delante de mi antigua casa, en la entrada del cementerio. El amigo se queda en el coche, Antonia camina aprisa y nos lleva casi arrastrando a Sarah y a mí, cogidos de la mano.

Nos paramos delante de una tumba con una cruz de madera en la que está escrito el apellido de mi padre con un nombre de pila doble: el mío y el de mi hermano, Klaus-Lucas T.

Sobre la tumba, entre varios ramilletes ajados, hay uno casi fresco, un ramillete de claveles blancos.

Digo a Antonia:

—Claveles; mi madre tenía el jardín lleno de claveles. Eran las flores favoritas de mi padre.

Antonia dice:

—Ya lo sé. Decid adiós a vuestro padre, niños.

Sarah dice dulcemente:

—Adiós, papá.

Yo digo:

—No era el padre de Sarah. Era nuestro padre únicamente, el de Lucas y el mío.

Antonia dice:

—Ya te lo expliqué. ¿No lo entendiste? No importa. Venga, que no tenemos tiempo que perder.

Volvemos al coche, nos lleva a la estación del sur. Antonia da las gracias a su amigo y le dice adiós.

Hacemos cola delante de la ventanilla. Solo ahora me atrevo a preguntárselo a Antonia:

—¿Adónde vamos?

Dice:

—A casa de mis padres. Pero primero nos pararemos en la ciudad de S. para recoger a tu hermano Lucas.

La cojo de la mano, le doy un beso.

—Gracias, Antonia.

Ella aparta la mano.

—No me des las gracias. Lo único que sé es el nombre de la ciudad y el nombre del centro de reeducación, nada más.

Cuando Antonia paga los billetes, me doy cuenta de que no habría podido pagar el viaje hasta la ciudad de S. con el dinero de la compra.

El viaje es incómodo. Hay muchísima gente, huyendo del frente. Solo tenemos un asiento para los tres, el que está sentado coge a Sarah en las rodillas, el otro se queda de pie. Durante el viaje, que debía durar cinco horas pero que tarda doce a causa de las alarmas, intercambiamos varias veces el asiento. El tren se para en pleno campo, salen los viajeros y se echan al suelo, en el campo. Cuando esto sucede, extendiendo el abrigo en el suelo, pongo a Sarah encima y me tiendo sobre ella para protegerla de las balas, de la metralla y de los proyectiles.

De noche, ya tarde, llegamos a la ciudad de S. Vamos a la habitación de un hotel. Sarah y yo nos acostamos inmediatamente en la cama grande, Antonia vuelve a bajar al bar para hacer algunas averiguaciones y no vuelve hasta la mañana siguiente.

Ya tiene la dirección del centro donde debe de estar Lucas. Vamos al día siguiente.

Es un edificio situado en un parque. La mitad ha quedado destruido. Está vacío. Vemos algunos muros en pie, ennegrecidos por el humo.

El centro fue bombardeado tres semanas antes.

Antonia indaga. Va a preguntar a las autoridades locales, intenta encontrar a supervivientes del centro. Se entera del domicilio de la directora. Vamos a verla.

Nos dice:

—Recuerdo muy bien a Lucas. Era el peor niño de la casa. Siempre molestando, siempre fastidiando a todo el mundo. Un niño realmente insoportable, incorregible. Nadie venía a verle nunca, nadie preguntaba por él. Si no recuerdo mal, había un drama de familia. No puedo decirle más.

Antonia insiste:

—¿Volvió a verle después del bombardeo?

La directora dice:

—Yo también fui víctima de aquel bombardeo y nadie se interesa por mí. Hay mucha gente que quiere hablar conmigo, que quiere preguntarme sobre algún hijo suyo. Nadie se interesa por mí. Sin embargo, después de aquel bombardeo tuve que pasar dos semanas en el hospital. Debido al susto, ¿comprende? Yo era la responsable de todos aquellos niños.

Antonia vuelve a preguntar:

—Haga memoria. ¿Qué recuerda de Lucas? ¿Volvió a verle después del bombardeo? ¿Qué pasó con los niños que sobrevivieron?

La directora dice:

—Nunca más lo vi. Se lo repito, yo fui una víctima más. Los niños volvieron a sus casas, los que sobrevivieron, claro. En cuanto a los muertos, los enterraron en el cementerio de la ciudad. A los que no murieron, pero no se sabía la dirección de su familia, los repartieron. En pueblos, granjas, pequeñas ciudades. Esas familias deberían devolver al niño cuando termine la guerra.

Antonia revisa la lista de los que murieron en la ciudad.

Me dice:

—Lucas no murió. Lo encontraremos.

Subimos de nuevo al tren. Nos apeamos en una pequeña estación, recorremos el centro de la ciudad. Antonia lleva a Sarah dormida en brazos, yo llevo las maletas.

Nos paramos en la plaza principal. Antonia llama a una puerta, sale a abrir una vieja. Conozco a la vieja. Es la madre de Antonia. Dice:

—¡Alabado sea Dios! Todos sanos y salvos. He pasado un miedo terrible. No he dejado de rezar por vosotras.

Me coge la cara entre las manos.

—¿También tú has venido?

Digo:

—No había otro remedio. Tengo que cuidar de Sarah.

—Naturalmente, tienes que cuidar de Sarah.

Me abraza, me besa, después coge a Sarah en brazos.

—¡Qué guapa estás! ¡Cuánto has crecido!

Sarah dice:

—Tengo sueño. Quiero dormir con Klaus.

Nos acuestan en la misma habitación, la habitación donde dormía Antonia cuando era pequeña.

Sarah llama a abuela y abuelo a los padres de Antonia, yo los llamo tía Mathilda y tío Andreas. Tío Andreas es pastor y no ha sido movilizadado porque está enfermo. La cabeza le tiembla continuamente, como si estuviera diciendo «no» todo el tiempo.

El tío Andreas me lleva a dar una vuelta por las calles de la ciudad, a veces hasta que se hace de noche. Dice:

—Siempre había deseado tener un hijo. Un niño habría comprendido el amor que siento por esta ciudad. Se habría dado cuenta de la belleza de estas calles, de estas casas, de este cielo. Sí,

esta belleza del cielo que no se encuentra en ningún otro lugar del mundo. Mira. No hay palabras para los colores de este cielo.

Digo:

—Parece un sueño.

—Un sueño, sí. Solo tuve una hija. Se marchó muy pronto, muy joven. Ha vuelto con una niña y contigo. Tú no eres hijo mío, tampoco eres mi nieto, pero eres el niño que esperaba.

Digo:

—Pero yo tengo que volver con mi madre cuando esté curada, también tengo que encontrar a mi hermano Lucas.

—Por supuesto que sí. Espero que los encuentres. Pero si no los encontrases, puedes quedarte con nosotros para siempre. Podrás estudiar y escoger el oficio que más te guste. ¿Qué te gustaría ser cuando seas mayor?

—Me gustaría casarme con Sarah.

El tío Andreas se echa a reír:

—No puedes casarte con Sarah. Sois hermanos. No os podéis casar. Está prohibido por la ley.

Digo:

—Entonces, me conformo viviendo con ella. Nadie puede prohibirme que siga viviendo con ella.

—Encontrarás muchas otras chicas con las que querrás casarte.

Respondo:

—No creo.

Al cabo de poco tiempo, se vuelve peligroso pasear por la calle y por la noche está prohibido salir. ¿Qué se puede hacer durante las alarmas y los bombardeos? Durante el día doy clase a Sarah. Le enseño a leer y a escribir, le hago hacer ejercicios de cálculo. En la casa hay muchos libros, incluso encuentro en el desván los libros de Antonia de cuando era pequeña y los libros de la escuela.

El tío Andreas me enseña a jugar al ajedrez. Cuando las mujeres se acuestan comenzamos una partida y seguimos jugando hasta muy avanzada la noche.

Al principio, el tío Andreas gana siempre. Cuando empieza a perder, también pierde las ganas de jugar.

Me dice:

—Eres demasiado bueno para mí, hijo mío. Ya no me apetece jugar. Ya no me apetece hacer nada, he perdido el gusto de todo. Ni siquiera tengo sueños interesantes, solo sueño tonterías.

Trato de enseñar a Sarah a jugar al ajedrez, pero no le gusta. Se cansa, se pone nerviosa, prefiere juegos más sencillos, pero lo que más le gusta es que le lea cuentos, los que sean, aunque se los haya leído veinte veces.

Cuando la guerra se aleja y pasa al otro país, Antonia dice:

—Volvamos a la capital, a casa.

Su madre dice:

—Os vais a morir de hambre. Deja que Sarah se quede aquí algún tiempo. Por lo menos hasta que encuentres trabajo y una casa decente.

El tío Andreas dice:

—Deja también al niño. Aquí hay buenas escuelas. Cuando encontremos a su hermano, que se quede también con nosotros.

Digo:

—Yo tengo que volver a la capital para saber qué ha sido de mi madre.

Sarah dice:

—Si Klaus vuelve a la capital, yo voy con él.

Antonia dice:

—Me voy yo sola. Cuando haya encontrado un piso, volveré a buscaros.

Le da un beso a Sarah, después me besa a mí. Me dice al oído:

—Sé que la cuidarás. Confío en ti.

Antonia se marcha, nosotros nos quedamos en casa de la tía Mathilda y del tío Andreas. Vamos limpios y estamos bien alimentados, pero no podemos salir de la casa por culpa de los militares extranjeros y del desorden reinante. La tía Mathilda tiene miedo de que pueda ocurrirnos algo.

Cada uno tiene su habitación ahora. Sarah duerme en la antigua habitación de su madre; yo duermo en la habitación de invitados.

Por la noche acerco una silla a la ventana y contemplo la plaza. Está casi vacía. Solo circulan algunos borrachos y algunos militares. A veces un niño, creo que más pequeño que yo, atraviesa la plaza cojeando. Toca una musiquilla con una armónica, entra en una taberna, sale, entra en otra. Alrededor de medianoche, cuando cierran todas las tabernas, el niño se aleja hacia la parte de poniente sin dejar de tocar la armónica.

Una noche, le enseño el niño de la armónica al tío Andreas.

—¿Por qué a él le dejan salir por la noche hasta tarde?

El tío Andreas dice:

—Llevo un año observando a ese niño. Vive en casa de su abuela, en las afueras de la ciudad. Es una mujer extremadamente pobre. Ese niño es huérfano, sin duda. Suele tocar en las tabernas para ganar un poco de dinero. La gente se ha acostumbrado a verlo. Nadie le hará ningún daño. Está bajo la protección de la ciudad y bajo la protección de Dios.

Digo:

—Debe de ser feliz.

Mi tío dice:

—Seguramente.

Al cabo de tres meses, Antonia viene a buscarnos. La tía Mathilda y el tío Andreas no quieren dejarnos marchar.

La tía Mathilda dice:

—Deja que se quede la pequeña. Aquí está contenta, no le falta nada.

El tío Andreas dice:

—Por lo menos deja que se quede el niño. Ahora que las cosas se están arreglando, podríamos empezar las pesquisas para localizar a su hermano.

Antonia dice:

—Padre, puedes empezar las pesquisas sin que él esté aquí. Me los llevo a los dos, tienen que estar conmigo.

Ahora, en la capital, tenemos un piso grande de cuatro habitaciones. Además de los dormitorios, hay un salón y un cuarto de baño.

La noche de nuestra llegada, le leo un cuento a Sarah y le acaricio el pelo hasta que se duerme. Oigo a Antonia y a su amigo hablando en el salón.

Me pongo las zapatillas de gimnasia, bajo las escaleras, corro por las calles que conozco. Ahora las calles, los callejones y los pasajes están iluminados, la guerra ha terminado, ya no hay que tener las luces apagadas, ya no hay toque de queda.

Me paro delante de mi casa, la luz de la cocina está encendida. Al principio, pienso que tal vez haya extraños. También se enciende la luz del salón. Es verano, las ventanas están abiertas. Me acerco. Alguien habla, es una voz de hombre. Miro prudentemente por la ventana. Mi madre, sentada en una butaca, escucha la radio.

Durante una semana, varias veces al día, voy a observar a mi madre. Se dedica a sus cosas, va de una habitación a otra, generalmente se queda en la cocina. También se ocupa del jardín, planta y riega las flores. Por la noche, se queda leyendo mucho rato en el dormitorio de mis padres, cuya ventana da al patio. Cada dos días viene una enfermera en bicicleta, se queda con mi madre unos diez minutos, charlando, le toma la tensión, a veces le pone una inyección.

Una vez al día, por la mañana, llega una muchacha cargada con una cesta y se marcha con la cesta vacía. Yo sigo haciendo la compra para Antonia, aunque ella es perfectamente capaz de hacerla e incluso cuenta con su amigo para que la ayude.

Mi madre está más delgada. Ya no tiene el aspecto de una vieja desaliñada como cuando la vi en el hospital. Su rostro ha recobrado la dulzura de antaño, sus cabellos han recuperado el brillo y el color. Los lleva recogidos en un moño abultado de color rojizo.

Una mañana, Sarah me pregunta:

—¿Adónde vas, Klaus? ¿Cómo es que desapareces siempre? Incluso de noche. Esta noche he ido a tu habitación porque he tenido una pesadilla. No estabas y he tenido mucho miedo.

—¿Por qué no vas a la habitación de Antonia cuando tienes miedo?

—No quiero. Está su amigo. Ahora se queda en casa casi todas las noches. ¿Dónde vas, Klaus?

—Me paseo. Simplemente paseo por las calles.

Sarah dice:

—Vas a pasearte por delante de la casa vacía, vas a llorar delante de tu casa vacía, ¿verdad? ¿Por qué no me llevas contigo?

Le digo:

—La casa ya no está vacía, Sarah. Mi madre ha vuelto. Vive otra vez en nuestra casa y yo también debo regresar.

Sarah se echa a llorar.

—¿Te irás a vivir con tu madre? ¿Ya no vivirás con nosotros? ¿Qué haré sin ti, Klaus?

Le doy un beso en los párpados.

—¿Y yo? ¿Qué haré sin ti, Sarah?

Estamos llorando los dos, nos abrazamos, tendidos en el diván del salón. Nos apretamos el uno contra el otro cada vez más fuerte, entrelazamos las piernas y los brazos. Las lágrimas nos empapan la cara, el pelo, el cuello y las orejas. Nos sacuden los sollozos, los temblores y el frío.

Siento el pantalón mojado entre las piernas.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Qué pasa?

Antonia nos separa, nos aleja al uno del otro, se sienta entre nosotros, me zarandea por los hombros.

—¿Qué has hecho?

Grito:

—No he hecho ningún daño a Sarah.

Antonia coge a Sarah en brazos.

—¡Santo Dios, era de esperar!

Sarah dice:

—Creo que me he meado en las bragas.

Abraza el cuello de su madre.

—¡Mamá, mamá! Klaus se va a vivir con su madre.

Antonia tartamudea:

—¿Qué? ¿Qué?

Digo:

—Sí, Antonia, tengo el deber de vivir con ella.

Antonia grita:

—¡No!

Luego dice:

—Sí, tienes que volver con tu madre.

A la mañana siguiente, Antonia y Sarah me acompañan. Nos paramos en la esquina de la calle, de mi calle. Antonia me abraza, me da una llave.

—Aquí tienes la llave del piso. Puedes venir a casa cuando quieras. Te guardaré la habitación.

Digo:

—Gracias, Antonia. Os iré a ver siempre que pueda.

Sarah no dice nada. Está pálida, tiene los ojos enrojecidos. Contempla el cielo. El cielo azul y sin nubes de una mañana de verano. Yo miro a Sarah, una niña de siete años, mi primer amor. No habrá otro.

Me detengo frente a la casa, al otro lado de la calle. Dejo la maleta en el suelo, me siento encima. Veo llegar a la chica de la cesta, después se va. Sigo sentado, no tengo fuerzas para levantarme. A mediodía comienzo a tener hambre, estoy mareado, me duele el estómago.

Por la tarde llega la enfermera en su bicicleta. Atravieso la calle corriendo con la maleta, cojo a la enfermera por el brazo antes de que entre en el jardín.

—Señora, se lo ruego, señora. La estaba esperando.

Me pregunta:

—¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

Digo:

—No, tengo miedo. Me da miedo entrar en esa casa.

—¿Por qué quieres entrar en esa casa?

—Es mi casa, mi madre. Tengo miedo de mi madre, hace siete años que no la veo.

Tartamudeo y tiemblo. La enfermera dice:

—Cálmate. Debes de ser Klaus. ¿O eres Lucas?

—Soy Klaus. Lucas no está. No sé dónde está. Nadie lo sabe. Por eso tengo miedo de ver a mi madre. Solo. Sin Lucas.

Dice:

—Sí, lo comprendo. Has hecho bien esperándome. Tu madre cree que mató a Lucas. Vamos a entrar juntos. Sígueme.

La enfermera llama al timbre, mi madre grita desde la cocina:

—Entre. Está abierto.

Atravesamos la galería, nos paramos en el salón. La enfermera dice:

—Tengo una gran sorpresa para usted.

Mi madre aparece en la puerta de la cocina. Se seca las manos en el delantal, me mira con ojos desencajados, dice en voz baja:

—¿Lucas?

La enfermera dice:

—No, es Klaus. Pero seguro que Lucas también volverá.

Mi madre dice:

—No, Lucas no volverá. Lo maté. Maté a mi hijo, nunca volverá.

Mi madre se sienta en una de las butacas del salón, temblando. La enfermera le sube la manga del vestido, le pone una inyección. Mi madre se deja hacer. La enfermera dice:

—Lucas no ha muerto. Fue trasladado a un centro de readaptación. Ya se lo dije.

Digo: ;

—Sí, un centro de la ciudad de S. Fui a buscarle. El centro había sido destruido por los bombardeos, pero Lucas no estaba en la lista de los muertos.

Mi madre pregunta en voz baja:

—¿No mientes, Klaus?

—No, madre, no miento.

La enfermera dice:

—Lo que es seguro es que usted no lo mató.

Mi madre se ha apaciguado. Dice:

—Tenemos que ir a ese sitio. ¿Con quién fuiste, Klaus?

—Con una señora del orfanato. Me llevó ella. Tenía familia cerca de la ciudad de S.

Mi madre dice:

—¿Orfanato? Me habían dicho que te habían metido en casa de una familia. Una familia que se ocupaba muy bien de ti. Tienes que darme su dirección, quiero darles las gracias.

Vuelvo a tartamudear.

—No sé su dirección. Me quedé poco tiempo. Porque fueron deportados. Luego estuve en un orfanato. No me faltaba nada, todo el mundo fue muy amable conmigo.

La enfermera dice:

—Me voy. Tengo muchísimo trabajo. ¿Quieres acompañarme, Klaus?

La acompaño a la puerta de la casa. Me pregunta:

—¿Dónde has pasado estos siete años, Klaus?

Le digo:

—Ya ha oído lo que le he dicho a mi madre.

Dice:

—Sí, lo he oído. Pero no es verdad. No sabes mentir, pequeño. Hicimos averiguaciones en los orfanatos y no estabas en ninguno. ¿Cómo encontraste la casa? ¿Cómo sabías que había vuelto tu madre?

Me quedo callado. Dice:

—Guárdate tu secreto. Seguro que tienes tus razones. Pero no olvides que hace años que cuido a tu madre. Cuanto más cosas sepa de ella, más podré ayudarla. Te presentas de pronto con la maleta, tengo todo el derecho a preguntarte de dónde sales.

Digo:

—No, no tiene ningún derecho. Estoy aquí y punto. Dígame cómo debo actuar con mi madre.

Dice:

—Actúa como te parezca. Si es posible, ten paciencia. Si sufre alguna crisis, me llamas por teléfono.

—¿Cómo es una crisis?

—No tengas miedo. No será peor de lo que hoy ha ocurrido. Grita, tiembla, nada más. Ten, aquí tienes mi número de teléfono. Si hay algún problema, me llamas.

Mi madre duerme en una de las butacas del salón. Cojo la maleta y voy a la habitación de los niños, al extremo del pasillo. Sigue habiendo las dos camas, camas para adultos que nuestros padres habían comprado justo antes de que ocurriera «aquello». Todavía no he encontrado la palabra para describir lo que nos ocurrió. Podría decir drama, tragedia o catástrofe, pero lo llamo «aquello», algo para lo cual no hay palabras.

La habitación de los niños está limpia, las camas también. A todas luces, nuestra madre nos esperaba. Pero a quien más espera es a mi hermano Lucas.

Comemos en la cocina en silencio cuando, bruscamente, mi madre dice:

—No estoy nada arrepentida de haber matado a tu padre. Si conociese a la mujer culpable de que quisiera dejarnos, también la mataría. Si herí a Lucas fue por culpa de ella, todo fue por culpa de ella, no mía.

Digo:

—Madre, no te atormentes. Lucas no murió de la herida, volverá.

Mi madre me pregunta:

—¿Cómo va a encontrar la casa?

Digo:

—Igual que yo. Si yo la he encontrado, él también puede encontrarla.

Mi madre dice:

—Tienes razón. Por nada del mundo nos iremos de aquí. Él nos buscará aquí.

Mi madre toma unos medicamentos para dormir, se acuesta muy temprano.

Por la noche voy a verla dormida en la cama. Duerme boca arriba, a un lado de la cama grande, con el rostro vuelto hacia la ventana, dejando libre el espacio que ocupaba su marido.

Yo duermo muy poco. Miro las estrellas y, así como en casa de Antonia todas las noches pensaba en mi familia y en nuestra casa, aquí pienso en Sarah y en su familia, en sus abuelos que viven en la ciudad de K.

Cuando me despierto, vuelvo a encontrar las ramas del nogal delante de mi ventana. Voy a la cocina, doy un beso a mi madre. Ella me sonríe. Hay café y té preparados. La chica nos trae pan recién horneado. Yo le digo que ya no hace falta que vuelva, que haré la compra yo.

Mi madre dice:

—No, Véronique. Tú continúa viniendo. Klaus todavía es muy pequeño para hacer la compra.

Véronique se ríe.

—No tan pequeño. Lo que pasa es que en las tiendas no encontraré lo que hace falta. Yo trabajo en la cocina del hospital, allí es donde encuentro lo que traigo,  comprendes, Klaus? En el orfanato os daban buena comida. No puedes imaginar las cosas que hay que hacer para encontrar comida en la ciudad. Perder as muchísimo tiempo haciendo cola en las tiendas.

Mi madre y Véronique se divierten enormemente juntas. R ien y se besan. Véronique le cuenta sus aventuras amorosas. Cosas estúpidas: «Entonces va y me dice, y entonces yo le digo, entonces él intenta besarme».

Véronique ayuda a mi madre a teñirse el pelo. Utilizan un producto llamado henna que sirve para que los cabellos recobren el color que tenían antes. Véronique también le cuida la cara. Le hace «mascarillas», la maquilla con cepillitos, tubos y lápices.

Mi madre dice:

—Quiero tener buen aspecto cuando vuelva Lucas. No quiero que me encuentre descuidada, vieja y fea.  Lo comprendes, Klaus?

Digo:

—Sí, lo comprendo, madre. Pero también estar as bien con los cabellos grises y sin maquillaje.

Mi madre me da un bofetón.

—Ve a tu habitación, Klaus, o vete de paseo. Me pones nerviosa.

Y, dirigiéndose a Véronique, añade:

— Por qué no tengo una hija como tú?

Salgo. Doy vueltas alrededor de la casa donde viven Antonia y Sarah, también me paseo por el cementerio, buscando la tumba de mi padre. Solo estuve una vez con Antonia y el cementerio es grande.

Vuelvo a casa, intento ayudar a mi madre en los trabajos de jardinería, pero ella me dice:

—Ve a jugar. Coge el patinete o el triciclo.

Miro a mi madre.

— No comprendes que son juguetes para niños de cuatro años?

Dice:

—También están los columpios.

—Tampoco me apetece columpiarme.

Voy a la cocina, cojo un cuchillo y corto las cuerdas, las cuatro cuerdas del columpio.

Mi madre dice:

—Por lo menos habrías podido dejar un asiento. A Lucas le habría gustado columpiarse. Eres un niño difícil, Klaus. Y malo, además.

Subo al cuarto de los niños. Tumbado en mi cama, escribo poemas.

A veces, por la noche, mi madre nos llama:

—¡Lucas, Klaus, venid a comer!

Entro en la cocina. Mi madre me mira y guarda en el aparador el tercer plato, destinado a Lucas, o arroja el plato al fregadero, donde se rompe, naturalmente, o sirve a Lucas como si estuviera presente.

A veces, en plena noche, mi madre aparece en el cuarto de los niños. Palpa la almohada de Lucas, le habla:

—Que duermas bien. Dulces sueños. Hasta mañana.

Después sale, pero a veces se queda un rato de rodillas junto a la cama y se duerme con la cabeza en la almohada de Lucas.

Yo permanezco inmóvil en mi cama, respirando suavemente y, cuando me despierto a la mañana siguiente, mi madre ya no está. Toco la almohada de la otra cama, que todavía está húmeda de las lágrimas de mi madre.

Haga lo que haga, para mi madre nunca lo hago bien. Si se me cae un guisante fuera del plato, dice:

—Nunca aprenderás a comer como es debido. Fíjate en Lucas, él nunca ensucia el mantel.

Si me paso el día arrancando las malas hierbas del jardín y entro embarrado, me dice:

—Te has puesto como un cerdo. Lucas no se habría ensuciado así.

Cuando mi madre recibe el dinero, la pequeña cantidad de dinero que le da el Estado, va a la ciudad y vuelve cargada de juguetes caros, que esconde debajo de la cama de Lucas. Me lo advierte:

—No toques nada. Esos juguetes deben estar nuevos cuando vuelva Lucas.

Ahora ya sé qué medicamentos toma mi madre.

La enfermera me lo ha explicado todo.

Así, cuando no quiere tomarlos o se olvida, se los pongo en el café, en el té o en la sopa.

En septiembre, vuelvo a la escuela. Es la escuela a la que iba antes de la guerra. Debería encontrarme a Sarah. No está.

Al terminar las clases, voy a llamar a la puerta de Antonia.

Nadie me responde. Abro la puerta con la llave. No hay nadie. Voy a la habitación de Sarah. Abro los cajones, los armarios, no hay ningún cuaderno, ningún vestido.

Salgo de la casa, tiro la llave del piso delante de un tranvía que pasa, vuelvo a casa de mi madre.

A finales de septiembre, me encuentro a Antonia en el cementerio. Por fin he localizado la tumba. Llevo un ramillete de claveles blancos, las flores favoritas de mi padre. Hay otro ramo sobre la tumba. Dejo el mío junto al otro.

Antonia, que no sé de dónde ha salido, me pregunta:

—¿Has ido a nuestra casa?

—Sí. La habitación de Sarah está vacía. ¿Dónde está?

Antonia dice:

—En casa de mis padres. Debe olvidarte. Siempre estaba pensando en ti, estaba empeñada en querer reunirse contigo. En casa de tu madre, donde fuese.

Digo:

—A mí me ocurre lo mismo. Solo pienso en ella. No puedo vivir sin ella, quiero estar con ella, no importa dónde ni cómo.

Antonia me abraza.

—Sois hermanos, no lo olvidéis, Klaus. No podéis amaros de la manera que os amasteis. No habría debido llevarte a casa.

Digo:

—¿Qué importa que seamos hermanos? No lo sabría nadie. Tenemos un apellido diferente.

—No insistas, Klaus, no insistas. Olvídate de Sarah.

No digo nada. Antonia añade:

—Espero un niño. Me he vuelto a casar.

Digo:

—Quieres a otro hombre, llevas otra vida. ¿Por qué sigues viniendo al cementerio?

—No lo sé, quizá lo hago por ti. Fuiste mi hijo durante siete años.

Digo:

—No, nunca. Solo tengo una madre, la mujer con la que vivo actualmente, a la que tú volviste loca. Por culpa tuya perdí a mi padre, a mi hermano, y ahora también quieres quitarme a mi hermanita.

Antonia dice:

—Créeme, Klaus, lo siento muchísimo. No quería que sucediera. No podía imaginar las consecuencias. Quería de veras a tu padre.

Digo:

—Pues entonces tendrías que comprender mi amor por Sarah.

—Es un amor imposible.

—También lo era el tuyo. Deberías haberte marchado y olvidado a mi padre antes de que ocurriera «aquello». No quiero volver a encontrarte aquí, Antonia. No quiero volver a encontrarte delante de la tumba de mi padre.

Antonia dice:

—Está bien, no volveré. Pero a ti no te olvidaré nunca, Klaus.

Mi madre apenas tiene dinero. Recibe una pequeña cantidad del Estado en concepto de invalidez. Yo soy una carga más para ella. Debo encontrar un trabajo cuanto antes. Véronique me propone repartir periódicos.

Me levanto a las cuatro de la madrugada, voy a la imprenta, recojo el fajo de periódicos, recorro las calles que tengo asignadas, dejo los periódicos delante de las puertas, en los buzones o debajo de las persianas de hierro de las tiendas.

Cuando vuelvo, mi madre todavía no se ha levantado. No se levanta hasta las nueve. Preparo café y té y me voy a la escuela, donde me quedo a comer al mediodía. No vuelvo a casa hasta las cinco de la tarde.

Poco a poco, la enfermera espacia sus visitas. Me dice que mi madre ya está curada, que solo debe tomar sedantes y somníferos.

Tampoco Véronique viene tan a menudo. Solo para explicar a mi madre que su matrimonio ha sido una decepción.

A los catorce años, dejo la escuela. Aprendo el oficio de tipógrafo, gracias al periódico que he distribuido durante tres años. Trabajo de las diez de la noche a las seis de la mañana.

Gaspar, mi jefe, comparte la cena conmigo. A mi madre no se le ocurre prepararme la cena, como tampoco se le ocurre encargar carbón para el invierno. Solo piensa en Lucas.

A los diecisiete años, soy tipógrafo. Gano bastante dinero comparado con otros oficios. Puedo permitirme llevar a mi madre una vez al mes a un salón de belleza, donde le hacen una coloración, una permanente y un «tratamiento de mantenimiento» para la cara y las manos. No quiere que Lucas la encuentre vieja y fea.

Mi madre me reprocha continuamente que haya abandonado la escuela.

—Lucas habría continuado los estudios. Habría sido médico. Un gran médico.

Cuando el agua se cuele por el tejado de nuestra ruinoso casa, mi madre dice:

—Lucas habría sido arquitecto, un gran arquitecto.

Cuando le enseño mis primeros poemas, mi madre los lee y dice:

—Lucas habría sido escritor, un gran escritor.

Ya no vuelvo a mostrar mis poemas, los escondo.

El ruido de las máquinas me ayuda a escribir. Presta ritmo a mis frases, despierta imágenes en mi cabeza. Una vez que he terminado de componer las páginas del periódico, por la noche, muy tarde, compongo e imprimo mis propios textos, que firmo con el seudónimo «Klaus Lucas», en recuerdo de mi hermano muerto o desaparecido.

Lo que imprimimos en el periódico está en total contradicción con la realidad. Todos los días imprimimos cien veces la frase «Somos libres», pero en todas las calles vemos soldados de un ejército extranjero, todo el mundo sabe que hay muchísimos presos políticos, que los viajes al extranjero están prohibidos y que ni siquiera en el interior del país podemos ir a cualquier ciudad. Lo sé porque una vez intenté reunirme con Sarah en la pequeña ciudad de K. Llegué hasta la ciudad vecina, donde me detuvieron y, tras una noche de interrogatorio, me devolvieron a la capital.

Imprimimos cien veces al día «Vivimos en la abundancia y el bienestar» y al principio pienso que esto debe de ser verdad para los demás, que mi madre y yo somos miserables y desdichados a causa de «aquello», pero Gaspar me dice que no somos una excepción, que él, su madre y sus tres hijos viven más miserablemente que nunca.

Por otra parte, cuando salgo del trabajo por la mañana temprano y me cruzo con los que van a trabajar, no veo que sean felices y, menos aún, que naden en la abundancia. Cuando pregunto a Gaspar por qué imprimimos tantas mentiras, me responde:

—Sobre todo no has preguntas. Cumple con tu trabajo y no te preocupes por nada más.

Una mañana, Sarah me espera delante de la imprenta. Paso junto a ella sin reconocerla. Hasta que no oigo mi nombre, no me vuelvo.

—¡Klaus!

Nos miramos. Estoy cansado, voy sucio y mal afeitado. Sarah es hermosa, va aseada y elegante. Ahora tiene dieciocho años. La primera en hablar es ella.

—¿No me das un beso, Klaus?

Digo:

—Perdona, pero es que no voy muy limpio.

Me da un beso en la mejilla. Pregunto:

—¿Cómo has sabido que trabajaba aquí?

—Se lo he preguntado a tu madre.

—¿A mi madre? ¿Has ido a mi casa?

—Sí, ayer por la noche. En cuanto llegué. Tú ya te habías marchado.

Me saco el pañuelo, me seco la cara cubierta de sudor.

—¿Le has dicho quién eras?

—Le he dicho que era una amiga tuya de la infancia. Me ha preguntado: «¿Del orfanato?», y le he dicho: «No, de la escuela».

—¿Y Antonia? ¿Sabe que has venido?

—No, no lo sabe. Le he dicho que iba a inscribirme en la universidad.

—¿A las seis de la mañana?

Sarah se echa a reír.

—Todavía duerme. Y es verdad que voy a la universidad. Un poco más tarde. Podemos tomar un café en cualquier sitio.

Digo:

—Tengo sueño. Estoy cansado. Y debo preparar el desayuno a mi madre.

Me dice:

—No pareces contento de volver a verme, Klaus.

—¿Qué cosas dices, Sarah! ¿Cómo están tus abuelos?

—Bien, pero han envejecido mucho. Mi madre quería que ellos también vinieran aquí, pero el abuelo no quiere irse de su pequeña ciudad. Si quisieras, podríamos salir de vez en cuando.

—¿A qué facultad vas a inscribirte?

—Me gustaría estudiar medicina. Ahora que he vuelto, podríamos vernos todos los días, Klaus.

—Debes de tener un hermano o una hermana. La última vez que vi a Antonia estaba embarazada.

—Sí, tengo dos hermanas y un hermanito. Pero a mí me gustaría hablar de nosotros, Klaus.

Le pregunto:

—¿A qué se dedica tu padrastro para poder mantener a tanta gente?

—Está en la dirección del Partido. ¿Lo haces aposta eso de hablar todo el rato de otra cosa?

—Sí, lo hago aposta. No tiene sentido hablar de nosotros. No hay nada que decir.

Sarah dice en voz baja:

—¿No te acuerdas de lo mucho que nos queríamos? No te he olvidado, Klaus.

—Yo tampoco. Pero es inútil que volvamos a vernos. ¿Todavía no lo entiendes?

—Sí, acabo de comprenderlo.

Hace una señal a un taxi que pasa y se va.

Yo sigo andando hasta la parada del autobús, espero diez minutos y lo tomo como todas las mañanas, un autobús apestado y atestado de gente.

Cuando llego a casa, encuentro a mi madre levantada, contrariamente a su costumbre. Toma el café en la cocina. Me sonrío.

—¿Qué guapa es tu novia Sarah! ¿Cómo se llama? ¿Sarah qué más? ¿Cómo se llama de apellido?

Digo:

—No lo sé, madre. No es mi novia. Hacía años que no la veía. Está visitando a sus antiguos compañeros de clase, nada más.

Mi madre dice:

—¿Nada más? Pues es una lástima. Ya sería hora de que tuvieras alguna novia. Aunque eres un zopenco de cuidado y dudo que puedas gustar a ninguna chica. Y menos aún a una chica de buena familia como esta. Y, encima, dedicándote como te dedicas a un trabajo manual. Con Lucas sería distinto. Sí, Sarah es exactamente la chica que le iría a Lucas que ni pintada.

Digo:

—Por supuesto, madre. Perdóname, pero tengo un sueño espantoso.

Me acuesto y, antes de dormirme, hablo mentalmente con Lucas, como vengo haciendo desde hace muchísimos años. Le digo más o menos lo de siempre. Le digo que si está muerto, tiene suerte y que me encantaría estar en su lugar. Le digo que a él le ha correspondido la mejor parte, que yo debo llevar la carga más pesada. Le digo que la vida es de una futilidad absoluta, que no tiene sentido, es una aberración, un sufrimiento infinito, un invento de un No-Dios cuya maldad rebasa la comprensión.

No vuelvo a ver a Sarah. A veces, me da la impresión de reconocerla por la calle, pero nunca es ella.

En una ocasión paso por delante de la casa donde antes vivía Antonia, pero no veo ningún nombre conocido en los buzones y, de todos modos, ignoro el nuevo apellido de Antonia.

Al cabo de unos años, recibo una participación de boda. Sarah se casa con un cirujano, la dirección de las dos familias se halla en el barrio más rico y elegante de la ciudad, llamado «la colina de las Rosas».

«Novias» tendré muchas. Chicas que encuentro en las tabernas próximas a la imprenta, tabernas por las que acostumbro a pasar antes y después del trabajo. Son obreras o camareras, raramente las veo dos veces y nunca llevo ninguna a casa para presentársela a mi madre.

Paso las tardes de los domingos en casa de mi jefe Gaspar, en compañía de su familia. Jugamos a cartas mientras tomamos cerveza. Gaspar tiene tres hijos. La mayor, Esther, juega con nosotros, tiene casi mi edad, trabaja en una fábrica textil, es tejedora desde que tenía trece años. Los dos chicos, algo más jóvenes y también tipógrafos, salen los domingos por la tarde. Van a ver partidos de fútbol, al cine o a pasear por la ciudad. Anna, la mujer de Gaspar, tejedora como su hija, lava los platos, hace la colada y prepara la cena. Esther tiene los cabellos rubios, los ojos azules y una cara que recuerda la de Sarah. Pero no es Sarah, no es mi hermana, no es mi vida.

Gaspar me dice:

—Mi hija está enamorada de ti. Cásate con ella. Te la doy. Eres el único que se la merece.

Digo:

—No quiero casarme, Gaspar. Debo cuidar de mi madre y esperar a Lucas.

Gaspar dice:

—¿Esperar a Lucas? ¡Pobre imbécil!

Y añade:

—Si no quieres casarte con Esther, mejor que no vuelvas.

No vuelvo más a casa de Gaspar. A partir de entonces, paso todo el tiempo libre en casa, solo con mi madre, salvo las horas en que paseo sin rumbo por el cementerio o por la ciudad.

A los cuarenta y cinco años me convierto en encargado de otra imprenta que pertenece a una editorial. Ya no trabajo por las noches, sino de las ocho de la mañana a las seis de la tarde con dos horas de descanso a mediodía. Mi salud ya está bastante maltrecha en esa época. Tengo los pulmones saturados de plomo y la sangre, mal oxigenada, se me va envenenando. Es el llamado saturnismo, la enfermedad de los impresores y los tipógrafos. Padezco cólicos y náuseas. El médico me recomienda que beba mucha leche, que tome el aire a menudo. A mí la leche no me gusta. También sufro insomnio y, por tanto, una gran fatiga nerviosa y física. Después de treinta años de trabajo nocturno, me resulta imposible acostumbrarme a dormir por la noche.

En la nueva imprenta, imprimimos todo tipo de textos, poemas, prosa y novelas. El director de la editorial viene a menudo para controlar el trabajo. Un día me pone delante de los ojos mis propios poemas, que ha encontrado en un estante.

—¿Qué es esto? ¿De quién son estos poemas? ¿Quién es Klaus Lucas?

Farfullo algunas palabras porque sé que no tengo ningún derecho a imprimir nada de tipo privado.

—Soy yo. Los poemas son míos. Los he impreso fuera del horario de trabajo.

—¿Quiere decir que Klaus Lucas es usted, el autor de estos poemas?

—Sí, soy yo.

Pregunta:

—¿Y cuándo los ha escrito?

Digo:

—En los últimos años. Había escrito muchísimos más, antes, cuando era joven.

Dice:

—Tráigame todo lo que tenga. Pase mañana por mi despacho con todo lo que haya escrito.

A la mañana siguiente entro en el despacho del director con mis poemas. Ocupan varios centenares de páginas, mil quizá.

El director sopesa el paquete.

—¿Todo esto? ¿Y nunca había intentado publicarlos?

Digo:

—No lo había pensado. Escribía para mí, para hacer algo, para divertirme.

El director se ríe.

—¿Para divertirse? Pues sus poemas no son precisamente divertidos. En todo caso, los que llevo leídos hasta ahora. Quizá en su juventud era usted más alegre.

Digo:

—En absoluto.

Dice:

—Es verdad. No eran tiempos para estar muy alegre. Pero desde la revolución, han cambiado muchas cosas.

Digo:

—Para mí no. Para mí no ha cambiado nada.

Dice:

—Por lo menos ahora podemos publicar sus poemas.

Digo:

—Si usted cree, si le parece bien, publíquelos. Pero le ruego que no dé a nadie mi dirección ni mi verdadero nombre.

Lucas regresó y volvió a marcharse. Yo mismo lo eché. Me dejó un manuscrito inacabado. Estoy terminándolo.

El hombre de la embajada no me anunció su visita. Dos días después de que viniera mi hermano, llama a la puerta de casa a las nueve de la noche. Afortunadamente, mi madre ya está acostada. Es un hombre de cabellos rizados, pálido y delgado. Lo hago pasar a mi despacho.

Dice:

—Hablo mal su lengua, no me lo tenga en cuenta si me expreso con brusquedad. Su hermano, mejor dicho, su supuesto hermano, Klaus T., se ha suicidado hoy. Se ha arrojado debajo de un tren a las dos y cuarto de la tarde en la estación del Este, cuando nos disponíamos a repatriarlo a su país. Ha dejado una carta para usted en la embajada.

El hombre me tiende un sobre en el que está escrito: «A la atención de Klaus T.».

Abro el sobre. Leo en un tarjetón: «Me gustaría que me enterraran al lado de nuestros padres». El nombre de la firma es Lucas.

Doy el tarjetón al hombre de la embajada.

—Quiere que lo entierren aquí.

El hombre lee el tarjetón, me pregunta:

—¿Por qué firma con el nombre de Lucas? ¿De verdad era su hermano?

Digo:

—No, pero estaba tan convencido de ello que no puedo negarle lo que me pide.

El hombre dice:

—Es curioso. Hace dos días, después de la visita que le hizo a usted, le preguntamos si había dado con algún familiar suyo. Nos dijo que no.

Digo:

—Es la verdad. Entre nosotros no existe parentesco alguno.

El hombre pregunta:

—De todos modos, ¿autoriza usted que sea enterrado junto a sus padres?

Digo:

—Sí. Al lado de mi padre. Es el único difunto de mi familia.

El hombre de la embajada y yo seguimos el coche fúnebre. Nieva. Yo llevo un ramillete de claveles blancos y otro de claveles rojos. Los he comprado en una floristería. En nuestro jardín no hay claveles, ni siquiera en verano. Mi madre planta todo tipo de flores, salvo claveles.

Al lado de la tumba de mi padre cavan otra tumba. Bajan el ataúd de mi hermano, hincan en la tierra la cruz que lleva mi nombre con una ortografía diferente.

Vuelvo al cementerio todos los días. Contemplo la cruz donde está inscrito el nombre de Claus y pienso que debería sustituirla por otra que llevase el nombre de Lucas.

También pienso que pronto volveremos a estar todos juntos. Cuando muera mi madre, ya no me quedará ninguna razón para seguir.

El tren es una buena idea.

«Si hay algo que queremos cambiar en el niño, primero debemos examinarlo y ver si no es algo que podría ser mejor cambiar en nosotros mismos.»

CARL G. JUNG

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Claus y Lucas*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Agota Kristof nació en 1935 en Csikvánd, Hungría, país que abandonó por motivos políticos en 1956 para instalarse en Suiza. Tras cinco años trabajando en una fábrica de relojes, Kristof decidió aprender francés, lengua en la que escribió en 1986 su primera novela, *El gran cuaderno*, primera pieza de la trilogía protagonizada por *Claus y Lucas*, a la que seguirían *La prueba* (1988) y *La tercera mentira* (1992). Ha escrito otras obras de teatro y de narrativa, entre las que se encuentra el relato autobiográfico *La analfabeta* (2004), en el que Kristof recoge una breve parte de su intensa vida. Sin embargo, la trilogía de *Claus y Lucas* se sigue considerando su obra maestra, por la que recibió importantes galardones como el Alberto Moravia en Italia, el Gottfried Keller y el Friedrich Schiller en Suiza y el premio austriaco de Literatura Europea. Murió en Neuchâtel (Suiza) en 2011.

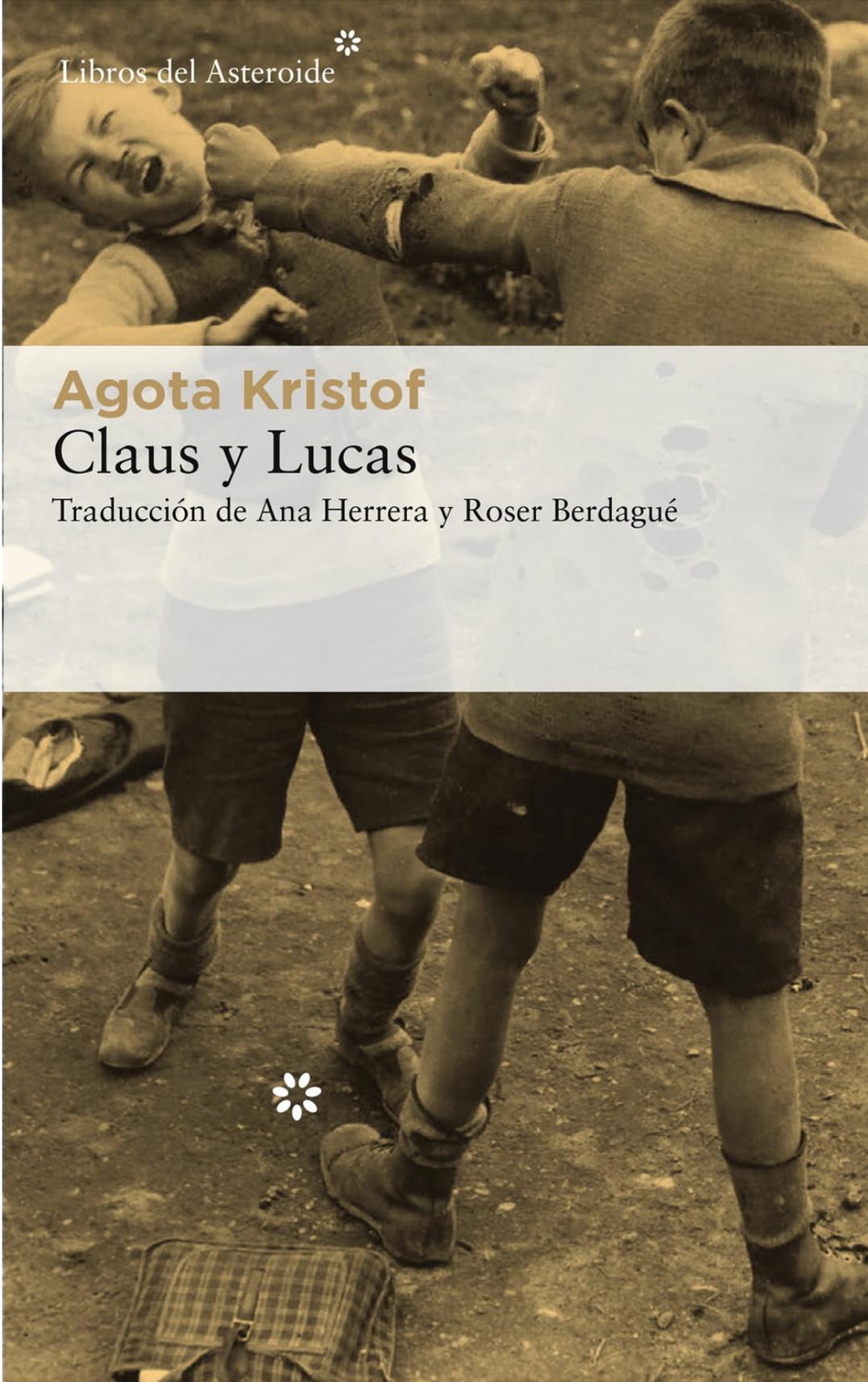
Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Claus y Lucas*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[El año del hambre](#), Aki Ollikainen

[Operación Masacre](#), Rodolfo Walsh

[La catedral y el niño](#), Eduardo Blanco Amor



Libros del Asteroide 

Agota Kristof
Claus y Lucas

Traducción de Ana Herrera y Roser Berdagué